

LEIGH BARDUGO



WONDER WOMAN™
WARBRINGER

PELEA COMO UNA GUERRA

Lectulandia

Diana está destinada a convertirse en una de las heroínas más poderosas del planeta, pero para ello debe demostrar a su familia que es digna de ser una princesa amazona.

Cuando por fin le llega la oportunidad de demostrarlo, Diana lo echa todo a perder para salvar a una simple humana: Alia Keralis.

Juntas, Diana y Alia se enfrentarán a todo un ejército de enemigos dispuesto a destruirlas. Porque Alia es humana, sí, pero no es una humana cualquiera. En su pasado se esconde la clave de la gran tragedia que está a punto de desencadenarse.

Si quieren salvar sus mundos, deberán permanecer unidas y luchar con todas sus fuerzas para ganar la guerra que se avecina.

Lectulandia

Leigh Bardugo

Wonder Woman: Warbringer

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2018

Título original: *Wonder Woman: Warbringer*
Leigh Bardugo, 2017
Traducción: Ricard Gil Giner

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Joanna Volpe,
hermana de batallas

Acercaos, venid a enfrentaros a mí, y así descubriréis

lo que mana del pecho de las amazonas.

¡Con mi sangre se mezcla la guerra!
QUINTO DE ESMIRNA, La caída de Troya

«No participas en una carrera para perderla».

En la línea de salida, Diana daba pequeños saltitos sobre los dedos de sus pies, con las pantorrillas tensas como cuerdas de un arco y las palabras de su madre resonando en sus oídos. Una ruidosa multitud se había congregado para presenciar las pruebas de lucha libre y lanzamiento de jabalina que marcaban el inicio de los Juegos Nemesianos, pero el acontecimiento más esperado era la carrera de fondo, y ahora las gradas hervían con la noticia de que la hija de la reina iba a participar en la competición.

Cuando Hippolyta había divisado a Diana entre las corredoras agrupadas sobre la arena del recinto, no había dado muestras de sorpresa. Como marcaba la tradición, había descendido desde la plataforma para desear suerte a las atletas en sus esfuerzos, compartiendo una broma con algunas y ofreciendo una palabra de aliento a otras, y había saludado brevemente a Diana con un leve gesto, sin mostrar ningún favoritismo especial, aunque aprovechó la ocasión para susurrar en voz muy baja, tan baja que solo su hija la había oído:

—No participas en una carrera para perderla.

Las Amazonas se habían alineado en el pasillo que conducía al estadio, y ya pateaban el suelo con los pies y cantaban a la espera de que empezaran los juegos.

A la derecha de Diana, Rani sonreía radiante.

—Buena suerte.

Siempre tan amable, siempre tan atenta y, por supuesto, siempre tan victoriosa.

A la izquierda de Diana, Thyra soltó un bufido y meneó la cabeza.

—La va a necesitar.

Diana no le hizo caso. Llevaba semanas esperando la carrera, que consistía en una travesía por la isla con el objetivo de retirar una de las banderas rojas que colgaban bajo la gran bóveda de Bana-Mighdall. En el esprint puro y duro no tenía ninguna opción. Todavía no había alcanzado la plenitud de sus poderes de Amazona. «Todo llegará, con el tiempo», le había prometido su madre. Pero su madre prometía muchas cosas.

De todas formas, esta carrera era distinta. Requería estrategia, y Diana estaba lista. Se había estado entrenando en secreto, corriendo junto a Maeve, y había trazado

una ruta que, aunque transcurría por un terreno más arduo, era sin duda la más directa para llegar a la punta occidental de la isla. Había llegado incluso a... Bueno, no se podía considerar exactamente espiar..., pero había recogido información sobre el resto de amazonas que participaban en la carrera. Ella seguía siendo la más pequeña de estatura y por supuesto la más joven, pero en el último año había crecido muchísimo, y ahora ya era casi tan alta como Thyra.

«No necesito suerte. Tengo un plan», pensó. Contempló la fila de amazonas que se apretujaban en la línea de salida como miembros de una tropa preparándose para entrar en combate, y se corrigió: «Pero un poco de suerte tampoco vendría mal». Ansiaba la corona de laurel. La prefería a cualquier diadema o tiara real, porque era un honor que no se podía conceder, que había que ganar.

Localizó entre la multitud la cabellera roja y el rostro pecoso de Maeve y sonrió, intentando proyectar confianza. Maeve le devolvió la sonrisa e hizo un gesto con ambas manos, como si intentara apisonar el aire. «Adelante», articuló con la boca.

Diana puso los ojos en blanco, pero asintió e intentó calmar su respiración. Tenía la mala costumbre de salir demasiado deprisa y malgastar las energías demasiado pronto.

Ahora se despojó de cualquier pensamiento y se obligó a concentrarse en la carrera, mientras Tekmessa caminaba sobre la línea, supervisando a las corredoras. Sus joyas centelleaban en su magnífica corona de rizos y los brazaletes de plata brillaban en sus brazos morenos. Ella era la consejera más cercana a Hippolyta, ostentaba un rango solo superado por la reina, y se comportaba como si su atuendo de color añil, ceñido por un cinturón, fuera una armadura pensada para la batalla.

—Tómalo con calma, Pyxis —murmuró Tek a Diana cuando pasó delante de ella—. No me gustaría verte desfallecer.

Diana se dio cuenta de que Thyra sonreía, pero no quiso poner mala cara ante la mención de su apodo. «No te reirás tanto cuando me veas victoriosa en el podio», se prometió a sí misma.

Tek alzó las manos para pedir silencio y se inclinó ante Hippolyta, que se encontraba sentada entre dos miembros más del Consejo de amazonas en el palco real, una alta plataforma protegida por una tela de seda teñida con el rojo y el azul vibrante de los colores de la reina. Diana sabía que era ahí donde su madre hubiera querido verla, sentada a su lado, esperando el inicio de los juegos y no compitiendo en ellos. Pero eso dejaría de tener importancia cuando hubiera vencido.

Hippolyta bajó la barbilla apenas unos milímetros, muy elegante con su túnica blanca y sus pantalones de montar, con una simple diadema ajustada en la frente. Parecía relajada, muy a sus anchas, como si en cualquier momento fuera a dar un brinco y unirse a la competición, pero aun así seguía cumpliendo el papel de reina a la perfección.

Tek se dirigió a las atletas reunidas en la arena del estadio.

—¿En honor de quién competís?

—Por la gloria de las Amazonas —respondieron todas al unísono—. Por la gloria de nuestra reina.

Diana notó que el corazón le latía con más fuerza. Nunca antes había pronunciado aquellas palabras, por lo menos no como competidora.

—¿A quién rezáis cada día? —prosiguió Tek.

—A Hera —contestaron a coro—, Atenea, Deméter, Hestia, Afrodita y Artemisa.

Estas eran las diosas que habían creado Themyscira y habían regalado la isla a Hippolyta como lugar donde refugiarse.

Tek hizo una pausa, y Diana oyó que las corredoras susurraban otros nombres: Oya, Durga, Freyja, Mari Yael. Los nombres que una vez habían pronunciado en el momento de morir, las últimas plegarias de las guerreras al caer en el campo de batalla, las palabras que las habían llevado a la isla y les habían servido para obtener una nueva vida como Amazonas. Al lado de Diana, Rani murmuraba los nombres de la cazadora de demonios Matri, las siete madres, y apretaba contra sus labios el amuleto rectangular que siempre llevaba.

Tek levantó una bandera de color rojo sangre, idéntica a la que esperaba a las corredoras en Bana-Mighdall.

—¡Que la isla os guíe hacia una victoria justa! —gritó.

Dejó caer el trapo rojo. La multitud rugió. Las corredoras se lanzaron hacia el arco oriental. En un abrir y cerrar de ojos, la carrera había comenzado.

Diana y Maeve habían previsto el embudo que se produciría, pero aun así la hija de la reina Hippolyta notó un pinchazo de frustración cuando las corredoras inundaron la garganta de piedra del túnel, en un embrollo de túnicas blancas y miembros musculosos, mientras los pasos resonaban sobre el suelo de piedra y todas intentaban salir del estadio a la vez. Por fin salieron a la carretera y cada corredora eligió su propia ruta, diseminándose así por la isla.

«No participas en una carrera para perderla».

Diana acompañó el ritmo de la zancada a estas palabras, y empezó a pisar con los pies descalzos la tierra compacta del camino que la conduciría a través del laberinto de los bosques Cibelianos hasta la costa norte de la isla.

Una travesía de tantos kilómetros por un bosque tan frondoso como aquel hubiera sido lenta al estar constantemente obstaculizada por árboles caídos y marañas de vides gruesas que hubiera tenido que arrancar con un cuchillo que no le importara mellar. Pero Diana había ideado muy bien la ruta. Una hora después de penetrar en el bosque, emergió de la arboleda y salió a la carretera desierta de la costa. El viento le alborotaba el pelo y la sal le rociaba el rostro. Respiró hondo y comprobó la posición del sol. Iba a ganar. No solo iba a quedar bien clasificada, sino que iba a ganar.

Había cartografiado la carrera durante la semana anterior con Maeve, y habían hecho el recorrido dos veces en secreto, en las horas grisáceas del amanecer, cuando sus hermanas apenas se estaban levantando de la cama, cuando las fogatas de las cocinas todavía se estaban encendiendo, y los únicos ojos curiosos de los que

preocuparse pertenecían a personas que se habían levantado temprano para salir a cazar o para colocar las redes para la pesca del día. Pero las cazadoras se concentraban en los bosques y las praderas de mucho más al sur, y nadie pescaba en aquella parte de la costa; no había ningún sitio adecuado para botar la barca, solo acantilados escarpados y de color de acero que se desplomaban sobre el mar, y una pequeña y poco acogedora cueva a la cual solo se podía acceder por un camino tan estrecho que era necesario recorrerlo de lado y arrastrando los pies, con la espalda pegada a la roca.

La costa norte era gris, sombría e inhóspita, y sin embargo Diana conocía cada centímetro de su paisaje secreto, los riscos y las cuevas, los estanques creados por la marea, rebosantes de lapas y de anémonas. Era un buen lugar para estar sola. «La isla quiere complacer», le había dicho su madre. Por eso Themyscira estaba poblada de secuoyas en algunas partes y de gomeros en otras; por eso podías pasar la tarde surcando los campos de hierba a lomos de un poni lanudo y la noche encima de un camello, escalando las dunas de arena iluminadas por la luna. Todo formaba parte de la vida que las amazonas habían llevado antes de llegar a la isla, pequeños paisajes del corazón de todas ellas.

A veces, Diana se preguntaba si la costa norte de Themyscira no habría sido creada para ella sola, para que pudiera ponerse a prueba escalando los precipicios escarpados, para que tuviera un lugar donde refugiarse cuando el peso de ser hija de Hippolyta se hacía casi insoportable.

«No participas en una carrera para perderla».

La advertencia de su madre no había sido una generalidad. Para Diana, una derrota significaba algo más, y ambas lo sabían. Y no solo porque fuera una princesa.

Casi podía sentir la mirada intencionada de Tek, el tono burlón de su voz. «Tómalo con calma, Pyxis». Era uno de los apodosos que Tek le había puesto. Pyxis. Un pequeño recipiente de barro pensado para guardar joyas o carmín para sonrosar los labios. El nombre era inofensivo, una provocación ligera, y siempre lo pronunciaba con cariño, o al menos eso era lo que Tek afirmaba. Pero aun así a ella le dolía todas las veces: era un recordatorio de que no era como el resto de amazonas y que nunca lo sería. Sus hermanas eran guerreras endurecidas en mil batallas, forjadas con acero a base de sufrimiento, y perfeccionadas para alcanzar la grandeza cuando habían pasado de la vida a la inmortalidad. Todas ellas se habían ganado un lugar en Themyscira. Todas menos Diana, nacida de la tierra de la isla y del deseo de Hippolyta de tener una hija, creada a partir del barro por las manos de su propia madre, superficial y quebradiza. «Tómalo con calma, Pyxis. No me gustaría verte desfallecer».

Diana acompasó la respiración y mantuvo un ritmo continuado. «Hoy no, Tek. Hoy, los laureles serán para mí».

Lanzó una breve mirada hacia el horizonte y dejó que la brisa marítima le refrescara el sudor de la frente. Entre la neblina, vislumbró la forma blanca de un

barco. Se había aproximado tanto a la frontera que podía distinguir las velas. Se trataba de una embarcación pequeña. ¿Tal vez una goleta? Le costaba recordar los detalles de las cuestiones náuticas. El palo mayor, el palo de mesana, los mil nombres de las velas y de los nudos para el cordaje. Una cosa era salir en barco, aprendiendo de Teuta, que había navegado con los piratas ilirios, y otra muy diferente estar encerrada en una biblioteca en el Efeseo, mirando con los ojos adormecidos el diagrama de una brigantina o una carabela.

A veces, Diana y Maeve jugaban a intentar otear barcos o aviones, y una vez habían visto incluso la mancha plana de un crucero en el horizonte. Pero la mayoría de mortales sabían que era aconsejable mantenerse alejado de aquel rincón tan particular del mar Egeo, donde las brújulas giraban sin parar y los instrumentos se negaban de pronto a obedecer.

Parecía que estaba tomando forma una tormenta más allá de las neblinas de la frontera, y Diana lamentaba no poder detenerse a contemplarla. Las lluvias que llegaban a Themyscira eran tediosamente suaves y previsibles, y no se parecían en nada al rugido amenazador de un trueno, o al escalofrío de un relámpago lejano.

—¿Alguna vez echas de menos las tormentas? —había preguntado Diana una tarde mientras Maeve y ella holgazaneaban en la terraza bañada por el sol de palacio. A lo lejos se oía el bramido y el repiqueteo de una tempestad. Maeve había muerto en la emboscada de Crossbarry, y lo último que habían pronunciado sus labios había sido una plegaria a santa Brígida de Kildare. Para los parámetros de las amazonas, era nueva en la isla, y procedía de Cork, donde las tormentas eran habituales.

—No —dijo Maeve con su voz acompasada—. Echo de menos una buena taza de té, bailar y a los chicos, pero la lluvia seguro que no.

—Nosotras bailamos —protestó Diana.

Maeve se echó a reír.

—Cuando sabes que no vas a vivir eternamente, bailas de un modo diferente. —Luego había estirado los brazos, moteados de pecas densas como nubes de polen sobre la piel blanca—. Es posible que fuera un gato en una vida anterior, porque lo único que deseo es tumbarme y dormir bajo el rayo de sol más grande del mundo.

«Adelante». Diana se resistió a la urgencia de acelerar el paso. Era difícil recordar que había que reservarse, ahora que el sol de la mañana le bañaba los hombros y el viento soplaba a sus espaldas. Se sentía poderosa. Pero era fácil sentirse así cuando una estaba sola.

Un fuerte sonido retumbó por encima de las olas, un chasquido metálico, como una puerta que se cierra de golpe. Titubeó. En el horizonte azul se alzó una columna ondulada de humo, con las llamas lamiendo la base. La goleta estaba ardiendo, la proa había quedado reducida a astillas al caer sobre ella uno de los mástiles, y la vela se arrastraba por las barandas de cubierta.

Diana se dio cuenta de que había aminorado el paso, pero se obligó a recuperar el ritmo. No podía hacer nada por aquel navío. Algunos aviones se estrellaban. Los

barcos se hacían pedazos contra las rocas. El mundo de los mortales era así. Un lugar propenso a los desastres y a los accidentes. La vida humana era una marea de desgracias que nunca alcanzaban las orillas de la isla. Diana concentró la mirada en el camino. Muy muy a lo lejos, podía divisar la luz del sol que proyectaba ráfagas de oro sobre la gran cúpula de Bana-Mighdall. Primero retirar la bandera roja, luego recoger la corona de laurel. Ese era el plan.

Desde algún lugar, llevado por el viento, oyó un grito.

«Una gaviota», se dijo. «Una chica», insistía otra voz en su interior. Imposible. Un grito humano no podría oírse a tanta distancia. ¿O tal vez sí?

No tenía importancia. Ella no podía hacer nada.

Y, aun así, volvió a dirigir la mirada hacia el horizonte. «Solo quiero verlo un poco mejor», se dijo. «Tengo tiempo de sobra. Voy la primera».

No había ninguna buena razón para abandonar los surcos del viejo camino de carros; no tenía lógica desviarse hacia el punto más rocoso, pero lo hizo igualmente.

Las aguas que lamían la orilla eran tranquilas, claras, de color turquesa. Más allá, el océano era muy diferente: salvaje, de un azul profundo, un mar que casi se había vuelto negro. Tal vez el objetivo de la isla era complacerla a ella y a sus hermanas, pero el mundo que había más allá de la frontera no se preocupaba tanto por la felicidad o la seguridad de sus habitantes.

Pese a la distancia, podía ver que la goleta se estaba hundiendo. Pero no se veía ningún bote salvavidas, ninguna bengala pidiendo socorro, solo pedazos del navío destrozado llevados por las olas rizadas. No había nada que hacer. Diana se frotó vigorosamente las manos contra los brazos, deshaciéndose de un súbito escalofrío, y empezó a rehacer el camino. La vida humana era así. Maeve y ella habían buceado muchas veces hasta los límites de la frontera, habían nadado junto a restos de aviones y veleros y lujosas motos de agua. La sal marina cambiaba la madera, la endurecía para que no se pudriera. No pasaba lo mismo con los mortales. Eran alimento para los peces de alta mar, para los tiburones, y el tiempo los devoraba lenta, irremisiblemente, tanto en el agua como en la tierra.

Diana volvió a comprobar la posición del sol. Podía llegar a Bana-Mighdall en cuarenta minutos, tal vez menos. Ordenó a sus piernas que se movieran. Solo había perdido unos instantes. Podía recuperar sin problemas el tiempo. Pero, en vez de hacerlo, miró atrás, por encima del hombro.

Los libros antiguos estaban llenos de historias sobre mujeres que habían cometido el error de mirar atrás. Huyendo de ciudades en llamas. Saliendo del infierno. Sin embargo, ella volvió los ojos hacia aquel barco que se hundía entre las grandes olas, inclinándose como el ala rota de un pájaro.

Midió la longitud del precipicio. La base era muy rocosa. Si no saltaba con suficiente impulso, el impacto sería brutal. Aun así, no se mataría con la caída. «Así sucedía con las Amazonas de verdad», pensó. «Pero ¿y tú?» Bueno, en todo caso esperaba no matarse. Claro que, si la caída no la mataba, su madre lo haría.

Miró una vez más el barco que se estaba hundiendo y echó a correr a todo tren, acompasando los brazos con sus largas zancadas, adquiriendo velocidad, acortando la distancia que la separaba del borde del precipicio. «Para, para, para», le reclamaba la mente. «Esto es una locura». Aunque hubiera supervivientes, no podría ayudarlos. Si intentaba salvarlos, se arriesgaba al exilio, y no habría excepciones a la regla, ni siquiera para una princesa. «Para». No sabía por qué no obedecía su propia orden. Quería creer que no lo hacía por el corazón de heroína que le latía en el pecho y le exigía que respondiera a aquel grito de socorro. Pero cuando por fin se lanzó por el precipicio y se encontró cayendo al vacío, supo que una parte de lo que la arrastraba era la llamada desafiante de aquel mar gris y grandioso al que le traía sin cuidado si ella lo amaba o no.

Dibujó con el cuerpo un arco suave en el aire, con los brazos apuntando como la aguja de una brújula, marcando el rumbo. Cayó en picado hacia el agua y rompió la superficie con una zambullida limpia, y de pronto los oídos se llenaron de silencio, y los músculos se tensaron anticipando el impacto brutal contra las rocas. No se produjo. Salió disparada hacia la superficie, tomó aliento y empezó a nadar directamente en dirección a la frontera, con los brazos cortando el agua templada.

Siempre solía sentir un leve pinchazo de emoción cuando se acercaba a la frontera, cuando la temperatura del agua empezaba a cambiar, cuando el frío le rozaba primero las yemas de los dedos y luego se instalaba en el cuero cabelludo y en los hombros. A Maeve y a ella les gustaba nadar en las playas del sur, y se provocaban para ver quién llegaba más lejos. Una vez habían vislumbrado un barco que avanzaba entre la niebla, con los marineros plantados sobre la cubierta de popa. Uno de los hombres había levantado el brazo y había apuntado en su dirección. Se habían zambullido rápidamente, gesticulando como locas bajo las olas, riendo tan fuerte que, cuando llegaron a la orilla, apenas podían respirar por la sal marina. «Podríamos ser sirenas», había gritado Maeve al desplomarse sobre la arena caliente, pero ninguna de ellas tenía dotes para el canto... Habían pasado el resto de la tarde entonando desafinadas canciones irlandesas sobre viejos borrachos y partiéndose de risa, hasta que Tek las había encontrado. Entonces tuvieron que callar de golpe. Cruzar la frontera era una infracción menor. Ser avistadas por mortales en algún lugar cercano a la isla era motivo de serias medidas disciplinarias. Y ahora, ¿qué estaba haciendo Diana?

«Para». Pero no podía. No podía parar, el grito agudo de la chica todavía resonaba en sus oídos.

Diana sintió que el agua helada de más allá de la frontera la envolvía del todo. Estaba en poder del mar, y no era un mar amigo. La corriente le golpeaba las piernas y la arrastraba hacia abajo con una fuerza enorme, envolvente, como el abrazo de un dios. «Tienes que resistirte», comprendió, y ordenó a sus músculos que corrigieran el rumbo. Nunca antes había tenido que enfrentarse al océano.

Osciló por un momento sobre la superficie, intentando tomar fuerzas mientras las

olas se elevaban a su alrededor. El agua estaba llena de restos del barco, pedazos de madera, fibra de vidrio rota, chalecos salvavidas naranjas que la tripulación no debía de haber tenido tiempo de ponerse. Era casi imposible ver nada entre la lluvia que caía y la neblina que cubría la isla.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó. «Los barcos vienen y van. Los seres humanos pierden la vida». Volvió a sumergirse, buscó entre las aguas grises y turbulentas, pero no vio a nadie.

Cuando salió a la superficie, su propia estupidez le producía un dolor creciente en la tripa. Había sacrificado la carrera. Se suponía que aquel era el momento en que sus hermanas se darían cuenta de quién era, la ocasión para que su madre se sintiera orgullosa de ella. Y, en vez de eso, había desaprovechado la ventaja que llevaba. ¿Para qué? Allí no había otra cosa que destrucción.

Con el rabillo del ojo, vio un destello blanco, un fragmento grande de lo que podría haber sido el casco del barco. Se alzó sobre una ola, desapareció y de nuevo volvió a la superficie, y entonces Diana vislumbró un brazo delgado y moreno que se agarraba a la parte lateral, con los dedos estirados y los nudillos doblados. Luego desapareció otra vez.

Se alzó otra ola, grande y gris como una montaña. Diana se sumergió bajo la misma, agitando con fuerza los pies, y luego emergió y continuó la búsqueda. Había pedazos de madera y fibra de vidrio por todas partes; era imposible ver con claridad entre los restos del naufragio.

Y entonces volvió a aparecer: un brazo, dos brazos, el torso, la cabeza inclinada sobre el pecho, los hombros encorvados, una camisa de color limón, una maraña de cabellos oscuros. Era una chica. Levantó la cabeza y tomó aliento; tenía los ojos oscuros enfebrecidos de terror. Una ola le estalló encima y la roció de agua blanca. El fragmento de casco volvió a la superficie. La chica ya no estaba.

Otra vez a sumergirse. Diana apuntó al lugar donde había visto hundirse a la joven. Divisó un destello amarillo y se sumergió hacia él, agarró la tela y la atrajo hacia sí. Un rostro fantasmal se cernió sobre ella desde el agua negruzca. Pelo rubio, un semblante azul e inerte. Nunca antes había visto un cadáver de tan cerca. Nunca antes había visto a un chico de tan cerca. Reculó, soltó la camisa, pero incluso mientras lo veía desaparecer, se fijó en sus rasgos masculinos, tan diferentes: mandíbula recta, cejas espesas, igual que en las fotos de los libros.

Diana volvió a la superficie, pero estaba desorientada: las olas, el naufragio, la sombra desnuda de la isla entre la neblina. Si se alejaba mucho más, era posible que no fuera capaz de encontrar el camino de vuelta.

No podía olvidar la imagen del brazo delgado, la ferocidad de aquellos dedos que se aferraban a la vida. «Una vez más», se dijo. Se zambulló y el agua helada la rodeó de nuevo; esta vez el frío se le caló hasta los huesos.

Por un instante todo fueron corrientes grises y aguas turbias, pero al cabo de un segundo tenía a la chica delante, con su camisa de color limón, boca abajo, con los

brazos y las piernas muy abiertas como si fuera una estrella. Tenía los ojos cerrados.

Diana la agarró por la cintura y se lanzó hacia la superficie. Durante un momento terrorífico no consiguió discernir la forma de la isla, pero luego las neblinas se abrieron. Nadó hacia delante, sujetando incómodamente con un brazo a la chica contra su pecho, mientras le buscaba el pulso con los dedos. Ahí estaba... Lo notó por debajo de la mandíbula, débil, casi imperceptible, pero ahí estaba. Aunque la chica no respiraba, el corazón seguía latiendo.

Diana dudó. Podía ver las siluetas de Filos y Ecthos, las rocas que marcaban el principio aproximado de la frontera. Las reglas eran claras. La marea mortal de la vida y la muerte era imparable, y no debía alcanzar nunca la isla. No había excepciones. Estaba prohibido llevar a un ser humano a Themyscira, aunque significara salvar una vida. Desobedecer esta regla solo tenía una consecuencia: el exilio.

«Exilio». La palabra era como una losa, un lastre no deseado, un peso insoportable. Cruzar la frontera suponía una falta leve, pero lo que estaba a punto de hacer podía separarla para siempre de la isla, de sus hermanas, de su madre. El mundo parecía demasiado grande, y el mar, demasiado profundo. «Suéltala». Era así de sencillo. Si soltaba ahora a la chica, sería como si Diana no hubiera saltado nunca por el acantilado. Volvería a sentirse ligera, liberada de esa carga.

Pensó en la mano de la chica, en la fuerza feroz de los nudillos, en la determinación acerada de sus ojos antes de que la ola la sumergiera. Notaba el ritmo desigual del pulso de la niña, un tambor lejano, el sonido de un ejército desfilando, un ejército que había combatido con valentía, pero al que se le estaban acabado las fuerzas.

Nadó hacia la orilla.

Al pasar por la frontera sujetó con fuerza a la chica. La neblina se fue disolviendo y la lluvia cesó. Una sensación de calidez le recorrió el cuerpo. Las aguas tranquilas parecían extrañamente inanimadas después de los azotes del mar, que tanto admiraban a Diana.

Cuando sus pies tocaron el fondo arenoso, dejó de nadar y, tras cambiar la mano con la que sostenía a la chica, echó a andar para sacarla del agua. Era escalofriantemente ligera, casi ingrávida. Era como llevar el cuerpo de un gorrión entre las manos. No era raro que el mar se hubiera cebado tanto en esta criatura y en sus compañeros de viaje: parecía temporal, como el molde de un artista de un cuerpo hecho de yeso.

Diana la depositó suavemente sobre la arena y volvió a comprobarle el pulso. Esta vez no sintió el latido del corazón. Sabía que era necesario reanimarle el corazón, sacarle el agua de los pulmones, pero tenía un recuerdo borroso de cómo se hacía. Había estudiado los rudimentos de reanimación de una víctima de ahogamiento, pero nunca había tenido que ponerlos en práctica fuera de la clase. También era posible que aquel día no hubiera prestado demasiada atención. ¿Cuántas

posibilidades había de que una amazona se ahogara, especialmente en las aguas calmadas de Themyscira? Y ahora sus distracciones podían costarle la vida a aquella chica.

«Haz algo», se dijo, intentando pensar más allá del pánico que le invadía. «¿Por qué la has sacado del agua si te vas a quedar aquí sentada mirándola como un conejo asustado?»

Colocó dos dedos sobre el esternón de la joven y luego fue bajando hasta lo que esperaba que fuera el punto adecuado. Juntó las manos y apretó. Notó que los huesos se doblaron bajo sus palmas y retiró las manos de inmediato. ¿De qué estaba hecha aquella chica? ¿De madera de balsa? Parecía menos sólida que los modelos de monumentos del mundo en miniatura que había tenido que construir en clase. Con suavidad, volvió a apretar, una vez y otra. Le cerró la nariz con los dedos, acercó su boca a los labios mortales y fríos, y sopló.

El aire penetró en su pecho y Diana vio cómo se hinchaba, pero esta vez la fuerza excesiva parecía ir bien. De pronto, la joven empezó a toser, y el cuerpo se convulsionó mientras escupía agua salada. La princesa de las amazonas se sentó sobre las rodillas y soltó una breve carcajada. Lo había conseguido. La chica estaba viva.

Tomó consciencia de lo que acababa de hacer. Por todos los perros de Hades, ¡lo había conseguido! La chica estaba viva.

E intentaba incorporarse.

Diana la ayudó pasándole un brazo por la espalda. No podía quedarse allí de rodillas, mirando cómo se retorció sobre la arena como un pez y tampoco podía devolverla al mar. ¿O sí? No. Los mortales se ahogaban con demasiada facilidad.

La joven se agarró a su pecho y tomó aire con una fuerza espasmódica.

—Los otros —jadeó. Tenía los ojos tan abiertos que Diana podía ver el blanco alrededor del iris. Estaba temblando, pero no sabía si era por el frío o por la conmoción—. Tenemos que ayudarlos...

La princesa amazona negó con la cabeza. Si existía algún vestigio de vida en el naufragio, ella no lo había visto. Además, el tiempo pasaba más deprisa en el mundo mortal. Aunque nadara de nuevo al lugar del hundimiento, era seguro que la tormenta ya se habría tragado cualquier cuerpo o resto material.

—Ya no están —dijo, y de inmediato deseó haber elegido las palabras con más delicadeza. La chica abrió la boca y luego la cerró. Su cuerpo temblaba tanto que Diana pensó que se iba a romper. Pero eso era imposible, ¿verdad?

Oteó los acantilados por encima de la playa. Alguien podía haberla visto salir nadando. Estaba segura de que ninguna otra corredora había elegido esta ruta, pero podrían haber visto la explosión y haber acudido a investigar.

—Tengo que sacarte de la playa. ¿Puedes andar? —La chica asintió, pero le rechinaban los dientes y no hizo ningún ademán de levantarse. Los ojos de Diana volvieron a estudiar el acantilado—. En serio, necesito que te levantes.

—Lo estoy intentando.

No parecía que lo estuviera intentando. La amazona buscó entre sus recuerdos todas las cosas que le habían contado sobre los mortales, los aspectos más ligeros: hábitos alimenticios, temperatura del cuerpo, normas culturales. Por desgracia, su madre y sus tutoras estaban más interesadas en lo que Diana llamaba las advertencias funestas: guerra, tortura, genocidio, contaminación ambiental, faltas gramaticales.

La chica que temblaba delante de ella no parecía susceptible de formar parte de la categoría de advertencias funestas. Parecía tener aproximadamente su misma edad, tenía la piel oscura, y el pelo era una maraña de trencitas delgadas y largas que habían quedado cubiertas de arena. Estaba demasiado débil para hacer daño a nadie más que a ella misma. Aun así, para Diana podía representar un gran peligro. Peligro de exilio. Peligro de destierro eterno. Mejor no pensar en ello. Mejor pensar en las clases con Teuta. «Traza un plan. Muchas veces las batallas se pierden porque la gente no sabe qué guerra está librando». Muy bien. La chica no podría caminar una gran distancia en aquel estado. Tal vez eso era una buena noticia, teniendo en cuenta que Diana no tenía dónde llevarla.

Reposó lo que esperaba que fuera una mano reconfortante sobre el hombro de la joven humana.

—Escucha, ya sé que estás muy débil, pero tenemos que intentar salir de la playa.

—¿Por qué?

Diana dudó, y enseguida optó por una respuesta técnicamente cierta, si bien no del todo precisa.

—Va a subir la marea.

Al parecer, funcionó, porque la chica asintió. La amazona se puso en pie y le tendió la mano.

—Estoy bien —dijo la joven, hincando la rodilla y levantándose a continuación.

—Eres tozuda —dijo Diana, con cierto respeto.

La chica había estado a punto de ahogarse, parecía menos sólida que el serrín y estaba hecha polvo, pero no parecía demasiado dispuesta a aceptar ayuda, así que, sin duda, lo que iba a sugerir a continuación no iba a gustarle:

—Tienes que subirte a caballito.

La chica arrugó el entrecejo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que puedas subir el acantilado.

—¿Hay camino?

—No —contestó Diana. Era una pura mentira. Para no discutir, se puso de espaldas. Al cabo de un instante, notó un par de brazos que le rodeaban el cuello. La chica se encaramó de un brinco, y ella le agarró los muslos para colocarla mejor—. Agárrate fuerte.

Los brazos de la joven se cerraron sobre su cuello.

—¡No tan fuerte! —protestó Diana, ahogándose.

—¡Lo siento!

Aflojó un poco.

La princesa de las amazonas salió trotando.

—No corras tanto. Creo que voy a vomitar —gruñó la desconocida.

—¿Vomitara? —Diana repasó sus conocimientos sobre funciones corporales y de inmediato suavizó la marcha—. No lo hagas.

—No me sueltes.

—No pesas más que un par de botas.

Diana se adentró por entre los grandes peñascos que calzaban la base del acantilado.

—Necesito los brazos libres para escalar, así que tendrás que agarrarte también con las piernas.

—¿Escalar?

—El acantilado.

—¿Vas a subirme por la cara del acantilado? ¿Te has vuelto loca?

—Agárrate bien e intenta no estrangularme.

Diana adhirió los dedos a la roca y empezó a distanciarse del suelo antes de que la chica tuviera tiempo de decir nada más.

Avanzaba con rapidez. Era un territorio conocido. Había escalado aquellos riscos en incontables ocasiones desde que había empezado a visitar la costa norte, y cuando tenía doce años había descubierto la cueva a la que se dirigían ahora. Había otras cuevas, más abajo, pero se llenaban de agua cuando subía la marea. Además, el acceso era demasiado fácil, en caso de que alguien sintiera curiosidad.

La chica volvió a gruñir.

—Ya casi hemos llegado —dijo Diana, para animarla.

—Tengo los ojos cerrados.

—Seguramente es lo mejor. Intenta no... ya me entiendes.

—¿Vomitarte encima?

—Sí —dijo Diana—. Eso es.

Las amazonas nunca se mareaban, pero el tema de los vómitos salía en bastantes novelas y en una descripción bastante realista de su libro de anatomía. Por suerte, no había ilustraciones.

Por fin, Diana consiguió llegar al saliente de la roca que señalaba la entrada de la cueva. La chica bajó al suelo y respiró hondo. La cueva era alta, estrecha y sorprendentemente profunda, como si alguien hubiera cortado la roca con un cuchillo de carnicero hasta el centro de la montaña. La superficie brillante de las rocas negras que formaban las paredes estaba perpetuamente húmeda de agua de mar. Cuando era más pequeña, a la princesa le gustaba imaginar que, si seguía caminando, la cueva atravesaría la montaña y saldría a un mundo totalmente diferente. Pero no era así. Solo era una cueva, y seguiría siéndolo por mucho que deseara lo contrario.

Esperó a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad, y siguieron adentrándose.

La vieja manta de caballo continuaba allí, envuelta en un hule y casi seca, aunque un poco mohosa, y también encontró la caja de latón con provisiones.

Pasó la manta por los hombros de la chica, quien preguntó:

—¿No vamos a subir arriba de todo?

—Todavía no. —Diana tenía que regresar al estadio. La carrera debía de estar a punto de terminar y no quería que la gente se preguntara dónde se había metido—. ¿Tienes hambre?

La joven negó con la cabeza.

—Tenemos que llamar a la policía. Búsqueda y rescate.

—Eso es imposible.

—No sé qué ha podido pasar —dijo la chica, que volvía a temblar—. Jasmine y Ray estaban discutiendo con el doctor Ellis, y entonces...

—Hubo una explosión. La vi desde la orilla.

—Ha sido culpa mía. —Las lágrimas le mojaron las mejillas—. Están muertos por mi culpa.

—No digas eso —repuso Diana con amabilidad, sintiendo una oleada de pánico—. Ha sido la tormenta. —Colocó la mano sobre el hombro de la chica—. ¿Cómo te llamas?

—Alia —contestó la joven, escondiendo la cabeza entre los brazos.

—Alia, ahora tengo que irme, pero...

—¡No! No me dejes aquí.

—Tengo que hacerlo. Necesito... buscar ayuda.

Lo que de verdad necesitaba era regresar a Efes y pensar en cómo sacar a Alia de la isla antes de que alguien la descubriera.

La joven la agarró del brazo, y Diana volvió a recordar el modo en que se había aferrado a aquel trozo de casco.

—Por favor, date prisa. Tal vez puedan enviar un helicóptero. Podría haber algún superviviente.

—Volveré en cuanto pueda —prometió Diana, y le dio la caja de latón—. Aquí hay melocotones secos y frutos secos y un poco de agua fresca. No te la bebas de una sola vez.

Alia parpadeó.

—¿De una sola vez? ¿Cuánto tiempo vas a tardar?

—Tal vez unas horas. Volveré en cuanto pueda. Abrígate bien y descansa. —Se levantó—. Y no salgas de la cueva.

La joven la miró. Tenía los ojos oscuros y enfebrecidos, y una mirada temerosa, pero firme. Por primera vez desde que Diana la había sacado del agua, Alia parecía estar viéndola tal como era.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Qué lugar es este?

La princesa amazona no estaba muy segura de cómo responder, y lo único que dijo fue:

—Este es mi hogar.

Volvió a clavar las manos en la roca y salió de la cueva antes de que Alia pudiera preguntar nada más.

«¿Tendría que haberla atado?», se preguntaba Diana mientras escalaba el acantilado, con el sol de mediodía calentándole los hombros tras el frescor de la cueva. No. No disponía de ninguna cuerda, y atar a una chica que había estado a punto de morir no parecía lo correcto. Pero necesitaba tener listas las respuestas para cuando volviera. El naufragio había conmocionado a Alia, pero estaba volviendo en sí, y estaba claro que no era estúpida. No se contentaría con quedarse en la cueva por mucho tiempo.

Alargó la zancada. No tenía sentido ir a Bana-Mighdall para retirar la bandera. Volvería al estadio y se inventaría alguna excusa, pero no podía pensar más allá. Cuanto más se alejaba de los acantilados, más estúpida parecía la decisión que había tomado. Un terror frío y molesto le serpenteaba bajo las costillas. La isla tenía sus propias reglas, sus propias prohibiciones, y cada una tenía su motivo. Nadie podía llevar armas, excepto en los entrenamientos y en las exhibiciones. Las escasas misiones que se permitían fuera de la isla debían ser sancionadas por el Consejo de Amazonas y el oráculo, y solo estaban destinadas a preservar el aislamiento de Themyscira.

Tenía que devolver a Alia al mundo de los mortales tan pronto como fuera posible. Para los humanos, los días pasarían mientras la joven esperaba en la cueva. Era posible que enviaran naves de rescate en busca del barco desaparecido. Si Diana actuaba con suficiente rapidez, tal vez podría transportar a Alia en otra embarcación y hacer que se encontrara con ellos. En el caso de que la chica hablara a las autoridades sobre Themyscira y por casualidad la creyeran, nunca conseguiría encontrar el camino de regreso a la isla.

El rugido grave de un cuerno resonó desde el Efeseo, y Diana notó un agujoneo de decepción. La carrera había terminado. Otra amazona había ganado la corona de laurel que ella había estado tan segura de lucir. «He salvado una vida», se recordó, pero esto apenas la consoló. Si alguien descubría lo de Alia, sería expulsada para siempre de su hogar. De todas las reglas de la isla, la prohibición contra los forasteros era la más sagrada. Solo las Amazonas que se habían ganado el derecho a vivir en Themyscira pertenecían a aquel lugar. Habían muerto gloriosamente en la batalla, demostrando su coraje y su determinación, y si, en el último instante, pedían clemencia a una diosa, cabía la posibilidad de que se les ofreciera una nueva vida,

una vida de paz y honor entre hermanas. Atenea, Chandraghanta, Pele, Banba. Diosas de todo el mundo, guerreras de todas las naciones. Cada amazona se había ganado su lugar en la isla. Todas menos Diana, claro.

El malestar se intensificó en sus entrañas. Tal vez el rescate de Alia no había sido una equivocación, sino algo que figuraba en su destino. Si nunca había pertenecido a la isla, tal vez el exilio era inevitable.

Aceleró el paso al divisar las torres del Efeseo, pero los pies le pesaban. ¿Qué le iba a decir a su madre?

Demasiado pronto, la carretera de tierra dejó paso a los gruesos adoquines de piedra de Istria, blancos y gastados bajo sus pies desnudos. Cuando entró en la ciudad, notó el peso de la gente que la observaba desde los balcones y los jardines abiertos, de los ojos curiosos que seguían su trayecto hasta el estadio. Era uno de los edificios más bonitos de la ciudad, como una corona de piedra blanca y brillante apoyada en unos arcos esbeltos, cada uno de ellos engalanado con el nombre de una campeona.

Diana pasó por debajo del arco dedicado a Pentesilea. Oía los vítores y el repicar de los pies, y, al emerger al estadio iluminado por el sol, lo que vio era peor de lo que había esperado. No solo había perdido. Había sido la última en llegar. Las ganadoras estaban en el podio y la entrega de los laureles ya había comenzado. Naturalmente, Rani había quedado la primera. En su vida anterior había sido corredora de fondo, y seguía siéndolo ahora que era una amazona. Además, a Diana le caía muy bien. Era siempre humilde y amable y se había ofrecido incluso a entrenarla. La princesa amazona se preguntó si no sería algo agotador ser siempre tan maravillosa. Tal vez las heroínas eran así.

Mientras se dirigía al estrado, se obligó a sonreír. Aunque el sol la había ayudado a secarse, era perfectamente consciente de que llevaba la túnica hecha un desastre y el pelo enmarañado por el agua del mar. Tal vez, si fingía que la carrera no tenía importancia, no la tendría. Pero apenas había dado un par de pasos cuando Tek salió de entre la multitud y le pasó un brazo alrededor del cuello.

Diana se puso rígida y luego se odia a sí misma por ello, porque sabía que la consejera se daría cuenta.

—Oh, pequeña Pyxis —canturreó Tek—, ¿te has quedado encallada en el barro?

Un suave murmullo se alzó desde el grupo de mujeres que las rodeaban. Todas habían captado el insulto. Pequeña Pyxis, hecha de barro.

Diana sonrió.

—¿Me has echado de menos, Tek? Tiene que haber alguien más por aquí a quien puedas criticar.

Del gentío llegaron algunas risitas. «Sigue caminando», se dijo Diana. «Mantén la cabeza alta». El problema era que Tek era una general nata. Percibía las debilidades y sabía dónde encontrar exactamente las grietas. «Tienes que dar lo máximo de ti misma o Tek no retrocederá», le había advertido una vez Maeve. «Es prudente

cuando está con Hippolyta, pero algún día serás tú quien ocupará el trono».

«No si Tek se sale con la suya», pensaba Diana.

—No te enfades, Pyxis —dijo Tek—. Siempre hay una próxima vez. Y otra.

Mientras se abría paso entre las espectadoras, la princesa oyó a las amigas de Tek, que se unían al coro.

—Tal vez moverán la línea de meta para la próxima carrera —dijo Otrera.

—¿Por qué no? —respondió Thyra—. Las reglas son diferentes cuando perteneces a la realeza.

Era una pulla directa contra su madre, pero Diana sonrió como si nada en el mundo pudiera molestarla.

—Es increíble que haya gente que no se canse nunca de la misma canción, ¿no es cierto? —dijo mientras subía a grandes zancadas los escalones que conducían al palco real—. Si solo has aprendido un baile, supongo que tienes que seguir bailándolo.

Algunas amazonas del público asintieron con aprobación. Querían una princesa que no se inmutara ante los comentarios mordaces, que defendiera su terreno, que fuera capaz de pelear con las palabras y no con los puños. Al fin y al cabo, ¿qué mal había hecho Tek en realidad? A veces, Diana deseaba que la consejera la desafiara directamente. Ella saldría perdiendo, pero prefería recibir una paliza a fingir de manera constante que las provocaciones y las burlas no le afectaban. Era agotador saber que, cada vez que fallara en algo, alguien estaría allí para recordárselo.

Pero esto no era lo peor. Al menos Tek era honesta con lo que pensaba. Lo más duro era saber que, aunque muchas de las personas que ahora le sonreían fueran amables con ella, aunque le mostraran su lealtad porque era la hija de su amada reina, nunca creerían que ella era digna de caminar entre ellas, y aún menos de llevar la corona. Y tenían razón. Diana era la única amazona que no había nacido amazona.

Si Tek descubría lo de Alia, si sabía lo que había hecho, obtendría todo lo que más deseaba: Diana sería expulsada de la isla, la chica de barro se perdería en el Mundo del Hombre y Tek ya no tendría que desafiar directamente a Hippolyta.

«Pues no lo va a descubrir», se prometió Diana. «Tiene que haber algún modo de sacar a Alia de la isla». Solo necesitaba conseguir una embarcación, meter en ella a la joven y encontrar a algún ser humano al que pudiera entregarla en el otro lado de la frontera.

O también podía decir la verdad. Afrontar el ridículo, un juicio en el mejor de los casos, el exilio inmediato en el peor de ellos. Los dictados de las diosas que habían creado Themyscira no debían tomarse a la ligera, y ninguna ofrenda a Hera ni ninguna oración a Atenea cambiaría lo que ya había hecho. ¿Declararía la madre de Diana en su favor? ¿Ofrecería excusas por el comportamiento de su hija? ¿O se limitaría a seguir el castigo exigido por la ley? Diana no sabía cuál de las dos cosas era peor.

«Ni hablar». Conseguiría un barco.

Subió la escalinata hasta el palco de la reina, perfectamente consciente de que toda la atención había pasado del podio de las vencedoras a ella. La luz se filtraba por el toldo de seda y proyectaba una luz roja y azul sobre la plataforma sombreada. El jazmín caía por las barandas en nubes de aroma dulzón. En Themyscira no había estaciones, pero Hippolyta hacía cambiar los viñedos y las plantas con cada equinoccio y solsticio. «Debemos marcar el tiempo», había dicho a Diana. «Debemos trabajar para mantener nuestra conexión con el mundo mortal. No somos diosas. Hemos de recordar siempre que nacimos mortales».

«No todas», había pensado Diana, pero no dijo nada. A veces parecía que Hippolyta se olvidara del origen de su hija. O tal vez lo hacía a posta. «Las reglas son diferentes cuando perteneces a la realeza».

Diana estaba segura de que su madre la había visto en cuanto había entrado en el estadio, pero ahora Hippolyta se volvió como si la viera por primera vez y le dio la bienvenida con una sonrisa.

Abrió los brazos y la abrazó brevemente. Era lo correcto. Diana había perdido. Si su madre mostraba demasiado cariño, se percibiría como un acto estúpido o inapropiado. Si la trataba con demasiada frialdad, podía ser visto como un rechazo y tener repercusiones a largo plazo. El abrazo fue el que tenía que ser, y nada más, un malabarismo en el filo de la espada de la política. Entonces ¿por qué, igualmente, le escoció en el corazón?

Diana sabía cuál era su papel. Permaneció junto a su madre mientras colocaban las coronas de laurel sobre las cabezas de las vencedoras, sonrió y felicitó a las participantes en la carrera. Pero aquella sensación de frío en el estómago parecía haber alargado sus tentáculos y, a cada minuto que pasaba, la estrujaba con más fuerza. Se forzó a no actuar con nerviosismo y dejó de comprobar a cada minuto la posición del sol en el cielo. Sabía que su madre notaría que le pasaba algo; solo esperaba que culpara su comportamiento a la vergüenza por haber perdido la carrera.

Los juegos iban a continuar a lo largo de toda la tarde, seguidos de una obra de nueva creación en el anfiteatro por la noche. Diana esperaba poder volver antes a la cueva, pero no podía ausentarse del primer festín. Se habían instalado unas mesas largas en los jardines junto al estadio, cargadas de pan caliente, montañas de sepia cocida, carne de venado a tiras, jarras de vino y leche de yegua.

Se obligó a comer un poco de arroz con pescado y movió en círculos por el plato un pastelillo de miel. Era lo que más le gustaba, pero tenía el estómago demasiado lleno de preocupaciones. Notó la mirada interrogativa de Maeve desde la otra punta de la mesa, pero tenía que permanecer junto a su madre. Además, ¿qué iba a decir exactamente a su amiga? «Habría ganado seguro, pero estaba demasiado ocupada incumpliendo la ley divina».

—En Ponto habríamos comido cordero asado —dijo Tek al tiempo que apartaba el venado que tenía en el plato—. Carne de verdad, no esta cosa que sabe tan fuerte.

En la isla no se criaban animales para la matanza. Si alguien quería carne, tenía

que cazarla. No era una regla creada por las diosas ni una condición exigida por la isla, sino una ley de Hippolyta. Valoraba a todos los seres vivos. Tek, sin embargo, valoraba su estómago.

Hippolyta se echó a reír.

—Si no te gusta la carne, bebe más vino.

La consejera alzó la copa y brindaron, y luego juntaron las cabezas, riendo como colegialas. Diana nunca había visto a nadie que hiciera reír a Hippolyta como lo hacía Tek. Habían luchado codo con codo en el mundo de los mortales, habían gobernado juntas, habían discutido juntas, y juntas habían decidido alejarse del Mundo del Hombre. Eran *protá adelfis*, las primeras amazonas de Themyscira, hermanas en todo, menos en la sangre. Tek no odiaba a Hippolyta (Diana estaba bastante segura de que no podía odiarla), solo odiaba el hecho de que la hubiera creado a ella. Hippolyta había creado una vida de la nada. Había dado vida a una niña en Themyscira. Había hecho una amazona, y solo las diosas podían hacer algo semejante.

Una vez, cuando era apenas una niña, se había despertado en la alcoba de palacio y las había oído discutir. Se había levantado de la cama, sintiendo el frío del mármol bajo sus pies, y había caminado sin hacer ruido hasta el jardín de Iolanth.

Era el corazón de la casa, una amplia terraza con gráciles columnas que daba a los jardines de más abajo y a la ciudad. El palacio estaba lleno de objetos que aportaban pistas sobre el mundo que su madre había conocido antes de la isla (una copa de oro, un cáliz negro pintado con mujeres bailando, una silla hecha de fieltro peludo), piezas de un rompecabezas que Diana nunca había sido capaz de completar. Pero el jardín de Iolanth no tenía misterios. Recorría todo el lateral occidental del palacio, estaba abierto por tres de los lados para que siempre lo inundara la luz del sol y el sonido de las fuentes que borboteaban en los jardines inferiores. Las enredaderas se entrelazaban alrededor de las columnas, y la balaustrada estaba acotada por naranjos en macetas que atraían el rumor chismoso de abejas y ruiseñores.

Diana y su madre comían casi siempre allí, en una mesa larga que solía estar atestada de libros escolares, vasos de vino medio llenos, platos de higos o ramos de flores acabadas de cortar. Era allí donde Hippolyta daba la bienvenida a Themyscira a las nuevas amazonas, después de que hubieran sido purificadas, y les explicaba con su voz grave y elegante las reglas de la isla.

Pero cuando estaba con Tek, Hippolyta dejaba de ser la reina digna y benevolente. Tampoco era la madre que Diana conocía, era otra persona, algo salvaje y descuidada, una persona que se encorvaba en la silla y hacía ruidos al reír.

Aquella noche no reía. Recorría la terraza a grandes pasos, con las sedas de su túnica de color azafrán hinchándose tras ella como un estandarte de guerra.

—Es una niña, Tek. No puede ser peligrosa.

—Es un peligro para nuestro modo de vida —dijo la consejera. Estaba sentada en un banco ante la mesa larga, vestida con su ropa de montar, con los codos hincados en la mesa y las piernas estiradas—. Ya conoces la ley. Nada de forasteras.

—No es una forastera. Es una niña pequeña. Fue creada con la tierra de esta misma isla, moldeada con mis propias manos. Ni siquiera ha estado nunca fuera de aquí.

—Hay reglas, Hippolyta. Somos inmortales. No estamos destinadas a concebir, y la isla es para las que hemos conocido los peligros del Mundo del Hombre, las que hemos luchado contra la marea incesante de violencia mortal, las que elegimos dar la espalda a todo aquello. Tú no tenías derecho a tomar esa decisión por Diana.

—Crecerá en un mundo sin conflictos. Caminará sobre una tierra donde nunca se ha derramado sangre.

—Entonces ¿cómo aprenderá a valorarlo? Las diosas no querían esto. Fijaron sus leyes por una razón, y tú las has subvertido.

—¡Las diosas la bendijeron! La dotaron de aliento vital, hicieron que su sangre fluyera por sus venas, le concedieron los dones que posee. —Se sentó al lado de Tek—. Sé razonable. ¿Crees que yo tengo el poder de darle la vida? Sabes que ninguna de nosotras posee ese tipo de magia.

La consejera le tomó de las manos. Sentadas de aquel modo, con las manos cogidas, parecía que estuvieran haciendo un pacto, urdiendo un plan maravilloso.

—Hippolyta —dijo con suavidad—, ¿cuándo conceden las diosas un don como este sin reclamar un precio? Siempre hay un peligro, siempre hay un coste, aunque todavía no lo hayamos visto.

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé. —Tek se levantó, posó las manos sobre la balaustrada y contempló la extensión oscura de ciudad y mar. A Diana le sorprendió ver la cantidad de faroles que todavía estaban encendidos en las casas de abajo, como si fuera la hora indicada para que las adultas discutieran—. Tú nos has puesto en una posición imposible. Esto va a tener un coste, y lo has hecho solo para poder tener algo que pudieras considerar propio.

—Nos pertenece a nosotras, Tek. A todas nosotras.

Hippolyta le posó la mano sobre el brazo y, por un instante, Diana pensó que iban a hacer las paces, pero de pronto la consejera se la quitó de encima.

—Tú tomaste la decisión. Justifícalo como quieras, alteza, pero todas pagaremos el precio.

Ahora Diana observaba cómo las dos mujeres hablaban como si aquella discusión y todas las que siguieron no tuvieran importancia, como si la tortura habitual a la que Tek la sometía fuera un juego divertidísimo. Hippolyta nunca había dado importancia al comportamiento de su consejera ni a su frialdad. Afirmaba que se iría difuminando al ver que los años pasaban sin que ningún desastre se cerniera sobre Themyscira. Pero en realidad las cosas habían empeorado. Diana tenía casi diecisiete años, y el único cambio era que ahora representaba un blanco todavía más fácil para aquella dura amazona.

La joven entrecerró los ojos para mirar el reloj de sol colocado en el centro del

terreno donde se celebraba el banquete. Alia llevaba ya casi tres horas sola en la cueva. No tenía tiempo para preocuparse por Tek. Necesitaba encontrar el modo de conseguir un barco.

Como si le pudiera leer el pensamiento, la consejera de la reina le dirigió una mirada especulativa con los ojos ligeramente entornados y comentó:

—¿Acaso tienes que estar en algún otro lugar, princesa?

Tek veía demasiadas cosas. Tal vez por eso era una líder tan extraordinaria.

—No se me ocurre ninguno —contestó Diana con suavidad—. Pero, si no te conociera, pensaría que tienes ganas de que me vaya.

—Por favor, ¿cómo puedes pensar algo así?

—Ya basta —dijo Hippolyta, haciendo un gesto con la mano, como si pudiese acabar de forma tan simple con una discusión. Y lo logró, ya que los músicos se pusieron a tocar y la mesa del banquete se llenó de canciones y carcajadas.

Diana siguió removiendo la comida dentro del plato y se esforzó en parecer alegre mientras el sol trazaba un arco hacia el oeste. No podía ser la primera en marcharse y arriesgarse a que pareciera enfadada por haber perdido. Por fin, Rani se levantó de la mesa y estiró los brazos y las piernas.

—¿Quién hace una carrera hasta la playa? —preguntó—. ¡A ver quién me pilla!

Muchas amazonas se levantaron de las sillas, chillando y vitoreando, y la siguieron hasta la orilla, a la espera de que empezara la siguiente ronda de competiciones. Diana aprovechó la ocasión para escabullirse hasta la habitación donde la esperaba Maeve. Esta llevaba una túnica ajustada de terciopelo que no podía llamarse vestido y que había combinado con unas sandalias y una diadema de cuentas verdes claras trenzada al pelo rojizo.

—Y yo que pensaba que tal vez echarías de menos los pantalones —dijo Diana cuando Maeve le pasó el brazo por la espalda y se dirigieron al palacio.

—Hay dos cosas que me encantan de este lugar: la falta de lluvia y la inexistencia de propiedades. Dulce Madre de Todas las Cosas Buenas, pensaba que el banquete no se iba a acabar nunca.

—Ya lo sé. Me he sentado enfrente de Tek.

—¿Ha sido horrible?

—No más de lo habitual. Creo que se ha comportado porque estaba con mi madre y con Rani.

—Es difícil ser mezquina cuando estás con Rani. Con ella siempre tienes la sensación de que deberías dedicar tu tiempo a mejorar como persona.

—O a grabar su perfil en una moneda. —Pasaron por debajo de una columnata que daba a los viñedos retorcidos—. Maeve —empezó Diana fingiendo la máxima despreocupación—, ¿sabes si el Consejo ha mencionado si tiene prevista alguna misión en el horizonte?

—No vuelvas a empezar.

—Solo era una pregunta.

—Aunque, por un casual, fuera así, tu madre nunca te dejaría ir.

—No puede tenerme aquí encerrada eternamente.

—Lo cierto es que sí que puede. Es la reina, ¿recuerdas? —Diana hizo una mueca, pero su amiga continuó—. Va a utilizar cualquier excusa para que no vayas a ninguna parte, y hoy le has dado una muy buena. ¿Qué ha pasado? ¿Qué problema ha habido?

La princesa dudó. No quería mentir a Maeve. No quería mentir a nadie. Aun así, si compartía el secreto con su amiga, esta se vería obligada a revelar el delito de Diana o bien a guardarle el secreto y arriesgarse ella misma al exilio.

—Había unas rocas que bloqueaban la ruta del norte —contestó—. Algún tipo de deslizamiento de tierras.

Maeve frunció el ceño.

—¿Un deslizamiento de tierras? ¿Crees que te ha seguido alguien? ¿Que alguien conocía tu ruta?

—No estarás sugiriendo que ha habido un sabotaje. Tek no sería capaz de...

—¿Seguro que no?

«No», pensó Diana, pero no lo dijo. «Tek no cree que tenga que sabotearme. Cree que fracasaré yo sola». Y así se lo había demostrado ese día...

—Escucha —dijo Maeve mientras la sujetaba de los hombros—. Habrá otras carreras y...

De pronto, dio un tirón al brazo de Diana. Puso los ojos en blanco y empezó a tambalearse.

—¡Maeve! —exclamó Diana. Su amiga cayó de rodillas. Diana le pasó un brazo por la cintura para sostenerla. La piel de su amiga tenía un tacto extraño. Estaba demasiado caliente.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—No lo sé —jadeó, y luego dobló el cuerpo y soltó un aullido de dolor. Un segundo más tarde, Diana notó el eco de su angustia. Todas las amazonas estaban conectadas por la sangre, incluso ella, a través de su madre. Cuando una de ellas sentía dolor, todas lo compartían.

Algunas mujeres ya llegaban corriendo, con Tek al frente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la consejera real, al tiempo que ayudaba a Maeve a ponerse de pie.

—Nada —contestó Diana, llena de temor—. Estábamos hablando y...

—Por los perros del infierno —profirió Tek—. Está ardiendo de fiebre.

—¿Una infección? —preguntó Thyra.

La princesa negó con la cabeza.

—No tiene heridas.

—¿Podría ser algo que haya comido? —propuso Otrera.

Tek se echó a reír.

—¿En el banquete? No seas absurda. Maeve, ¿has salido al bosque hoy? ¿Has

comido algo? ¿Setas? ¿Bayas?

La joven negó con la cabeza. Su cuerpo se convulsionó con un sollozo hiriente.

—Metámosla en la cama e intentemos bajarle la temperatura —dijo la consejera de la reina—. Id a por agua y a por hielo a las cocinas. Thyra, ve a buscar a Yijun. Tiene experiencia como médico de campo. Llevaremos a Maeve al dormitorio de palacio.

—Ahora vive en el Caminus —dijo la princesa.

Las nuevas amazonas pasaban los primeros años en el dormitorio adyacente al palacio, hasta que elegían en qué parte de la ciudad querían vivir. Diana había visitado el nuevo alojamiento de su amiga apenas unos días antes.

—Si es contagioso, tendremos que aislarla. El dormitorio de palacio está vacío, y será fácil ponerlo en cuarentena.

—¿Contagioso? —dijo Otrera, horrorizada.

—Ve —ordenó Tek.

Thyra corrió a buscar al médico, y Diana voló a las cocinas de palacio a por hielo. Cuando regresó al dormitorio, Maeve estaba acurrucada bajo una fina sábana, temblando. Colocó la bolsa de hielo junto a la cama y contempló impotente a su amiga.

—¿Qué le pasa?

—Tiene fiebre —dijo Tek con voz sombría—. Está enferma.

No podía ser cierto. No era posible.

—Las amazonas no se ponen enfermas.

—Pues lo está —le soltó Tek.

Thyra entró a toda prisa en la habitación, con el pelo dorado revoloteando.

—El médico está de camino, pero se han declarado dos alarmas más en la ciudad.

—¿De fiebre? ¿Han participado en el banquete?

—No lo sé, pero...

De pronto, pareció que la habitación entera se movía. Las paredes temblaron, y el suelo se alzó como una bestia que se despierta de un sueño profundo. La jarra de agua se inclinó y cayó sobre las baldosas. Thyra se estampó contra la pared y Diana tuvo que agarrarse al quicio de la puerta para no caerse.

El temblor cesó tan rápido como había comenzado. Las únicas señales de lo que había pasado eran la jarra rota y las lámparas que seguían balanceándose en los ganchos.

—¡Por las trenzas de Freyja! —exclamó Thyra—. ¿Qué ha sido eso?

La expresión de Tek era sombría.

—Un terremoto.

—¿Aquí? —dijo Thyra, incrédula.

—Tengo que hablar con la reina —dijo la consejera—. Esperad al médico.

Salió a grandes zancadas de la habitación, aplastando con las botas los pedazos de cristal y de hielo.

Diana desplegó una manta y cubrió con ella a su amiga. Luego le retiró el pelo rojo de la cara. Bajo las pecas, su piel estaba demasiado blanca, y los ojos se movían inquietos tras los párpados pálidos. «Contagio», «cuarentena», «terremoto». Todo ello era ajeno a Themyscira. ¿Y si Alia era quien había traído tales desgracias a su isla? ¿Y si Diana era la responsable de que su gente tuviera que usar esas tristes expresiones?

Ningún mortal debía poner el pie en Themyscira. La ley era clara. En toda la historia de las Amazonas, solo dos mujeres se habían atrevido a violarla. Kahina había traído a una niña mortal de una misión, desesperada por salvarla de la muerte en el campo de batalla. Había suplicado que le permitieran criar a la pequeña en la isla, pero al final ambas habían sido exiliadas al Mundo del Hombre. La segunda fue Nessa, que había tratado de introducir en secreto a su amante mortal a bordo de un barco, cuando regresaba a Themyscira.

De niña, Diana solía pedir que le contaran la historia de Nessa una y otra vez, y siempre se revolvió en la cama, esperando con ansiedad oír el horrible final, la imagen de Nessa plantada en la orilla, despojada de su armadura, mientras la tierra temblaba y los vientos aullaban de tan enfadada que estaba la isla, de tan airadas que estaban las diosas. Diana recordaba a la perfección el último fragmento de la historia, tal como la relataba la poeta Evandre:

Una por una, sus hermanas le dieron la espalda como debían, y, aunque lloraron, las lágrimas saladas no hicieron mella en el mar. Así, Nessa pasó de la compasión a las neblinas, y de ahí a las tierras lejanas, donde los hombres respiran la guerra como si fuera aire, y la vida es como el aleteo de una polilla, apenas visible, apenas comprendido antes de desvanecerse. ¿Qué podemos decir de su sufrimiento, excepto que fue breve?

Diana sentía un escalofrío cada vez que escuchaba estas palabras. Había observado las polillas que se concentraban alrededor de las lámparas de la terraza de su madre y había intentado fijar la mirada en el borrón de sus alas. Visto y no visto. Así de rápido. Pero ahora eran otras las palabras de Evandre que recordaba, con la sensación terrible de que las comprendía por fin: «La tierra temblaba y los vientos aullaban de tan enfadada que estaba la isla, de tan airadas que estaban las diosas». Al rescatar a Alia, había creído que el riesgo que tomaba le concernía solo a ella, no a sus hermanas, no a Maeve.

Apretó la mano de su amiga.

—Volveré —le susurró.

Salió a toda prisa por la puerta y corrió por la zona de columnas que conectaba el dormitorio con el palacio.

—¡Tek! —llamó, corriendo para alcanzarla.

Cuando la consejera real se volvió, se produjo otro temblor. Diana se escoró hacia una columna y se dio un doloroso golpe en el hombro contra la piedra. Tek apenas

aminoró el paso.

—Vuelve con tu amiga —le dijo, pero Diana la siguió escaleras arriba hasta llegar a los aposentos de la reina.

—Tek, ¿qué está provocando todo esto?

—No lo sé. Hay algún desequilibrio.

La mujer irrumpió en las habitaciones superiores de los aposentos reales sin vacilar. Hippolyta estaba sentada ante la mesa larga, hablando con una de sus corredoras, una chica de pies ligeros llamada Saaba, y alzó la vista cuando entraron.

—Ya lo sé, Tek —dijo—. He hecho venir a una corredora en cuanto se produjo el primer terremoto. —Dobló el mensaje que había escrito, lo selló con cera roja y lo marcó con su anillo—. Corre a Bana-Mighdall tan rápido como puedas, pero ten cuidado. Algo extraño sucede en la isla.

La corredora desapareció por las escaleras.

—Hay por lo menos tres enfermas —informó Tek.

—¿Estás segura de que se trata de eso? —preguntó Hippolyta.

—Yo misma he visto a una de las víctimas.

—Maeve —añadió Diana.

—Tal vez esté afectando primero a las amazonas más jóvenes —dijo Hippolyta.

—No a todas —murmuró Tek, mirando de soslayo a Diana.

Pero la reina estaba concentrada, con la vista perdida en el mar occidental. Suspiró y dijo:

—Tendremos que consultar al oráculo.

Diana notó un pinchazo en el estómago. El oráculo. Entonces no habría escapatoria.

Tek asintió, con una expresión de resignación en el rostro. Consultar al oráculo no era una decisión nimia. Exigía un sacrificio, y si el oráculo creía insuficiente el tributo de las amazonas, era capaz de infringir toda clase de castigos.

—Encenderé las hogueras de señalización para reunir al Consejo —dijo Tek, y salió sin añadir nada más.

Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Diana siguió a Hippolyta a sus aposentos.

—Madre...

—Si cabalgan deprisa, los miembros del Consejo pueden llegar en menos de una hora —dijo Hippolyta. Algunas de ellas vivían en el Efeseo o en Bana-Mighdall, pero otras preferían las partes más aisladas de la isla, y se enterarían por las hogueras.

La reina se despojó de la ropa cómoda de montar y de la diadema de plata que había lucido en el estadio, y al cabo de un instante salió del vestidor ataviada con unas sedas del color púrpura intenso de las ciruelas maduras, el hombro derecho cubierto por una hombrera de metal dorado y malla de escamas brillante. La armadura era puramente ornamental, el tipo de atuendo que solo utilizaba para los asuntos de Estado. O para las reuniones de emergencia del Consejo.

—¿Me ayudas a recogerme el pelo? —dijo Hippolyta. Se sentó delante del gran espejo y eligió una diadema de oro tachonada con pesados pedazos de amatista en bruto de una caja con el interior revestido de terciopelo.

A Diana le parecía raro encontrarse allí trenzando los cabellos azabache de su madre mientras el mundo que las rodeaba podía estar desmoronándose, pero una reina tenía que parecer una reina ante su pueblo.

Se armó de valor. Tenía que hablar a su madre de Alia. No podía permitir que se presentara a la reunión del Consejo sin saberlo. Tal vez la joven humana no era la responsable de lo que estaba pasando. Podría ser alguna perturbación en el Mundo del Hombre. Algo. Cualquiera cosa. Pero Diana no lo creía. Cuando el Consejo consultara al oráculo, Alia sería descubierta, y ella iría directa al exilio. Su madre quedaría en una posición de debilidad por ser demasiado indulgente. No todo el mundo amaba a Hippolyta como Tek, y no todo el mundo creía que las Amazonas debían ser gobernadas por una reina.

—Madre, hoy, durante la carrera...

Los ojos de Hippolyta se encontraron con los de Diana en el espejo, y la reina le apretó la mano con suavidad.

—Hablaremos de ello más tarde. Pero no debes avergonzarte por haber perdido.

Aquello no era cierto ni de lejos, pero la joven dijo:

—No se trata de eso.

Hippolyta se colocó dos amatistas más en los lóbulos de las orejas.

—Diana, no te puedes permitir más derrotas como esta. Yo ya pensaba que no ganarías...

—¿En serio?

No podía soportar el dolor que se esparcía por todo su cuerpo, el tono de sorpresa que oía en su propia voz.

—Claro que no. Todavía eres joven. No eres tan fuerte ni tan experimentada como las otras. Esperaba que quedaras bien clasificada o que por lo menos...

—¿Que por lo menos no te humillara?

Hippolyta alzó una ceja.

—Es preciso algo más que una derrota en una carrera para dejar en evidencia a una reina, Diana. Pero no estabas preparada, y eso significa que tendrás que trabajar todavía más duro para ponerte a prueba en el futuro.

El modo en que su madre evaluaba sus posibilidades era igual que el abrazo medido que le había dado en la plataforma, igual de práctico, igual de doloroso.

—Sí que estabas preparada —dijo ella con tozudez.

Hippolyta le dirigió una mirada tan amable, cariñosa y llena de compasión que a Diana le entraron ganas de gritar.

—El resultado habla por sí mismo. Ya llegará tu momento.

Pero no llegaría. No, si nunca le daban una oportunidad. No, si ni siquiera su madre la creía capaz de ganar una estúpida carrera. Y luego estaba Alia...

—Madre —volvió a intentarlo Diana.

Pero Hippolyta ya estaba saliendo a toda velocidad de sus aposentos. La luz de las lámparas hacía saltar chispas del oro de su armadura. La tierra tembló, pero sus pasos apenas se alteraron, como si hasta su zancada proclamara: «Soy reina y amazona; tierra, haces bien en temblar».

Diana se vio reflejada en el espejo. Una chica con el pelo oscuro y la ropa andrajosa, los ojos azules llenos de preocupación, los dientes mordiendo el labio inferior, como un actor que se retuerce las manos en la escena culminante de una tragedia. Cuadró los hombros y alzó la barbilla. Tal vez no fuera una reina, pero las Amazonas que formaban el Consejo no eran las únicas que podían hacer una petición al oráculo. «Soy la princesa de Themyscira», dijo a la chiquilla del espejo. «Hallaré mis propias respuestas».

Diana corrió a su habitación para cambiarse de ropa y llenar una mochila de viaje con una manta, cuerda, una linterna y pedernal, y los vendajes enrollados que usaba para las manos cuando boxeaba. Funcionarían bien como vendas si no había más remedio. Habían pasado cuatro horas desde que había dejado a Alia en la cueva. La chica debía de estar aterrorizada. «Por la corona de Hera, ¿y si intenta bajar el precipicio?» Hizo una mueca al pensarlo. Esa chica tenía menos sustancia que una bolsa de leña para prender. Si intentaba salir de la cueva, solo conseguiría lastimarse. Pero no había tiempo para regresar a los acantilados. Si quería arreglar aquel entuerto, necesitaba hablar con el oráculo antes de que lo hiciera el Consejo.

Abrió una caja verde de esmalte que guardaba junto a la cama, y luego dudó. Nunca había ido a ver al oráculo, pero sabía que era peligroso. Tenía la capacidad de ver lo más profundo del corazón de una amazona y lo que iba a pasar en el futuro. En el humo del fuego ritual, seguía miles de vidas a lo largo de miles de años, observando el modo en que avanzaban las corrientes y lo que se podía hacer para alterar su curso. El acceso a sus predicciones siempre tenía un coste muy alto. Lo importante era acudir con una ofrenda que pudiera complacerle, algo personal, que fuera esencial para la suplicante.

La caja verde de esmalte contenía sus objetos más queridos. Lo metió todo en la mochila y bajó corriendo por las escaleras. Durante el banquete había ido guardándose comida en el bolsillo, pero se detuvo en la cocina para coger un odre lleno de vino caliente con especias. Aunque las cocinas solían ser un lugar caótico y ajetreado, ese día el personal trabajaba con una sombría determinación y unos aromas extraños se alzaban en nubes de vapor desde las cacerolas.

—Corteza de sauce —dijo una de las cocineras cuando Diana destapó un recipiente para ver lo que había—. Estamos extrayendo ácido salicílico para bajar las fiebres. —Le pasó el odre de piel de cabra—. Dile a Maeve que esperamos que se recupere pronto.

—Gracias —se limitó a decir la princesa. No quería seguir sumando mentiras a la lista de aquel día.

Las calles de la ciudad estaban llenas de ruido y de bullicio. La gente corría de un lado a otro con alimentos, medicinas y provisiones para reparar los edificios dañados

por los temblores. Diana se puso la capucha. Sabía que su lugar estaba en medio de todo aquello, ayudando a las demás, pero, si sus sospechas sobre Alia eran correctas, la única solución era sacarla de la isla lo antes posible.

Un vistazo al puerto le bastó para saber que robar una barca iba a ser casi imposible. El viento se había convertido en un auténtico vendaval, y el cielo se había puesto de color pizarra. Los muelles hervían de amazonas que intentaban asegurar la flota antes de que la tormenta descargara con todas sus fuerzas.

Salió de la ciudad por la carretera del este, el camino más directo para dirigirse al templo del oráculo. Estaba flanqueado por bosquecillos de olivos, y, cuando se hubo refugiado en ellos, echó a correr lo más rápido que pudo.

Pronto dejó atrás los olivares, atravesó viñedos y ordenadas hileras de melocotoneros con sus frutos, y pasó por las colinas bajas que bordeaban el pantano que ocupaba el centro de la isla.

Cuanto más se acercaba al pantano, más intranquila estaba. El pantano descansaba a la sombra del monte Ptolema y era el único lugar de la isla que se encontraba en un estado de sombra casi permanente. Diana nunca se había aventurado en él. Se contaban historias sobre amazonas que habían penetrado en sus profundidades para visitar al oráculo y habían salido llorando o completamente locas. Cuando Clarissa había pedido audiencia en el templo, había vuelto a la ciudad farfullando y temblando, con los vasos sanguíneos de ambos ojos rotos y las uñas totalmente roídas. Nunca había contado lo que había visto, pero, a día de hoy, Clarissa (una ruda soldado que gustaba de entrar en la batalla armada solamente con un hacha y su coraje) todavía seguía durmiendo con una lámpara encendida al lado de la cama.

La joven temblaba cuando penetró en las sombras de los árboles del pantano, decorados con velos de musgo como si fueran asistentes a un funeral; las raíces expuestas, enormes y retorcidas, proyectando sombras siniestras sobre las aguas turbias. No se oía el ruido de la tormenta que se acercaba, ni el trino familiar de ningún pájaro, ni siquiera el viento. El pantano tenía su propia y siniestra música: el salpicar del agua cuando algún ser con la espalda jorobada rompía la superficie y se desvanecía con el aleteo de su larga cola, el rumor de los insectos, los susurros que se alzaban y desaparecían sin razón aparente. Oyó que alguien pronunciaba su nombre, como un aliento helado junto a su oído. Pero cuando se volvió, con el corazón retumbando, no había nadie. Vislumbró algo con las piernas largas y peludas que se escabullía hacia una rama cercana y aceleró el paso.

Diana siguió avanzando hacia lo que esperaba que fuera el este, adentrándose en el pantano a medida que la oscuridad iba ganando terreno. Estaba convencida de que alguien la seguía, tal vez diversos seres a la vez. Oía el rumor de unas piernas que crepitaban por encima de su cabeza. A su izquierda, pudo ver el brillo de lo que podían ser unos ojos negros y brillantes entre unas guirnaldas colgantes de musgo nudoso.

«Aquí no hay nada que temer», se dijo, y casi pudo oír la carcajada grave y gorjeante del pantano.

Sintió un escalofrío, pasó por entre una cortina de enredaderas ligadas por racimos lechosos de telarañas y se detuvo. Había imaginado que el templo del oráculo sería como los edificios abovedados que ilustraban sus libros de historia, pero en realidad se enfrentaba a un denso matorral de raíces de árboles, una barricada tejida de ramas que se alzaba alta y ancha como el muro de una fortaleza. Era difícil decir si aquel muro había sido construido o si simplemente había crecido desde el pantano. En el centro había una abertura, una boca abierta de una oscuridad más profunda y negra que cualquier cielo sin estrellas. De ahí emanaba un rumor grave y discordante, el murmullo hambriento de un enjambre, un nido de avispas a punto de reventar.

Se armó de valor, se ajustó la mochila y tomó el camino de piedras negras y húmedas que conducía a la entrada, saltando de una a otra por encima de unas aguas del color gris mate de un espejo emborronado, resbalando con las sandalias sobre la superficie brillante.

Al acercarse a la entrada, el aire era extrañamente espeso. Se adhería con fuerza a su piel, húmedo, y resultaba desagradablemente caliente, mojado como la lengua colgante de un animal. Encendió la linterna que llevaba colgando de la mochila, tomó aliento y entró.

Al instante la lámpara se apagó. Diana oyó unos susurros a su espalda y se volvió: el nudo de raíces se estaba cerrando sobre la boca del túnel. Corrió hacia la entrada, pero era demasiado tarde. Estaba sola en la oscuridad.

El corazón le latía a toda velocidad. Sobre el vibrante murmullo de los insectos, oía las enredaderas y las raíces que se mecían a su alrededor, y de pronto se convenció de que iban a cerrarse simplemente, atrapándola para siempre en aquel muro enmarañado.

Se obligó a seguir hacia delante, con las manos extendidas ante sí. Su madre no tendría miedo de unas cuantas ramas. Y sin duda Tek dirigiría una mirada exterminadora a aquellas raíces y, literalmente, las aniquilaría.

El susurro se volvió más fuerte y más humano, como un suspiro, un sonido agudo que subía y bajaba como el llanto de un niño. «No tengo miedo. Soy una amazona y no hay nada que temer en esta isla». Pero aquel lugar parecía más antiguo que la isla. Parecía más antiguo que cualquier otra cosa.

Gradualmente, se dio cuenta de que el túnel se elevaba en una ligera cuesta y de que podía ver las sombras borrosas de sus propias manos, la textura tejida de raíces de las paredes. En algún lugar, más adelante, había luz.

El túnel desembocaba en una habitación redonda, con el techo abierto al cielo. Diana había salido a última hora de la tarde, pero el firmamento que ahora contemplaba era negro y estaba lleno de estrellas. Le entró el pánico: tal vez, dentro del túnel, había perdido la noción del tiempo, pero luego se dio cuenta de que las

constelaciones que tenía encima estaban mal colocadas. Fuera cual fuera el cielo que estaba viendo, no era el suyo.

Las paredes espinosas sostenían antorchas encendidas con llamas plateadas que no daban calor, y un foso de agua clara resonaba por todo el perímetro de la habitación. En el centro, en un círculo de piedra perfectamente plano, una mujer cubierta con un manto estaba sentada junto a un brasero de bronce que colgaba de un trípode que había junto a una delicada cadena. En el brasero, un fuego de verdad quemaba con un color naranja intenso y mandaba una columna de humo hacia el cielo estrellado.

La mujer se levantó y la capucha le cayó hacia atrás, dejando al descubierto un pelo cobrizo y una piel pecosa.

—¡Maeve! —gritó Diana.

El rostro del oráculo cambió. Ahora era una niña de ojos grandes, luego una bruja marchita, después Hippolyta con sus pendientes de amatista. Ahora era un monstruo con colmillos negros y ojos como ópalos, luego una belleza deslumbrante, con la nariz recta y los labios gruesos enmarcados por un yelmo dorado. Dio un paso adelante; las sombras cambiaron de lugar. Ahora era Tek, pero una Tek envejecida. Tenía la piel oscura y arrugada y las sienes grises. Diana hubiera querido correr y correr. Se quedó donde estaba.

—Hija de la Tierra —dijo el oráculo—, haz tu ofrenda.

La joven hizo un esfuerzo para no encogerse de dolor. «Hija de la Tierra. Nacida del barro». ¿Habría dicho el oráculo estas palabras como un insulto? No tenía importancia. Había ido a aquel lugar por un motivo concreto.

Dejó la mochila en el suelo y sacó la caja de esmalte verde. Su mano flotó sobre el peine de jade que Maeve le había regalado en su último cumpleaños; un leopardo de cornalina, el pequeño talismán que había llevado durante años en el bolsillo, con la espalda arqueada en el punto que ella frotaba con el pulgar para que le diera suerte; y un tapiz de los planetas tal como habían aparecido en la hora de su nacimiento. Era un trabajo tosco y lleno de errores. Su madre y ella lo habían hecho juntas, y Diana, ansiosa por pasar más tiempo con Hippolyta, sacaba todas las noches varias hileras, con la esperanza de que siguieran trabajando eternamente en el proyecto. Tocó el forro de la caja, y los dedos se cerraron alrededor del objeto que buscaba.

Miró al foso. No había ningún camino a la vista para cruzarlo, pero no iba a pedir instrucciones. Había oído hablar lo suficiente sobre el oráculo para saber que, si el sacrificio era aceptado, solo tendría derecho a tres preguntas y ninguna más.

Entró en el agua. Pudo ver su propio pie al cruzarla, la piel más pálida bajo la superficie, pero apenas sintió nada. Tal vez el río era una mera ilusión. Cruzó hasta la isla de piedra. Cuando posó el pie sobre la roca suave, el murmullo de voces se apagó como si hubiera entrado en el ojo de un huracán.

Tendió la mano, esperando que se mantuviera firme (no quería temblar ante el oráculo), y abrió los dedos, descubriendo la punta de flecha de hierro. Era lo bastante

grande para cubrir la mayor parte de la palma, y estaba pulida hasta un punto de crueldad, con la punta y las fisuras tintadas de un rojo tan oscuro que a la luz glacial de las antorchas parecía negra.

La carcajada del oráculo fue tan seca como el crepitar de una hoguera.

—¿Me traes un regalo que desprecias?

Diana se retorció de impresión, cerró la mano para proteger la punta de flecha y se la llevó al corazón.

—Eso no es verdad.

—Yo solo digo la verdad. Tal vez tú no estés preparada para oírla. —La joven volvió la vista a la mochila, dudando de si debía intentar darle otra ofrenda—. No, Hija de la Tierra. No quiero tus joyas ni tus baratijas de niña. Aceptaré la flecha que mató a tu madre. Por mucho que desprecies un objeto, aun así puedes valorarlo, y la sangre de una reina no es un obsequio insignificante.

A regañadientes, Diana se la volvió a ofrecer. El oráculo le arrebató la punta de flecha ensangrentada de la palma de la mano. Había cambiado de rostro. Volvía a ser Hippolyta, pero esta vez no llevaba el cabello negro recogido en trenzas, sino que los rizos le caían sobre los hombros y vestía una túnica blanca bordada en oro. Estaba tal como ella la recordaba el día en que su madre la había encontrado llorando en los establos tras oír por casualidad la conversación de dos amazonas después de montar a caballo. «Han dicho que soy un monstruo», le había contado a su madre. «Han dicho que estoy hecha de barro». Su madre le había secado las lágrimas con la manga de la túnica, y aquella noche le había regalado la punta de flecha.

Ahora el oráculo hablaba con la voz de Hippolyta, y las palabras eran las mismas que había pronunciado sentada a la luz de la lámpara, junto a la cama de Diana. «No hay nada positivo en haber nacido mortal. No es necesario que conozcas el dolor de lo que significa ser humana. De entre todas nosotras, solo tú desconocerás el dolor de la muerte».

Por entonces, estas palabras habían significado muy poco para Diana, pero nunca las había olvidado, y nunca había podido explicarse por qué sentía tanto apego por la punta de flecha. Su madre se la había dado como advertencia, como recordatorio del valor de la vida que le había sido dada. Pero para ella había sido el objeto que la conectaba con un mundo desconocido, aunque fuera mediante algo tan horripilante como la sangre de su madre.

El oráculo volvía a exhibir el rostro de una Tek envejecida. Tiró la punta de lanza al brasero, y una ducha de chispas de tonalidades anaranjadas salió disparada hacia el cielo.

—Hoy me traes ofrendas de muerte —dijo el oráculo—. También has traído la muerte a nuestras costas.

Diana alzó rápidamente la cabeza.

—¿Sabes lo de Alia?

—¿Es esa tu primera pregunta?

—¡No! —se apresuró a decir Diana. Tendría que ser más inteligente.

—La tierra tiembla. El tallo que nunca se marchita se está cansando.

—Todo por culpa mía —dijo la joven princesa, desesperada—. Todo por culpa de Alia.

—Y de aquellos que vinieron antes de ella. Formula tus preguntas, Hija de la Tierra.

En su fuero interno, había albergado la esperanza de estar equivocada, de que el rescate de Alia y los desastres que se habían desencadenado en Themyscira fueran una simple coincidencia. Pero ahora ya no podía seguir huyendo de lo que había hecho y de los problemas que había provocado. Si quería arreglar las cosas, tendría que elegir las preguntas con mucho cuidado.

—¿Cómo puedo salvar Themyscira?

—No hagas nada. —El oráculo agitó la mano y el humo que sobrevolaba el brasero trazó un arco sobre el foso. Al otro lado del arco, Diana vio una figura que le devolvía la mirada desde el agua. Era Alia. Se dio cuenta de que estaba viendo el interior de la cueva en la pared del acantilado. Estaba acurrucada bajo la manta, temblando, con los ojos cerrados y la frente húmeda de sudor.

—Pero no parece herida... —dijo la joven.

—La isla la está envenenando tal como ella está envenenando a la isla. Pero Themyscira es más antigua y más fuerte. La chica morirá, y con ella desaparecerá la contaminación del mundo mortal. La mayoría de tus hermanas sobrevivirá y recuperará la salud. La ciudad se puede reconstruir. La isla puede ser purificada una vez más.

«¿La mayoría sobrevivirá? ¿Sobrevivirá Maeve?» A Diana le ardían las palabras en la lengua, suplicando ser pronunciadas.

—No lo entiendo —dijo; intentó no formular ninguna pregunta—. Yo no estoy enferma, y Alia estaba bien cuando la dejé.

—Tú eres de la isla, naciste incorrupta, *athanatos*, inmortal. No enfermarás como tus hermanas, y tu proximidad puede prolongar la vida de la chica, tal vez pueda incluso consolarla, pero no podrá curarla. Ella morirá, y la isla vivirá. Las cosas serán como deben ser.

—No —dijo Diana, sorprendida ante la ira de su voz—. ¿Cómo puedo salvar la vida de Alia?

Había gastado la segunda pregunta.

—No debes hacerlo.

—Eso no es una respuesta.

—Entonces llámala por el nombre que recibieron sus ancestros, *haptandra*, la mano de la guerra. Mira el humo y conoce la verdad de lo que es.

Una vez más, una nube de humo emergió del brasero y se esparció sobre el agua, pero esta vez, cuando Diana la miró, tuvo la sensación de verse envuelta por una llama. Estaba plantada en medio de un campo de batalla, rodeada de soldados caídos,

con los cuerpos esparcidos sobre un paisaje en ruinas, los miembros inertes como pequeños troncos sobre la orilla de arena negra. Hizo una mueca al ver que se aproximaba rugiendo un enorme vehículo acorazado, una máquina de guerra como las que había visto en los libros, que aplastaba los cuerpos bajo sus rodaduras. A lo lejos oyó un traqueteo de explosiones que se sucedían.

Cuando los ojos se hubieron acostumbrado al horror que la rodeaba, un gemido de desesperación salió de sus labios. Allí, a apenas unos metros de distancia, yacía Maeve, con el corazón perforado por una espada, fijada en el suelo como un insecto pálido. Los cadáveres que rodeaban a Diana eran de amazonas. Vio una mata de pelo negro: era su madre, con la armadura de batalla destrozada, y el cadáver abandonado como si fuera basura.

Oyó un grito de guerra y se volvió, haciendo ademán de sacar un arma que no tenía. Vio a Tek, con el cuerpo cubierto de sudor, los ojos brillantes por la batalla, enfrentándose a una especie de monstruo de los que salían en los cuentos, medio hombre, medio chacal. Las mandíbulas del chacal se cernían sobre la garganta de la consejera real y la agitaban como una muñeca, hasta que la tiraron a un lado. Tek se desplomó, con la sangre brotando de la yugular cortada. Miraba fijamente a Diana, con ojos acusadores.

—Hija de la Tierra.

La joven jadeó, le costaba respirar. La imagen se aclaró y vio su propio rostro reflejado en el agua, con las mejillas llenas de lágrimas.

—Me estás llenando de sal el estanque de adivinación —dijo el oráculo.

Diana se limpió las lágrimas de la cara.

—No puede ser. He visto monstruos. He visto a mis hermanas...

—Alia no es una chica normal. Está contaminada por la muerte.

—Todos los mortales lo están —objetó ella. ¿Qué tenía Alia de distinto? La isla la había rechazado como hubiera rechazado cualquier presencia humana. Si conseguía alejarla de Themyscira, todo volvería a la normalidad.

—Ella no acarrea su propia muerte, sino la muerte del mundo. ¿Crees que fue la casualidad la que llevó a su barco tan cerca de nuestras costas? Alia es una Warbringer, nacida del mismo linaje que Helena, que a su vez fue engendrada por Némesis.

—¿Helena? ¿No será Helena de...?

—Diez años duró la guerra de Troya. No se salvó ningún dios. Ningún héroe. Ninguna amazona. Así será mientras Alia siga viva. Es haptandra. Allí donde vaya, habrá conflictos. Con cada aliento, nos acerca más al Armagedón.

—Pero fue la belleza de Helena lo que provocó la guerra.

El oráculo cortó el aire con la mano de modo despectivo y las antorchas parpadearon.

—¿Quién cuenta esas historias, esos cuentos sobre diosas vengativas que apuestan con vidas humanas por vanidad? Por supuesto que los hombres creen que el

poder de una mujer debe residir en la perfección de sus rasgos, en la esbeltez de sus miembros, pero tú sabes que no es así, Hija de la Tierra. La sangre de Helena conllevaba la guerra, y en su decimoséptimo año esos poderes alcanzaron su punto álgido. Lo mismo ha sucedido con todas las Warbringer. Y lo mismo sucederá con Alia. Tú lo has visto en las aguas.

—El linaje de las Warbringer.

Diana reflexionó sobre lo dicho. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía una mortal (por mucho que sus ancestros se remontaran a Némesis, la diosa de la venganza) causar tantas desgracias?

El oráculo la observaba con atención.

—Hazme caso, Hija de la Tierra. Cuando nace una Warbringer, la destrucción es inevitable. Cada una de ellas ha sido la catalizadora de todos los grandes conflictos del Mundo del Hombre. Con la llegada de la luna nueva, los poderes de Alia llegarán a la cúspide, y estallará la guerra. —Hizo una pausa—. A no ser que muera antes.

—La explosión no fue un accidente —dijo Diana, que empezaba a comprenderlo—. Alguien quiso matar a Alia.

—Muchos hacen todo lo posible para asegurarse de que el mundo no entra en una nueva era de derramamiento de sangre. Pero tú no tienes que hacer nada. Límitate a esperar, y la chica morirá, como estaba destinada a hacerlo en el naufragio. Es el mejor camino.

Diana miró al oráculo con desconfianza. Había leído las historias. Sabía cómo hablaban los oráculos.

—El mejor camino —reflexionó. Las comisuras de los labios del oráculo descendieron como si verdaderamente pudiera leer el pensamiento de Diana. Por primera vez, la joven se preguntó por qué el oráculo había decidido aparecérselo con el rostro de Tek. ¿Para asustarla? ¿Para intimidarla?—. El mejor camino, pero no el único camino.

Los ojos del oráculo centellearon con un fuego de plata, como si ardieran con la misma luz que las antorchas de la pared.

—Formula la última pregunta y desaparece de aquí. —Diana abrió la boca, pero el oráculo alzó la mano con gentileza—. Piénsalo bien. No siempre soy tan agradecida con los obsequios que recibo. Te preocupas por el destino de una chica, cuando el futuro del mundo está en un precario equilibrio. Preocúpate más bien por tu propio futuro. ¿No te gustaría saber si Tekmessa está en lo cierto sobre ti? ¿Si traerás gloria o desesperación a las Amazonas? Con el tiempo, tu madre se cansará de gobernar. ¿No te gustaría saber si algún día serás de verdad una reina o si estás condenada a pasar tu vida a la sombra? Yo puedo mostrártelo todo, Hija de la Tierra.

Diana dudó. Pensó en las palabras de Tek, en las negativas de su madre. El oráculo podía confirmar que ella era una abominación, secretamente denigrada por los dioses, destinada a llevar solo desgracias a su gente. Sin embargo, ¿y si el oráculo le decía que disfrutaba de la bendición de los dioses, que podía ser una ayuda para sus

hermanas, en vez de una maldición? Eso absolvería a su madre y acabaría con las especulaciones incesantes sobre la propia Diana. Tek nunca podría volver a decir una palabra en su contra.

Pero, de ser así, ¿sería más amazona que antes? «Puedo preguntar cómo obtener la aprobación de todas las amazonas. Puedo preguntar cómo puedo ganar la gloria en la batalla». Pensó en la mano de Alia aferrada al casco del barco, en su pulso latiendo bajo sus dedos. Ella había salvado la vida de esa chica con su propio aliento.

«Salvo a mi pueblo y dejo morir a Alia. Salvo a Alia y provoqué la muerte de mis hermanas». Lo cierto es que la pregunta era muy sencilla.

—¿Cómo puedo salvarlas a todas?

La furia inundó los rasgos del oráculo. Su imagen sufría una mutación constante: una serpiente, Tek, una calavera, un lobo de encías negras. Sus ojos eran como gemas, y las serpientes se le enroscaban en su cabeza y le salían de la boca.

—Eres tozuda como todas las jóvenes —gruñó—. Eres temeraria como todas las jóvenes.

Diana reaccionó antes de poder pensarlo dos veces:

—¿Acaso tú nunca fuiste una chica tozuda y temeraria?

Era una pregunta inútil, pero ahora ya no tenía importancia. Había formulado antes la pregunta importante, y la ira del oráculo le hizo pensar que había acertado.

Un agónico murmullo se elevó a su alrededor. Era un lamento dolorido repleto de un salvaje pesar, y en él oyó ecos de los gemidos de sus hermanas en aquel horrible campo de batalla.

Cuando el oráculo habló, ya no era Tek, sino un rostro distinto que parecía tallado con la propia luz:

—La Warbringer debe llegar al manantial de Therapnes antes de que se ponga el sol en el primer día del hecatombeón. Allí donde Helena descansa, la Warbringer podrá ser purificada, purgada de la contaminación mortífera que ha manchado su linaje desde el principio. Así podrá amordazarse su poder y nunca lo pasará a nadie más.

Therapnes. Grecia. Eso implicaría abandonar la isla. Imposible. Y sin embargo...

—¿El linaje de las Warbringer quedaría interrumpido?

El oráculo no dijo nada, pero tampoco lo negó. Si Alia moría en Themyscira, un nuevo Warbringer nacería, quizá al cabo de un mes, quizá al cabo de cien años, pero sucedería. En cambio, si llegaban a tiempo al manantial, si Diana llevaba a Alia hasta allí bajo su protección, todo cambiaría.

—Te veo, Hija de la Tierra. Veo tus sueños de gloria. Pero lo que tú no ves es el peligro. Hay facciones del Mundo del Hombre que van a la caza de la Warbringer. Unos buscan acabar con su vida para asegurar la paz; otros buscan protegerla para que desencadene una era de conflictos. En menos de dos semanas empieza el hecatombeón. No tienes ninguna posibilidad de llegar a tiempo al manantial. No eres más que una simple chica.

Diana cerró los puños, pensando en la punta de flecha ensangrentada que el oráculo había aceptado como sacrificio. La sangre de su madre. La misma sangre que fluía por sus venas.

—Soy una amazona.

—¿Lo eres? No eres una heroína. No has probado tu valor en la batalla. Esta misión va mucho más allá de tus capacidades y de tu fuerza. No condenes al mundo por mor de tu orgullo.

—Esto no es justo —dijo Diana—. Intento hacer lo correcto.

Incluso mientras pronunciaba estas palabras, supo que no eran enteramente ciertas. Era cierto que ansiaba la gloria. Ansiaba una ocasión para demostrar su valor, no en una carrera o en un combate de lucha libre, sino mediante una expedición digna de una heroína, algo que quedara fuera de toda duda. Habría querido discutir con el oráculo, pero ¿qué sentido tenía debatir con una anciana que todo lo veía?

—Vete a casa —dijo el oráculo—. Vuelve al Efeseo. Consuela a tu dulce amiga. Hazle saber que su sufrimiento no durará mucho. Cuando venga el Consejo, no les diré nada. Nadie tiene que saber lo que has hecho. Tu delito permanecerá en secreto, y no debes temer el exilio. La isla volverá a ser como antes, el mundo quedará a salvo, y tú podrás vivir en paz con tus hermanas. Pero si te llevas a la chica de la isla...

El murmullo aumentó de volumen hasta convertirse en un aullido, mil aullidos, gritos que emergían de la tierra calcinada, el chasquido de las espadas, las lamentaciones de los que agonizaban, el dolor de sus hermanas mil veces amplificado. El sonido de un futuro que Diana podía evitar si se limitaba a no hacer nada.

—Ve —ordenó el oráculo.

La joven dio media vuelta y corrió hacia el túnel, adentrándose en la oscuridad, incapaz de escapar de aquel aullido terrible. Corría sin tomar precauciones y se rascó el hombro contra la pared de zarzas, tropezó cuando el túnel empezó a hacer pendiente, cayó de rodillas. Luego volvió a levantarse y a correr, con el horrendo y agónico coro aumentando hasta convertirse en un chillido que reverberaba en sus huesos y le martilleaba el cráneo.

Las raíces se abrieron ante ella y por fin salió del templo y fue a parar a las aguas salobres del pantano. Se obligó a incorporarse, prácticamente sin aliento, y se arrastró hacia la orilla. Huyó por entre las sombras del pantano, intentando poner tierra de por medio entre ella misma y el templo.

Solo después de salir de la oscuridad de los árboles y de escalar el primer conjunto de colinas bajas, se permitió el lujo de detenerse. Sintió el aroma dulce y verde de los mirtos, el fresco repiqueteo de la lluvia sobre su piel. Pero ni siquiera allí se sentía segura.

«Soy una amazona».

Entre los susurros de las hojas, oyó las burlas del oráculo.

¿Lo eres?

No podía arriesgarse. No podía arriesgar las vidas de sus hermanas por el bien de una chica a la que apenas conocía. Había sido una inconsciente al zambullirse aquella mañana en el mar, pero ahora podía tomar la decisión correcta.

La tierra rugió bajo sus pies. Los relámpagos partieron el cielo. Se ajustó la mochila a la espalda y se encaminó hacia la cueva. Alia se estaba muriendo. Si no podía salvarla, al menos debía asegurarse de que no muriera sola.

La gigante había vuelto. Alia había pensado que tal vez, después del naufragio, presa del pánico y con la adrenalina a tope, había exagerado los detalles de su rescatadora. Pero no, ahora había vuelto a la cueva y era tal como la recordaba: una belleza de metro ochenta, con cuerpo de vendedora de material de *fitness* en un programa de teletienda de madrugada. La bestia de los abdominales. La reina de los bíceps.

«Tal vez estoy delirando». Sabía que había tenido fiebre y escalofríos, pero no era capaz de evaluar los síntomas. El dolor de cabeza y las náuseas podían deberse a una contusión. Sin duda alguna, había sufrido toda clase de golpes durante el hundimiento del *Thetis*. Pero no quería pensar en aquello; el estruendo de la explosión, los gritos de Ray, el peso grisáceo del agua que la arrastraba. Cada vez que su mente sugería el tema, sus pensamientos se detenían en seco. Era mejor concentrarse en la cueva, en la manta que la tapaba, en el terrible retumbar de su cabeza. Si se trataba solo de una contusión fuerte, debía mantenerse despierta hasta que vinieran a ayudarla, y esto es lo que había hecho. La ayuda había llegado. En la persona de una chica que parecía una supermodelo disfrazada de domadora de leones. O viceversa. Pero ¿dónde estaba el equipo de rescate? ¿Y el helicóptero? ¿Y los técnicos de emergencias médicas que le pondrían una linterna en los ojos y le dirían que todo iba a salir bien?

—¿Vienes sola? —masculló, desconcertada por lo débil que sonaba su voz.

La chica se sentó a su lado.

—¿Has comido algo?

—No tengo hambre.

—¿Bebe un poco de agua al menos? —Alia no tenía fuerza suficiente. Vagamente tomó consciencia de que le ponían algo contra los labios—. Bebe —ordenó aquella desconocida.

Alia consiguió dar unos sorbos.

—¿Van a venir a ayudarme?

La chica dudó.

—Me temo que no.

Alia abrió mucho los ojos. Hasta ahora había conseguido controlar el pánico, pero notaba que este estaba a punto de liberarse.

—¿Es por los terremotos?

Al producirse el primer temblor, se había arrastrado hasta la entrada de la cueva, temerosa de que la roca cediera y la aplastara. Pero un único vistazo al desnivel que la separaba del mar la había hecho retroceder rápidamente. Acurrucada bajo la manta, había intentado combatir el miedo que crecía en su interior. «Cada cosa a su tiempo, se había dicho. Estoy en una isla, tal vez haya actividad volcánica. Esperaré a que vengan a ayudarme». Ella había hecho lo que debía. Se había mantenido consciente, había conseguido no malgastar energía llorando o gritando. Entonces ¿qué pasaba con el equipo de rescate?

La joven alta tenía una expresión atribulada. No desviaba la mirada de las sandalias que calzaban sus pies. Alia se dio cuenta de que se había cambiado de ropa. En la playa llevaba una especie de túnica blanca, pero ahora iba con unos pantalones de piel marrones y lo que parecía una mezcla entre una camiseta sin mangas y un sujetador deportivo.

—Esta isla está muy aislada —dijo—. No... no he conseguido contactar con nadie.

—Entonces, el resto de la tripulación...

—Lo siento. Ojalá los hubiera podido salvar a todos.

Aquellas palabras no tenían sentido para Alia, Nada lo tenía. Cerró los ojos, y el impulso del llanto le invadió la garganta. Su mejor amiga, Nim, solía decir, medio en broma, que Alia era gafe porque los problemas la seguían a todas partes. Cuando iban a una fiesta, siempre había peleas. Las parejas empezaban a discutir sin razón aparente. En una ocasión, un concierto gratuito en Central Park había degenerado en unos disturbios. Pero ahora no lo encontraba tan divertido.

Pensar en Nim, en su hogar y en la seguridad de su propia cama hizo que se echase a llorar.

—¿Eran buenos compañeros tuyos? —preguntó la joven en voz baja.

—Apenas los conocía —contestó Alia—. Necesito un médico. Me pasa algo raro. Creo que me he dado un golpe en la cabeza durante el naufragio. Tal vez haya una hemorragia interna.

Pero, mientras decía esto, se dio cuenta de que, desde la aparición de la chica, el dolor de cabeza había disminuido. Tal vez estaba más deshidratada de lo que pensaba.

—Hubo una explosión en la embarcación antes de que se hundiera —dijo la joven atleta.

Alia recostó la cabeza contra la pared de la cueva.

—Ya me acuerdo.

—En la playa dijiste que había sido culpa tuya.

Aquellas palabras le dolieron como un puñetazo en el corazón.

—¿Eso dije? Seguramente no pensaba con claridad.

—¿Crees...? ¿Es posible que fuera intencionado? ¿Algún tipo de bomba?

Alia abrió mucho los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—¿Es posible que alguien provocara el naufragio?

—No, claro que no...

Dudó. Todas las advertencias paranoides de Jason se le echaban encima. «Somos dianas, Alia. El dinero que tenemos. La Fundación. Tenemos que ser inteligentes».

«Inteligentes» quería decir guardaespaldas a tiempo completo para vigilar el ático. Significaba un chófer armado que la llevara a la escuela por las mañanas y fuera a recogerla por las tardes. Significaba no participar en las excursiones escolares, unos horarios que especificaran cada minuto del día para que Jason supiera siempre dónde estaba, pasar los veranos cada año en el mismo lugar, ver a la misma gente, contemplar las mismas vistas. Las vistas eran buenas. Alia sabía que no tenía motivo de queja. «Pero eso no te detuvo, ¿verdad?» Se quejaba a Nim a la menor ocasión. Y se había lanzado a la piscina ante la posibilidad de hacer algo nuevo, de pasar un mes con gente distinta, alejada de las ridículas normas de Jason.

Tal vez no fueran tan ridículas. ¿Era posible que alguien hubiera puesto una bomba en el barco? ¿Era posible que algún miembro de la tripulación hubiera volado el *Thetis* a propósito?

Estos temores debieron de notársele en la cara porque la chica se inclinó hacia delante y dijo:

—Habla. ¿Es posible?

Alia se resistía a creerlo. Si alguien había estado dispuesto a volar el barco, a matar a personas inocentes solo para atacarla a ella y a la Fundación, entonces Jason tenía razón desde el principio y ella era la estúpida más grande de todos los tiempos.

—Sí —reconoció a regañadientes—. Soy una Keralis.

—Un nombre griego.

—Mi padre era griego. Mi madre era negra, de Nueva Orleans. —La gente siempre quería saber de dónde procedía el color de su piel. Alia alargó el brazo para coger el agua. Era cierto que se encontraba un poco mejor, aunque la mano le temblaba cuando se acercó el odre a los labios. La chica le sujetó el brazo mientras ella bebía—. Gracias. ¿No has oído hablar nunca de la Fundación Keralis? ¿Los laboratorios Keralis?

—No. ¿Qué tienen que ver con la explosión?

De pronto, Alia se mostró recelosa.

—¿Quién eres?

—Yo... Me llamo Diana.

—¿Diana qué más?

—¿Qué importancia tiene mi nombre?

¿Que qué importancia tenía? Pues que todo el mundo, aunque viviera en una remota isla, conocía a los Keralis. Eso era parte del problema.

¿Cómo había llegado tan deprisa Diana al lugar del naufragio? ¿Y si estaba al corriente de la bomba que iba a explotar en el barco? Alia sacudió ligeramente la cabeza y esto le provocó un mareo que le estrujó el estómago y la dejó jadeando.

Presionó la cabeza contra la pared de la cueva y esperó a que se le pasara. No estaba pensando con claridad. No tenía sentido que esta joven intentara matarla y luego le salvase la vida y la escondiera en una cueva.

—La gente odia a mis padres, y ahora me odian a mí.

—Entiendo —dijo Diana, comprensiva—. ¿Es que tus padres han matado a mucha gente?

—¿Cómo? —Alia la miró de arriba abajo—. Mis padres eran biólogos. Bioingenieros. A algunas personas no les gustaba el trabajo que llevaban a cabo en el campo de la genética ni la política de la Fundación.

Diana frunció el ceño, como si intentara analizar toda aquella información.

—¿Crees que esa es la razón por la que alguien ha intentado matarte?

—¿Qué otra cosa podría ser?

Diana no contestó. Alia notó otra oleada de náuseas que le recorría el cuerpo y un sudor frío.

—Necesito un médico.

—En la isla no hay nadie que pueda ayudarte.

—Una clínica. Un barco a Estambul o al puerto más cercano.

—Es imposible.

Alia miró fijamente a Diana, sintiendo que el pánico se desataba en su interior.

—Entonces ¿qué va a ser de mí?

La princesa de las amazonas desvió la mirada.

Alia se llevó las palmas de las manos a los ojos y se sintió humillada al ver que las lágrimas volvían a amenazar. No entendía lo que estaba pasando, pero nunca se había sentido tan cansada ni tan asustada. Por lo menos desde que era pequeña. ¿Cómo era posible que todo se hubiera torcido tan deprisa?

—No debería haberme ido de casa. Jason me dijo que me quedara en Nueva York. Decía que era más seguro. Pero yo deseaba esto con todas mis fuerzas.

Diana sacó otra manta de la mochila y la tapó con ella. Olía a salvia y a lavanda.

—¿Qué deseabas?

—Es una tontería.

—Por favor. Quiero saberlo.

Alia volvió a cerrar los ojos. Se sentía demasiado débil para hablar, pero el sentimiento de culpa y la vergüenza eran más fuertes que la fatiga.

—Hay un programa de verano en un barco para estudiantes de biología. Te dan créditos para la universidad. Es muy difícil conseguir plazas, pero decidí hacer la inscripción y ver lo que pasaba. Entonces me aceptaron, y me di cuenta...

—De que deseabas ir con todas tus fuerzas.

—Sí —dijo Alia con una tímida sonrisa. Notó que se desvanecía de los labios—. Mentí a Jason.

—¿Quién es Jason?

—Mi hermano mayor. Es un buen hermano, el mejor. El problema es que me

protege demasiado. Sabía que me prohibiría hacer el viaje, de modo que le dije que me habían invitado a casa de los padres de Nim en Santorini. No sabes lo que cuesta mantener las cosas en secreto. Tuve que sacarme un visado, obtener todo tipo de certificados médicos, pero al fin lo conseguí. Dejé colgados a mis guardaespaldas en el aeropuerto, no llamé a Jason hasta que estuve a bordo del *Thetis* en Estambul. —Alia sollozó—. Estaba muy enfadado. Te juro que nunca lo había oído alzar la voz, pero esta vez se puso a gritar. Me prohibió que fuera. Me lo prohibió. Y yo le colgué el teléfono.

—¿Te da órdenes con frecuencia? —preguntó Diana—. Muchos hombres disfrutan imponiendo su autoridad sobre las mujeres. O eso me han dicho.

Alia soltó una risita, pero la amazona parecía hablar en serio.

—Sí, claro, pero Jason no es así. Solo se preocupa por mí y quiere mantenerme a salvo. Yo pensaba que, si le demostraba que podía arreglármelas sola con lo del viaje, dejaría de controlarme.

La princesa suspiró.

—Lo entiendo. Mi madre tampoco cree que yo pueda arreglármelas sola con nada.

—¿Bromeas? Me has salvado la vida. Me has cargado a tus espaldas hasta una maldita cueva. Pareces bastante capaz de cualquier cosa.

—Mi familia y mis... amigas me consideran débil.

—A mí no me pareces nada débil.

Diana la observó largamente.

—Tú tampoco pareces una persona débil.

Alia respiró con fuerza.

—Pero Jason tenía razón. Si me hubiera quedado en Nueva York, si le hubiera escuchado, nadie habría muerto. No debería haber salido de casa.

Diana frunció el ceño.

—Si te hubieras quedado en casa, tal vez otros habrían resultado perjudicados. Tus amigos o tu familia.

—Tal vez —dijo Alia, pero la idea no la consolaba demasiado.

—Y tenías un sueño —continuó Diana—. Estudiar, obtener unos galardones.

—Bueno, solo quería conseguir créditos para la universidad...

—¿Cómo va a ser malo que quisieras demostrar lo que vales? —preguntó Diana con una mirada feroz—. No te equivocaste al atreverte a conseguirlo.

—Jason...

—Jason no puede protegerte eternamente. No podemos pasarnos la vida escondiéndonos, imaginando lo que podríamos lograr si tuviéramos una oportunidad. Tenemos que crear nosotras mismas esa oportunidad. Fuiste valiente al embarcarte.

—Fui una estúpida. Todo lo que ha pasado demuestra que Jason tenía razón.

—No. Sobreviviste al naufragio. Cuando te arrastraron las olas, aguantaste. Tal vez seas más fuerte de lo que crees, de lo que todo el mundo cree. —Diana se puso en

pie—. Tal vez yo también lo sea. —Le ofreció la mano a Alia—. Tengo que sacarte de aquí.

—Creía que habías dicho...

—Ya sé lo que he dicho. ¿Quieres salir de esta isla, sí o no?

Alia no tenía ni idea de qué había causado este cambio de planes, pero no iba a desaprovechar ese momento.

—Sí —dijo con ansiedad. Se agarró a la mano de Diana y se levantó lentamente, intentando combatir el mareo que la invadía—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Tienes un barco o algún otro tipo de nave?

—No será tan sencillo. Voy a necesitar que confíes en mí. La gente de aquí... Hay unos riesgos terribles, y las cosas que verás... Bueno, si salimos de esta, no podrás volver a hablar nunca de lo que vas a ver.

Alia alzó las cejas. ¿Aquella chica le estaba tomando el pelo o estaba un poco loca?

—Muy bien, de acuerdo.

—Júralo por lo que más quieras.

Tal vez estaba algo más que un poco loca.

—Lo juro por Jason y Nim, y por mis posibilidades para entrar en una buena universidad.

Diana ladeó la cabeza.

—Tendrá que servir. —Se colocó de espaldas a Alia y dijo—: Sube.

La chica soltó un gemido.

—¿En serio tenemos que volver a hacerlo?

No se sentía especialmente en forma, pero había algo humillante en subirse a caballito como si fuera una niña de cinco años.

Diana se encogió de hombros y dijo:

—Míralo tú misma.

Tras aquel primer y aterrador vistazo al precipicio, Alia había evitado deliberadamente la entrada de la cueva, pero ahora se envolvió en las mantas y volvió a mirar por el borde. La caída hasta las rocas de más abajo parecía todavía más vertical que por la mañana.

Sin dejar de sujetarse a la mano de Diana y a la roca rugosa de la boca de la cueva, miró hacia arriba. Por alguna razón, el acantilado que se alzaba hacia el cielo tormentoso parecía el doble de terrorífico que la caída.

—¿Vamos a escalar eso? —preguntó.

—Yo voy a escalar eso.

—¿Conmigo a la espalda?

—Eres muy ligera. Me pregunto si no tienes un déficit de calcio.

—Tengo el calcio perfectamente.

—El tono muscular también es pobre.

—Prefiero trabajar la mente —dijo Alia con altivez.

Diana dudaba.

—La mayoría de filósofos están de acuerdo en que mente y cuerpo deben estar en sintonía.

—Eso me recuerda a aquello de «cuatro de cada cinco dentistas» —dijo Alia. Además, dudaba de que la mayoría de filósofos hubiera jugado nunca a fútbol americano en la cancha de la Academia Bennett.

Suspiró. Aunque se hubiera encontrado perfectamente, no habría podido hacer esa escalada, y estaba lejos de encontrarse bien. Miró a Diana con precaución. Nunca se había considerado baja, pero al lado de esa extraña chica se sentía pequeña como un schnauzer miniatura. No era solo que fuera alta; era majestuosa. Como un rascacielos. Como el monte Rushmore, pero menos abrupta.

—Muy bien —dijo Alia, irguiéndose—, lo haremos a tu manera.

Diana asintió y se dio la vuelta, haciendo un gesto para que se encaramara a su espalda. Cuando la chica montó, puso las manos bajo sus rodillas para colocarla bien, como si fuera una mochila demasiado grande. Adiós a la dignidad.

—¡Arre! —dijo Alia, de modo desagradable.

—¿Perdona?

—¡Adelante!

—No soy tu caballo —dijo Diana, pero siguió trotando (o galopando) hacia la entrada de la cueva. Sin previo aviso, hundió los dedos en la roca y se balanceó hacia fuera. Alia cerró los ojos y se agarró con fuerza, tratando de no pensar en las rocas gigantescas de más abajo.

—Bien —dijo, con la barbilla pegada al hombro de Diana, en un intento por distraerse—. Ahora que estamos colgando juntas de un precipicio..., ¿tienes alguna afición?

—Mi madre quiere que aprenda a tocar la lira.

—Una elección interesante. ¿Tienes hermanos?

—No.

—¿Algún apodo?

Alia notó cómo se le tensaban los músculos.

—No.

Tal vez ya estaba bien de hablar de nimiedades.

El cuerpo de Diana se movía a bandazos, deteniéndose y arrancando cuando encontraba un lugar donde agarrarse, y progresaba a buen ritmo por la pared del acantilado. De vez en cuando gruñía o murmuraba ligeramente, pero no jadeaba ni refunfuñaba como Alia habría hecho de encontrarse en su lugar.

Justo cuando se estaba preguntando cuánto ejercicio cardiovascular debía de hacer aquella chica, el acantilado se agitó a causa de un temblor. Diana perdió pie y cayeron al vacío.

Un grito se escapó de los labios de Alia y el corazón se alojó en su garganta. Se detuvieron de una sacudida, suspendidas en el aire, sujetadas únicamente por la mano

derecha de Diana, que se agarraba a una roca. Alia vio que le brotaba la sangre de algún punto entre los dedos.

Le invadió la necesidad de mirar abajo, de ver hasta dónde habían llegado, cuánto faltaba por caer. «No lo hagas», le ordenaron sus centros de mando. Pero el resto del sistema nervioso se encontraba en modo rebelde y miró. Notó un fuerte mareo al ver el mar agitado y las rocas negras y descomunales, con las olas espumosas que impactaban contra ellas.

Miró los dedos ensangrentados de Diana, que lentamente iban deslizándose y despegándose del lugar donde estaban agarrados. Ella también tenía las manos sudadas; le patinaba el cuerpo. Se retorció para no despegarse.

—Quieta —gritó Diana. Alia se detuvo.

La amazona soltó una mezcla de rugido y gruñido y lanzó el cuerpo hacia arriba, levantando el brazo izquierdo por encima de su cabeza. Por un instante, Alia pensó que se iban a precipitar al vacío. Pero entonces los dedos de Diana encontraron el agarre que precisaban y quedaron nuevamente encastrados en la roca.

Alia notaba la tensión de la espalda de Diana, la contracción de los músculos. Volvían a avanzar, volvían a subir sin cesar. No quería arriesgarse a volver a mirar hacia abajo. Cerró los ojos y, al cabo de un momento que le pareció muy largo, Diana consiguió llegar con su carga a lo alto del acantilado. Alia se deslizó hacia el suelo y, por un instante, se quedaron allí tumbadas.

Diana se puso en pie de un brinco, se sacudió el polvo de encima y le ofreció una mano a Alia.

—Dame un minuto —dijo esta, intentando conseguir que el ritmo cardíaco volviera a la normalidad.

—¿Cómo puedes estar cansada?

—¡Hemos estado a punto de morir!

Diana ladeó la cabeza.

—¿Tú crees?

—Sí.

¿Qué le pasaba a aquella chica?

Aceptó la mano tendida y se quedaron de pie. Las nubes que tenían encima estaban anudadas en yunques cumuliformes y el viento les alborotaba el pelo. Se tocó las trencitas pegadas al cuero cabelludo. Estaban incómodamente rígidas por la sal y la arena.

Se acercaba el principio de otra tormenta o tal vez fuera la misma que había cazado al *Thetis*. Miró a lo largo de la costa, pero no vio ningún faro ni ningún puerto, ninguna señal de civilización en absoluto. Aquel lugar estaba realmente aislado.

No quería mirar al mar, pero lo hizo de todos modos, en busca de algún rastro del *Thetis* y su tripulación. Jasmine, Ray, Luke, la doctora Ellis. «Llamadme Kate», les había pedido, pero ellos siguieron llamándola doctora Ellis. ¿De qué discutían Ray y

Jasmine cuando el viento había empezado a soplar? Se habían desviado del rumbo, los instrumentos de a bordo daban instrucciones contradictorias y todo el mundo echaba las culpas a los demás.

Todos los miembros de la tripulación se habían estado peleando desde que habían embarcado. Alia se había mantenido al margen, con una sensación de profunda decepción. Aquel mes a bordo del *Thetis* tenía que servir para demostrarle a Jason que era capaz de cuidarse sola, pero también debía ser una ocasión para hacer nuevos amigos fuera de la Academia Bennett, y para escapar de la tensión que parecía seguirla a todas partes en los últimos tiempos. Pero, en vez de eso, el viaje había sido más de lo mismo. Ray y Luke habían empezado a discutir nada menos que por una lista de reproducción de canciones. Y ahora estaban muertos.

—Tal vez deberíamos quedarnos donde estamos —dijo. Se encontraba fatal antes de que Diana apareciera, pero ahora que habían salido de la cueva tenía los pulmones más limpios y se sentía un poco menos atontada—. Enviarán patrullas de rescate para buscar el barco. Tal vez podamos encontrar el modo de hacer señales desde la orilla.

Diana negó con la cabeza.

—Nadie va a encontrarte aquí. Nunca ha pasado.

Alia alzó una ceja con escepticismo.

—¿Qué es este sitio?, ¿una mierda tipo el Triángulo de las Bermudas?

—Algo parecido. Esta isla es increíblemente difícil de alcanzar. No sale en ningún mapa ni en ninguna carta marítima.

Alia meneó los dedos.

—Google lo sabe y lo ve todo.

—Google —repitió Diana—. ¿Es uno de vuestros dioses?

—Un momento —dijo Alia—. Que dedique algo de tiempo a navegar por internet no significa que me hayan lavado totalmente el cerebro.

Diana la miró perpleja, y luego hizo un gesto para que Alia la siguiera.

—Vámonos de aquí. Estamos demasiado expuestas.

—No creo que el bosque sea el mejor lugar donde refugiarse de una tormenta de truenos —dijo Alia. Diana se mordió el labio, como si no lo hubiera tenido en cuenta—. ¿Adivino que aquí no hace nunca mal tiempo?

—Nunca. Pero tenemos que ir al bosque. No podemos quedarnos al descubierto.

El escalofrío que recorrió los brazos de Alia no tenía nada que ver con la tormenta ni con la ropa mojada que llevaba puesta.

—¿Qué insinúas?

—La gente que vive en la isla llegó aquí porque no querían que la encontrarán.

—¿Como tú?

—Yo... yo no tuve otra elección. Nací aquí. Pero lo cierto es que las forasteras no son bienvenidas.

Alia tembló. Genial, y ahora vendría la típica escena del duelo de banjos. ¿Duelo de liras? «No te ralles, Alia».

—Espero que no pertenezcan a algún tipo de milicia...

—En realidad, muchas de ellas son... esto... militares.

Cada vez mejor. Probablemente eran una pandilla de supervivencialistas paranoides, con suerte para Alia. Y si no les gustaban los forasteros, seguro que no les iba a gustar una chica mulata de Nueva York.

—¿Y no tienen teléfonos? ¿Ni radios?

—No hay contacto con el mundo exterior.

—¿Y si alguien se pone enfermo o resulta herido?

—Aquí no existe ese problema —dijo Diana, y luego añadió—: A1 menos antes no existía.

De modo que Alia se las había arreglado para naufragar en la isla de las Sectas. Perfecto.

—¿No podemos robar un barco o algo parecido? —preguntó.

—Lo he pensado, pero los muelles están llenos de gente. Se darán cuenta de que alguien se está llevando una embarcación, sobre todo durante la tormenta. Y creo que vamos a necesitar algo más que un barco para llegar a Therapnes.

—¿Adonde?

—Al sur de Grecia. El golfo de Laconia.

Aquello no tenía ningún sentido, si Alia no recordaba mal las clases de geografía. El *Thetis* había zarpado apenas unos días antes de Estambul. Por mucho que se hubieran desviado del rumbo, no era posible que hubieran llegado tan lejos. ¿Por qué no a Salónica o incluso a Atenas?

—Eso está a cientos de millas de aquí. No podemos navegar hasta tan lejos.

—Claro que no.

Alia respiró hondo. Le dolía el pecho como si le hubieran dado un puñetazo. Tenía los pulmones todavía anegados y el cuerpo cubierto de hematomas. Además, sentía náuseas y estaba amodorrada. Necesitaba ver a un médico. Necesitaba llegar a una ciudad de verdad.

A no ser que Diana estuviera mintiendo o delirando (y ambas opciones eran perfectamente plausibles), se había quedado colgada en una isla poblada por bichos raros y, por lo tanto, tenía que ser inteligente. «Síguele el juego», se dijo. «¿Esta chica quiere ir al sur de Grecia? Pues ningún problema». Alia asentiría y sonreiría hasta que llegaran a algún lugar donde hubiera un teléfono.

Se armó de valor y siguió a Diana hacia la verde quietud del bosque. Era como entrar en otro mundo. Cuando Jason y ella eran pequeños, habían viajado con sus padres a los bosques tropicales de Brasil para conocer algunas de las nuevas especies de plantas que se estaban descubriendo allí y las medicinas que podían hacerse con ellas. Y aquellos bosques eran un poco como estos (frondosos y llenos de vida) y, sin embargo, no se parecían en nada. Aquí los árboles no podían compararse con nada que hubiera visto antes; algunos eran tan enormes que el *Thetis* podría haber atracado en sus anillos y aun le hubiera sobrado espacio. Las raíces recorrían el suelo del

bosque en gruesas espirales cubiertas de enredaderas que producían unas flores que semejaban trompetas. El aroma que impregnaba el aire era dulzón, casi sedoso al tacto con la piel, y las gotas de lluvia que caían sobre las superficies hacían que el musgo, las hojas y las ramas relucieran como si tuvieran gemas colgando.

«Un lugar ideal para una secta».

Alia sabía que le convenía tener la boca cerrada, pero no pudo resistirse a preguntar:

—¿Por qué tenemos que ir al sur de Grecia?

—Tu expedición no fue atacada por el trabajo de tus padres. Era una cacería, te estaban buscando.

—Una cacería —dijo Alia, sin perturbarse—. ¿Por mi piel sedosa?

—Porque eres *haptandra*.

—¿Puedes repetirlo?

—Una Warbringer.

—No me gustan los videojuegos.

Diana le dirigió una mirada de desconcierto por encima del hombro.

—El oráculo ha dicho que debemos llegar a Therapne antes de que el sol se ponga en el primer día del hecatombeón. Allí se encuentra la sepultura de Helena, el lugar donde la enterraron junto a Menelao. Cuando tú y tu linaje hayáis sido purificados por el manantial, dejarás de ser una Warbringer y ya no deberás temer más por tu vida.

—Por supuesto —dijo Alia—. Está meridianamente claro.

—Con suerte, tus enemigos creen que has muerto, pero debemos estar preparadas para cualquier contingencia una vez que hayamos salido de la isla.

«Voy a estar preparada para buscar la primera comisaría de policía y alejarme de ti, Reina de los Chiflados», pensó Alia. Pero se limitó a decir:

—Entendido.

Diana se detuvo de pronto y se llevó un dedo a los labios. Alia asintió, se escondió detrás de ella y espió por encima de su hombro a través de las hojas.

No estaba segura de lo que había esperado ver. Tal vez un fuerte, una especie de campamento militar o una panda de gárrulos vestidos de camuflaje. En cambio, lo que veían sus ojos era una ancha carretera que conducía a una ciudad construida con una piedra dorada que parecía brillar a la luz del crepúsculo, una ciudad de cuento de hadas llena de arcos y de torres, porches abiertos rebosantes de cascadas de flores, tejados abovedados y tendales de seda sostenidos por elegantes columnas.

Estaba sucediendo algo. Las mujeres se apresuraban por la carretera en ambas direcciones, con una sensación de urgencia en sus movimientos. Algunas llevaban pantalones de piel y camisetas sin mangas como los de Diana, pero otras iban ataviadas con sedas brillantes. No parecían tanto supervivencialistas como un grupo de actrices preparándose para subir al escenario.

Diana intercambió una mirada con Alia e hizo un gesto.

—¿Son maniobras militares? —susurró la chica.

—No te preocupes —dijo Diana con un suspiro molesto—. Sígueme y no digas nada. Intenta caminar con cuidado. Para ser tan pequeña, metes mucho ruido.

—No soy tan pequeña —protestó Alia. Y vale, no era una persona demasiado ágil, pero tampoco había tropezado contra un árbol ni nada parecido.

Siguieron atravesando el bosque, abriéndose paso entre las ramas. Diana caminaba con paso firme y nunca se paraba a descansar, pero Alia se encontraba cada vez peor. No tenía ni idea de cuánto llevaban caminando, pero había perdido las zapatillas deportivas en el naufragio y, a pesar del recubrimiento musgoso de la superficie del bosque, sus pies protestaban ante cada raíz, bache y piedrecita.

Por fin Diana se detuvo. Esta vez se tumbó boca abajo en el suelo y avanzó como una oruga por debajo de un árbol cubierto de hojas verdes y gruesas. Alia se quedó un momento inmóvil. ¿Realmente estaba haciendo eso? Se encogió de hombros, y luego se tumbó sobre el estómago y la siguió. Al salir de la vegetación, vieron a lo lejos una ciudadela de altos muros.

—Los muros se han resquebrajado —dijo Diana con la voz llena de tristeza y asombro—. Llevaban en pie cerca de tres mil años.

Ahora Alia sabía que la chica estaba loca. Era imposible que aquel edificio existiera desde hacía tanto tiempo. Parecía nuevo, a pesar de la enorme grieta que quebraba uno de sus muros de color arena.

Mientras observaban, vio a dos mujeres con pantalones de piel y camisetas que pasaban corriendo por debajo del arco. Cuando volvieron a salir, había otra mujer a su lado. Tenía un solo brazo y llevaba tatuado algo que parecía...

—¿Eso es una cota de malla?

Diana asintió.

—Everilde se disfrazó de caballero para poder combatir en las cruzadas. El tatuaje le cubre todo el torso.

—Vaya. Debe tener la sensación de estar siempre en un mercado medieval. ¿Qué lleva escrito en el hombro?

Diana parpadeó, con las pestañas de color azabache moteadas de lluvia.

—La palabra paz escrita en árabe. Se lo hizo cuando Hafsah llegó a la isla. Ambas trabajan en las salas de adiestramiento, pero, a causa de la tormenta y de los terremotos, probablemente en el Efeseo necesitan toda la ayuda posible. Mi madre me va a matar.

—¿Por qué?

—Debería estar allí abajo, ayudando. Ejerciendo como líder.

Alia casi se echó a reír. Al parecer, también los hijos de las sectas tenían madres con expectativas.

—¿Qué es ese lugar?

—La armería.

Parecía demasiado bonito para ser una armería.

Cuando las mujeres se hubieron ido, Diana condujo a Alia hacia el terraplén y por debajo de un arco repleto de flores. La joven alargó el brazo y tocó una rosa de color crema, con los pétalos teñidos de rojo e inundados de lluvia. No había visto nunca una flor tan perfecta, y era casi tan grande como su cabeza.

—Rosas de guante —le informó Diana—. Lilas de Jericó, tacos de la reina. Todas son plantas asociadas con la guerra o la victoria. A mi madre le gustan estos temas.

—No me extraña —murmuró Alia.

Pero cuando entraron en la armería se quedó boquiabierta. La sala era un vasto hexágono coronado por una enorme cúpula. Cada una de las paredes contenía un muestrario de un arma distinta: espadas, hachas, dagas, varas, así como objetos con pinchos y puntas y pequeñas púas siniestras cuyo nombre Alia desconocía. Las paredes parecían estar ordenadas de modo cronológico, con las armas más antiguas y rústicas arriba, y sus contrapartidas elegantes y modernas más cerca del suelo.

—No hay pistolas —comentó.

Diana la miró como si fuera boba.

—La pistola es el arma del cobarde.

—Mmm... —dijo Alia diplomáticamente. La pistola también era el arma más efectiva. Por algo los policías no andaban por ahí con hachas de doble filo. «Una secta supervivencialista, amante de la horticultura y antiarmas de fuego». ¿Tal vez eran simplemente hippies coleccionistas de armas?

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando una vara con una pinza gigante en la punta.

—Una *zhua*. Se utiliza para arrebatar el escudo al contrincante montado a caballo.

—Parece la fregona más mortífera del mundo.

Diana reflexionó sobre lo que Alia había dicho.

—Tal vez puedes usarla para limpiar el suelo de un susto.

Atravesaron la enorme sala, dejando atrás colchonetas y maniquís que probablemente utilizaban como *sparings* en los entrenamientos.

—¿Soléis dejar todo esto por aquí? Parece peligroso.

—No está permitido sacar las armas fuera de la armería, solo se sacan las que han sido seleccionadas para las exhibiciones.

—Pero ¿y si alguien roba algo?

—¿Por qué alguien iba a hacer algo así? Estos objetos son de todo el mundo.

Mentalmente, Alia añadió «socialistas» a su lista de adjetivos para la secta. A Jason no le iba a gustar. Pero ahora no quería pensar en su hermano ni en lo preocupado que debía de estar. Ni en el hecho de que no fuera a verlo nunca más si no conseguía salir de aquella isla.

Pasaron por otro pasaje abovedado y entraron en una sala más pequeña. Allí la luz era más tenue, filtrada por los paneles azules de la cúpula de vitral que los cubría. La estancia estaba llena de vitrinas provistas de ingeniosos espejos que hacían que el contenido pareciera flotar sobre la luz azulada. Era como estar en el centro de un

zafiro.

Las vitrinas no llevaban etiquetas ni placas, y cada una de ellas contenía un traje distinto en su interior: una coraza de bronce trabajado y un par de sandalias; el atuendo de acero y cuero segmentado de lo que Alia pensó que debía de ser una armadura samurái; pesadas pieles y alforjas con cuentas; un mono de piloto que parecía de los años veinte. Ella no estaba muy puesta en historia de la moda militar, pero Nim lo habría sabido. Al mirarlo con más atención, vio que la chaqueta de piloto estaba llena de agujeros de bala. Observó la pesada armadura cromada que había en la vitrina de al lado. Tenía un agujero, como si la hubiera perforado una lanza.

Había otra cosa que la inquietaba: la armadura, el corte de los ropajes, las coronas, las pulseras, las botas. De pronto, se quedó helada. Habían visto a veinte o treinta personas en la carretera que conducía a la ciudad, y no había ni un solo hombre.

—Un momento —dijo. Diana estaba plantada ante la vitrina ubicada en el centro de la sala, más grande y reluciente que las demás e iluminada por la luz blanca que penetraba por el ojo de buey en lo alto de la cúpula—. ¿Es que no hay hombres en esta isla?

Diana sacudió la cabeza.

—No.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—¡Vaya!, ¿es que sois algún tipo de secta feminista radical?

Diana frunció el ceño.

—No exactamente.

—¿Sois todas lesbianas?

—Claro que no.

—A mi no me importaría que lo fuerais. Nim es gay. Tal vez bisexual. Todavía está intentando descubrirlo.

—¿Quién es Nim?

—Mi mejor amiga.

«Mi única amiga», se le olvidó de añadir. Jason no contaba. Y Theo era más bien un «solo somos amigos» que un amigo de verdad.

—A algunas les gustan los hombres, a otras, las mujeres, y a algunas les gustan los hombres y las mujeres, pero hay algunas a las que no les gustan ni las mujeres ni los hombres.

—Entonces ¿por qué no hay tíos?

—Es una historia muy larga.

—¿Y cómo naciste tú si no puede venir ningún hombre a esta isla?

—Es una historia todavía más larga.

Diana se volvió hacia la vitrina y levantó el pestillo, pero luego vaciló. Con mucho cuidado, como si temiera que el metal quemara, introdujo la mano y extrajo

una delgada corona de oro con un enorme rubí cortado en forma de estrella en el centro.

Alia había visto a muchos miembros de la alta sociedad de Park Avenue luciendo joyas de gran tamaño, pero nada que se pareciera a aquello.

—¿De quién es?

—Mía, supongo. Mi madre la mandó hacer cuando nació. Pero no me la he puesto nunca.

—¿El rubí es auténtico?

Diana asintió y sonrió ligeramente.

—Rojo como la estrella de Sirio. Me pusieron el nombre por Diana la cazadora, y nació bajo su constelación favorita, Orion. Es una piedra cortada de la que lleva mi madre en la corona. —Señaló con un gesto la ancha tiara que estaba suspendida dentro de la vitrina, con un rubí bastante más grande en el centro—. Son piedras del corazón. Actúan como una especie de brújula.

Desencajó el rubí en forma de estrella de su soporte y devolvió la diadema de oro a la base.

—Espero que nadie se dé cuenta.

—¿De la desaparición de un rubí del tamaño de un macarrón? Seguro que no.

Diana dejó que sus dedos repasaran los otros objetos que había en la vitrina: un cinturón ancho y dorado con incrustaciones de joyas rojas y pedazos de topacio grandes como los pulgares de Alia, un elegante arco descordado y una aljaba llena de flechas, un conjunto de lo que parecían anchos brazaletes de hierro y un lazo largo, retorcido como una serpiente.

—Necesitaremos esto —dijo, y sacó el lazo de la vitrina. Al atárselo a la cintura brilló de un modo asombroso, como si estuviera tejido con un material distinto al de un lazo normal y corriente. Acarició la parte interior de uno de los brazaletes de hierro—. Mi madre solía traerme aquí cada semana cuando era pequeña. Me contaba la historia de cada uno de los objetos de las vitrinas, de todas las mujeres que llegaron hasta aquí. Son las reliquias de nuestras grandes heroínas. Fragmentos de las vidas que llevaban antes de llegar a la isla, y de las batallas que luego libraron para preservar la paz. Me contaba todas esas historias. Todas menos la suya.

«Recuerdos de familia», pensó Alia.

Entonces el brazalete que Diana estaba tocando se movió.

Alia dio un paso atrás y estuvo a punto de estrellarse contra la vitrina que tenía detrás.

—¿Qué demonios? —Era como si el metal se hubiera fundido. Se deslizó desde la vitrina y se cerró alrededor de la muñeca de Diana—. ¡Qué demonios! —repitió Alia cuando el segundo brazalete culebreó hasta encajar en la otra muñeca de la amazona, que parecía tan desconcertada como ella. Extendió las manos como un cirujano a punto de empezar una operación y se quedó mirando los brazaletes, boquiabierto de incredulidad.

«Tengo una conmoción cerebral», pensó Alia. «Seguro que tengo una conmoción cerebral. De hecho, tal vez esté en coma. Me desmayé a causa de la explosión, y ahora estoy en un hospital en Turquía. Tengo que despertarme, porque Nim se va a reír de risa cuando le cuente lo de la isla mágica de las mujeres».

—Tal vez sea una señal —dijo Diana.

—¿De qué?

—De que mi misión es justa. De que estoy tomando la decisión correcta.

—¿Por ayudarme a salir de la isla? Absolutamente. La más justa de todas. —Alia observó el lazo y los brazaletes. A pesar de lo que había dicho Diana sobre el hecho de no llevar armas, si todo aquello era real, ahora mismo podía haber un montón de mujeres de la secta correteando por la isla con hachas de batalla y fregonas mortíferas —. ¿Tal vez podríamos coger algo más?

—¿Como qué?

—Eres tú quien dice que mis enemigos me persiguen. ¿No necesitamos, por ejemplo, una ballesta o una lanza? Algo puntiagudo, como esa espada.

—¿Más armas? Eso sería robar.

—¿Y los brazaletes?

—Me pertenecen por derecho de nacimiento.

—¿Y no podemos tomar prestado algo de las salas de entrenamiento?

—No vamos al manantial a provocar una batalla. Vamos a evitarla.

—Sí, pero ya sabes lo que se suele decir: a veces la mejor defensa es un buen ataque.

Diana arqueó una ceja.

—Y a veces la mejor defensa no es presentarse con una espada gigante.

—Y eso lo dice la chica que mide metro ochenta y es capaz de transportarme como una alforja. Contigo no se meterá nadie.

—Te sorprendería. Yo...

Otro temblor recorrió el suelo, haciendo que la sala se inundara de luz azul.

—Deprisa —dijo Diana, tomando a Alia por el brazo y alejándola de la vitrina, que se volcó hacia un lado y se estrelló contra el suelo de piedra, estallando en mil pedazos de cristal—. Tengo que sacarte de esta isla.

Alia intentó seguir su ritmo cuando salieron corriendo de la armería. Le retumbaba la cabeza y volvía a sentir náuseas, y eran más fuertes que antes. Pedazos de roca se desencajaban de la enorme cúpula y se estrellaban contra las colchonetas de entrenamiento mientras avanzaban zigzagueando hacia la entrada.

Diana colocó a Alia a su espalda al acercarse al arco, y, tras comprobar que tenían el camino libre, la agarró de la mano y corrieron hacia el bosque. Solo cuando estuvieron en lo alto del terraplén, escondidas entre los árboles, se detuvieron. Alia tenía la sensación de que el corazón le iba a explotar. Sabía que no estaba en forma. Nim siempre intentaba convencerla de que hiciera yoga, y Jason tenía una relación muy seria con su cinta para correr, pero esto era muy diferente. Le daba vueltas la

cabeza y el dolor le presionaba el cráneo con pulsaciones urgentes.

—Tengo que parar —dijo, doblando la espalda. Veía borroso. Notó algo que le hacía cosquillas en los labios, y, al tocarse la cara con la mano, esta se llenó de sangre—. ¿Qué me está pasando?

Diana sacó un pañuelo de tela de la mochila, lo humedeció con agua de lluvia de la rama más cercana y lo llevó suavemente a la boca y a la nariz de Alia. De inmediato, el dolor que sentía disminuyó ligeramente y la visión se aclaró.

—Ya te lo he dicho. Tienes que salir de la isla.

—La isla es una metáfora —murmuró Alia para sí misma—. Cuando salga de la isla, me despertaré.

—No es ninguna metáfora —dijo Diana—. Mi hogar te está matando antes de que tú puedas destruirlo. Tenemos que seguir adelante. ¿Quieres que te lleve?

—No —contestó Alia, rechazando con un gesto su mano—. Estoy bien.

La princesa amazona negó con la cabeza, pero no discutió. Alia la siguió como pudo, apoyándose en los troncos de los árboles cuando tenía que hacerlo, escuchando el traqueteo de la respiración en los pulmones, escurriéndose por tramos de tierra blanda que la lluvia había convertido en barro. Era consciente de los pájaros que se refugiaban entre las grandes hojas, del crujido que hacían con las alas. Oyó el chillido de los monos, aunque no los vio por ninguna parte. El lugar estaba rebosante de vida, borracho de ella.

«¿Qué es real y qué no lo es?», se preguntó Alia. Tal vez la isla era real, pero sus percepciones estaban distorsionadas. Tal vez su cerebro había resultado dañado en el naufragio. Sin duda, su cuerpo se había inundado de adrenalina. O tal vez estaba tumbada en la camilla de algún hospital, en dirección a una resonancia magnética, y todo esto eran alucinaciones. Esta idea le gustaba mucho. Descubrirían cuál era el problema de su mente fallida y lo arreglarían. La ciencia era capaz de solucionarlo todo, si había tiempo y recursos. Era lo que sus padres les habían enseñado a Jason y a ella. El mundo seguía una hermosa lógica, patrones ocultos que salían al descubierto si aprendías a verlos. ¿Qué pensarían sus padres de aquellos árboles gigantes y de las joyas que actuaban como un animal adiestrado? «Dirían que tiene que haber una explicación. Y la encontrarían».

Alia se tambaleaba detrás de Diana a medida que la superficie del bosque iba descendiendo. Los árboles fueron disminuyendo y gradualmente se convirtieron en un claro. Tenía la extraña sensación de estar pasando de un mundo al otro. Acababan de dejar un bosque denso de vegetación, repleto de flores y de pájaros de colores brillantes. Ahora lo que se extendía ante sus ojos solo podía describirse como una pradera, colinas largas y onduladas de cañas que se mecían con suavidad, de un color gris y verde pálido que se entremezclaba con los colores del cielo nublado.

Alia intentó tomar aliento, consciente de que estaba jadeando como un perro cansado, mientras que Diana no parecía nada afectada.

—Esto no tiene sentido. Este tipo de entorno es totalmente inapropiada para este

clima.

Diana se limitó a sonreír.

—La isla es así. Reparte regalos. —Alia intentó no poner los ojos en blanco—. Mi madre nunca habla de la vida antes de la isla —continuó Diana—. Pero le encanta este lugar. Creo que le recuerda a la estepa.

Permaneció largo rato contemplando la extensión de hierba. Alia no tenía ningunas ganas de reemprender la marcha; sin embargo, intuía que debían darse prisa.

—Entonces... —empezó a decir, pero Diana sacudió la cabeza y se puso un dedo ante los labios—. Si me vas a hacer callar...

—Escucha.

—Solo oigo el viento.

—Aquí —dijo Diana, y le tomó la mano al tiempo que se agachaban para ponerle la palma sobre la tierra mojada—. ¿Lo notas?

Alia frunció el ceño, pero entonces notó un temblor, distinto de los terremotos. Era más bien como el tamborileo de la lluvia, pero tampoco era exactamente eso.

—Cierra los ojos —murmuró Diana.

Alia la miró con recelo, pero finalmente cerró los ojos. El mundo oscureció. Notaba la tormenta en el aire, la fragancia profunda y musgosa del bosque que habían dejado atrás, y algo más, un aroma más cálido que no podía identificar. Oyó el crujido solitario del viento a través de la hierba, y entonces, tan imperceptible que al principio dudó, oyó un débil relincho. Volvió a aparecer, y los sonidos empezaron a fundirse con el suave tamborileo que sentía a través de la tierra: un grupo de cuerpos en movimiento, un jadeo, ruidos de cascos.

Abrió los ojos de par en par. Notó que estaba sonriendo.

—¿Caballos? —preguntó. Diana sonrió y asintió, y ambas se levantaron—. Pero ¿dónde están?

—Aquí, en el campo. Es la manada fantasma.

Diana desenganchó el lazo dorado de su cadera y empezó a avanzar por la hierba alta. A ella le llegaba hasta los muslos; a Alia, casi hasta la cintura, y le hacía cosquillas en las piernas desnudas de un modo que le hizo pensar en telarañas.

—Mi madre y sus hermanas eran grandes jinetes —explicó la amazona—. Podían montar cualquier corcel y sacar lo mejor de él, lanzar flechas mientras colgaban de una silla, apuntar boca abajo. Cuando Maeve llegó a la isla... —Su voz se quebró un poco—. La manada fantasma fue un regalo de la diosa Epona. Un agradecimiento a Hera y Atenea por haber concedido la inmortalidad a Maeve.

Con un gesto ordenó a Alia que se detuviera, y esta vio que había formado un nudo corredizo con el lazo, que ahora balanceaba entre las manos para darle impulso.

Alia oía que el ruido se acercaba, el fragor de los cascos que recordaba el latido de un corazón, doblándolo, distorsionándolo. La hierba alta se mecía contra el viento como si estuviera dirigida por una fuerza invisible, mientras que su mente se negaba a

admitir lo que estaba viendo. «No puede ser. No puede ser».

Diana tenía los ojos cerrados. Plantada con el rostro inclinado hacia el viento, escuchaba y, con un ritmo repetitivo y perezoso, movía el lazo, que brilló entre sus manos cuando lo soltó. Dibujó un camino largo y reluciente, con el cielo gris de fondo, y fue a caer alrededor del cuello de un enorme caballo blanco que un instante antes no estaba allí. Era como si el lazo hubiera causado la aparición del animal.

Alia retrocedió un paso, con el corazón latiendo con fuerza contra su pecho. Diana soltó un poco más el lazo y dio la vuelta mientras el caballo, frustrado, meneaba la crin blanca y brillante y hacía esfuerzos para liberarse. Ella tiró con suavidad y el animal se encabritó, retrocediendo y soltando un relincho agudo y airado.

—Tranquilo, Khione —murmuró la princesa de las amazonas con voz grave y cadenciosa—. Soy yo.

El caballo seguía alzado sobre las patas traseras, meneando la crin, y Diana dio otro tirón suave, tensando los músculos de los brazos bajo la piel bronceada.

Silbó ligeramente y el animal alzó las orejas. A regañadientes se fue calmando, pateó la hierba con los cascos y dio un resoplido de insatisfacción. Caminó hacia delante a medida que Diana iba recogiendo el lazo. Cuando lo tuvo lo bastante cerca, le pasó un brazo por encima del cuello y le dio unos golpecitos en el flanco mientras él le arrimaba la enorme cabeza.

—Es la yegua favorita de Maeve —dijo Diana. Alia, que percibió tristeza y preocupación en su voz, se acercó cuando le pidió que lo hiciera con una sonrisa alentadora—. Vamos.

Dudó, pero enseguida alargó el brazo para acariciar el morro de terciopelo del animal. Muchos chicos de su escuela montaban a caballo, pero ella nunca había visto uno como aquel, blanco como el alabastro, labrado en mármol, como si acabara de saltar del pedestal de un monumento en el centro de una gran plaza. Las pestañas eran del mismo color de nieve que la crin, pero no tenía blanco en los ojos. Eran de un color negro purpúreo como un pensamiento.

El caballo («el caballo invisible», se corrigió mentalmente Alia, para luego rechazar la idea) agachó la cabeza, y la joven notó de nuevo el pellizco de terror que no la abandonaba desde que se había salvado del naufragio. Intentó reprimir las lágrimas que brotaban de sus ojos. Pensó en un vaso lleno hasta el borde, en la tensión de la superficie que evitaba que se derramara. Sentía la calidez del caballo bajo su mano. Veía los rizos largos de sus pestañas. Era tan real como nada lo había sido desde que sintió el frío de las olas. Si esta criatura era posible, entonces todo podía ser real. Todo aquello era demasiado para ella.

Alia cerró los ojos y apoyó la frente contra la dura melena de la yegua.

—¿Cómo la has llamado?

—Khione. Significa «nieve».

—¿Y fue un regalo?

—Sí. Cuando una jinete monta a un miembro de la manada fantasma y le agarra la crin, se vuelve tan invisible como el caballo.

—¿Cómo es posible que la veamos ahora?

—El lazo. Siempre muestra la verdad.

Alia soltó un bufido que casi era un sollozo.

—¿Puedes preguntarle al lazo si voy a volver a casa?

—No funciona así. Además, Alia, ahora no puedes volver a tu casa. Todavía no. Han intentado matarte.

—Por la Fundación.

—Por lo que eres. Eres un peligro para mucha gente. Tengo que llevarte a Grecia, al manantial de Therapne.

Diana susurró algo al oído del caballo y a continuación arrancó de un tirón varios penachos de su crin. El animal soltó un relincho de desaprobación, pero permaneció en su sitio, pateando el suelo con los enormes cascos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alia.

—Los necesitaremos para salir de la isla.

Se produjo otro temblor y el caballo retrocedió, arrebatando el lazo de las manos de Diana, que de inmediato se colocó delante de Alia, con los brazos extendidos y la expresión serena. Khione dio algunos pasos nerviosos y luego pareció calmarse. La amazona esperó unos instantes más antes de recoger el lazo y luego dio unos golpecitos en el flanco del animal.

—Dentro de poco todo se calmará —le dijo con suavidad—. Te lo prometo.

Pasó el lazo alrededor de la cabeza del caballo y Alia contempló maravillada cómo Khione desaparecía. Magia. Estaba presenciando verdadera magia. La magia que sale en las películas. Todavía no había varitas ni magos, pero, si permanecía en la isla el tiempo suficiente, tal vez aparecería un dragón. «Todo parece tan real», pensó mientras seguía a Diana por la pradera. Pero quizá delirar consistía precisamente en esto.

En cierto momento se dio cuenta de que el terreno le empezaba a resultar familiar. A lo lejos, vio el mar. Habían vuelto a los acantilados.

—No pienso volver a la cueva —dijo, tozuda.

—A la cueva no —contestó Diana—. Vamos a la cala.

Alia se acercó con precaución al borde del precipicio y miró hacia abajo. Había una pequeña playa de arena tallada en la costa, como la parte superior de un signo de interrogación.

—Vale, pero que quede claro que no pienso bajar montada en tu espalda.

—Puedo clavar una piqueta —dijo Diana, sacando un trozo de cuerda ordinaria de la mochila.

—Ni hablar. No voy a bajar el acantilado.

—No dejaré que te hagas daño.

—¿Sabes una cosa, Diana? Nos acabamos de conocer, por eso tal vez no te has

dado cuenta, pero yo no estoy hecha como tú. Te agradezco que me hayas salvado la vida...

—Un par de veces.

—De acuerdo, un par de veces, pero este día ha sido excesivo. Yo no hago caminatas de varios kilómetros ni escalo paredes de roca, a no ser que lleve puesto un arnés de seguridad y esté en un recinto cubierto donde un tipo buenorro me grite cosas como «¡Lo estás haciendo muy bien!» desde el suelo del gimnasio. Me estoy esforzando al máximo, pero estoy a punto de explotar.

Diana se la quedó mirando durante unos instantes, y Alia pensó que era perfectamente capaz de agarrarla y cargarla sobre sus hombros, si así lo quería. Pero, contra todo pronóstico, asintió e inclinó ligeramente la cabeza.

—Perdóname.

Al parecer, las chicas de la secta también tenían unos modales exquisitos.

—No pasa nada —dijo Alia, avergonzada por su rabieta. Pero, al menos, no tendría que ir a caballito.

Diana la guio a lo largo del acantilado hasta el principio de un camino empinado y estrecho. Alia tragó saliva e hizo lo posible por fingir seguridad.

—Mucho mejor.

—A mi manera iríamos más rápido —se ofreció Diana.

—Los últimos serán los primeros.

—Eso no pasa casi nunca.

—Pregúntaselo a Esopo.

—Esopo no existió. Las historias que se le atribuyen fueron obra de dos mujeres esclavas.

—Qué típico. Reflexionaré sobre ello mientras vamos bajando.

Alia empezó a bajar por el camino, dando cada paso con sumo cuidado, temerosa de perder pie y caer por el precipicio.

—Vas a tardar una hora en bajar si sigues así —dijo Diana.

—Llegaré cuando llegue. No soy una cabra.

—Podría haberte confundido con una.

En aquel momento se produjo otro pequeño temblor, y Alia arrimó el cuerpo a la pared del acantilado.

—¿Estás segura de que prefieres bajar por el camino? —preguntó Diana.

—Segurísima —rechinó Alia.

—Muy bien. Espérame en la arena.

—¿No vienes?

—Lo haré a mi manera.

Diana lanzó la mochila por el borde del precipicio y, luego, ante la mirada incrédula de Alia, echó a correr hacia el vacío. Alia se tapó la boca con las manos. «No pretenderá...»

La princesa de las amazonas saltó y por un instante su silueta quedó recortada

contra el cielo tormentoso, con los pies en punta y los brazos extendidos. Parecía que estuviera a punto de brotarle unas alas y fuera a echarse a volar. «Hoy han pasado cosas aún más raras». El cuerpo de Diana trazó entonces un arco descendente y se desvaneció precipicio abajo.

—Va de sobrada —murmuró Alia, y continuó bajando por el camino, mirando dónde encontrar el siguiente lugar en el que colocar el pie, al tiempo que lanzaba miradas al mar para intentar localizar a Diana entre las olas grises y agitadas. El oleaje era fortísimo y golpeaba la cala con una rabia incesante. ¿Y si Diana había sido arrastrada por las olas? ¿Y si se había abierto su preciosa cabeza contra una roca?

Cuanto más avanzaba, más le dolía la cabeza y más enferma se sentía. Cuando llegó a la base del acantilado, los muslos le temblaban y tenía los nervios destrozados por el terror a la caída. No había rastro de Diana, y se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que iba a hacer si ella no regresaba. ¿Volver a subir? No estaba segura de que le quedaran fuerzas. ¿Esperar a que una de aquellas hippies coleccionistas de armas la encontrara y fuera más amistosa de lo que Diana había sugerido? ¿Y lo que había dicho Diana sobre Grecia y los peligros que ella representaba?

—La chica está confundida —dijo Alia, a nadie en particular—. Es lo que pasa cuando te crías en una secta.

«Claro, y tú eres la que está hablando sola en una playa desierta».

Aun así, Alia notó que la preocupación de su pecho disminuía cuando miró hacia el mar y vio a Diana nadando, con los brazos cortando el agua a un ritmo decidido. Había algo detrás de ella, una forma enorme que aparecía y desaparecía en los espacios entre las olas.

Cuando la joven alcanzó la orilla, emergió con el agua chorreando de su pelo oscuro, unas cuerdas echadas sobre sus hombros, los pies hundiéndose en la arena y todos los músculos del cuerpo tensándose a cada paso que daba. Alia tardó bastante rato en comprender que las cuerdas eran el cordaje de un barco.

Diana había sacado el *Thetis* del fondo del mar.

Un intenso escalofrío recorrió todo su cuerpo. Uno de los mástiles seguía intacto; el otro se había desenchajado cerca de la base. La proa había desaparecido totalmente. La explosión apenas había dejado una línea desdibujada de madera y fibra de vidrio en el lugar donde debería haber estado el resto de la embarcación. «Van a por ti... por lo que eres».

Diana no podía entenderlo. Hacía mucho tiempo que la familia de Alia era un objetivo, primero cuando la gente los acusó de «jugar a ser Dios» con sus investigaciones, luego por las reglas de la Fundación Keralis, relacionadas con la concesión de ayudas. Continuaban las especulaciones sobre si el accidente que había costado la vida a sus padres había sido un asesinato. Una investigación concienzuda había demostrado que aquella noche terrible no había habido nada más que una carretera resbaladiza y unos conductores distraídos. Pero, cada pocos años, algún periódico o algún blog publicaba un artículo conspiratorio sobre las muertes de Nik y

Lina Keralis, y Alia recibía algún correo electrónico de algún reportero metomentodo o pasaba por delante de un quiosco y veía la foto de la boda de sus padres mirándola desde el escaparate, y la herida volvía a abrirse otra vez.

Recordaba estar sentada en el asiento trasero con Jason, el perfil iluminado por las farolas de la calle, sus padres delante, discutiendo sobre qué puente debían cruzar para llegar a casa. Este era el último recuerdo que tenía de ellos: su madre dando golpecitos contra el volante, su padre con la mirada fija en la pantalla del móvil e insistiendo que, si hubieran tomado el Triborough, a esas horas ya estarían en casa. Luego la extraña sensación de que el coche se movía en la dirección equivocada, el impulso que los hizo atravesar, derrapando, tres carriles de tráfico. Recordaba el impacto del vehículo contra la divisoria, el chirrido del metal al romperse y luego nada más. Ella tenía doce años; Jason, dieciséis. Al despertarse en el hospital, todavía sentía el olor a caucho quemado en la nariz. Tardó días en disiparse y ser sustituido por el hedor empalagoso del desinfectante del hospital. Su hermano estaba allí cuando ella despertó, con una gran herida en la mejilla, cerrada con puntos, y los ojos enrojecidos de tanto llorar. También había venido su padrino, Michael Santos, y su hijo Theo, que rodeaba a Jason con el brazo y sujetaba la mano de Alia.

Contemplar los restos del *Thetis* le produjo la misma sensación que experimentó cuando se despertó en la cama del hospital, la misma oleada de dolor. «Van a por ti». ¿Acaso ella había sido el motivo del naufragio? ¿Jasmine, Ray y los demás habían muerto por su culpa?

Diana había procedido a desenredar los cordajes y estaba rasgando el casco del barco como quien hurga en una langosta durante una cena de lujo.

—¿Qué haces? —preguntó Alia, nerviosa.

Tal vez los miembros de la secta mezclaban esteroides con las vitaminas masticables, pensó.

—Necesitamos una embarcación para pasar la frontera.

—¿Qué frontera?

Diana dudó, y luego dijo:

—Me refiero a salir a mar abierto. El casco ha quedado inservible, pero creo que podemos salvar parte del puente y de la vela y usarlas como una balsa.

Alia no quería tocar el barco. No quería tener nada que ver con él.

—¿Una balsa? ¿Con este oleaje? ¿Por qué no esperamos a que pase la tormenta?

—Esta tormenta no va a pasar. Solo va a empeorar. —Volvió la vista hacia el agua—. Podríamos intentar ir a nado, pero si nos separáramos...

—De acuerdo —dijo Alia, ayudándola a cargar un trozo del casco sobre el hombro y a desencajarlo.

En aquel momento, Diana dobló el cuerpo de dolor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alia, presa del pánico. Sin darse cuenta, había empezado a pensar que Diana era invulnerable.

—Maeve... Las demás. Tenemos que darnos prisa. Antes de que sea demasiado

tarde.

Trabajaron durante una hora aproximadamente. Los temblores de tierra eran cada vez más frecuentes y, en ocasiones, algunos fragmentos de acantilado se desprendían detrás de las chicas. Alia había intentado ayudar durante un rato, pero al final había renunciado a continuar y descansaba apoyada contra la balsa improvisada, con la respiración entrecortada. Diana se dio cuenta de lo lívida que estaba bajo la piel morena.

Tenía mucho mejor aspecto mientras escalaban el acantilado, cuando había estado pegada a ella. «Tu proximidad puede prolongar la vida de la chica, tal vez pueda incluso consolarla, pero no podrá curarla. Ella morirá y la isla vivirá». Alia se estaba muriendo, y, aunque Diana todavía se encontraba bien, notaba el dolor y el desconcierto de sus hermanas a través del lazo sanguíneo que conectaba a todas las Amazonas. Lo que una de ellas sentía lo sentían todas las demás, y el hecho de combatir, incluso durante los entrenamientos, significaba soportar el dolor de tu oponente en el mismo instante en que lanzabas el golpe. Y si una de ellas moría... No, no lo permitiría.

—Aguanta, Maeve —susurró.

Ensamblaron la balsa como pudieron y entonces Diana alzó la vela, introduciendo las hebras de la crin de Khione en los nudos del cordaje. Con cada nudo, otra parte de la balsa se desvanecía.

Así serían invisibles desde las costas de Themyscira y desde la costa del sur de Grecia. Diana esperaba acercar la embarcación lo máximo posible a Gytheio. Desde allí les esperaba un viaje de dos días a pie hasta Therapnes. Dudaba que Alia pudiera ir más deprisa en el estado en el que se encontraba. Tal vez podrían adquirir una de aquellas máquinas que salían en los libros.

—¿Sabes conducir un automóvil? —preguntó mientras aseguraba el timón provisional de la balsa.

—¿Un coche? No. En Nueva York no es necesario aprender a conducir.

Diana frunció el ceño.

—Bueno, aunque vayamos a pie, tendremos tiempo de sobra para llegar al manantial antes de que empiece el hecatombeón.

—¿Y qué es el hecatombeón exactamente?

—El primer mes del calendario griego. Solía marcar el inicio del año.

—Entendido. Hecatombeón. Una fiesta en el manantial. Todos los tíos enrollados estarán allí.

—¿Quiénes son los tíos enrollados?

—Vaya. De acuerdo, tú y yo estaremos allí.

Diana tenía la sensación de que Alia no pensaba ir al manantial, pero esa era una preocupación que podía dejar para más tarde. Trenzó una hebra de la crin de Khione en su propio pelo e hizo lo mismo en el de Alia, y luego la ayudó a embarcar y se inclinó para agarrar los bordes de la balsa.

Empujó la balsa hacia el agua. Saltó a bordo y notó el oleaje bajo ella. Soltó ligeramente la vela y agarró la caña del timón.

Mientras se adentraban mar adentro, Diana volvió la vista hacia la pequeña cala, que a cada segundo que pasaba se hacía más pequeña. «Todavía no es demasiado tarde», pensó. «Vuelve. Deja que la isla haga su trabajo». En cambio, ordenó a Alia que aflojara la vela y observó cómo el viento llenaba la tela. La balsa se lanzó hacia delante sobre la cresta de otra ola y se deslizó por el otro lado en un descenso vertiginoso.

Pasaron las rocas que marcaban la frontera y se adentraron en la neblina. Esta vez no se produjo ningún cambio de temperatura, y Diana no pudo discernir exactamente cuándo habían cruzado. Allí las olas eran más salvajes, pero era difícil de distinguir nada. Entonces Alia ladeó la cabeza hacia el cielo y respiró hondo. Diana vio que estaba recuperando el color de las mejillas. ¿Era posible que los terremotos también hubieran cesado en Themyscira? ¿Habría abierto Maeve los ojos? ¿O se exigiría algún sacrificio para purgar la isla de la influencia de Alia?

Diana echó la vista atrás. Nunca había estado tan lejos, nunca había visto la isla desde tanta distancia. Las neblinas se abrieron por un instante y consiguió divisar la forma, la curva de la costa, las torres del Efeseo en un extremo y la gran cúpula de Bana-Mighdall en el otro, los picos y los valles de las montañas como una odalisca verde.

La niebla se espesó. Themyscira había desaparecido. Si ahora intentara regresar, ¿la reconocería la isla? ¿Conseguiría encontrarla? ¿Sería bienvenida en su regreso?

«¿Regresar a qué?», preguntó una voz sombría en su interior. ¿Y si lo conseguía? ¿Y si el oráculo no había contado a Hippolyta la horrible traición que Diana había cometido contra su gente? Si permanecía en la isla, solo podía aspirar a ser la hija mimada de Hippolyta. Nunca se le permitiría encontrar su propio camino.

Su madre podía proclamar que ella era un amazona, pero por encima de todo era su hija, demasiado valiosa, demasiado frágil para ponerla en peligro. Y el resto de Amazonas siempre la verían así: no como una verdadera hermana, sino como la hija de la reina. Siempre sería una forastera, y aquella era una debilidad que las demás siempre podrían aprovechar.

En cambio, si hacía las cosas bien, si conseguía llevar a Alia al manantial, no

sería una simple misión, sino un objetivo, el viaje de una heroína, como los que habían emprendido las campeonas de la antigüedad. El linaje de las Warbringer se rompería. Alia sobreviviría, la guerra se evitaría y ella habría demostrado su valía. Para entonces, Hippolyta y Tek ya conocerían los detalles de su transgresión. Tendría que enfrentarse a un juicio ante el Consejo de amazonas, pero Diana quería creer que saldría absuelta. Interrumpir el ciclo de las Warbringer y evitar no solo una guerra, sino incontables guerras futuras, era una hazaña digna de una amazona. Habría un castigo, pero seguro que no la enviarían al exilio. «Tendrás que mirar a Maeve a los ojos y decirle que fuiste tú la causa de su sufrimiento». Ese sería el peor castigo, el más duro de soportar, y era indudable que Diana lo merecía.

Por descontado, también era posible que fracasara. Cabía la posibilidad de que salvara a Alia, pero precipitara a la tierra a una época de guerras, unas guerras que podían traspasar las fronteras del mundo mortal y llegar a su hogar. Recordaba la visión del cuerpo inmóvil y sin vida de su madre en el campo de batalla, la mirada acusadora de los ojos agonizantes de Tek, la tierra convertida en cenizas, el olor a sangre y a carne quemada en el aire, la horrenda criatura con cabeza de chacal. Un error por su parte podía tener costes irreparables.

No. Tenía que haber alguna razón para que hubiera sido ella la que presencié el naufragio del *Thetis*, la que sacó a Alia del mar. Le habían dado una oportunidad para ayudar a lograr la paz en el mundo y terminar con el ciclo bélico que Alia llevaba en la sangre. No fracasaría. Y no permitiría que el miedo se interpusiera en su camino.

La neblina era fría y el oleaje golpeaba la parte inferior de la balsa como una criatura viva. Diana se llevó la mano al bolsillo y tocó la piedra en forma de estrella. Notó los bordes duros de la pieza contra la palma de su mano.

—Alia —gritó por encima del viento—, dame la mano.

La chica avanzó a trompicones por la balsa hasta alcanzar la popa y se agarró a la mano de Diana, mojada por la lluvia y la espuma del mar, y la piedra en forma de estrella quedó entre las dos palmas.

—¿Preparada? —preguntó la amazona, manteniendo sujeto el timón con la otra mano.

—Preparada —respondió Alia con firmeza.

Diana notó su propia sonrisa.

—El destino nos espera.

Se concentró en lo que recordaba del mapa de Greda, el golfo de Laconia, la horquilla de la costa sur.

«Guíanos», deseó.

No sucedió nada.

Por un momento, pensó, mortificada, que tal vez había malinterpretado el funcionamiento de la piedra. ¿Y si no tenía fuerza de voluntad suficiente para dirigirla? Se perderían en el mar, atrapadas en la balsa, y nunca más volvería a Themyscira.

Pero entonces la embarcación empezó a girar, al principio con lentitud, luego con mayor impulso, y las aguas se alzaron, girando en espiral, y formaron un muro a su alrededor, una columna de aguas grises y remolinos de espuma que se agitaba cada vez más deprisa, cada vez más alta, hasta que el cielo quedó reducido a un agujerito de luz allá en lo alto.

Con un sonoro chasquido, la vela se soltó y desapareció por el canal. La balsa tembló y se partió en dos entre las dos chicas.

—¡No te sueltes! —gritó Diana, sin dejar de agarrar a Alia.

—¿Bromeas? —respondió la joven, gritando también.

Estaban empapadas, encorvadas sobre el timón, de rodillas, con las palmas tan juntas y tan apretadas que Diana sintió que los bordes de la piedra le cortaban la carne.

«Tek tenía razón. Las diosas están enfadadas». Nunca la habían querido en la isla. Había sido muy arrogante por su parte pensar que la aparición de Alia era una oportunidad que le daban las diosas para alcanzar la grandeza. La habían utilizado como cebo, y ahora la Warbringer y ella morirían juntas, devoradas por las fauces del mar.

El rugido del agua agitada le inundaba los oídos, repiqueteaba contra su cráneo; el viento y la sal golpeaban con tal fuerza que no podía mantener los ojos abiertos. Se arrimó a Alia y notó su pulso (¿o era el suyo propio?) contra la palma de la mano.

De pronto, el mundo quedó en silencio. El rugido no disminuyó, sino que simplemente desapareció. Diana abrió los ojos para ver cómo la columna se desmoronaba en una gran ola de agua, empapándolas y balanceando la embarcación sobre el chapoteo del mar. La neblina todavía envolvía el tocón roto del mástil cuando la balsa se meció y finalmente se detuvo, con las aguas siniestramente quietas.

Estaban rodeadas de oscuridad. ¿Se había hecho de noche en el mundo mortal? ¿Habían perdido o ganado tiempo al utilizar la piedra?

Seguían avanzando, transportadas por una fuerte marea, pero el oleaje se había calmado de un modo drástico.

Las dos jóvenes se miraron. El pelo de Alia era una masa mojada de trenzas, y sus ojos grandes y redondos parecían monedas acabadas de acuñar. Diana sospechaba que ella no debía de tener mejor aspecto.

—¿Ha funcionado? —preguntó la joven humana.

Lentamente separaron las manos. La piedra estaba manchada de sangre, sangre de las dos. Diana la limpió contra sus pantalones mojados y se la metió en el bolsillo.

Miró alrededor. La embarcación había quedado reducida aproximadamente a la mitad del tamaño que tenía cuando habían salido de la isla. Del mástil, hecho añicos, colgaban flácidos fragmentos de cuerda y cordaje. A través de la neblina, Diana avistó el primer parpadeo de las luces. Eran más brillantes que las lámparas de Themyscira, más firmes que la luz de las antorchas; parecían alfileres que relucían

como estrellas capturadas, con una mezcla de colores, blanco, azul pálido, dorado, verde plateado.

—Ha funcionado —dijo, incrédula todavía—. Sí que ha funcionado.

Lo había conseguido. Había salido de Themyscira. Había cruzado hasta el Mundo del Hombre.

A ambos lados, las luces se multiplicaban, más numerosas de lo que nunca hubiera podido imaginar. Oía el agua que impactaba contra los laterales de la balsa y algo más, un sonido profundo y resonante, las sirenas de los barcos, un sonido que solo había oído a gran distancia desde la isla.

Pero las luces estaban demasiado cerca, eran demasiado brillantes, demasiado abundantes. ¿Habían llegado a una ciudad? ¿Y cómo era posible que el mar Jónico pareciera plano como un estanque de molino?

La neblina se aclaró y Diana vislumbró otra luz que brillaba en lo alto, distinta de las demás, un antorcha amarilla y vibrante sostenida por la estatua de una amazona, con la cara severa enmarcada por una corona de rayos de sol y con los pliegues, grises y verdes, de cobre gastado por el tiempo. Detrás de la estatua, aparecieron las luces de un enorme puente.

—Ha pasado algo —dijo Diana, levantándose lentamente—. Esto no es Grecia.

Alia echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, con una carcajada llena de euforia, alivio y... orgullo.

—Por supuesto que no —susurró, y extendió los brazos, como si quisiera abarcar con ellos la ciudad entera, como si aquellas luces se hubieran encendido solo para darle la bienvenida—. Bienvenida a la ciudad más fabulosa del mundo, Diana. Esto es Nueva York. —Soltó un grito de alegría y volvió el rostro hacia el cielo—. ¡Esta es mi casa!

«¿Qué he hecho?» El aire se adhería a la piel de Diana de un modo extraño, le llenaba los pulmones de una sensación arenosa. Lo notaba en la boca, húmedo y empalagoso en la lengua. Las luces de la costa ya no parecían estrellas, sino más bien el reflejo brillante de los ojos de un depredador, una manada de lobos acechando en la oscuridad.

Se volvió hacia Alia.

—¿Qué has hecho?

La joven levantó las manos.

—Tú eras la que llevaba el timón.

—La piedra llevaba el timón. Yo pensaba en el manantial. Estaba concentrada en la costa de... —Se le acabaron las palabras al mirar el rostro aliviado y feliz de chica. La piedra seguía los deseos de la mujer que la gobernara. Al parecer, la voluntad de Alia había sido más fuerte que la suya—. Estabas pensando en tu casa.

No pudo evitar un tono acusatorio en la voz.

La joven se encogió de hombros.

—¿Perdona?

—No creo que pueda perdonarte.

Sonó el aullido de una sirena, esta vez más cerca de ellas, y pasó una barcaza, seguida por una ola rizada que golpeó los restos de la balsa. Se tambalearon, consiguieron enderezarse, pero la pequeña embarcación se estaba llenando rápidamente de agua. «Piensa», se dijo Diana. La piedra solo servía para salir de Themyscira o para regresar a ella. Podían volver a la isla e intentarlo de nuevo; sin embargo, ¿no era demasiado arriesgado llevar de nuevo a la Warbringer allí? ¿Sobrevivirían Alia o la isla a una decisión como aquella?

Al este, vio el inicio del amanecer que teñía el cielo de gris. Oteó el horizonte. Nueva York. La isla de Manhattan. Diana conocía bien los mapas, los había estudiado, y sabía que se encontraban a miles de kilómetros de Therapnes, del manantial y de cualquier esperanza posible.

Soltó un gemido de frustración.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Llevo todo el día diciéndotelo —repuso Alia sonriendo.

¿Solo había pasado un día? Aquella misma mañana, la única preocupación de Diana había sido la posibilidad de perder una carrera. Ahora había abandonado el único hogar y la única vida que conocía, y estaba a punto de condenar al mundo a una era sangrienta de guerra y violencia. Al parecer, tenía un don para provocar desastres.

«Tengo que trazar un nuevo plan», se dijo. «Los soldados saben adaptarse».

—Tenemos que alcanzar la orilla —dijo con decisión. No era gran cosa, pero era algo por donde empezar. Claro que no tenían mástil, ni vela, ni manera de gobernar la embarcación—. Tendremos que nadar.

Alia se estremeció.

—Regla número uno para sobrevivir en Nueva York: no nades en el Hudson. ¿Sabes lo contaminada que está el agua?

Diana observó el río. Tenía un color azul opaco tirando a plomizo. No se parecía en nada a las aguas claras de la isla. Y aun así...

—El agua es agua —dijo con más confianza de la que sentía.

El viento y el mar habían arrancado las hebras de la crin de Khione de las trenzas de Alia, y la trenza de Diana también se había soltado. Se volverían visibles en cuanto hubieran abandonado la balsa, pero no podían hacer nada al respecto. Rodeó a Alia con el brazo.

—¡Sé nadar! —protestó.

—Está oscuro. No quiero arriesgarme —dijo Diana.

Y ahora que habían llegado al mundo mortal, no se fiaba de la chica. Era capaz de alejarse por su cuenta.

Con Alia bien agarrada, se zambulló en el río y todo su cuerpo se retorció de repugnancia. Ya esperaba que estuviera fría, pero la sensación que producía el agua era muy rara: densa y pegajosa, como una mano húmeda que se cerrara sobre ella.

—¡Eh! —se quejó Alia, intentando escabullirse de Diana—. ¡Eh, eh, ve hacia el este, hacia Manhattan! Si no terminaremos en Nueva Jersey.

Diana nadaba con ímpetu, ansiosa por salir de aquella... sopa tan pronto como fuera posible. De repente Alia se puso rígida.

—¿Qué te pasa? —preguntó la amazona—. ¿Te están afectando los venenos del agua?

—Ahora me acuerdo.

—¿De qué?

—De esto. De cuando me salvaste del naufragio.

—No es muy probable. Estabas inconsciente.

Alia se encontraba de espaldas a ella, pero Diana notó que encogía ligeramente los hombros.

—Recuerdo cuando el agua se volvió más caliente. —Hizo una pausa—. Recuerdo pensar que todo iba a salir bien.

Diana notó el alivio en su voz, la convicción de que finalmente las cosas habían salido bien. «Cree que ya está a salvo», comprendió. «Cree que todo ha terminado».

—Por ahí —dijo Alia, alargando el cuello—. Todo recto. Eso es Battery Park.

A la luz grisácea, Diana apenas podía discernir la silueta enorme que se alzaba desde el agua, y al acercarse... Parpadeó.

—¿Son cañones?

—Solían serlo. Hay un memorial de la guerra.

Su madre le había contado que el mundo mortal estaba repleto de memoriales y monumentos a la pérdida. «Construyen con acero y piedra y prometen que recordarán, pero nunca lo hacen», le había dicho.

—Ese es el ferry —dijo Alia mientras atravesaban la estela de un barco que avanzaba lentamente—. Si nos ven...

—Coge aire.

—Pero...

Diana no se paró a discutir. Se sumergió, llevando con ella a la chica, y siguió avanzando. No estaba segura de cuánto tiempo podía contener el aire una mortal, pero contó hasta veinte segundos.

Cuando emergieron a la superficie, Alia respiró con fuerza y escupió agua del río.

—Dios mío, agua por la nariz —jadeó—. Tienes suerte de que esté tan contenta de estar en casa.

—Me alegro de que estés de buen humor —murmuró Diana.

—Me está aplastando una gigante cascarrabias y probablemente acabo de tragar desperdicios tóxicos, pero sí, lo estoy.

Diana disminuyó ligeramente la presión. No era justo castigar a Alia por su desesperación por volver a casa. Pero eso no cambiaba el aprieto en el que se encontraban. El hecatombeón daría comienzo cuando se elevara la luna nueva, y era posible que hubieran perdido más que unas horas en el momento de irrumpir en el mundo mortal.

Vio barcos anclados cerca del parque, con los puentes y los mástiles todavía iluminados por el brillo de los focos. Sin embargo, dudaba que pudieran llegar a tiempo a Grecia con una embarcación. Diana pensó en los aviones que Maeve y ella habían divisado algunas veces sobrevolando Themyscira. Eso era lo que necesitaban. Pero no tenía ni idea de dónde conseguir uno.

Cuando llegaron al muelle, cambió de mano para agarrar a Alia y se aferró a un pilón.

—Agárrate a mi cuello —ordenó.

Esperaba que la chica siguiera discutiendo sus instrucciones, pero al parecer el buen humor la había vuelto más obediente. Se aferró a los hombros de Diana sin una sola queja. También notó que tenía más fuerza ahora que ya no estaban en Themyscira. Tenía la esperanza de que, si ella se encontraba tan bien lejos de la isla, Maeve estuviera mejorando ahora que Alia ya no estaba en la tierra de las Amazonas.

Escaló el pilón, sacó a la joven del agua y la dejó con un golpe sordo sobre el pavimento del muelle. Alia se tumbó de espaldas y agitó los brazos de un lado para

otro.

—¿Qué haces? —preguntó Diana.

—Ángeles en la nieve.

—Aquí no hay nieve.

—De acuerdo —reconoció Alia—. Estoy celebrando mi negada.

Diana le dio la espalda a ella y a la extensión plomiza del río, para dejar claro que aquella debacle no era motivo de celebración, y fue entonces cuando vio realmente la ciudad.

Se quedó sin respiración. Había pensado que Efes y Bana-Mighdall eran ciudades, pero, si este era el caso, tal vez necesitaría otra palabra para describir la mole gigantesca, puntiaguda y mareante que tenía delante. Se alzaba en picos y crestas, como una escarpada cordillera montañosa que debería haber ocupado más de cien kilómetros, pero que en cambio estaba apiñada en un espacio relativamente estrecho, doblada sobre sí misma en ángulos agudos y llanos brillantes y reflectantes como si fuera una enorme formación de mica. Y estaba viva. Incluso a aquella hora adormilada del amanecer, la ciudad se movía. Coches a motor. Luces eléctricas parpadeando en distintos colores. Personas a pie con tazas de papel humeantes en las manos y periódicos doblados bajo los brazos.

Era como volver a enfrentarse al oráculo, el terror de contemplar lo desconocido. La emoción.

—¿Estás bien? —preguntó Alia, que se había levantado y trataba de escurrirse un poco el agua de la blusa amarilla y chorreante.

—No lo sé —contestó Diana con sinceridad.

—¿Es cierto que nunca habías salido de la isla?

—Ya sabes lo fácil que es salir de mi hogar.

—Tienes razón.

Un hombre pasó corriendo, secándose el sudor de la frente y cantando a viva voz. Era alto, delgado y peludo.

—¡Lleva barba! —dijo Diana, maravillada.

—Sí, hoy en día está bastante de moda.

La princesa amazona ladeó la cabeza mientras el hombre voceaba algo parecido a «concrete jungles where dreams tomato» de Jay-Z y desaparecía más allá del camino.

—¿Los varones suelen ser sordos?

—No, pero, créeme, no te recomiendo que oigas a Jason cantando en un karaoke.

Diana respiró hondo, intentando aclarar sus pensamientos. No podía permitir que aquel lugar la abrumara ni la distrajera. Tenía una misión que completar.

—¿Dónde podemos conseguir un aeroplano?

Alia la adelantó cojeando por el camino, en dirección al parque.

—No necesitamos ningún avión. Necesitamos un baño, una comida caliente. — Señaló sus pies descalzos—. Zapatos.

Diana la alcanzó y se puso delante para cerrarle el paso.

—Alia, no puedes ir a tu casa.

—¿Por qué...?

—La gente que intentó matarte cree que has muerto. Tenemos que asegurarnos de que lo sigan creyendo hasta que lleguemos al manantial. —Alia abrió la boca para protestar, pero Diana la cortó—: Sé que no me crees, pero tú sabes que la explosión de vuestro barco no fue un accidente.

Alia hizo una pausa y luego asintió lentamente.

—Ya lo sé.

Diana se sintió aliviada. Temía que Alia intentara negar todo lo que había sucedido ahora que se encontraba en terreno familiar.

—Entonces debes saber que es más seguro para todos que tus enemigos piensen que estás muerta.

La chica se frotó el rostro con la mano.

—Quieres decir que si vuelvo a casa pondré en peligro a Jason.

—Sí.

—No puedo dejar que mi hermano piense que estoy muerta. El también podría ser un objetivo.

—Cuando lleguemos al manantial...

—Deja de hablar del manantial. No tenemos manera de llegar allí. No tenemos dinero, y adivino que tú tampoco debes tener pasaporte.

—¿Qué es un pasaporte?

—Lo que yo decía. Vayamos paso a paso. Primero llamaré a Jason...

Diana sacudió la cabeza.

—Alguien supo dónde encontrarte cuando estabas en el barco. Podrían estar controlando tu ubicación a través de tu hermano.

Veía que la incredulidad de Alia batallaba contra su deseo de mantener a salvo a su familia.

—Creo que... —empezó a decir la chica. Una bicicleta pasó rozándolas a toda velocidad, y Diana apartó a la Warbringer de su paso—. ¡Idiota! —gritó Alia.

El ciclista volvió la cabeza y levantó el dedo anular.

—¿Es un enemigo? —preguntó Diana.

—No, es un neoyorquino. Sentémonos. Tengo que pensar.

Encontraron un banco, y la princesa amazona se obligó a sentarse, a estar quieta. Quería actuar, no pararse a reflexionar, pero necesitaba tener a Alia de su lado mientras hubiera alguna posibilidad de llegar al manantial.

—Vale —dijo la joven, mordiéndose el labio inferior—. No podemos ir a un banco porque no tenemos identificación. Y tú dices que no puedo ir a mi casa ni a las oficinas de Keralis porque todo el mundo cree que estoy muerta.

—Y queremos que continúen creyéndolo.

—Exacto. O sea que he vuelto a casa, pero, si sigo tus reglas, continúo estando completamente perdida.

Diana notaba la frustración y la fatiga en su voz. Vaciló. Sabía que le estaba exigiendo mucho, pero era necesario hacerlo. Había demasiado en juego para que alguna de las dos flaqueara.

—Después de todo lo que has visto, después de todo lo que hemos hecho juntas, ¿puedes al menos confiar en mí para protegerte?

Alia tocó brevemente con los dedos la pulsera que Diana llevaba en la muñeca izquierda, con una expresión pensativa en el rostro. ¿Estaba recordando lo que había sucedido en la armería?

—Tal vez —dijo finalmente—. Al menos ahora Jason tendrá una verdadera razón para ponerse paranoico. —Levantó bruscamente la cabeza—. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes?

Alia se puso de pie de un salto.

—Ya sé lo que vamos a hacer. Y, ahora que también sé que no me voy a morir, tengo un hambre canina.

—Pero tú misma has dicho que no tenemos dinero. ¿Tienes algo para intercambiar?

—No, pero conozco un banco donde no piden el carnet de identidad.

—Muy bien —dijo Diana. De momento no tenía otra opción que hacer lo que dijera Alia. Tenía que orientarse, acumular recursos—. Me alegro de que nos vayamos de aquí. El olor en esta parte de la ciudad es insoportable.

Alia se mordió el labio.

—Sí, en esta parte de la ciudad. No puedo creer que acabe de llegar nadando por el Hudson y esté a punto de entrar descalza en el metro. Voy a morir de algo muy desagradable, seguro. Vamos —dijo, tendiendo la mano a Diana—. Ahora eres tú la que está en mi isla. Subamos al tren.

Diana había leído cosas sobre trenes. Había estudiado los metros subterráneos, los trenes bala y las locomotoras de vapor, pues todo ello formaba parte de su educación, del intento de su madre no de que tuviera una comprensión general del mundo mortal. Pero había una gran diferencia entre las vagas impresiones tras largas horas de lectura en el Efeseo y la realidad del metro de Nueva York aullando en la oscuridad.

Desde el parque, Alia había tomado el mando de la expedición. Habían cruzado la calle, pasando por delante de la estatua de bronce de un toro y de dos hombres armados y vestidos con ropa militar que apenas las habían observado un instante desde lo alto de unas largas escalinatas.

—Es raro —había murmurado Alia—. Tal vez haya habido una amenaza de bomba o algo similar.

Habían descendido a las entrañas de la ciudad y entrado en un gran pasadizo embaldosado que iba a desembocar a un andén de metro. Entonces habían saltado una barrera y se habían introducido entre las puertas mecánicas de un tren, y ahora

estaban allí, sentadas en asientos de plástico, bajo unas luces demasiado brillantes, mientras el tren rugía y rechinaba como una especie de demonio.

En cada parada, las puertas metálicas se abrían y dejaban que el aire procedente del andén penetrase en el vagón, y más pasajeros subían a bordo, apiñándose los unos contra los otros.

—Usuarios —dijo Alia.

La palabra no significaba nada para Diana. Había personas de todos los tamaños, colores y formas; algunas iban vestidas con telas, otras con prendas mal confeccionadas. Se dio cuenta de que Alia había escondido los pies bajo el asiento, seguramente para ocultar que iba descalza.

Ambas atrajeron algunas miradas, pero la mayoría de personas mantenía los ojos pegados a unas pequeñas cajitas que sostenían en las manos como si fueran talismanes o miraban a media distancia, con los ojos vacíos, sin vida.

—¿Qué les pasa? —susurró Diana.

—Es la mirada del metro —explicó Alia—. Si la primera regla de Nueva York es no nadar en el Hudson, la segunda es no establecer ningún contacto visual en el metro.

—¿Por qué no?

—Porque alguien podría hablar contigo.

—¿Y eso sería muy malo?

La perspectiva de disponer de tanta gente nueva con quien hablar parecía un lujo inimaginable.

—Tal vez no, pero en Nueva York nunca se sabe. Esa señora, por ejemplo —dijo Alia, inclinando la cabeza muy ligeramente hacia una mujer de mediana edad que llevaba el pelo muy bien peinado y un gran bolso de cuero rojo sobre el regazo—, parece bastante agradable, tal vez algo estresada, pero cabe la posibilidad de que lleve una cabeza humana en ese bolso.

Diana abrió mucho los ojos.

—¿Es algo común?

—Bueno, no es común. Seguramente solo lleva un puñado de pañuelos de papel usados y un montón de fotos de sus nietos que le gustaría enseñarte, pero eso ya sería bastante horrible.

La princesa amazona reflexionó.

—En ocasiones, el contacto visual directo se considera un acto de agresión entre los primates.

—Ahí lo tienes.

Diana intentó no mirar directamente a nadie, pero se aprovechó de las miradas vacías y la distracción del resto de pasajeros para estudiarlos, especialmente a los varones. Los había visto en ilustraciones, en fotografías, pero aun así eran más variados de lo que había imaginado: grandes, pequeños, anchos, delgados. Vio barbillas suaves, mandíbulas prominentes, pelos largos y rizados, cabezas afeitadas

como melones.

—Eh —dijo un joven delante de ellas, volviéndose hacia el pasajero barbudo y fornido que tenía detrás—. ¿Le importa?

—¿Si me importa qué? —replicó el de la barba, hinchando el pecho.

El más pequeño se le acercó.

—Está invadiendo mi espacio. ¿Qué tal si se echa hacia atrás?

—¿Y qué tal si tú aprendes cuál es tu lugar? —preguntó a su vez el hombretón, hundiendo un dedo en el pecho del chico.

Alia puso los ojos en blanco.

—Dios mío, cómo detesto el metro.

Agarró a Diana por el codo y tiró de ella. Luego abrió una puertecita al final del vagón para buscar otros asientos donde sentarse. Diana miró por encima del hombro. Los hombres aún se estaban asesinando con la mirada; se preguntó si acabarían a tortas.

¿O tal vez se tranquilizarían, se alejarían el uno del otro y se darían cuenta de que no valía la pena pelearse de buena mañana? ¿Esa discusión tenía algo que ver con el poder agitador de Alia o se trataba simplemente de algo habitual en Nueva York?

El nuevo vagón en el que entraron estaba un poco más vacío, aunque no había asientos libres. Cerca de una de las puertas, dos chicas con vestidos de tela fina y brillante dormían la una contra la otra, con purpurina en las mejillas y unas coronas de flores marchitas en el pelo revuelto. Llevaban sandalias de tacones altos y correas finas de gasa. Se habían pintado las uñas de los pies de color plata.

—¿Adonde crees que van? —preguntó Diana.

—Seguramente vuelven de alguna parte —explicó Alia, con algo de tristeza en la voz—. De alguna fiesta. Dudo que se hayan ido a la cama.

Parecían mágicas, como si su sueño estuviera encantado.

Un grupo de hombres jóvenes entró en el vagón, hablando en voz alta, con unos recipientes en las manos con un líquido que olía a café. Llevaban lo que Diana adivinó era una especie de uniforme: trajes oscuros y camisas blancas, rosa pálido y azul cielo. Reían y se susurraban cosas al oído, echando vistazos a las chicas de la purpurina. «Las están evaluando», comprendió. Había deseo en aquellas miradas.

Pensó en Hades, el señor del inframundo. Tal vez aquí fuera el dios del metro, que exigía tributos y peajes a todos aquellos que invadían su territorio, y sus acólitos trajeados iban pasando de un tren a otro en la oscuridad. ¿Sabrían estar alerta aquellas chicas de las coronas de flores? ¿O tal vez, arrulladas por el sueño y la despreocupación, se desvanecerían simplemente en algún andén solitario y oscuro?

Volvió a observar a los hombres jóvenes, y uno de ellos se dio cuenta.

—Eh, nena —dijo, sonriendo hacia sus compañeros—. ¿Te gusta lo que ves?

—Soy una adulta —respondió—. Y todavía no estoy segura de que me guste.

Alia gruñó, y los compañeros del hombre ulularon y lo zarandearon.

—Eres dura —dijo, sonriendo todavía, y se acercó un poco más—. Apuesto a que

podría convencerte.

—¿Cómo?

—Digamos que no suelo recibir demasiadas quejas.

—¿De tus amantes?

El hombre parpadeó. Tenía el pelo rubio y pecas en la nariz.

—Bueno..., sí. —Volvió a sonreír—. De mis amantes.

—Es posible que repriman sus quejas para no herir tus sentimientos.

—¿Qué?

—Tal vez, si fueras capaz de conservar a una mujer, no harías proposiciones a las que no conoces.

—¡Vaya con la chica! —exclamó uno de sus amigos con una carcajada.

—Tienes malas pulgas, ¿verdad? —dijo el hombre del pelo rubio. Pasó un dedo por encima de la tira de la camiseta de Diana y le acarició la piel con los nudillos—. Eso me gusta.

—Eh... —dijo Alia.

Diana agarró el dedo del chico y lo retorció con fuerza. El hombre soltó un quejido agudo.

—No me gusta esa expresión. Ahora entiendo por qué eres tan poco popular con las mujeres.

—Suéltame, hija d...

Diana volvió a retorcerle el dedo, y el hombre cayó de rodillas.

—Tal vez necesitarías clases —sugirió. Miró a los otros—. O mejores consejeros. Deberíais evitar que vuestro amigo se ponga en evidencia. —Soltó al tipo y él aulló de dolor, llevándose el dedo al pecho—. Da una imagen negativa de todos vosotros.

—¡Llamad a la policía! —gritó el hombre.

—Vaya —dijo Alia—. Qué casualidad, bajamos aquí.

Tiró de Diana a través de las puertas y salieron al andén. La princesa amazona se volvió para mirar y vio que las chicas de la purpurina la saludaban con la mano.

Alia la arrastró hasta una escalera mecánica movediza y subieron cada vez más alto, más alto, hasta que salieron al calor sofocante del sol. Diana entornó los ojos, ajustándolos al resplandor y al ruido, un ruido ensordecedor. La ciudad que había vislumbrado desde el parque resonaba tenuemente de vida, pero ahora el día estaba en pleno apogeo, y se encontraban en el centro de un enjambre atronador. Parecía que el mismo pavimento que tenían bajo los pies y las paredes que las rodeaban vibraran con el sonido.

Había gente por todas partes, multitudes, grandes manadas que se arremolinaban en las esquinas y luego se lanzaban hacia delante en rebaños menos numerosos. Todas las superficies estaban cubiertas de imágenes y señales. Eran carteles llenos de órdenes y promesas: «Actúa hoy», «Regala diamantes», «Consigue tu título universitario», «Precios más bajos», «Sedúcelo». Pero ¿a quién iban dirigidas exactamente? Diana conocía la mayoría de las palabras, y las cifras que aparecían se

referían a la moneda. Otros mensajes estaban menos claros. ¿Qué era exactamente una barra de ensalada y por qué alguien querría pagar la comida a peso?

Los hombres y mujeres que le devolvían la mirada desde los carteles parecían distintos a los que caminaban por la calle. Tenían el pelo brillante y la piel suave e inmaculada. Tal vez fueran iconos religiosos.

A su lado, Alia gimoteaba, y Diana se dio cuenta de que la cojera había empeorado.

—¿Quieres descansar? O podría...

—No vas a llevarme a caballito por las calles de Manhattan.

—Ya estamos llamando la atención —dijo Diana, encogiéndose de hombros—. No creo que empeore más las cosas.

—Empeoraría mi orgullo.

Un joven vestido con camiseta y pantalones cortos sacudió la cabeza cuando pasaron por delante de él.

—Eh, tía, estás fatal.

—¿Alguien te ha pedido tu opinión? —dijo Alia, y el chico levantó las manos como si quisiera hacer las paces, pero estaba sonriendo.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Diana mientras pasaban por delante del escaparate de una tienda llena de artefactos electrónicos. Sintió la tentación de detenerse y entrar. Los botones y los mandos de los objetos le parecieron fascinantes.

—¿Quién? ¿Ese tipo? No.

—Entonces ¿por qué ha supuesto que podía hacer un comentario sobre tu aspecto?

Alia se echó a reír.

—Los tíos suponen muchas cosas.

—Es cierto que pareces cansada.

—A ti tampoco te he pedido tu opinión. ¿En serio que no habías visto nunca a un hombre?

—Solo en los libros y a gran distancia.

—Y bien, ¿qué te parecen?

Diana contempló a un hombre con gafas que pasaba.

—Bueno, son algo decepcionantes. Por las descripciones de mi madre, creía que serían mucho más corpulentos y agresivos.

—Espera a que vayamos a una fraternidad de universitarios.

—¿Y por qué van con los ojos tan abiertos y con la mandíbula colgando? ¿Es un problema de todos los hombres o se trata de algo que solo les pasa a los de tu ciudad?

Alia se echó a reír a carcajadas.

—Es lo que ocurre cuando una supermodelo de metro ochenta camina por la calle tapada con unas tiras de cuero.

—Ah, entonces me están mirando con lujuria. Había oído hablar de ello.

Alia levantó la mano, haciendo un gesto para que se detuvieran.

—Ya hemos llegado.

Diana miró a través del escaparate las hileras de pastelitos glaseados.

—¿Es aquí donde comeremos?

—Ojalá. En cuanto tenga algo de dinero en las manos, voy a comerme una docena de cupcakes.

—¿Y por qué no comes un solo pastel grande?

—Porque... —Alia dudó—. No estoy segura del todo. Es una cuestión de principios.

Miró al otro lado de la calle, pero Diana no estaba segura de qué era lo que le llamaba la atención. Había un cartel grande que decía «entrada», anuncios que ofrecían lo que parecía ser el precio por horas para aparcar y un estandarte desconcertante que prometía un tratamiento especial para «pájaros madrugadores». Tal vez fueran comerciantes de pollos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Diana.

—Un aparcamiento. Es como un hotel para coches. —Alia puso los ojos en blanco—. ¿Preparada?

—¿Para qué?

—Llevas casi dos horas en Nueva York —dijo Alia—. Ya es hora de cometer alguna falta leve.

Alia vigilaba la entrada del aparcamiento, disimulando para que no pareciera que la observaba con demasiado detalle, y esforzándose por ignorar los gruñidos de su estómago. Habría sido capaz de comerse todo lo que había en el escaparate de la pastelería.

—¿Pretendes robar un coche? —balbuceó Diana.

—¿Para qué iba a robarlo si no sé conducir? —preguntó a su vez Alia, que esperaba sonar más tranquila de lo que estaba.

En estos momentos seguía adelante por pura inercia. Ya se había puesto de los nervios al tener que saltar los torniquetes del metro (algo que no había hecho nunca sin tener a Nim para que la provocara) y ahora estaba a punto de cometer un delito. Seguro que Jason no iba a denunciarla, pero no le gustaba la idea de que la pudieran pillar con las manos en la masa. En su interior, algo gritaba: «Vete a casa. Reinicia».

Ahora se encontraban en su terreno. Debería de haber estado más tranquila, más confiada que en la isla, pero no solía manejarse bien entre multitudes, y Manhattan era básicamente una gran multitud.

Vio que uno de los encargados desaparecía por uno de los recovecos del aparcamiento. El otro hablaba por teléfono en el despacho, apenas visible al otro lado del cristal. Era una oportunidad única para entrar.

—Escúchame. Antes me pediste que confiara en ti; ahora yo te pido que confíes en mí.

Diana bajó ligeramente las cejas oscuras y soltó un suspiro.

—De acuerdo.

Un enorme voto de confianza por parte de la delegación isleña de la secta.

—Bien —dijo Alia, que esperaba sonar segura de sí misma—. Lo primero que tenemos que hacer es pasar por delante de esos encargados sin que se den cuenta.

Cruzó la calle a grandes zancadas y luego se agazapó para deslizarse pegada a la pared, aliviada al ver que Diana la había seguido.

—Tengo la sensación de que estamos incumpliendo la ley —susurró mientras subían sigilosamente por la rampa.

—En realidad no estamos incumpliendo ninguna ley. Solo estamos sorteando algunas trabas burocráticas.

Siempre con Alia llevando la iniciativa, dejaron atrás la cabina y alcanzaron la escalera, con la esperanza de no toparse con el otro encargado en el momento de subirla.

Al llegar al tercer piso, Alia empujó una puerta. El lugar estaba silencioso y oscuro y el aire era fresco. Solo se oía algún chirrido ocasional de neumáticos o el retumbar de un motor desde algún lugar del enorme edificio. Contó las plazas. Nunca había estado en aquel aparcamiento, pero sabía el número que tenía que buscar: 213. Veintiuno de marzo, el día del cumpleaños de su madre.

210, 211, 212... ¿Era posible que fuera aquel? Se sintió algo decepcionada. No sabía lo que le esperaba, pero el coche era un vulgar Toyota Camry. También era posible que lo hubiera entendido todo mal. ¿Y si el número de la plaza era el del aniversario de sus padres, y no el del cumpleaños de su madre? ¿Y si Jason ya no utilizaba aquel aparcamiento?

Espió por la ventanilla del lado del conductor. El interior estaba immaculado: posavasos vacíos, un recibo doblado sobre el salpicadero, y allí, en el espejo retrovisor, un colgante engalanado con la flor de lis, el símbolo de Nueva Orleans, la ciudad natal de Lina Mayeux. La madre de Alia le había confesado una vez que había pensado en tatuarse una flor de lis como recordatorio de su hogar. «¿Qué te hizo cambiar de opinión?», le había preguntado Alia. Su madre apenas había parpadeado. «¿Quién dice que lo haya hecho?»

Alia contuvo el hormigueo de las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

—Muy bien —dijo—. No te ralles, pero vamos a tener que romper la ventanilla.

—¿Por qué?

—No tenemos llave, y necesito abrir el maletero.

—Pero ¿el coche es tuyo?

—De mi hermano.

—Tal vez yo pueda abrir el maletero sin la llave.

Diana agarró el saliente del maletero justo por encima de la placa de la matrícula y tiró hacia arriba. En vez de ceder, el metal del maletero se desconchó hacia arriba, con un chirrido. La joven se mordió el labio y retrocedió. La parte trasera del coche parecía un monedero abierto.

—Lo siento.

Alia esperó oír el sonido de pasos corriendo hacia ellas, pero al parecer los encargados no se habían enterado de que uno de sus coches estaba siendo destrozado o no le habían dado importancia. Observó el maletero abierto de par en par, y luego se volvió hacia Diana.

—Así que eres la débil de la familia, ¿verdad?

Las dos miraron en el interior del maletero. Había una linterna industrial, pinzas y una gigantesca bolsa de viaje de tela.

—Bendito seas, Jason, chiflado paranoico.

—¿Qué es?

—Una bolsa de emergencia. —Alia sacó la bolsa del maletero, la colocó sobre el suelo y abrió la cremallera—. Jason las tiene preparadas por toda la ciudad por si se produce una emergencia. En Brooklyn también. —Ignoró la mayor parte del equipo: una lona y una tienda, un sistema de purificación de agua, ponchos para la lluvia, cerillas, comida liofilizada. Sí cogió el *kit* de primeros auxilios. Más tarde, sus pies se lo agradecerían—. Básicamente, es todo lo que necesitarías para sobrevivir a un apocalipsis.

—¿Tan seguro está de que va a llegar? —preguntó Diana.

—No, pero es un obseso del control. Jason es el mejor *boy-scout* del mundo. Le gusta estar preparado para cualquier eventualidad.

—Pero eso es imposible.

—Intenta decírselo a él. ¡Ajá! —Triunfante, Alia sostuvo en el aire un enorme fajo de billetes—. ¡Somos ricas!

—¿Hay suficiente para comprar un aeroplano?

Al menos Diana era coherente.

—Tal vez un avión en miniatura. Son solo mil dólares, pero nos bastará para pagar una habitación y comprar algo de comer mientras pensamos qué vamos a hacer a continuación.

A Alia no le pasó desapercibida la expresión de preocupación de Diana. Sabía que creía firmemente en la historia de la Warbringer, en una era de derramamiento de sangre, en el manantial mágico. En cambio, ella no sabía qué pensar. No podía negar todas las cosas extrañas que había presenciado en las últimas veinticuatro horas, ni el hecho de que hubieran viajado del mar Egeo al río Hudson en un abrir y cerrar de ojos.

Por una parte, todavía quería creer que todo había sido un sueño intensamente vivido, que se despertaría en su habitación de Central Park West sin haber viajado nunca a Estambul. Pero esa parte se estaba volviendo cada vez menos convincente. El regreso a Manhattan debería haber convertido la isla de Diana en una fantasía, pero ver a aquella chica tan especial paseándose por un lugar tan ordinario hacía que todo lo que había sucedido pareciera todavía más real. Era como mirar por la ventana de tu habitación y ver una vista totalmente nueva.

Sacó una pequeña mochila de nailon rojo de la bolsa más grande. Ya tendría tiempo para calibrar lo que había sucedido en la isla. Ahora mismo estaba demasiado cansada y hambrienta para pensar de manera racional.

—¿Podrías...?

Hizo un gesto hacia la bolsa. Mientras Diana la metía en el maletero y volvía a aplastar el metal, Alia abrió la mochila roja y guardó en ella todo lo que iban a necesitar. La parte posterior del coche había quedado totalmente abollada, pero al menos nadie que pasara por allí sabría que lo habían forzado.

Bajaron las escaleras hasta la planta principal y pasaron como quien no quiere la cosa por delante del encargado de la entrada. El hombre las miró sin prestar

demasiada atención. No se estaban llevando ningún coche.

—¿Y ahora? —dijo Diana.

—Primera parada, zapatos —respondió Alia, aunque la idea de entrar en una tienda con los pies mugrientos y descalzos le horrorizaba. Lo cierto es que no sabía qué hacer después. Había otra cosa que la preocupaba. Habían visto soldados en las esquinas de las calles principales y a la entrada y a la salida del metro. Recordaba las imágenes que había visto de Nueva York el 11 de septiembre, cuando la Guardia Nacional se había desplegado en la ciudad. ¿Había habido algún tipo de ataque mientras había estado fuera? Sus dedos ansiaban teclear el teléfono móvil. Cuando se hubieran instalado, necesitaba entrar en internet o al menos encontrar un periódico.

Había un supermercado de la cadena Duane Reader a la vuelta de la esquina. Cuando entraron, Diana soltó un gran suspiro y se abrazó a sí misma.

—El aire es muy frío aquí.

La dependiente de detrás del mostrador arqueó las cejas.

—Ah, sí, las maravillas de la tecnología. Fantástico. —Alia se aclaró la garganta, cogió una cesta de la compra y tiró de Diana hacia el pasillo más cercano.

—Mira este lugar —se maravilló la amazona—. Las luces, la profusión de plástico. Es todo muy lustroso.

Alia intentó reprimir una sonrisa.

—Deja de acariciar los desodorantes.

—¡Pero parecen joyas!

—Ya te veo poniéndotelos como pendientes. Vamos.

Con el rabillo del ojo, vio que un guardia de seguridad les seguía por toda la tienda.

No le sorprendía en absoluto. Diana tenía pinta de haberse perdido de camino a un club de estriptís para bárbaros, y Alia era una chica negra con la ropa sucia y sin zapatos. Eran el imán perfecto para el vigilante de una tienda. Recordaba las palabras de su madre, advirtiéndoles a Jason y a ella de que tuvieran cuidado y no llamaran la atención. «No os metáis en una situación en la que tengáis que dar explicaciones». Y su padre protestaba: «Lina, les estás enseñando a imaginar rechazo donde no lo hay. Les estás metiendo el miedo en el cuerpo». Era lo único en lo que sus padres nunca se habían puesto de acuerdo.

Al menos tenían dinero en efectivo. Alia avanzó hacia un cartel que rezaba *DIVERSIÓN PARA VERANO* y eligió el par de chancletas más cómodas que pudo encontrar en el estante. Luego arrastró a Diana hacia el pasillo de artículos para el cabello.

—¿Cómo puede haberlos de tantas clases? —preguntó la amazona, pasando los dedos por los botes de champú.

—¿Qué utilizáis para lavaros el pelo en la isla?

Diana se encogió de hombros.

—Fabricamos nuestros propios jabones.

—Claro que sí —dijo Alia.

La chica examinó los expositores en busca de un buen acondicionador para intentar recomponer sus trenzas y un acondicionador en seco para acompañarlo. De pequeña había insistido en utilizar aceite de fresas todos los días, hasta que su madre se había negado a seguir comprándolo.

—Creía que solo habíamos entrado a por zapatos —dijo Diana cuando Alia metió los frascos en el cesto.

—Y otras necesidades.

—Pero...

—Créeme, esto son necesidades.

Por de pronto, el policía de la tienda mantenía las distancias, pero ella lo seguía viendo por el espejo, recorriendo el pasillo vecino arriba y abajo como un tiburón que va cerrando el círculo, a la espera de que las chicas causaran algún problema o llegaran a la caja registradora sin dinero suficiente.

Al acercarse a la salida, Alia llenó el cesto de caramelos, patatas chips y refrescos, para dejar claro que habían venido a hacer gasto.

—¿No quieres nada? —preguntó—. Invito yo.

Los dientes blancos y rectos de Diana mordieron el labio inferior.

—No sabría por dónde empezar.

—Si Jason estuviera aquí, te haría comprar barritas de proteínas y comida para ardillas. ¿Sabes que un Halloween regaló pasas a todos los niños del edificio? Les dijo que eran «caramelos de la naturaleza». Durante meses, los niños del piso de abajo me miraron mal.

—¿Caramelos de la naturaleza? —repitió Diana—. Los dátiles tal vez, pero no las pasas. O quizá las remolachas, que tienen un alto contenido en azúcar.

—Al año siguiente fue todavía peor. Regaló cepillos de dientes. —Alia sacudió la cabeza. A veces parecía increíble que tuvieran los mismos padres—. Por suerte para ti, a mí me encanta la comida basura. Solo comeremos los ositos más refinados y los Doritos más salados. Cuando hayas experimentado el jarabe de sodio y maíz alto en fructosa que América ofrece, nunca más querrás volver a tu casa. —Esta vez, Alia no pudo ignorar la expresión preocupada del rostro de Diana—. ¿Qué te pasa?

Jugueteaba con una bolsa de *pretzels* de yogur.

—No sé si podré volver a casa después de lo que he hecho.

—Sé que no tenéis contacto alguno con el mundo exterior, pero... —Diana la miró con aquellos ojos firmes de color azul oscuro, y las palabras de Alia se difuminaron al caer en la cuenta—. Te refieres al hecho de salvarme. Tal vez no puedas volver porque me has salvado la vida.

Diana desvió la atención hacia un frasco de almendras.

—Hay mucho en juego. No solo para mí.

Alia sintió una oleada de culpa. Diana le había salvado la vida, no una, sino dos veces. Por mucho que deseara volver a casa y tirarse una semana entera durmiendo,

mirando la tele y olvidando que había conocido a aquella chica, estaba en deuda con ella. Como no sabía qué decir, le lanzó una camiseta y se dirigió a la caja registradora.

Diana la sostuvo en alto.

—¿«Yo corazón NY»?

—Yo amo Nueva York.

—Ya me había dado cuenta.

—No, la camiseta es para ti.

—Es una afirmación muy contundente. Es cierto que la ciudad es atractiva, pero...

—Es para que los idiotas dejen de mirarte las tetas —dijo Alia en voz alta, al ver que dos chicos que no podían tener más de trece años alargaban el cuello por el pasillo.

—¿Quieres que me tape?

—No quiero parecer puritana, pero eres tú quien ha dicho que no debíamos llamar la atención. Nadie parece ser capaz de resistir la mágica combinación de escote, cuero, piel bronceada y pelo recién salido de la cama.

—¿Pelo salido de la cama?

—Significa... Bueno, da igual. Digamos que pareces el sueño húmedo de cualquier friki.

Diana miró a los chicos, que seguían embobados.

—Seguro que habrán visto pechos antes.

—¿De una chica real, en directo? ¿Quién sabe? Pero parece que la novedad no se desgasta nunca.

Alia añadió dos pares de pantalones de chándal y otra camiseta a la cesta. Pensar en llevar pantalones largos en pleno verano en Nueva York hizo que se le erizase la piel, pero no tenían demasiadas opciones.

—¿Más ropa?

—Créeme, si quieres que te ayude a llegar a Grecia, voy a necesitar ropa mejor que esta.

—¿Por qué?

—Tú puedes ir por ahí con... —Alia hizo un gesto vago hacia el conjunto que llevaba la amazona— como quieras llamarlo. Pero yo no puedo pasearme por ahí con pinta de vagabunda.

—¿Por qué?

La neoyorquina se enfureció.

—Porque la gente ve cosas diferentes cuando me mira.

—¿Porque eres muy baja?

—¡Yo no soy baja! Eres tú que eres gigante. Y no, más bien porque soy negra.

Intentaba no levantar la voz. Pero no le apetecía hablar de aquellas cosas. Ya era bastante penoso que una de sus profesoras sugiriera crear «un fórum sobre la raza» y

tener que enfrentarse a un montón de chicos de Bennett debatiendo sobre la discriminación positiva o, todavía peor, pidiéndole disculpas después de clase.

Diana frunció el ceño mientras se acercaban a la caja registradora.

—He leído sobre los conflictos raciales en la historia de tu país. Tenía entendido que habían terminado.

Eso era también lo que su padre había querido creer. Pero nunca había tenido que meterse en la piel de su esposa o de sus hijos.

—No han terminado. Suceden a diario. Y, si no me crees, fíjate en ese guardia de seguridad que nos tira el aliento a la nuca. Cuando la gente me mira, no ven a Alia Keralis. Solo ven a una chica mulata desaliñada con la ropa andrajosa, de modo que salgamos de aquí antes de que se acerque con un «¿Cómo están, señoritas? ¿Les importa abrir esa bolsa?».

Depositaron los artículos sobre el mostrador.

—¿Estáis participando en una yincana o algo parecido? —preguntó la chica de la caja, haciendo explotar la burbuja del chicle—. ¿Eres una princesa guerrera?

Diana hizo una mueca.

—¿Tanto se me nota?

—Te queda bien —dijo la cajera—. Pero a mí no me va el rollo fantástico.

—¿Y si no puedes distinguirlo? —murmuró Alia.

—¿Cómo?

—Nada. Ha sido un día muy largo.

Cuando hubieron pagado con algunos de los billetes del fajo gigante y el guardia de seguridad dejó de espiarlas, Alia se puso las chancletas nuevas en los pies, disfrutando del estrépito que causaban sobre el linóleo.

Cargadas con bolsas de plástico, salieron del establecimiento y atravesaron el pequeño parque. Entonces Alia condujo a Diana hacia Alphabet City y el hotel Good Night. Seguro que tenía que haber hostales u hoteles más cerca que aquel, pero no llevaba el teléfono encima y no quería deambular por las calles preguntando direcciones. La voz interior que la instaba a volver a su casa era cada vez más fuerte.

—¿Te has alojado aquí alguna vez? —preguntó Diana con voz dudosa cuando llegaron a la fachada mugrienta del hotel.

—No. Pero mi madre y yo solíamos pasar muchas veces por delante de este lugar.

Eran algunos de sus mejores recuerdos: sentarse con su madre en la peluquería de Ebele en la avenida C, leyendo o simplemente escuchando hablar a las clientas, mirando durante horas programas sobre investigaciones y crímenes reales. Tras la muerte de sus padres, no podía soportar la idea de regresar sin su madre al pequeño establecimiento, pero al final llevaba el pelo tan desarreglado que no le había quedado otro remedio. Tenía que elegir entre esto o ir a un sitio nuevo, y no le gustaban demasiado los «sitios nuevos».

No había avisado a Jason. Había preguntado a su chófer, Dez, si sabía dónde tenía que ir, y él la había llevado a la peluquería de Ebele sin mediar palabra. Alia creía

estar preparada para atravesar aquella puerta tan familiar y le había gustado ver el alegre letrero pintado de la puerta, incluso ver a Ebele a través de la ventana. Pero cuando había entrado y la campanilla había sonado, el olor dulzón de los productos químicos la había noqueado. Antes de que se diera cuenta ya estaba llorando, y Ebele y Norah la abrazaron y le fueron pasando pañuelos de papel.

No se habían entrometido ni habían hecho preguntas que ella no quisiera contestar. No habían pronunciado chorradas inútiles del tipo «todo sucede por alguna razón». Habían puesto la tele, la habían sentado a una silla y se habían puesto a trabajar como si nada horrible hubiera sucedido, como si la vida de la joven no hubiera quedado partida en dos. Ebele se había convertido en una especie de refugio. De hecho, Alia había estado allí hacía menos de dos semanas, haciéndose las trenzas antes del viaje. Habían visto un millón de episodios de *Justice Served* porque Norah se había aficionado al rollo de los asesinos en serie, y para cuando Alia salió de allí tenía la sensación de que le habían grapado la cabellera al cráneo.

Había pasado por debajo del cartel del hotel Good Night con su luna durmiente como siempre solía hacerlo, había pedido un deseo como siempre solía hacerlo, con la mente centrada únicamente en preparar el viaje a bordo del *Thetis* y escapar de Nueva York. Ahora alzó la vista hacia el letrero y le pareció penoso.

—Qué luna tan estúpida.

El hotel era igual de cochambroso en el interior. Las paredes del vestíbulo estaban manchadas de agua y el linóleo estaba roto en algunos puntos.

El chico que holgazaneaba tras el mostrador de la recepción no parecía mucho mayor que Alia, y llevaba una de aquellas barbitas de chivo que hacían que tuvieras ganas de ofrecerle una servilleta al tipo en cuestión. Esta era la parte que más preocupaba a Alia, pero hizo un esfuerzo por sonar tranquila y atribulada mientras explicaba que les habían robado el equipaje en la terminal de autobuses de Port Authority.

—No lo sé —dijo el chico con un acento muy marcado. Tal vez ruso. Sin duda, del este de Europa—. Pasan muchas cosas malas. Tengo que ir con cuidado.

—Por favor —rogó Alia, intentando mostrar una pequeña parte del encanto que su padre había poseído en abundancia—. ¿Tenemos pinta de chicas problemáticas?

El tipo alzó la vista hacia Diana.

—*Nie ne sme zaplaha* —dijo ella con solemnidad.

Alia se la quedó mirando. ¿Diana hablaba ruso?

La expresión plana del hombre no cambió.

—En efectivo —dijo—. Una semana entera. Por adelantado.

¿Una semana entera? Incluso con la tarifa de un tugurio como el Good Night, aquello era un golpe serio para sus finanzas. «No pasa nada», se dijo mientras contaba los billetes. «Ya se te ocurrirá alguna manera segura de contactar con Jason, y entonces el dinero ya no será un problema... Pero ¿y si no tuvieras el nombre y la fortuna de los Keralis para respaldarte?» Reservó esta pregunta para otro día.

—Las habitaciones se limpian cada tarde —dijo el encargado mientras hacía desaparecer el dinero bajo el mostrador—. Prohibido cocinar en las habitaciones. No tocar el termostato. —Estampó una llave metálica sobre el mostrador. Llevaba una etiqueta de plástico con el número 406 escrito con un rotulador negro—. Si perdéis la llave, multa de cien dólares. —Entornó los ojos hacia Diana—. Te vigilo.

—Vaya —dijo Alia mientras se dirigían a las escaleras—. ¿Qué le has dicho?

—Que no éramos ninguna amenaza.

Alia puso los ojos en blanco.

—No somos sospechosas de nada. ¿Cómo aprendiste a hablar ruso?

—Era búlgaro, y... no estoy muy segura.

—¿Qué otros idiomas hablas?

Diana hizo una pausa, como si los estuviera calculando.

—Todos, creo.

Un día antes, Alia hubiera dicho que aquello era imposible, pero ahora no era más que otra cosa rara que añadir a la lista.

—¿Dónde estabas cuando tenía dos horas al día de deberes de francés? —gruñó.

Por descontado, el Good Night no tenía ascensor, de modo que tuvieron que subir penosamente a pie los cuatro pisos hasta la planta que les correspondía. Mejor dicho, Alia subió penosamente. Diana correteó por las escaleras como si fuera la cabra más bella del mundo. Siguieron un pasillo largo y húmedo hasta su habitación, pero al principio la cerradura antigua de debajo del pomo no quería colaborar.

Después de varios minutos de juramentos y sacudidas de llaves, la puerta se abrió. La habitación apestaba a tabaco prehistórico y la moqueta era de un color que tal vez en sus inicios había sido esmeralda, pero que se había descolorido hasta lo que Alia hubiera descrito como «pantano de verano». Un estrecho pasillo dejaba atrás el pequeño lavabo de baldosas blancas y mugrientas hasta una habitación de techo bajo con dos camas estrechas y una mesilla de noche destartalada entre las dos. No había teléfono ni televisor, solo un radiador contra la pared y un aparato de aire acondicionado en la ventana. Alia dejó las bolsas en el suelo y pulsó uno de los botones. Nada.

—No tocar el termostato, y un cuerno.

Ya estaba sudando.

Diana estaba plantada en medio de la habitación, con los brazos todavía cargados de bolsas de plástico.

—¿Realmente vivís en sitios como este? ¿Sin vistas al cielo? ¿Con tan poca luz y color?

—Bueno, sí —contestó Alia, poniéndose a la defensiva, a pesar de que ella misma había estado componiendo una lista de defectos de la habitación—. Algunas personas tienen que hacerlo.

Diana colocó cuidadosamente la carga sobre la cama.

—Por eso todo el mundo parece tan cansado. Viajáis en metro bajo tierra, vivís

hacinados en madrigueras no aptas para los conejos.

—Nos las arreglamos —dijo la neoyorquina, sacando de las bolsas la ropa nueva y los artículos de aseo personal que habían comprado.

—No tenía intención de ofenderte —se disculpó Diana—. En general, parece todo bastante ordenado.

—Hum... —dijo Alia, y lo dejó correr. Era capaz de pasarse el día entero defendiendo a Nueva York, pero uno de los beneficios no deseados de que le gustara tanto la biología era saber exactamente lo resistentes que eran los gérmenes y en qué lugares exactos les gustaba esconderse. Era muy probable que ambas terminaran infestadas de chinches—. Démonos una ducha y luego vayamos a por algo de comer.

—No creo que sea prudente que vuelvas a salir.

Alia abrió la bolsa de Doritos.

—Ya has visto lo poblada que está la ciudad. Todo irá bien. Y si alguien está buscando a Alia Keralis, no va a empezar haciéndolo por aquí.

Se metió un puñado de Doritos en la boca.

—Creía que íbamos a comer algo de verdad.

—Esto es el aperitivo —dijo Alia con la boca todavía llena. Cuando consiguió tragar, cogió los productos de aseo y la ropa—. Yo me ducho primero. Esto..., no te pierdas.

En el cuarto de baño, la joven neoyorquina se miró brevemente al espejo mientras se quitaba la ropa. Un vistazo a los moratones fue suficiente. Tiró a la papelera el polo de navegación. No quería volver a verlo nunca más.

Las cañerías chirriaron cuando abrió el grifo de la ducha, pero la presión del agua no estaba mal. A pesar de lo acalorada y sudada que estaba, puso el agua casi al máximo de caliente para quitarse toda la mugre y la sal del cuerpo. Tenía chichones y moratones por todas partes. Uno de los muslos estaba prácticamente lleno de rasguños y abrasiones, y tenía una de las uñas de los pies partida y casi negra de sangre bajo la uña. Pero estaba viva. Al fin y al cabo, estaba viva.

El pánico y el dolor volvieron a invadirla, y esta vez no se contuvo. Apoyó la espalda contra la mampara de plástico de la ducha y dejó que los temblores la sacudieran, acompañados de enormes sollozos sin lágrimas. No era el llanto que deseaba. No era el consuelo de estar en su propia cama, con Nim a su lado contándole algún chiste estúpido, con un tarro de helado a mano, pero tendría que conformarse. Cambió a agua fría para refrescar el cuerpo, y cuando salió de la ducha unos minutos más tarde, se secó con una de las toallas blancas y ásperas y se puso el chándal barato de supermercado, volvía a sentirse casi como un ser humano.

—Te toca —le dijo a Diana.

En cuanto esta desapareció en el cuarto de baño, Alia se colgó del brazo la mochila roja y se dirigió a la puerta. Sabía que Diana no creía que fuera seguro ponerse en contacto con Jason, pero necesitaba verlo. Si ella era un objetivo, él también podía serlo, y si alguien del equipo había filtrado a los enemigos de la

Fundación su paradero, tal vez su hermano estaba confiando en las personas equivocadas. Había visto el teléfono móvil en la bolsa del coche y había conseguido deslizado en la mochila mientras Diana estaba de espaldas. Ahora saldría, llamaría a Nim y las dos pensarían la manera de concertar un encuentro con Jason sin desvelar que ella volvía a estar en la ciudad.

Sin embargo, cuando fue a abrir la puerta, se detuvo en seco. El pomo había desaparecido. La cerradura seguía intacta, pero alguien había arrancado el pomo por la base. «Diana». Seguro que lo había hecho mientras ella estaba en la ducha. Menuda muestra de confianza... Aunque al fin y al cabo, era cierto que tenía la intención de salir de la habitación.

—Esto ya es el colmo —murmuró, abriendo con los dedos una bolsa de chucherías—. Cuando esa chica salga de la ducha, vamos a tener una conversación.

—¿De qué quieres hablar? —gritó Diana por encima del agua corriente.

—¿Puedes oírme? —preguntó Alia, con incredulidad. Derrotada, se dejó caer de espaldas sobre la cama—. Déjalo correr. Por descontado que puedes oírme.

Tenía toda la intención de permanecer despierta para decirle a Diana lo que pensaba de la desaparición del pomo de la puerta, pero debió de quedarse dormida, porque no se enteró de nada más hasta que la amazona la sacudió para despertarla. Tenía el pelo mojado y se había puesto la camiseta de 19 NY y unos pantalones de chándal grises.

—¿Qué...? —empezó a decir Alia, pero Diana le tapó la boca y se llevó un dedo a los labios.

—Alguien está intentando entrar en nuestra habitación —susurró.

Alia notó que el corazón le empezaba a retumbar con fuerza.

—¿La mujer de la limpieza?

—La mujer de la limpieza tendría una llave. Y los pasos son demasiado pesados —dijo Diana—. Nos han encontrado.

—Quédate aquí —dijo Diana, que ahora deseaba no haber sido tan estricta con el tema de las armas en Themyscira.

—Pero ¿cómo pueden haberme encontrado? —se extrañó Alia en voz baja.

—No sabemos qué fuerzas están trabajando en tu contra. Guarda silencio y estáte quieta. Y si me sucede algo... —Diana dudó. No sabía cómo terminar aquella frase. Suponía que Alia debía prometerle alcanzar el manantial por su cuenta. Pero no había tiempo para juramentos—. Echa a correr.

La chica asintió, con los ojos muy abiertos.

Diana, que seguía descalza tras la ducha, recorrió en silencio el pasillo estrecho, pasó por delante del cuarto de baño, notando la fibra áspera de la moqueta en las plantas de los pies. Los últimos centímetros los hizo a rastras, con el corazón atronando en el pecho. Estaba a punto para el combate, pero iba a ser un combate de verdad, no un combate de entrenamiento en la armería.

Hizo una pausa, esperó. Silencio. ¿Eran todo imaginaciones tuyas? ¿Acaso su mente sobrestimulada se había inventado un intruso? Tal vez otro cliente se había confundido de habitación, había probado la llave y, al darse cuenta del error, había seguido buscando.

La puerta volvió a repiquetear ligeramente. Alguien intentaba forzar la cerradura. Diana oyó un clic cuando el pestillo cedió. No había tiempo para pensar.

Dobló las rodillas y lanzó una patada, impactando con fuerza en el centro mismo de la puerta, que se desencajó de los goznes y cayó sobre el intruso, que lanzó un grito de sorpresa al verse estampado contra la pared.

La princesa de las Amazonas calibró a su oponente: era corpulento, un hombre joven, de aproximadamente su misma altura y ancho de espaldas. Tenía buenos reflejos. El chico se recuperó con rapidez, adoptó una posición de combate y quedaron el uno frente al otro bajo la luz tenue del pasillo, moviéndose en círculos.

El se abalanzó sobre ella, que lo agarró por los hombros, lo echó a un lado para hacerle caer, ayudándose de su propio impulso, pero él mantuvo la postura (muy buenos reflejos) y recuperó el equilibrio. También era fuerte, sorprendentemente fuerte. Diana se dijo que había sido como ir a coger una jarra y encontrarla llena en vez de vacía. Algo inesperado, pero nada grave.

Tiró de él. La tela de la camisa del asaltante se arrugó en sus manos al estamparlo contra la pared. La pintura se agrietó. El hombre gruñó y ella lo lanzó al suelo, donde lo inmovilizó boca abajo. Le extendió un brazo y los tendones del mismo se doblaron bajo la presión.

—Te lo voy a romper —dijo ella al notar la resistencia—. Estate quieto.

—¡Diana!

Alia estaba plantada junto a la puerta destrozada, contemplando la escena en estado de shock.

—Te he dicho que no salieras de la habitación.

—Diana...

—La situación está bajo control. Quien haya querido matarte se ha equivocado enviando a este debilucho.

El hombre que tenía debajo emitió un gruñido e intentó liberarse.

Ella le retorció el brazo y el chico dejó de moverse.

—¿Quién te envía? —gruñó ella.

Alia se tapó la boca con las manos y dobló el cuerpo, con los hombros temblando. Por un momento, Diana pensó que estaba llorando, pero enseguida se dio cuenta de que se estaba riendo. ¿Tal vez era víctima de un ataque de histeria?

—Diana —jadeó—, este debilucho es mi hermano.

La amazona bajó la vista hacia el hombre al que había inmovilizado. Tenía el rostro pegado a la moqueta verde y sucia del pasillo.

—¿Estás... estás segura?

Alia soltó una carcajada.

—Sí, bastante segura.

Diana soltó ligeramente al intruso, le dio la vuelta para que quedara atrapado entre sus rodillas y miró la cara furiosa. Tenía los ojos cegados de ira y le palpitaba un músculo de la mandíbula. Ahora que lo veía mejor, pensó que no iba vestido como un asesino. Llevaba una camisa blanca de algodón de buena calidad desabrochada en el cuello y con las mangas remangadas hasta los codos. Llevaba la cabeza afeitada, pero no al cero, y tenía los mismos ojos oscuros y la misma piel morena que Alia. De hecho, ahora que lo observaba de cerca, el parecido era sorprendente.

—¿Por qué me has atacado? —preguntó ella.

—Me has atacado tú.

Diana hizo una mueca. Tenía razón.

—De acuerdo, pero ¿por qué intentabas entrar en nuestra habitación?

El hombre se revolvió debajo de ella, y Diana utilizó el peso del cuerpo para devolverlo al suelo. Por muy hermano que fuera, no conocía sus intenciones.

—Estaba buscando a mi hermana —masculló—. ¿Quién diablos eres tú?

Alia se aclaró la garganta.

—Tal vez deberías dejar que se levantara.

—No está en peligro. No le estoy haciendo daño.

—Estoy convencida de que su ego debe de haber quedado permanentemente dañado, y no sé qué bichos deben de esconderse en esa moqueta.

—Deberíamos registrarlo por si lleva armas.

—Diana, es mi hermano. Suéltalo.

A regañadientes, la amazona se apoyó sobre los talones y se levantó, liberándolo. Le tendió una mano, pero él la ignoró e hizo el gesto, que a ella le pareció demasiado dramático, de sacudirse el brazo.

El chico se puso de rodillas y, con un único y rápido movimiento, sacó una pistola de una funda que llevaba acoplada al tobillo y se puso en pie.

—Deberías haberme registrado por si llevaba armas.

—¡Jason! —gritó Alia.

—Solo quiero dejar las cosas claras. Si...

Diana nunca había visto una pistola fuera de las páginas de un libro, pero estaba entrenada para desarmar a un asaltante. Lanzó la mano hacia delante y golpeó los puntos de presión de la muñeca de Jason. El arma cayó al suelo, y al cabo de un instante tenía al chico contra la pared, con la mejilla pegada al yeso.

—¡Solo quería dejar las cosas claras! —dijo Jason—. Te estaba dando la razón... quien quiera que seas. Alia, ¿puedes decirle que me deje en paz?

—No sé si debería. ¿Qué haces con una pistola?

—¡La llevo por protección!

—No veo que te proteja demasiado.

Diana le propinó un suave empujón.

—No he perdido de vista a Alia ni una sola vez. ¿Cómo nos has encontrado?

—El maletero donde estaba la bolsa de emergencia está equipado con una alarma en caso de robo —dijo él—. La disparasteis al forzar el coche, aunque no tengo ni idea de lo que le habéis hecho al pobre coche. Pregunté a los encargados si habían visto a alguien entrar o salir con una mochila roja y se acordaban de vosotras dos.

—Pero ¿cómo encontraste el hotel?

—Por el teléfono móvil que hay en la mochila.

—¿Un teléfono?

—Sí —gruñó él—. Hay un móvil en todas las bolsas. Seguí la señal hasta aquí.

—¿Y tú lo sabías? —preguntó Diana a Alia, cuya expresión de culpa le dijo todo lo que necesitaba saber. Recordó que le había pedido que metiera la bolsa en el maletero. ¿Lo había hecho a posta para que se pusiera de espaldas? Le sorprendió ver hasta qué punto le escocía aquella traición.

—Diana, tengo que pedirte que sueltes a mi hermano. Otra vez.

De mala gana, lo soltó, pero esta vez no se olvidó de cachearlo. Decidió no pensar demasiado en el hecho de estar tan cerca de un hombre (amigo o enemigo) e ignoró el grito cortante que emitió cuando ella le pasó la mano por el muslo.

—Nos has apuntado con una pistola —dijo ella—. Eres responsable de tu propia incomodidad.

—Intento enseñar a Alia a ser más precavida —se quejó él.

—Lección aprendida, hermano mayor. ¿Ha valido la pena?

Diana se echó atrás y Jason se volvió, recomponiéndose el cuello de la camisa.

—¿Estás contenta? —preguntó.

—Más tranquila —dijo Diana.

Esperaba otra ronda de recriminaciones, pero el chico se volvió hacia Alia. Recorrió la corta distancia que los separaba y se fundieron en un abrazo.

—Creía... Nos enteramos de que se había perdido la comunicación con el *Thetis*. No sabía qué pensar.

—Estoy bien —dijo Alia, pero Diana se dio cuenta de que le temblaba la voz.

Avergonzada de sí misma, notó un agudo pinchazo de envidia. A ella también le habría gustado tener a alguien en quien apoyarse, que le dijera que no había cometido un terrible error, que no estaba sola en el mundo.

Pero entonces Jason se separó de su hermana y la cogió por los hombros manteniendo cierta distancia.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida?

—No soy estúpida —dijo ella, apartándole las manos y cruzando los brazos.

—¿Tienes idea de lo preocupado que he estado? El *Thetis* perdió el contacto por radio hace casi una semana.

—¿Una semana? —dijo Alia.

El corazón de Diana dio un brinco. ¿Había pasado ya una semana?

Debían de haber perdido tiempo al salir de la isla. El hecatombeón empezaba con la primera luna nueva visible después del solsticio de verano, la esbelta guadaña de la luna de la cosecha. ¿Cuánto tiempo les quedaba?

—¿Cuándo fue la última luna llena? —preguntó.

Jason la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Qué?

—Necesito un calendario.

El chico frunció el ceño y le pasó un pequeño dispositivo parecido a una caja que ella comprendió que era su teléfono.

Tocó la pantalla con indecisión.

—Yo no...

El se lo arrebató y lo tocó varias veces antes de sostenerlo en alto. Se encontraban a finales de junio. Según la pantalla, la última luna llena había sido el 20 de junio, y esto significaba que el hecatombeón empezaría el 7 de julio. Tenían menos de una semana para llegar al manantial.

Jason volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—Desapareciste —le dijo a su hermana—. Mandaron equipos de rescate. Pensaba... —Se le rompió la voz—. Por el amor de Dios, Alia, pensaba que habías muerto.

—Pues no es así... Estoy aquí.

—¿Cómo es posible? Dijeron que habías embarcado en Estambul. ¿Cambiaste de opinión?

—Yo...

—¿Va todo bien ahí arriba?

El búlgaro de la recepción jadeaba al final del pasillo. Había tardado lo suyo en subir a investigar.

Como un solo hombre, los tres se movieron para tapar la visión de la puerta demolida.

—¡Todo perfecto! —gritó Alia.

—Y que lo digas —dijo Jason.

—*Vsichko e nared. Molya, varnete se kam zanimatiyata si* —añadió Diana, lo más tranquila que pudo.

El búlgaro soltó un «ajá» poco convencido y volvió a bajar las escaleras.

—¿Hace falta que te lo pregunte? —dijo Alia.

—Le he dicho que todo iba bien y que volviera a ocuparse de sus asuntos.

—Muy poco sospechoso —comentó Jason. Diana vio que Alia se mordía el labio para reprimir una sonrisa.

—Lo que he dicho era perfectamente razonable —dijo Diana, furiosa.

—Vayamos dentro, antes de que el tipo cambie de idea y vuelva para echar otro vistazo —propuso Jason—. Ayudadme con la puerta.

—Diana puede... —empezó a decir Alia, pero la amazona sacudió frenéticamente la cabeza. Una cosa era que ella supiera lo fuerte que era, pero cuanto menos supiera su hermano de su procedencia o de las cosas que era capaz de hacer, mejor.

—¿Qué puede...? —preguntó él, que ya estaba alzando la puerta por uno de los lados.

—Puede ayudarnos —contestó Alia, terminando la frase en voz baja.

Entraron en el pasillo y consiguieron cerrar la puerta tras ellos. Curiosamente, la habitación parecía más pequeña y miserable ahora que el hermano de Alia se encontraba en ella. Pese a haberse visto envuelto en una pelea, su aspecto era impoluto e inmaculado, con la camisa blanca y un pesado reloj brillando en la muñeca. ¿Podría convencer de su causa a aquel chico? ¿Podría convencer a Alia? Había pensado que tendría tiempo suficiente para plantear el caso y viajar a Grecia. Pero lo cierto era que apenas le quedaban unos días.

Jason trazó un círculo muy lento, observando el mobiliario deprimente de la habitación y las bolsas con las chucherías para comer.

—Mientras yo hacía gestiones y pedía favores al gobierno turco, vosotras celebrabais una fiesta de pijamas.

—No es lo que parece —objetó Alia.

Jason alzó las manos, exasperado.

—Entonces ¿qué es? ¿Qué haces en un lugar como este? ¿Y cómo has llegado hasta aquí?

Diana se sentó en la cama. Alia le había mentido.

—Dijiste que no lo llamarías.

—No lo hice —dijo la joven neoyorquina.

—Pero sabías que te localizaría.

—Pensé que tal vez lo haría.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Jason, irritado. Se volvió hacia Diana y se llevó la mano al hombro como si todavía le doliera—. ¿Quién eres tú? ¿Y qué derecho tienes a prohibir a mi hermana que se ponga en contacto conmigo?

Diana notó la rabia que la invadía.

—Lo hice para protegerla. Dioses —exclamó, y se levantó como un rayo de la cama al caer en la cuenta—. Pueden haberte seguido. Debemos abandonar este sitio inmediatamente.

—¿Dioses? —dijo Jason—. ¿En plural?

—Nadie me busca —insistió Alia—. Piensan que estoy muerta.

Jason soltó un gruñido.

—¿Puede alguien decirme qué demonios está pasando?

Alia dio unos saltitos nerviosos sobre los talones.

—¿No podríamos... sentarnos un minuto?

Su hermano contempló la cama más cercana y levantó ligeramente el labio. Con un movimiento de desdén, retiró un montón de caramelos y se sentó al borde de la cama mirando a su alrededor.

—¿Tenéis algo para beber?

—¿Un refresco caliente? —dijo Alia, ofreciéndole una botella de cola.

—Me refería a algo un poco más fuerte.

Su hermana arqueó una ceja.

—¿En serio?

—Tengo veintiún años...

—A duras penas.

—Y me acaba de asaltar esta... persona.

—Me llamo Diana.

Jason arrebató el refresco de las manos de Alia.

—¿Diana qué más?

Ella respondió sin pensarlo.

—Diana, princesa de...

—Diana Prince —se apresuró a decir Alia—. Se llama Diana Prince.

—Eso es —dijo la amazona, agradecida por el rescate, si bien todavía seguía enfadada con ella—. Diana Prince.

Alia se sentó en la otra cama e hizo un gesto a Diana para que se sentara a su lado. De mala gana, se instaló en la esquina más alejada.

Jason tomó un trago del refresco.

—Empieza a hablar, Alia.

—Hubo un accidente.

Diana la miró a los ojos. No se podían permitir el lujo de seguir engañándose.

—No fue un accidente.

Alia respiró hondo.

—De acuerdo, hubo una explosión a bordo del *Thetis*. Alguien... —vaciló, y Diana cayó en la cuenta de que esta era la primera vez que Alia explicaba en voz alta lo que había pasado en el barco. Había escuchado sus teorías, había estado de acuerdo con ella en la medida de lo posible, pero nunca había reconocido por sí misma lo que había sucedido—. Creo que alguien intentó matarme.

Jason dio un fuerte golpe con la botella.

—Te dije que no fueras. Ya conoces las amenazas que recibe la Fundación. Te dije lo peligroso que era que viajaras sin seguridad.

Alia bajó los ojos.

—No pensé...

—No, no lo pensaste. Podrías haber muerto.

—Habría muerto, pero Diana me salvó.

—¿Cómo?

—Vi la explosión desde la orilla. —explicó la amazona.

—¿Y la trajiste hasta Nueva York?

—Parecía la opción más segura.

Jason tenía una expresión amarga en el rostro.

—Bueno, al menos alguien utiliza la cabeza.

—Esto no es justo —dijo Alia en voz baja.

—¿Justo? —Jason se inclinó hacia delante—. Estuviste a punto de morir. Casi te pierdo. Después de lo que les pasó a mamá y a papá...

—Yo...

—Si tenías tantas ganas de ir, tendrías que haber hablado conmigo. Podríamos haber organizado una expedición.

Alia se puso en pie de un brinco.

—No quería una expedición de la Fundación Keralis —dijo, deambulando por la pequeña habitación—. Quería ser una estudiante más. Una chica normal, como cualquier otra.

—Nosotros no somos como los demás, Alia. Nuestra familia no se puede permitir ese lujo.

Diana no tenía intención de hablar. No era su batalla. Pero aun así se encontró diciendo:

—Hizo bien en intentarlo.

—¿Perdona? —dijo Jason.

—No es justo pedir a alguien que viva su vida a medias —contestó Diana—. No puedes vivir con miedo. Hay que hacer que las cosas pasen o las cosas acaban sucediendo sin ti.

Jason le lanzó una mirada fría y airada.

—Han muerto personas. Alia también podría haber muerto.

—Y si hubiera permanecido en Nueva York, podrían haberla atacado aquí.

Ahora era él quien se había puesto en pie.

—No sé quién te crees que eres, pero ya me estoy hartando de que me dé lecciones una adolescente.

Diana se levantó y lo miró a los ojos.

—Podrías ser un hombre de cincuenta años y seguirías estando equivocado.

El recogió la mochila roja y se dirigió hacia la puerta.

—Alia, nos vamos.

Diana le cerró el paso.

—No.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Jason.

—Aparta de mi camino.

—Tú mismo has dicho que estaba en peligro. Si hay gente que te vigila...

—Puedo cuidar de mi hermana. Tenemos un extenso equipo de seguridad formado por profesionales entrenados.

—¿Y confías en ellos?

—Más que en una extraña con pantalón de chándal que me ha estampado contra la pared y habla búlgaro.

—Dime una cosa —continuó Diana—, cuando Alia te llamó desde Estambul, ¿informaste de su ubicación y de los detalles de su situación a tu equipo de seguridad?

—Por supuesto. Yo... —Se detuvo y el semblante se le ensombreció. Se frotó la boca con una mano y luego volvió despacio hacia la cama. Se sentó pesadamente, con una expresión de desconcierto.

—¿Jason? —dijo Alia.

—Es culpa mía. Debió de ser alguien del personal... Pero no lo entiendo. ¿Por qué fueron a por ti? Yo estoy más conectado con la empresa. ¿Por qué no fueron a por mí?

Diana casi sintió lástima por él.

—Estás librando la batalla equivocada —dijo con amabilidad—. Sé que piensas que se trata de la empresa familiar, pero el verdadero blanco es tu hermana.

—Diana... —dijo Alia, alarmada.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Jason.

Alia apretó la muñeca de Diana.

—Déjalo correr.

—¿Por qué?

—Porque pareces una loca cuando hablas de esas cosas —susurró Alia, furiosa—. Oráculos, Warbringer, manantiales mágicos...

Jason levantó de pronto la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dijo Alia—. Son unas historias *new age* muy extravagantes que Diana ha sacado... de su extraña familia.

—¿Qué sabes tú de las Warbringer?

El chico se había levantado otra vez y tenía la cara muy seria.

Alia le lanzó una mirada de perplejidad.

—Y tú, ¿qué sabes de las Warbringer?

—Es... es algo que encontré en los documentos de mamá y papá después del accidente.

La información pareció golpear a Alia con una fuerza casi física. Dio un paso atrás.

—¿Qué?

—Tuve que repasar todos sus documentos. Había una caja fuerte en el despacho. Puedo enseñártelo.

—¿Por qué no me lo enseñaste entonces?

—Porque era todo muy raro. Yo no... Tuve que solucionar un montón de cosas cuando murieron. Estuve muy ocupado. Y eso era algo rarísimo, todo ese rollo extraño de los antepasados griegos de papá. No quería poner esa carga sobre ti.

—¿Qué carga? —dijo Alia, levantando la voz, presa del pánico.

—La carga de tu linaje —contestó Diana.

Ya no estaba enfadada. En todo caso, solo sentía remordimiento. Recordaba haber visitado el panteón de las guerreras en la armería, caminar de la mano de su madre por entre las vitrinas de cristal, envueltas en la luz azulada, escuchando las historias de las Amazonas, del coraje que habían mostrado en la batalla, de la grandeza de sus hazañas, de sus hogares, sus familias, su gente, sus dioses. «¿Cuál es mi historia?», había preguntado a su madre. «Todavía no está escrita», había respondido Hippolyta con una sonrisa. Pero, a medida que pasaban los años, Diana había empezado a odiar aquel recuerdo, saber que su historia había sido fallida desde el principio.

—¿Jason? —preguntó Alia con los puños cerrados.

—Son solo un montón de leyendas.

—Cuéntamelo todo —exigió ella.

Jason miró a Diana con un gesto de impotencia.

—No sé por dónde empezar.

Alia apretó los dientes. No estaba exactamente furiosa (no, no era cierto, sí que estaba enfadada, muy enfadada por que su hermano le hubiera escondido todo aquello), pero, más que darle un puñetazo, lo que necesitaba era ponerse al día de lo que él sabía.

—Empieza —dijo, dando rienda suelta a toda su rabia.

Pero fue Diana quien habló.

—Las Warbringer son descendientes de Helena de Troya.

De entre todas las cosas que Alia había esperado oír, esta no figuraba en ninguna lista.

—Helena —dijo con escepticismo—. ¿«El rostro que hizo zarpar mil barcos»?

—No tuvo nada que ver con su cara —repuso Diana—. El poder de Helena no radicaba en su belleza, sino en su sangre. El nacimiento de una Warbringer señala una era de conflictos. Si la Warbringer muere antes del hecatombeón a los diecisiete años, no habrá ninguna guerra. Pero si se permite que sus poderes lleguen a la madurez...

Alia levantó ambas manos.

—Sé que tú crees en estas cosas, sin embargo Jason...

Pero la expresión de su hermano no era nada desdeñosa. No se estaba mofando ni levantando el labio superior de aquella manera despreciativa que a ella le provocaba unas ganas locas de darle una bofetada. Se limitaba a mirar a Diana con expresión suspicaz.

—¿Cómo sabes todas estas cosas?

La amazona se removió, incómoda.

—Es una historia..., una leyenda de mi pueblo.

—¿Y cuál es tu pueblo?

¿Qué importancia tenía?, se preguntó Alia. ¿Por qué hacía esas preguntas?

—Jason, es imposible que tú creas en esto.

—No sé qué creer. Mamá y papá tenían referencias de lo que tu amiga está describiendo, de esas Warbringer. También las llamaban *hap...* *hap* no sé qué más.

—*Haptandrai* —terminó Diana.

—Eso es. También tienen otros nombres en casi todos los países.

—Nuestros padres eran científicos —protestó Alia—. Nosotros somos científicos. Esto es... es un hatajo de supersticiones. Cuentos para ir a dormir.

Diana sacudió la cabeza, pero no parecía frustrada, sino más bien triste, casi compasiva.

—Después de todo lo que has visto, ¿cómo puedes seguir diciendo algo semejante?

Los ojos de Alia se posaron en los brazaletes que Diana lucía en las muñecas. Recordaba la sensación, fina y sólida, del metal bajo las yemas de sus dedos en un momento anterior del día. Real. Ella había visto cómo se movía aquel mismo metal. Había visto palacios imposibles, caballos fantasmas. Había viajado por del ojo de la tormenta.

—Hay una explicación —insistió Alia—. Siempre hay una explicación. Aunque la ciencia todavía no la haya encontrado.

—Era la ciencia lo que les interesaba —dijo Jason—. Siguieron el linaje de los Keralis hasta la antigua Grecia; también de otras familias y ramas del linaje de Helena, trazando las vidas de las Warbringer, conectándolas con los acontecimientos mundiales.

Alia negó con la cabeza.

—No.

—Pensaban que podrían ayudarte encontrando una respuesta científica.

—¿Y tú crees en todo esto?

El levantó las manos.

—Tal vez. No lo sé. ¿Has visto lo que está pasando? ¿Has visto las noticias?

Alia se colocó las manos en las caderas.

—Llevamos menos de veinticuatro horas en la ciudad, huyendo para salvar la vida. No estoy al día de nada.

—Pues algo está ocurriendo, y no es nada bueno. Seguro que has visto soldados en las esquinas de las calles.

—Pensaba que era por una amenaza de bomba, un ataque terrorista.

—Ataques. En plural. Por todo el mundo.

Sacó el teléfono, dio unos golpecitos a la pantalla y luego se lo pasó.

Ella echó un vistazo a los titulares, uno tras otro, con Diana mirando por encima del hombro. «Intento de golpe de Estado», «Estalla la guerra civil», «Aumentan los bombardeos», «Se suspenden las negociaciones», «Veinte muertos», «Cientos de muertos», «Miles de muertos»...

Había habido una pelea a puñetazo limpio en plena Asamblea General de la ONU. Se habían convocado reuniones de urgencia en el Congreso.

—Está empezando —dijo Diana, mirando la pantalla con los ojos muy abiertos—. Irá a peor. Si no llegamos al manantial antes del hecatombeón, se alcanzará el punto de inflexión. La guerra mundial será inevitable.

Las imágenes iban pasando: bombas que explotaban en ciudades que no conocía, casas reducidas a escombros, cadáveres en camillas, un hombre plantado en medio de un campo con una escopeta alzada sobre la cabeza arengando a una multitud de miles de personas. Alia clicó la imagen siguiente (un vídeo) y oyó a personas que gritaban en una lengua que no conocía, soltaban alaridos. Vio a una multitud saltando una barricada y a un policía vestido de antidisturbios abriendo fuego.

—Insinuáis... —se aclaró la garganta—. Insinuáis que esto lo he hecho yo.

—No lo has hecho tú —dijo Diana.

Alia casi se echó a reír.

—Pero ¿es por mí?

Ni Diana ni Jason parecían saber qué responder.

—Hacer la guerra es propio de la raza humana —contestó la princesa de Themyscira—. Tú solo eres...

—En los documentos que dejaron mamá y papá encontré otra palabra —dijo Jason—. *Procatalsia*.

—¿Precatalizadora? —preguntó Alia. Parecía un término científico.

—Se refiere al significado original —explicó el chico—. Del griego. Disolverse. Romperse.

—*Procatalsia* —murmuró Diana—. La que llega antes de que el mundo se disuelva.

Alia apretó los labios. Un sudor frío le recubría la piel, y de pronto la ropa le resultaba demasiado ajustada. Pensó que de un momento a otro vomitaría. Sus ojos registraban los horrores de la pantalla, pero su mente también estaba llena de otras imágenes. Los disturbios de Central Park cuando Nim y ella habían ido a aquel concierto gratuito. La pelea que se había desencadenado en el baile del instituto. Nim y Theo, que normalmente eran tan alegres y relajados, gritándose en el asiento posterior cuando habían intentado ir juntos en coche hasta Maine. Las discusiones, todas las discusiones y rupturas y acusaciones que parecían surgir de la nada. Las discusiones en clase que se convertían en peleas. Los profesores que de pronto se enfurecían. El día en que el señor Kagikawa le había dado una bofetada a Kara Munro. Todos se habían quedado conmocionados. Lo habían despedido del trabajo. Pero luego todos lo habían olvidado y habían seguido adelante con sus vidas.

A Alia nunca se le había ocurrido analizar todas estas cosas. Su vida era así. Por eso le gustaba quedarse en casa, por eso le gustaban tan poco las multitudes. El mundo era un lugar hostil. Es cierto que lamentaba que Nim y ella no consiguieran hacer nuevas amistades, pero esperaba que todo mejorara cuando fueran a la universidad. Pasaría más tiempo a solas y se convencería de que esa era su opción. Pero nunca se había parado a pensar que dos más dos sumaban cuatro.

Últimamente había notado que la tensión crecía a su alrededor, y tenía la esperanza de que el hecho de cambiar de entorno, de salir de Nueva York, la ayudaría. Pero a bordo del *Tethis* todo había continuado igual. En realidad, ya en el

vuelo a Estambul, los pasajeros se habían peleado entre ellos. Una vez más, su voz interior le había advertido: «Vuelve a casa, pulsa reiniciar». Las cosas se ponían feas cuando salía al mundo. Pero ¿y si aquel no era el caso? ¿Y si las cosas solo eran así en su mundo?

En la pantalla del móvil una mujer salía corriendo de un edificio en llamas. Sostenía en los brazos el cuerpo inerte de un niño. Tenía la ropa manchada de sangre y la boca abierta en un aullido silencioso. «Yo he hecho esto».

Alia pasó tambaleándose por delante de Jason y Diana, huyendo hacia el cuarto de baño. Las rodillas golpearon dolorosamente las baldosas cuando cayó al suelo y vomitó una mezcla de caramelos y bilis en el retrete.

«Warbringer, *procatalysia*, *haptandra*». Podían llamarla como quisieran. A ella le sonaba a monstruo. No recordaba gran cosa de la guerra de Troya. Siempre había pensado que se trataba de una leyenda, de poesía antigua. Había creído que Helena era poco más que el personaje de un cuento. Tal vez lo fuera. Y tal vez ella también era el personaje de un cuento. De aquellos en los que muere gente. El monstruo al que hay que aniquilar.

—¿Al? —susurró Jason desde el umbral de la puerta.

—No me llames así —murmuró contra la taza, tirando de la cadena para hacer desaparecer el vómito.

—Alia...

Sin volver la cabeza, la chica preguntó:

—¿Tú crees...? ¿Crees que es verdad?

El tardó en responder.

—Creo que podría serlo —contestó al fin—. Sí.

—¿Porque mamá y papá lo creían?

—En parte. Algunas de las cosas en las que estaban trabajando... Tenían un equipo que se dedicaba a estudiar antiguos campos de batalla, que buscaba la sangre de antiguos héroes y reyes, que extraía material biológico. Creían en ello, Alia. Creían que el conocimiento podía servirles. Y querían protegerte. Yo quería protegerte.

—Entonces, todo este tiempo...

—Las amenazas a nuestra familia siempre han sido reales. Pero...

—Pero tú sabías que esa gente iría a por mí, que intentarían matarme antes de que yo pudiera... destruir el mundo.

—Sí.

Alia se llevó las manos a los ojos. Se sentía ridícula, despatarrada en el suelo del cuarto de baño, con los codos apoyados en el borde del retrete, pero no conseguía moverse. No dejaba de ver a aquella mujer huyendo de las llamas. Sentía el peso débil del niño que llevaba en brazos.

—Tal vez sería lo mejor.

Oyó unos pasos y notó que Jason se agachaba a su lado. Le pasó un brazo por el

hombro.

—No digas eso. Las guerras siempre han existido. Incluso en generaciones en las que no ha nacido ninguna Warbringer, los seres humanos han seguido encontrando razones para matarse entre ellos. ¿Y sabes qué? La humanidad ha sobrevivido a todas esas guerras. Tal vez nuestros padres tenían razón o tal vez se trate solo de una leyenda, pero de lo que estoy seguro es de que me dijeron que te protegiera, y eso es lo que pienso hacer.

Alia se lo sacó de encima y se obligó a ponerse en pie.

—¿Cómo sabes que podrás hacerlo? —Cogió el cepillo de dientes y vertió un trozo enorme de la pasta de tamaño viaje que habían comprado en el supermercado, para quitarse de la boca el sabor agrio—. Alguien hizo volar el barco. Mataron a gente inocente para llegar hasta mí.

—Nuestra empresa tiene una cabaña en Canadá. Es un lugar aislado, seguro. Iremos allí, intentaremos descifrar lo que está pasando, si hay algún modo de arreglarlo.

—Lo siento —dijo Diana desde el pasillo—. No puedo permitirlo.

Jason se volvió hacia ella.

—Si intentas hacerle daño...

—He arriesgado mi vida para salvarla —le informó Diana—. Lo he arriesgado todo.

—Entonces debes saber que el lugar más seguro para ella es lejos de todo esto.

—Hay un manantial en Therapnes, cerca de los límites de la antigua Esparta. Si Alia se baña en sus aguas antes de que el sol se ponga en el próximo hecatombeón, el mundo no tendrá que sufrir otra era de derramamiento de sangre y el ciclo de las Warbringer quedará interrumpido.

—¿Therapnes? —preguntó Jason—. ¿En Grecia? ¿Te has vuelto loca?

—Alia —dijo Diana con suavidad—. Por favor.

Las dos cruzaron sus miradas en el espejo. Ella la había sacado del mar. Le había devuelto la vida. «Lo he arriesgado todo». ¿Y si Diana tenía razón? ¿Y si existía una manera de detener aquel despropósito? ¿Y si Alia podía detener esa escala de violencia, en vez de dejar que el mundo se sumiera en la guerra?

Como si le hubiera leído el pensamiento, Jason dijo:

—No. Rotundamente no. Nunca he oído hablar de ningún manantial. No figuraba en los archivos que dejaron mamá y papá.

—El manantial existe —dijo Diana—. Está cerca del Menelaión, donde Helena fue enterrada.

—No voy a arrastrar a mi hermana por medio mundo y arriesgar su vida para encontrar un manantial mágico.

Entonces Alia arqueó una ceja.

—¿Crees que soy un apocalipsis adolescente andante, y en cambio no quieres saber nada de un manantial mágico?

—El riesgo es demasiado grande.

Jason no creía a Diana. ¿Por qué iba a hacerlo? Él no había presenciado todo lo que ella había visto. Alia ya no podía distinguir entre lo real y lo imaginario, entre la ficción y la realidad. Pero no le importaba. Ahora su realidad era esta.

—Es un riesgo —dijo—, pero un riesgo que yo debo tomar.

—¿Qué sabemos de esta chica? —preguntó Jason, señalando a Diana—. Debemos tener cuidado. La gente...

—No quiere nuestro dinero. No es una periodista ni una cazafortunas. Me ha salvado la vida.

—Eso no quiere decir que tengas que pasearte con ella por el mundo. Te prohíbo...

Alia se volvió y le clavó un dedo en el pecho.

—Mejor que no termines la frase. Jason, eres mi hermano mayor y te quiero mucho, pero esto es cosa mía. Soy yo quien tendrá que convivir con ser la mayor asesina en masa de la historia si esto se desarrolla tal como vosotros estáis diciendo. No esperes que corra a esconderme en medio de la nada.

—Alia —dijo él, desesperado—. Esto no es responsabilidad tuya. Vayamos a Canadá. Esperaremos a que pase...

—Corrígeme si me equivoco, Diana, pero solo tenemos una oportunidad, ¿verdad?

—Sí. Debes llegar al manantial antes de que se ponga el sol en el primer día del hecatombeón. Después...

—Después morirá mucha gente.

—¡Falta menos de una semana! —exclamó Jason.

—Tú no viajabas en el barco. Esas personas estarían vivas si yo no hubiera estado allí. Es algo que llevaré para siempre en mi conciencia. Puedes encerrarme. Puedes intentar detenerme, pero lo haré igualmente.

—No —dijo él, cortando el aire con un gesto decidido—. Les hice una promesa a nuestros padres. Tú no sabes...

—¿Estás seguro de que podrás detenernos?

—¿Perdona?

Alia estuvo a punto de echarse a reír al ver la cara de indignación de su hermano.

—Diana acaba de hacerte caer de culo —le recordó—. Apuesto a que puede volverlo a hacer.

—No puedes tomar una decisión como esta —dijo él—. No puedes irte con alguien a quien apenas conoces. Solo tienes diecisiete años.

—Y tú eres el que se emborrachó de vino caliente la última Navidad y bailó «Turn the Beat Around» con la peluca de tía Rachel puesta, de modo que deja de hacerte el importante.

—Quedamos en que no volveríamos a mencionarlo —murmuró él, furioso.

—Jason, voy a hacerlo. —Por primera vez desde que había explotado la bomba

del *Thetis*, Alia tenía la sensación de que estaba tomando una decisión, en vez de ir a la deriva entre las olas del mar. Pero lo cierto era que necesitaban la ayuda de su hermano si querían llegar a tiempo a Grecia. Le cogió la mano y la apretó con fuerza, intentando hacérselo comprender—. Mamá y papá querían que lo intentara. Lo sé. Y tú también lo sabes.

Notaba que el dolor que compartían los rodeaba como un escudo no deseado, un muro invisible que los separaba del mundo. A veces parecía imposible de derribar, como si nadie pudiera saber nunca por lo que habían pasado, lo que significaba que tu mundo se partiese por la mitad.

Por fin, él le devolvió el apretón.

—De acuerdo.

—¿Cómo?

La palabra le brotó de los labios sin pensar. Jason nunca cambiaba de opinión. Podría haber dado lecciones de tozudez a las muías.

—Tienes razón —dijo, suspirando—. Nuestros padres nunca habrían renunciado a tomar el camino difícil, sobre todo si con eso hubieran podido salvar muchas vidas. Iremos en el avión de la empresa.

—¿Tenéis un avión? —dijo Diana.

Alia reprimió una ligera sonrisa.

—Esta chica está deseando subirse a un avión.

—Sí —dijo Jason—. Llevaremos como escolta al equipo de seguridad.

—No sabes quiénes de ellos son dignos de confianza —le recordó Diana.

—Podemos confiar en los guardaespaldas del ático. Si nos hubieran querido muertos, ya lo estaríamos. Nos han vigilado literalmente mientras dormíamos.

—Yo puedo proteger a Alia —dijo Diana.

—Claro —contestó Jason, frunciendo el ceño—. Una adolescente que protege a otra adolescente. Escucha, agradezco lo que has hecho por mi hermana, pero no dejas de ser una desconocida. Yo me ocuparé de todo a partir de ahora.

—No puedo aceptarlo.

—No te he pedido tu opinión. Los miembros de mi equipo son antiguos agentes especiales. Son los mejores y son insobornables. —Se volvió hacia Alia—. Si quieres ir al manantial, el equipo de seguridad viajará con nosotros.

—Muy bien —convino su hermana, pensando en las implicaciones de lo que estaban a punto de hacer—. Pero Diana también irá.

Diana parpadeó, y Alia pudo ver la expresión de sorpresa de su rostro. «Mi madre tampoco cree que pueda ocuparme de nada por mí misma». Tal vez ambas se habían hartado ya de que las subestimaran.

Jason entornó los ojos.

—¿De dónde eres exactamente, Diana Prince?

—De una isla del Egeo. No creo que hayas oído hablar de ella.

—¿Y a ti esta chica no te parece sospechosa? —preguntó Jason a Alia—. Una

adolescente de procedencia dudosa, que te salva, que sabe que eres una Warbringer, que conoce un manantial donde curarte de la manera más mística...

—Jason, podría haber dejado que me ahogara. Como tú has dicho, si me hubiera querido muerta, estaría muerta. Y es insobornable.

Él puso los ojos en blanco.

—De acuerdo. Coged vuestras cosas. Tú y tu guardaespaldas os venís al ático. Mañana mismo saldremos hacia Grecia.

—Debemos partir ahora —dijo Diana—. De inmediato.

—¿Tienes un avión?

Diana se cruzó de brazos.

—No.

—Entonces no puedes decidir cuándo nos iremos.

—Ahora entiendo que tu hermana se fuera del país para alejarse de ti.

Alia hizo una mueca de dolor.

—No se fue por eso —saltó Jason.

—Ya basta —suplicó Alia.

—Recoged vuestras cosas —gruñó él, y pasó indignado por delante de Diana.

—Cuidado con la puerta...

Sonó un estruendo, seguido por una serie de juramentos.

«Vaya...»

—Es tal como lo habías descrito —dijo Diana—. Despótico, arrogante y acostumbrado a salirse con la suya.

—En realidad no es tan así, cuando lo conoces mejor. —Diana le dirigió una mirada de «¿en serio?» mientras iban al dormitorio para recoger sus escasas pertenencias—. De acuerdo, es exactamente así. Pero no siempre.

La princesa de Themyscira metió los pantalones de cuero y el lazo dorado en una de las bolsas de plástico del supermercado.

—Gracias por no decir nada a Jason sobre mi casa y mi gente... Ya sabes que valoran mucho el aislamiento.

Alia asintió. No comprendía las reglas del mundo de Diana, pero le debía la vida. Ser discreta con los detalles más extravagantes de su lugar de procedencia era lo mínimo que podía hacer.

—Y gracias por insistir en que Jason me dejara acompañarte —añadió—. De todas formas habría encontrado la manera de ir, pero ha significado mucho para mí.

Alia se envolvió el dedo con una trenza.

—Por cierto. —Respiró con fuerza—. Si no llegamos a tiempo al manantial...

—Lo haremos.

—Pero, si no lo hacemos, tendré que pedirte que me mates.

«Tendré que pedirte que me mates». Diana intentó quitarse esas palabras de la cabeza en cuanto Alia las hubo pronunciado. Las había dicho con mucha facilidad. «Con demasiada facilidad», pensó. La chica estaba asustada, conmocionada por todo lo que acababa de descubrir. Nada de eso importaría cuando llegaran al manantial.

Jason hizo una rápida llamada y sacó a las chicas por la puerta trasera del hotel, por si alguien estaba vigilando las instalaciones. Al menos Diana le agradeció que se hubiera tomado en serio las advertencias.

El callejón de detrás del hotel apestaba a algo ácido que la mente de Diana apenas podía identificar. Un hedor a verduras podridas mezcladas con lo que pensó que podían ser orina y heces humanas, todo ello empeorado por el calor del verano.

Pasaron por la parte trasera de un establecimiento dedicado a la limpieza, repleto de hileras en movimiento de ropajes empaquetados en plástico, y el vapor dulzón y empalagoso resultaba un alivio después de la peste del callejón. A continuación cruzaron la calle y corrieron por la acera hasta otro callejón, donde les esperaba un coche negro y reluciente.

—Hola, Dez —saludó Alia al conductor cuando subieron al vehículo.

—Hola, Al.

Diana se fijó en que Alia no corregía al chófer por haber usado el diminutivo como lo había hecho con su hermano.

Dentro del coche, el aire era limpio y fresco, y Diana se permitió un ligero suspiro de satisfacción, mientras el sudor se enfriaba sobre su piel. Le sorprendió lo agradable que era el vehículo por dentro, espacioso y oscuro como una cueva, con los asientos negros cosidos con una precisión imposible de conseguir a mano. Jason se sirvió una bebida de un bar encajado entre los paneles del coche, y Diana observó las calles que se sucedían lentamente detrás del cristal tintado y oscuro como el humo, y el sonido exterior amortiguado hasta convertirse en un murmullo pesado y reconfortante. Respiró hondo, absorbiendo el aroma del cuero y de algo que no terminaba de identificar.

—¿Qué haces? —dijo Jason con brusquedad. Estaba sentado enfrente de ella y la observaba con mucha atención.

—No he hecho nada.

—Estabas oliendo el coche. —Se volvió hacia Alia—. Estaba oliendo el coche.

Diana notó que se le subía el color a las mejillas.

—Tiene un aroma agradable.

—Es olor a coche nuevo —dijo Alia, con una sonrisa—. A todo el mundo le gusta. Y Jason se obsesiona tanto con mantener el coche limpio que Betsy nunca ha perdido ese aroma particular.

—¿Betsy?

Jason puso los ojos en blanco.

—Alia insiste en poner nombre a todos los coches. ¿Cómo es posible que Diana Prince, de origen desconocido, no haya olido nunca un coche nuevo?

—En su país no conducen —explicó Alia, con voz suave—. Son casi amish.

—¿Amish entrenados para el combate?

Diana ignoró la pulla.

—¿Por qué no podemos salir de inmediato hacia el manantial?

—La reunión anual del Consejo de Laboratorios Keralis se celebra esta noche, y luego hay una recepción para los patrocinadores de la Fundación. Saldremos en cuanto termine.

Diana se inclinó hacia delante, olvidándose por un momento del olor atrayente del coche.

—¿Vamos a quedarnos en Nueva York para ir a una fiesta?

—No es una fiesta, es una recepción. Nuestra familia es el rostro visible de la Fundación. Y si queremos que continúe siendo así, tengo que estar allí. Y Alia también debería asistir.

—¿A un evento público?

Diana notó que su voz subía varios tonos, pero es que no podía creer lo que Jason estaba diciendo.

—No es un evento público. Es un evento privado en el templo de Dendur.

—Entonces ¿es una especie de rito sagrado? —preguntó ella frunciendo el ceño.

Jason dio un trago largo de la bebida.

—¿Dónde la encontraste? Se trata de una exposición permanente en el Museo de Arte Metropolitano. La gente celebra galas allí continuamente.

—Galas —repitió Diana—. Creo que es otra manera de decir «fiestas».

—Un momento —intervino Alia—. ¿Qué quieres decir con eso de «si queremos que continúe siendo así»? ¿Cómo puede haber una Fundación Keralis sin los Keralis?

Jason se reclinó contra el asiento. Diana sabía que era apenas unos años mayor que Alia, pero mostraba un cansancio que le hacía parecer mucho más viejo.

—Tú no asistes a las reuniones del Consejo. Tú no lees los informes. Últimamente la Fundación está recibiendo muchas críticas desde la prensa. Los beneficios de la empresa han disminuido. El Consejo no nos toma en serio. Si queremos formar parte del legado de nuestros padres, tenemos que dar un paso al frente.

—¿Insinúas que el Consejo tratará de impedir que tomes el mando? —dijo Alia.

—Michael está preocupado —reconoció Jason, con el semblante afligido—. Una cosa es que yo me involucre en una sociedad benéfica, pero a nadie le hace mucha gracia que un chico de veintiún años se haga cargo de una corporación multibillonaria.

—¿Quién es Michael? —preguntó Diana.

—Michael Santos —dijo Alia—. Nuestro padrino. Dirige los Laboratorios Keralis desde que nuestros padres..., desde el accidente. Pero ahora que Jason llega a la mayoría de edad...

—Quiere que yo asuma más responsabilidades.

Alia jugueteó con el borde de su camiseta, y luego dijo:

—¿Por qué no dejas que Michael dirija la empresa un poco más de tiempo? Podrías terminar la carrera, hacer un posgrado...

—No necesito ningún título —dijo Jason con brusquedad—. Solo necesito un laboratorio. —Diana se preguntó si intentaba convencer a Alia o a sí mismo—. Y no puedo permitirme no asistir a la reunión de esta noche —continuó—. Sería muy importante que presentáramos un frente unido durante la recepción.

—Eso es absurdo —opinó Diana—. Alia no puede asistir.

Ante su propia sorpresa, Alia dijo:

—Estoy de acuerdo. Al cien por cien.

Jason apretó los labios.

—Solo lo dices porque detestas ponerte ropa elegante.

—Creo que las amenazas de muerte son una razón legítima para no lucir un vestido de noche.

—Nadie sabrá que vas a asistir —le aseguró Jason—. Yo mismo pensaba que ibas a estar en ese estúpido viaje...

—No era estúpido —gruñó Alia.

—Por lo tanto, todo el mundo cree que todavía estás en el extranjero. Y los que atacaron el *Thetis* piensan que estás en el fondo del mar. No esperan que esta noche estés en una fiesta en Nueva York. Nadie lo hará.

—Pero si alguien la viera... —intentó decir Diana.

—Eso jugaría a nuestro favor. Cuando corra la voz de que ha sido vista en Nueva York, nosotros ya estaremos montados en un avión en dirección a Grecia y ellos perderán el tiempo persiguiendo sombras por Manhattan. La seguridad será máxima. —Se inclinó hacia delante—. Alia, si no estuviera tan seguro, nunca te lo propondría.

—En eso tiene razón —reconoció ella de mala gana—. Es un verdadero obseso de la seguridad.

—Soy precavido —la corrigió Jason.

Diana estudió los hombros encogidos y la mandíbula apretada del chico.

—Sí que parece bastante tenso.

El entornó los ojos.

—Tal vez sea por las jugadoras de fútbol americano que me asaltan en las habitaciones de los hoteles.

Diana se encogió de hombros.

—Si intentas irrumpir sin permiso en los aposentos de una mujer, puedes esperar salir escaldado.

—¿Escaldado? —dijo él, indignado—. Me cogiste por sorpresa.

—Te inmovilicé contra el suelo.

—¿Podéis parar? —les pidió Alia—. Necesito un minuto para pensar.

Diana se cruzó de brazos y miró por la ventana, obligándose a observar lo que la rodeaba, mordiéndose la lengua para reprimir el diluvio de palabras que hubiera querido derramar. No soportaba la arrogancia de aquel chico, tan seguro de su poder, respaldada por los atributos de su riqueza. Era posible que los poderes de Alia estuvieran aumentando la irritación que sentía hacia él. O tal vez, simplemente, ese chico era de lo más irritante.

El coche se desvió de la calle y entró por un pasadizo oscuro que bajaba a las entrañas de la tierra. Diana supuso que, si este era el lugar donde vivían Alia y su hermano, gracias a las ventanillas tintadas del vehículo, por mucho que alguien estuviera vigilando las idas y venidas de Jason, no podría ver que no había vuelto solo al edificio. Pasaron por delante de varias hileras de coches mucho más lujosos que los que habían visto en el otro aparcamiento.

—Hogar, dulce hogar —dijo Alia con un deje de melancolía.

—Tal vez no te alegres de volver a estar aquí —murmuró Jason—, pero yo me alegro de que hayas vuelto.

Alia se miró las manos, y Diana creyó comprender el motivo de su tristeza: había buscado aventuras e independencia y solo había hallado fracasos y sufrimiento. Se preguntó si ella sentiría la misma tristeza cuando regresara a Themyscira, si es que alguna vez podía regresar. No quería pensar en esa posibilidad. Había ansiado una oportunidad para realizar una hazaña digna de una heroína, y las heroínas no sentían añoranza. Era mejor centrarse en la tarea que tenía más a mano: mantener segura a Alia y hacer que llegase al manantial.

El conductor acercó el coche a unas puertas metálicas de aspecto discreto.

—¿Es seguro? —preguntó Diana cuando bajaron del vehículo y Jason pulsó un botón.

—Es un ascensor reservado para nuestro ático —dijo él—. Nadie más tiene acceso a él.

La princesa amazona miró cautelosamente a su alrededor cuando las puertas se abrieron y entraron en la pequeña habitación. En Themyscira había ascensores que funcionaban con poleas y que se utilizaban para trasladar materiales pesados o difíciles de manejar. Aparte del panel de botones de la parte derecha de la puerta, supuso que este no debía de ser diferente, si bien los acabados eran más lujosos. Tenía el suelo enmoquetado, y las paredes, cubiertas de espejos. Captó su propio

reflejo, con el pelo negro todavía húmedo de la ducha, una camiseta arrugada y los ojos azules algo aturcidos. Parecía otra persona. La mirada de Jason coincidió con la suya en el espejo, y ella se dio cuenta de que una vez más la había estado observando. El chico sacó una llave del bolsillo, la insertó en un orificio junto al panel y pulsó la letra A.

El ascensor arrancó a trompicones y Diana intentó mantener una expresión neutral cuando salieron disparados hacia arriba y el estómago le cayó a los pies. En verdad, no se parecía en nada a los ascensores de Themyscira.

Respiró hondo por la nariz, intentó no pensar en la horrible sensación que notaba en la barriga y se concentró en lo que había dicho Jason sobre la seguridad del ascensor. ¿Qué importancia tenía que el acceso al ático estuviera restringido? Seguro que había escaleras en alguna parte. Y si alguien tenía una motivación suficiente, simplemente podía derribar el edificio entero con explosivos. ¿Qué eran unas cuantas vidas más, si con ello se podía evitar una guerra?

Al cabo de un instante, el ascensor se detuvo de golpe y se abrieron las puertas, que daban a un enorme pasillo de dos pisos de altura. El sol entraba por un tragaluz e iluminaba una escalera de madera pulida que se encaramaba por una pared cubierta por paneles y unos suelos compuestos por un mosaico en espiral de baldosas blancas y negras.

Diana tensó el cuerpo al ver a dos hombres corpulentos con trajes oscuros plantados a cada lado de la puerta, pero ellos se limitaron a saludar con un gesto a Alia y a Jason.

—Este es Meyers y este es Pérez —dijo Jason a Diana cuando pasaron por delante de ellos—. Ambos pertenecieron a las fuerzas especiales de la Marina y llevan casi diez años con mi familia. O son de fiar o bien son los asesinos más lentos de la historia.

Diana no dijo nada. Si lo que había leído sobre política era correcto, hasta el hombre más leal podía flaquear bajo las circunstancias propicias.

Entraron en un gran comedor y en una sala de estar que daba a una terraza formada por cuadrados de piedra gris separados por arbustos recortados y, más allá, a una franja de cielo azul y abierto que le levantó el ánimo. Había esferas de color de cristal en el techo de la sala de estar, de modo que parecía que un jardín submarino hubiera florecido sobre ellos. Era un alojamiento considerablemente más agradable que el hotel Good Night.

Jason se dirigió a la cocina, dejó las llaves sobre el mostrador y abrió lo que parecía ser un nevera.

—¿Zumos? —dijo.

Su hermana asintió y él colocó tres vasos sobre el mostrador, junto a una jarra de zumo y una de leche. Alia llenó un vaso de zumo de naranja, le añadió una nube de leche y empujó la mezcla hacia Diana.

—Pruébalo. Es delicioso.

—Es repugnante —dijo Jason, sirviéndose un vaso de zumo de naranja solo.

Diana tuvo la sensación de que lo habían hecho mil veces, como si fuera un ritual de bienvenida. Aceptó el vaso que Alia le ofreció y dio un sorbo. Dulce Deméter, sí que era repugnante. Pero se obligó a sonreír y a beber lo que quedaba para no tener que darle la razón a Jason.

—Refrescante —logró decir.

El chico arqueó una ceja.

—No engañas a nadie. —Se apoyó en la pila de la cocina—. Concédeme una hora en la fiesta —dijo a Alia—. Saludaremos a todo el mundo, pondremos buena cara, luego subiremos a un helicóptero directo al aeropuerto y emprenderemos el viaje hacia el manantial.

—¿Cuánto tarda el vuelo a Grecia? —preguntó Diana.

—Unas doce horas, aproximadamente. He mandado un mensaje a nuestro piloto, Ben. Podemos aterrizar en Kalamata. Está a dos horas en coche de Therapnes.

Si esos cálculos eran correctos, podían llegar al manantial en menos de veinticuatro horas, con tiempo de sobra antes de la luna nueva.

—Alia, es muy importante —dijo Jason—. Hay gente en el Consejo que tiene sus propias ideas sobre cómo dirigir los Laboratorios Keralis. Si todavía no se han manifestado en mi contra, es porque saben la mala imagen que eso proyectaría en la opinión pública. Necesitamos mantenerlo así. Demostrar que seguimos la tradición que mamá y papá comenzaron. Demostrar... que todavía somos una familia.

Ella se pasó el vaso de una mano a la otra. Diana veía el efecto que las palabras de Jason causaban en ella. Suponía que podía respetarlo por la seriedad con que se tomaba las responsabilidades. Aunque fuera un idiota arrogante.

—¿Qué te parece? —le preguntó Alia.

Diana apretó los labios. Sabía que asistir a la fiesta no era una elección acertada, pero también comprendía que para los dos hermanos había otras cosas en juego. Tenían una vida a la cual deseaban volver cuando el viaje hubiera terminado. Nadie iba a saber que Alia asistiría hasta que la vieran entre los invitados, y si algún espía transmitía la información, ellos abandonarían la fiesta antes de que los enemigos de Alia pudieran actuar.

—Una hora —dijo por fin—. Ni un minuto más.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Alia—. Iré.

En el rostro de Jason se dibujó una amplia sonrisa, que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla izquierda; sus rasgos se transformaron totalmente.

—Gracias.

Alia le devolvió la sonrisa.

—¿Lo ves, Jason? Conseguirías más a menudo lo que deseas si presentaras el caso como un ser humano, en vez de recurrir al «obedece o atente a las consecuencias».

El encogió los hombros, sonriendo todavía.

—«Obedece o atente a las consecuencias» es, sin duda, mucho más eficaz.

—¿Puede venir Nim?

Ahora la sonrisa se había desvanecido.

—Alia...

—O viene Nim, o iré en chándal.

Jason soltó un bufido.

—De acuerdo.

Alia alzó el puño.

—Móvil. —Su hermano le puso el teléfono en la palma de la mano con una expresión de resignación—. Vamos —dijo Alia a Diana, dirigiéndose ya hacia la entrada y sin dejar de mirar el teléfono ni de mover rápidamente los pulgares.

Pero cuando Diana hizo ademán de seguirla, Jason se interpuso en su camino. Toda la calidez que había exhibido un momento antes se había desvanecido.

—¿Quién eres tú en realidad? —preguntó en voz baja—. Quiero que sepas que voy a hacer que mi gente recabe toda la información posible sobre ti.

—Adelante.

El chico frunció el ceño.

—Si haces daño a mi hermana...

—Yo nunca haría daño a Alia. He arriesgado muchas cosas por traerla hasta aquí.

—No paras de decirlo. Lo que yo quiero saber es qué sacas tú de esto.

¿Cómo podía preguntar algo semejante con todo lo que había en juego?

—Un futuro —dijo, aunque sabía que esa no era toda la verdad. «Te veo, Hija de la Tierra. Veo tus sueños de gloria».

Jason soltó una carcajada que sonó tan hueca como un tambor.

—No sé si eres una fanática o una artista de la estafa. Y tampoco sé cuál de las dos posibilidades es peor.

—¿Tanto te cuesta creer que solo intento hacer lo correcto?

—Sí.

Diana frunció el ceño. ¿Qué clase de vida había llevado ese chico para volverse tan cínico?

—No quiero nada de ti ni tampoco de Alia, excepto la oportunidad de enderezar este mundo.

—Cuando eres un Keralis, todo el mundo quiere algo de ti. Siempre. Alia es mi única familia. Si...

—Entonces tal vez deberías dejar de intimidarla.

—Yo nunca...

—Desde que te conozco, lo único que has hecho ha sido decirle lo que tiene que hacer, llamarla estúpida y burlarte de sus intentos para perseguir sus sueños.

—Bien, voy a dejar que vaya a ese ridículo manantial, ¿verdad?

—«Voy a dejar que vaya».

Jason hizo un gesto despreciativo con la mano.

—No está preparada para lidiar con el mundo. Alia ha tenido una vida muy protegida.

—¿Y de quién es la culpa? —Diana notó que estaba perdiendo los estribos—. No tienes ni idea de la valentía y la resistencia que ha demostrado ante mí.

—¿En el largo tiempo que os conocéis?

—Tal vez si te fijaras más en las cosas, si escucharas con más atención, ella no habría sentido la necesidad de mentirte.

La mandíbula de Jason se tensó y dio un paso adelante.

—Tú no sabes nada de mí ni de Alia, así que cierra el pico y no te entrometas en mi vida.

—Sin mí, ni siquiera sabrías hacia dónde ir.

—Si haces un solo movimiento que parezca...

Diana se inclinó hacia delante. Estaba harta de sus amenazas. Eran aproximadamente de la misma altura y le sostuvo la mirada con facilidad.

—¿Qué harías?

—Acabaría contigo.

Ella se echó a reír sin poder evitarlo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —gruñó él.

¿Cómo podía explicárselo? Había presenciado la muerte de su madre y de sus amigas en la visión del oráculo. Se había arriesgado al exilio y había estado a punto de ahogarse para llegar hasta aquí. Además, cuando una había aguantado el tipo ante la gran Tekmessa, general de las amazonas, y había soportado sus burlas, era difícil temer a un chico mortal, por muy corpulento que fuera.

—Eres bastante guapo, Jason Keralis. Pero no me intimidas demasiado.

Los párpados del chico se dispararon.

—¿Guapo?

—¿Se está comportando mi hermano como un capullo?! —gritó Alia desde la otra punta del ático.

—¡Sí! —respondió Diana sin dejar de mirar a Jason a los ojos—. ¿Me disculpas?

Lo agarró por los hombros y él soltó un gemido cuando ella lo levantó del suelo y lo apartó de su camino.

Diana echó a andar, sin molestarse en mirar atrás. Aun tuvo tiempo para oír que él murmuraba:

—¿Bastante guapo?

Desde las escaleras de la entrada, Alia asomó la cabeza para observar a Diana, que se acercaba a paso firme desde la cocina. ¿Cómo conseguía que aquella camiseta tan cutre pareciera majestuosa?

—¿Qué te ha dicho Jason? —preguntó—. ¿Ha sido horrible?

—Sí —contestó, siguiéndola escaleras arriba—. Supongo que sus motivos son buenos, pero sus formas hacen que me entren ganas de...

—¿Apuñalarlo con un lápiz?

—No exactamente. Pero es de lo más irritante.

El teléfono zumbó, y Alia se puso a brincar de puntillas, feliz y contenta.

—¡Nim viene hacia aquí!

—Sería mejor que nadie la viera entrar en el edificio.

Alia se detuvo, con un pie en el siguiente escalón. Era demasiado fácil evadirse de la realidad de la situación en la que se encontraba. Parecía que su mente no pudiera aceptar lo que estaba sucediendo y se centrara en cambio en las cosas ordinarias.

Envió un mensaje a su amiga diciéndole que cogiera su coche y utilizara el ascensor privado. Podían enviar a Pérez con una llave.

—¿Nim es de fiar? —preguntó Diana.

—Por supuesto. Pero ahorrémosle el rollo Warbringer, ¿de acuerdo?

Al llegar a lo alto de la escalera, Alia dudó. Se moría de ganas de entrar en su habitación, vestirse con su ropa y hacer una larga siesta, pero se obligó a girar a la derecha y siguió por el pasillo, con el tragaluz proyectando cuadrados de sol sobre el suelo de paneles blancos y negros.

—Aquí el dibujo es distinto —comentó Diana.

—Sí, las baldosas del vestíbulo hacen un fractal. Esto es una secuencia de ADN.

—Alia se encogió de hombros—. Es lo que pasa cuando das dinero a los frikis.

Se detuvo ante la puerta doble del despacho de sus padres, descansó las manos sobre los pomos, respiró con fuerza y la abrió.

En otro tiempo, aquella había sido su habitación favorita. Las paredes estaban cubiertas de estanterías fabricadas con la misma madera cálida que la escalera, y una enorme chimenea ocupaba la mitad de una de ellas. Había una pequeña mesa y dos

sillas colocadas frente al hogar apagado y un libro de bolsillo abierto en uno de los reposabrazos, tal como Lina Keralis lo había dejado. Muerte en las nubes, de Agatha Christie.

—A mamá le encantaban las historias de misterio —dijo Alia, resiguiendo ligeramente el lomo resquebrajado del libro—. Y los thrillers. Le gustaban los rompecabezas. Decía que la ayudaban a relajarse.

Diana pasó la mano sobre la repisa de piedra de la chimenea y la detuvo para coger una fotografía.

—¿Estos son tus padres?

Alia asintió.

—Y el del medio es Neil de Grasse Tyson.

Diana dejó la foto con delicadeza.

—Esta habitación es muy diferente del resto de la casa.

Era verdad. Sus padres habían querido que el resto del ático fuera luminoso y de espacios grandes, pero el despacho parecía robado de la biblioteca de una casa señorial inglesa.

—A mis padres les encantaban las cosas del mundo antiguo.

—Bueno, lo de antiguo es relativo —murmuró Diana, y Alia se acordó de cuando le dijo que los muros de su isla tenían tres mil años.

—Decían que se pasaban el día trabajando en un laboratorio blanco y esterilizado, y que, cuando llegaban a casa, querían sentir que estaban lejos de todo aquello.

Una vez más, Alia tocó el lomo del libro que reposaba en la silla de su madre. Un decantador y dos vasos descansaban sobre una mesa baja. Todo parecía muy inmediato, como si los padres fueran a regresar en cualquier momento. Alia era consciente de que era algo espeluznante y bastante deprimente, pero no se decidía a cerrar aquel libro.

—No puedo creer que mi madre me escondiera un secreto tan grande —dijo.

—Tal vez no quería que te sintieras diferente —opinó Diana—. Tal vez quería que tuvieras la oportunidad de ser como cualquier otra persona.

Alia resopló.

—No tengo ninguna esperanza de que eso ocurra.

Caminó hasta el escritorio doble en el cual sus padres trabajaban el uno frente al otro.

—¿Por qué?

Se hundió en la vieja butaca de su padre y utilizó el borde de la mesa para darse impulso y echar a rodar.

—Bueno, Nim y yo somos las únicas chicas mulatas de mi curso, y dos de entre diez en toda la escuela. —Cambió de dirección y volvió a echar a rodar—. Soy una friki total de la ciencia. —Volvió a girar—. Y estoy más a gusto leyendo un libro que yendo a fiestas. De modo que no tengo demasiadas posibilidades de ser normal. Además, deberías haberme visto con los aparatos.

—¿Aparatos?

—Para los dientes. —Alia le enseñó la dentadura—. Deja que lo adivine, los tuyos son naturales, rectos y blancos como la nieve. —Dio unos golpecitos sobre la mesa—. Sé que mi madre tenía una caja fuerte para las joyas y esas cosas, pero no sé dónde está.

—Hay un panel junto al cuadro de Faith Ringgold —dijo Jason desde el umbral de la puerta.

Pasó por detrás del escritorio y abrió un compartimento que había al lado de un tapiz enmarcado, y de este modo dejó al descubierto una caja fuerte, de aspecto sólido, empotrada en la pared. Tecleó una larga combinación y a continuación pulsó una pantalla roja con la yema del dedo. Alia oyó un suave chirrido metálico y un clic. Jason abrió la compuerta de la caja.

—Toma —dijo, entregándole un lápiz de memoria—. La mayoría de archivos están aquí. También guardaban copias en papel, puedo dártelas si las quieres. Y esto.

Sacó una caja delgada de metal de la caja fuerte y la puso sobre la mesa.

Alia la miró, extrañada.

—¿Qué es?

—Un registro de todas las Warbringer conocidas. No sé de dónde lo sacaron o si fue pasando de una familia a otra.

Alia corrió el pestillo y alzó la tapa. En el interior había un rollo, un pergamino amarillento enrollado en una bobina de madera pulimentada. Lo tocó un instante con los dedos y luego retiró la mano. ¿Cuántas cosas quería saber?

Pero no era así como pensaría un científico. No era así como sus padres la habían enseñado a pensar.

Sacó el pergamino de la caja y empezó a desenrollarlo. Había esperado ver algún tipo de árbol genealógico, pero era más bien una cronología. Las inscripciones estaban escritas en varios idiomas, los nombres y las fechas trazados por manos diferentes, tintas diferentes, una de ellas de un marrón oxidado que podía ser perfectamente sangre.

Las primeras palabras estaban escritas en griego.

—¿Qué significa? —preguntó, señalando la entrada con el dedo.

—Helena... —empezaron a decir Diana y Jason al mismo tiempo.

—Hija de Némesis —continuó ella—. Diosa de la retribución divina, nacida con la guerra en la sangre, primera de las *haptandrai*.

—Espera un momento —la interrumpió Alia—. Yo creía que Helena era hija de Zeus y Leda. Ya sabes, el cisne...

—Esa es una de las versiones. En otras, ella y sus hermanos aparecen como hijos de Zeus y Némesis. Leda fue simplemente su madre adoptiva.

—Retribución divina —dijo Alia—. Qué alegría.

—También se la conocía como Adrastea.

—La inexorable —dijo Jason.

—Seguro que debió de ser muy divertida. —Alia frunció el ceño—. Esa palabra ya la habíais dicho antes. *Haptandrai*.

Jason asintió.

—El significado es algo confuso. La raíz puede significar prender o acometer, pero también tocar.

—La mano de la guerra —murmuró Diana.

Alia miró fijamente a su hermano.

—¿Estudiaste griego porque papá era griego o para estudiar a las Warbringer?

—Un poco por las dos cosas —reconoció él.

A Alia no le sorprendió. Jason siempre había sentido más interés por el lado Keralis que por el lado Mayeux de la familia.

—Pero tu traducción no es precisa del todo —dijo Diana—. La raíz puede significar otras cosas. Agarrar, pelear, copular con alguien.

—¿Copular con alguien? —aulló Alia.

—No necesitaba saberlo —dijo Jason.

Diana se encogió de hombros.

—Tiene sentido. Helena era varias cosas a la vez, y puede haber muchas razones para la guerra.

Alia no quería reflexionar demasiado sobre ello. Volvió a centrarse en el pergamino y lo desenrolló un poco más. Se equivocaba; no parecía tanto una cronología como una mezcla entre un sismógrafo y un electrocardiograma. El nombre de cada chica iba seguido de una serie de picos etiquetados con incidentes de conflictos, cada uno mayor que el anterior, como colinas convirtiéndose en montañas, culminando en una afilada cúspide de violencia que reseguía como una cordillera escarpada la parte superior del pergamino, hasta que volvía a descender.

—Eugenia —murmuró, tocando uno de los nombres escritos—. La guerra del Peloponeso. Parece que duró casi sesenta años.

—Más —dijo Jason—. Fue el principio del fin para la democracia griega.

—Livia Caprenia —siguió leyendo ella—. El saqueo de Roma. Angeline de Sonnac, la séptima cruzada. —Sus dedos saltaban de una época a otra sin ningún orden en concreto, de chica en chica, de tragedia en tragedia—. La guerra de los Cien Años. Las guerras de las Rosas. La guerra de los Treinta Años. ¿Lo sabían ellas? —Su voz sonaba temblorosa a sus propios oídos—. Helena supo que fue la causa de la guerra de Troya, pero ¿estas chicas supieron lo que habían provocado? ¿Sabían lo que podían causar por el simple hecho de respirar?

—Tal vez —contestó Jason—. Pero no lo creo. ¿Cómo iban a saberlo?

—Alguien llevaba este registro —dijo Diana.

Alia no podía desviar los ojos del manuscrito.

—¡Dios mío! La Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial... ¿Me estáis diciendo que nosotras fuimos las que las causaron?

—No —dijo Diana, apoyándole la mano en el hombro—. La Warbringer es una

catalizadora. No una causa. No puedes cargar con la culpa de la violencia de los seres humanos.

Alia tomó aliento.

—Mirad —dijo, dirigiendo el dedo al año 1945.

Junto a la fecha había una anotación: «Irene Martín. N. 1 de diciembre». Una serie de pequeños picos seguían el mismo patrón que en las otras entradas, al principio moderados, muy espaciados, y luego levantándose en líneas irregulares, cada una más cerca de la otra. Llegaban a la cúspide en 1962 y luego descendían de manera abrupta. Allí, la inscripción rezaba: «Irene Martín, F. 27 de octubre».

—¿Qué sucedió en 1962? —preguntó Alia, frunciendo el ceño—. No me acuerdo...

—Yo tampoco me acordaba —dijo Jason—. Tuve que buscarlo. Fue la crisis de los misiles de Cuba. Los soviéticos y los estadounidenses estuvieron a un paso de la guerra nuclear.

—¿Y entonces murió la Warbringer?

Ni Jason ni Diana la miraron a los ojos.

—Bueno... —dijo ella en voz baja—, no murió. Fue asesinada. —Alia volvió a tocar la fecha con los dedos—. No llegó a cumplir los diecisiete. La encontraron y la mataron porque sabían que la situación solo podía empeorar.

—Han seguido habiendo guerras después de la muerte de esa Warbringer —le recordó Jason a su hermana—. Vietnam, Camboya, los Balcanes, incontables guerras en Oriente Medio y en África.

—Pero quién sabe lo que habría pasado si Irene Martín hubiera sobrevivido...

De repente, Alia se llevó las manos a las mejillas. ¿Cuándo se había puesto a llorar?

Diana le apretó el hombro.

—Escúchame. Llegaremos al manantial. Vamos a cambiarlo todo.

—No puedes saberlo.

—Sí, lo sé. Lo conseguiremos. Interrumpiremos el linaje. Y no habrá ninguna otra Warbringer. Ninguna chica tendrá que cargar otra vez con ese peso. Incluida tú.

—Eso es —dijo Jason.

—Pero si tú ni siquiera crees que haya un manantial —le espetó Alia, sollozando con fuerza.

—Yo creo... Creo que, si hubo un comienzo de todo esto, tiene que haber también un final.

Un zumbido rompió el silencio de la habitación. Alia miró el teléfono.

—Ha llegado Nim.

—Ve a lavarte la cara —dijo Jason, quitándole el teléfono de las manos—. Pérez bajará a buscarla. Haré que lleven los archivos al avión y podremos estudiarlos durante el vuelo. Las dos deberíais hacer la maleta para el viaje. —Rodeó a su hermana con el brazo—. Alia, vamos a...

Ella se lo quitó de encima y se alejó también de Diana.

—No sigas —dijo, sin hacer caso del destello de dolor que enturbió el rostro de Jason cuando ella se dirigió a la puerta.

No quería que la consolara. El no podía arreglar nada. Lo único que podía cambiar las cosas era el manantial.

Cerró la puerta en las narices de Jason, de los archivos y de las largas sombras que sus padres habían dejado atrás.

Diana encontró a Alia tumbada en una cama con dosel y colcha y sábanas blanquísimas en una gran habitación al otro extremo del pasillo, en la que en el parquet taraceado se distinguía un dibujo enorme de rayos resplandecientes y en una de las paredes habían pintado un paisaje brumoso de un lago moteado con nenúfares de color rosa pálido.

—Monet —dijo Diana, recordando el nombre de una de sus clases de historia del arte.

—De pequeña me gustaba mucho el cuento de «El príncipe rana» —le explicó Alia, mirando hacia el techo—. Pero, como mi madre no era demasiado fan de las princesas, las dos nos conformamos con un estanque de nenúfares.

Pero las amplias ventanas que daban a una gran franja de parque habían captado la atención de la amazona. Desde aquella altura, la ciudad se transformaba. Era como mirar el joyero de su madre, una ciudad de torres plateadas y herrajes misteriosos, ventanas que relucían como gemas a la luz de la tarde. El enorme parque tenía unos límites rígidamente simétricos, con unas líneas duras que demarcaban dónde comenzaba y dónde terminaba la ciudad. Era como si alguien hubiera puesto una puerta a otro mundo en el centro de Nueva York, un lugar frondoso y verde, pero contenido por todas partes por la fuerza de la magia.

La habitación también parecía estar llena de pequeños toques mágicos. Tenía el escritorio repleto de libros de texto y había un pequeño reloj de arena al lado de la lámpara, pero la arena permanecía en la parte de arriba. Diana lo sacudió, le dio la vuelta y soltó una exclamación.

—¿La arena fluye hacia arriba?

Sin apenas energía, Alia volvió la cabeza sobre la almohada.

—Ah. Sí. Es por la densidad del líquido que hay dentro, en lugar de aire.

Había una fotografía enmarcada en un rincón del escritorio: Alia y Jason de pequeños junto a una pizarra, ambos con el pelo trenzado en hileras muy apretadas, aunque la cabeza de Alia estaba llena de pasadores de plástico. Detrás, de pie, estaba la misma pareja de la foto del estudio: un hombre con el rostro marcado y afable, los ojos azules y brillantes, las mejillas enrojecidas por el sol, y una mujer de piel oscura y una suave nube de pelo recogido con una alegre diadema roja. Los cuatro posaban

de una manera tonta, flexionando los músculos como si fueran cómicos forzados. La sonrisa de Jason era amplia y abierta, con el hoyuelo profundamente cavado en su mejilla izquierda. Tal vez Alia tenía razón respecto a lo mucho que había cambiado.

—¿Y esto qué es? —preguntó, señalando una estantería de cajas estampadas y perfectamente alineadas.

Alia gruñó.

—Es muy friki.

—Dímelo.

—Colecciono cada elemento químico que se corresponde con mi edad en el día de mi cumpleaños, como Oliver Sacks. Era un neurocientífico.

—Lo sé. Tenemos sus libros.

La chica levantó la cabeza.

—¿En serio?

—Intentamos estar al día en todo lo relacionado con el mundo exterior.

Alia volvió a sumergirse entre los cojines.

—Sí, bueno, pues espero llegar al argón.

Diana oyó pasos en las escaleras y se puso tensa, preparándose para lo que viniera. Alia había dicho que confiaba en Nim, pero ella no podía permitirselo.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y una chica entró corriendo, aunque más que una chica era un torbellino humano, con botas con las puntas abiertas, atadas hasta las rodillas y un vestido de raso brillante. Llevaba una de las partes laterales del pelo rapada y el resto del cabello le caía hacia delante en un manojo negro y suave que le tapaba un ojo. El otro ojo era negro como el azabache y estaba bordeado de oro, y la oreja visible estaba adornada con pendientes de plata, desde el lóbulo hasta la parte superior.

—No me puedo creer que solo hayas durado... ¿cuánto? ¿Una semana en Turquía? Creía que esto iba a ser la gran aventura, Alia. La ocasión para romper las cadenas y... —La voz de la chica se interrumpió cuando vio a Diana de pie junto a la ventana—. Dulce madre de las manzanas.

—¿Perdón?

—Nim... —dijo Alia, con un punto de advertencia en la voz.

La chica dio un paso adelante. Tenía las mejillas redondas, los hombros redondos, todo redondo.

—Poornima Chaudhary —dijo—. Puedes llamarme Nim. O como tú quieras, de verdad. Dios mío, ¿cuánto mides?

—¡Nim! —gritó Alia.

—Es una pregunta totalmente razonable. Todo en nombre de la investigación. En el mensaje decías que necesitaríamos ropa. —Nim se colgó de uno de los postes de la cama y murmuró—: Por favor, dime que esta chica no es tan aburrida como la última con la que me obligaste a salir. Sin ánimo de ofender —añadió mirando a Diana—, pero, exceptuándome a mí, Alia tiene un gusto pésimo para la gente. —Entornó el

único ojo visible—. ¿Eso son moratones? ¿Qué diablos ha pasado en Turquía?

—Nada —dijo Alia, ahuecando las almohadas y hundiéndose en ellas—. Un accidente de barco. Tuvieron que suspender la excursión.

A Diana le sorprendió la facilidad con que mentía. Pero ¿cuántas lágrimas había escondido ella a Maeve? Algunas penas era mejor sobrellevarlas a solas.

Nim se cruzó de brazos y sus brazaletes tintinearón.

—Parece que hayas llorado.

—El jet lag me tiene harta.

—No has estado fuera el tiempo suficiente para tener jet lag.

—Yo...

Nim levantó las manos.

—No me quejo. El verano en este agujero de ciudad es un rollazo sin ti. — Calibró a Diana con la mirada—. Y hay que reconocer que sabes elegir los souvenirs.

Alia le lanzó un cojín.

—Deja ya de flirtear. Te he hecho venir para que me ayudes en una emergencia de estilismo.

—Tu vida es una perpetua emergencia de estilismo. Tanto dinero y tan poca clase. ¿Verdad que tengo razón? —Se volvió hacia Diana—. ¿Quién eres exactamente?

Diana encajó la mirada inquisitoria y brillante de Nim, que ladeaba la cabeza. Parecía un gorrión vivaracho de mejillas redondas.

—Diana —contestó, y sonrió—. Pero puedes llamarme Diana.

—¿Vas a ayudarnos o no?

—Claro que sí. Me encanta gastar tu dinero. Pero ¿cómo te ha convencido Jason para que vayas a una fiesta?

—La bomba de la culpabilidad.

—Típico. Muy bien, mujeres mías —dijo Nim, sacando una cinta de medir y abriendo lo que Diana comprendió que era un ordenador sobre el escritorio de Alia—. Vámonos de compras.

—No podemos salir —señaló la princesa amazona, lamentando fastidiar el entusiasmo de aquella chica—. Ya estamos tomando demasiados riesgos.

Nim se sacó un par de gafas de plástico verde y se las plantó en la nariz pequeña.

—¿Qué has dicho?

—Jason se ha vuelto a poner estricto con el tema de la seguridad —explicó Alia apresuradamente—. Hemos recibido algunas amenazas.

—Menuda locura, ¿verdad? —dijo Nim dirigiéndose a Diana—. ¿Te imaginas vivir encerrada?

—¡Por favor...! Tampoco es que tenga muchos sitios a donde ir.

Su amiga agitó la mano desdeñosamente.

—Algún día tendremos un montón de sitios a donde ir y un montón de ropa para ir a esos sitios. Y no te preocupes —agregó dirigiéndose a Diana—, las compras vendrán a nosotras.

Se apiñaron tras el ordenador en el escritorio (Nim al teclado, Alia y Diana muy juntas detrás de ella) y pasaron la siguiente hora en una nube de parloteo e imágenes confusas que pasaban volando por la pequeña pantalla. Nim sabía mucho sobre prendas y diseño, y al parecer había ayudado a su amiga a comprar de ese modo en otras ocasiones. Tomó las medidas de Diana mientras ponía al día a Alia de cómo había pasado las últimas dos semanas, el curso que acababa de terminar en un lugar llamado Parsons y lo desagradable que era el calor en la ciudad.

Diana se limitaba a escuchar y a asentir, disfrutando de la charla. Nim se parecía un poco a Maeve, pero su alegría y su descaro eran en cierto modo más vivos. Le recordaba a los estantes brillantes del supermercado, todo de un color eléctrico, incluso a los caramelos. «Bailas de un modo diferente cuando sabes que no vas a vivir eternamente». ¿Era a esto a lo que se refería Maeve? La alegría de los mortales tenía algo de temerario que le gustaba. No dejaban nada en el tintero.

—Eres muy callada —dijo Nim, mirando a Diana con suspicacia. Separó un poco la silla del escritorio—. No estarás enfadada por algo que he dicho, ¿verdad?

Diana se sobresaltó.

—Claro que no. ¿Qué te hace pensar eso?

La chica se encogió de hombros, sacó el teléfono móvil y envió otro mensaje de texto a alguien que, si Diana había entendido bien, se llamaba Comprador Barney.

—No es nada personal. Es que nunca me llevo bien con las amigas de Alia. Solemos pasarlo mejor las dos solas.

—Es verdad —dijo Alia, pensativa, apoyándose contra la estantería de los libros.

—¡Y somos encantadoras! —exclamó Nim—. A pesar de que ella es gafe total. Si algo puede salir mal, saldrá mal. Te juro que tiene un imán para las desgracias.

Alia señaló la pantalla con un gesto.

—Concéntrate.

Pero Diana sabía que estaba pensando en todos los momentos tensos, los desacuerdos y las oportunidades perdidas para ver la amistad bajo una luz nueva.

Diana observó a Nim, que tenía la cabeza inclinada hacia un lado mientras se mordía pensativamente el labio inferior y tecleaba la pantalla del teléfono. ¿Sentía hostilidad hacia ella? Creía que no. Había dudado de si el hecho de que se llevara mal con Jason estaba influido por los poderes de Alia, pero ahora veía que con Nim se entendía perfectamente. El oráculo había dicho que Alia no la haría enfermar; tal vez sus poderes no tenían efecto en ella.

—Nim, ¿Jason y tú os lleváis bien?

—Tan bien como puede llevarse alguien con ese repelente —contestó, revolviéndose en la silla y llevándose una mano al pecho—. No me digas que te gusta.

Alia se golpeó la cabeza a posta contra la estantería.

—¿Podéis parar?

Nim agitó los dedos como si estuviera echando una maldición.

—Las chicas pierden los papeles delante de Jason Keralis.

—Es el factor multimillonario —dijo Alia.

—No es solo por el dinero: son los pómulos, la actitud glacial. Yo me enamoré tres veces de tu hermano antes de madurar y de darme cuenta de que es un muermo total.

—No es ningún secreto, Nim. Solías robarle las camisetas.

Ella se cruzó de brazos, pero se había sonrojado un poco.

—¿Y?

—Las camisetas sucias.

Diana hizo una mueca, pero Nim no parecía nada afectada.

—Lo único que digo es que la mayoría de tíos que son tan ricos y tan jóvenes suelen ser herederos horrorosos con nombres que acaban en «tercero», o bien repugnantes empresarios de internet. Ese punto de científico chiflado que tiene Jason es muy excitante.

—Estuvo a punto de engañarme a mí —se burló Alia.

—En las chicas, los parámetros son totalmente distintos. A los chicos les da igual si tienes un cerebro sexy.

Diana se echó atrás.

—No puedes decirlo en serio.

Alia lanzó un cojín a su amiga.

—Claro que no lo dice en serio. Nim, eres lo peor.

—Al contrario, soy lo mejor. Y no tengo la culpa de que vivamos bajo el yugo del patriarcado. ¿Por qué no vas y le gritas a tu hermano por ser un títere que solo sale con supermodelos y chicas de la alta sociedad?

—¿Qué es una supermodelo? —preguntó Diana.

Nim se la quedó mirando.

—Esto... Diana no fue al colegio, la educaron en casa —dijo Alia.

—¿Debajo de una roca? —preguntó Nim.

—Sus padres son muy frikis. Una especie de hippies. Nada de televisión, solo radio pública.

Nim tomó la mano de Diana entre las suyas.

—Lo siento muchísimo.

La princesa amazona arqueó una ceja.

—Me las arreglo.

—¿En serio? —Nim lo preguntó con una sinceridad tan profunda que Diana no pudo evitar echarse a reír. La chica le tomó la otra mano y le contempló las muñecas —. ¡Vaya, qué pulseras tan chulas! ¿Están soldadas?

—Esto... sí. I8S

—No tienen ni una marca. Es una artesanía magnífica. ¿De qué están hechas? Tiene que ser una aleación, pero...

—Nim hace joyas —explicó Alia.

La chica soltó las manos de Diana.

—No digas que hago joyas. Suena como si hiciera prácticas en una tienda de la cadena Etsy. Lo que yo hago es arte.

Alia puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, a ver qué te parece ahora... Nim es un as con la ropa y con cualquier otra cosa relacionada con el arte, y por eso la he invitado a que viniera a regañarnos.

—Y además soy muy simpática.

—Eso también —admitió Alia sonriendo.

—¿Qué hace que esas modelos sean súper? —quiso saber Diana, que no había saciado su curiosidad sobre el tema—. ¿Tienen poderes?

Nim se echó a reír.

—Me encanta esta chica. Sí, las supermodelos tienen el poder de hacerte comprar cosas que no necesitas y sentirte fatal contigo misma.

¿Era posible que fuera cierto?

—Tú usaste esa palabra para describirme —dijo Diana a Alia—. No parece un cumplido.

Alia se tumbó de nuevo sobre la cama.

—Sí que es un cumplido. Nim se está haciendo la lista.

—Por cierto —dijo esta, consultando el teléfono—, Marie ya ha elegido un montón de ropa para nosotras. La entregarán en un par de horas. —Se encaramó a la cama y se colocó junto a su amiga—. Preparaos para la perfección.

—No necesito estar perfecta —dijo Alia—. Solo pasable.

Nim levantó el dedo meñique.

—Burbuja, burbuja.

Alia suspiró y enlazó su meñique con el de ella.

—Que no nos pille la bruja. —Miró a Diana—. Debes de pensar que somos tontas, ¿verdad?

La amazona no estaba segura de qué clase de ritual acababa de presenciar, y se limitó a responder:

—¿Por los vestidos? El atuendo es importante. Transmite un mensaje a las otras personas.

—¡Sí! —declaró Nim, con los puños alzados en señal de victoria.

—¡Nooo! —aulló Alia, enterrando la cabeza bajo las almohadas—. Ahora sois dos.

—Tú misma lo dijiste en el supermercado —señaló Diana, apoyándose contra el escritorio.

—Pero hay una diferencia entre tener buen aspecto y decir: «¡Miradme!».

—Piensa en la ropa como si fuera una armadura —propuso Diana—. Cuando una guerrera se prepara para la batalla, no se preocupa solo por los aspectos prácticos.

Alia se puso de costado, sosteniendo la cabeza con una mano.

—Creía que la mayor preocupación ante una batalla es evitar que te maten.

—Sí, pero el objetivo de elegir bien lo que llevas puesto también es intimidar. El general luce su rango. Pasa lo mismo con las atletas cuando compiten.

—¡Es verdad! —exclamó Nim—. He leído que los jugadores de fútbol americano juegan con más agresividad cuando van vestidos de negro y rojo.

—Le encantan los datos de cultura general.

—Me encanta la información.

Diana recogió de la mesa la cinta de medir y se la enredó en el dedo.

—El lugar de donde yo vengo... atraigo mucho la atención a causa de mi madre.

—¿Quién es tu madre? ¿Es famosa?

—Esto...

—Solo a nivel local —intervino Alia.

—En cualquier caso —continuó Diana—, sé que la gente me va a juzgar, por lo tanto tengo que pensar mucho en lo que me pongo. Mi madre también lo hace. Se le da muy bien. Y no solo es importante preocuparse del atuendo ante una batalla. A veces, todo parece un combate. Como participar en una cena.

—O caminar por la calle —dijo Nim.

—O conseguir durar una hora en una fiesta —añadió Alia.

Diana sonrió.

—Solo será una hora. Nos las arreglaremos.

Y cuando esa hora hubiera pasado, partirían camino del manantial, camino de un futuro mejor.

Llamaron a la puerta y a continuación Jason asomó la cabeza.

—Tengo que salir pronto hacia la reunión. Hay mucho tráfico.

—Dime que no vas a llevar eso en la fiesta —dijo Nim.

El se había puesto un traje parecido al que llevaban los hombres de negocios en el tren.

Tiró de los puños de la camisa, algo cohibido.

—Había pensado en cambiarme y ponerme el esmoquin en el despacho. Y hola, Nim, me alegro mucho de que puedas venir con nosotros a la fiesta.

—No me lo perdería por nada del mundo, Jota Jota.

—Meyers y Pérez os escoltarán hasta allí. De vez en cuando conducirá, pero le he dicho que vaya a recoger un coche nuevo. Si alguien está controlando nuestra flota, no localizarán sus idas y venidas. —Jason sacó un trozo de papel que Nim le arrebató de las manos—. Si tenéis que llamar por cualquier contingencia, usad este número. Le he dado un móvil encriptado.

—¿Un móvil encriptado? —repitió Alia—. ¿Tenías uno por pura casualidad?

—Alia, ¿qué es lo que siempre te estoy diciendo?

—Que solo miras realitys como ejercicio antropológico.

Nim chasqueó la lengua y Jason puso los ojos en blanco.

—No —contestó él—. Disfruta de lo mejor, pero prepárate para lo peor.

—Muy sabio, Jason —dijo Nim—. Muy sabio. ¿No has pensado nunca en lo difícil que es disfrutar de algo cuando te estás preparando para lo peor?

El la ignoró.

—Theo y yo os esperaremos en la fiesta a las ocho y media. No lleguéis tarde.

—Dios mío, ¿Theo también va? —preguntó Nim—. Eso sí que es prepararse para lo peor.

—¿Y qué hay de...? —Diana dudó—. ¿Cómo volveremos a casa?

Jason asintió una sola vez, con gesto adusto.

—Estaré listo para salir.

Cerró la puerta.

—¡Gracias por la invitación! —le gritó Nim.

La voz de Jason se filtró por debajo de la puerta.

—No incendiéis nada.

Nim hizo una pirueta y una pose.

—Solo la pista de baile. ¿Quién tiene hambre?

Una cena fría las esperaba en la cocina, y Diana comprendió que en la casa había gran cantidad de personal de servicio, sirvientes que entraban y salían sin apenas ser vistos. Esperaba que la fe de Jason en la lealtad de toda esa gente estuviera justificada y que tanto Alia como él tuvieran razón al pensar que la fiesta era un riesgo que valía la pena correr. Aun así, se alegraba de no partir de inmediato hacia Grecia. Cuando hubieran interrumpido el linaje de las Warbringer, tendría que volver a la isla y enfrentarse a las consecuencias que la esperaban. Con el avión de Jason a punto para el viaje, por lo menos podría disfrutar de unas horas más para observar el mundo mortal. Había mucho que ver y, para ser honesta consigo misma, debía reconocer que había algo positivo en ser Diana Prince, algo liberador en ser juzgada por tus propias palabras y actos, en vez de por tus orígenes o por las decisiones de tu madre.

Mientras se inclinaban sobre el mostrador de la cocina para llenar los platos de comida, se preguntó si Alia y Jason utilizaban alguna vez el enorme comedor o si celebraban fiestas en la grandiosa terraza. ¿O tal vez estaban siempre solos, con la única compañía de algún amigo de confianza, compartiendo aquel hogar gigantesco con los fantasmas de sus padres y comiendo de pie junto al mostrador mientras contemplaban las bellísimas vistas?

Ella se había sentido muy sola en Themyscira, pero Alia estaba igual de aislada en aquella ciudad enorme, tal vez incluso más. El palacio del Efeseo era grande, pero había sido diseñado como un espacio comunitario, donde la gente iba y venía para asistir a las audiencias con la reina, donde se impartían clases de todas las materias. Las mujeres que servían a Diana y a su madre eran también sus amigas, las mismas personas con las que comían y se entrenaban. Todo el mundo servía a Themyscira de alguna manera, pero todas eran guerreras, todas eran iguales. Esa era una de las

razones que llevaba a algunas a creer que no debería haber una reina, solo un Consejo electo. Tal vez esta misión liberaría a la vez a Diana y a Alia. Tal vez a ella le daría la ocasión de integrarse por fin con sus hermanas y a Alia la oportunidad de vivir su vida con cierta paz.

—Es curioso que olvidaras mencionar que Theo Santos va a asistir a la fiesta de esta noche —dijo Nim mientras se llenaba la boca de queso.

—No lo sabía —contestó Alia.

—Me lo tendrías que haber dicho para calcular mejor los centímetros de tu escote.

—Me temo que no hay nada que enseñar.

—¿Quién es Theo Santos? —preguntó Diana, seleccionando un racimo de uvas de un cuenco.

—El pequeño compinche de Jason.

—Es un amigo de la familia —dijo Alia.

—Está buenorro a su manera desgarrada y nada buenorra.

—Es objetivamente atractivo —protestó Alia.

—Es un pringado total. Se pasa todo el día en esta casa o jugando con el ordenador en alguna habitación oscura, evitando el contacto humano real.

Alia le lanzó una zanahoria.

—El contacto humano real está sobrevalorado.

Cuando llegaron los vestidos, Pérez fue a recogerlos acompañado por Nim. Volvieron con dos exhibidores metálicos cargados de grandes bolsas oscuras que colgaban de unas perchas y que Meyers ayudó a llevar al piso de arriba. Diana se sintió un poco culpable al ver cómo los dos hombres subían trabajosamente las escaleras, pero pensó que era mejor que los dejara valerse por sí solos.

De nuevo en la habitación de Alia, Nim procedió de inmediato a abrir las cremalleras de las bolsas y a vaciarlas sobre la cama. Había un montón de telas y ornamentos relucientes y varias bolsas más pequeñas con cajas de zapatos y pañuelos.

Alia suspiró.

—Vayamos al grano.

Diana le clavó el codo.

—La armadura, ¿te acuerdas?

La chica se puso firme y llevó su pila de vestidos al cuarto de baño.

—Las que están a punto de morir os saludan.

—No sé por qué me molesto —gruñó Nim cuando se sentaron en la cama a esperar—. Siempre elige la prenda más aburrida, siempre de un color negro básico. Si tiene forma de saco, todavía mejor.

—Tal vez así se encuentre más cómoda siendo invisible, para no tener que estar siempre preocupada por lo que la gente piensa de ti.

Nim habló con una voz sorprendentemente enfática.

—Pero eso también es una elección, ¿verdad? Porque la gente siempre te va a

mirar, siempre te va a juzgar, así que o no dices nada o bien tienes que responder.

Diana tuvo la sensación de que no estaba hablando de Alia. La ropa que llevaba esa chica tan menuda era muy peculiar, y su manera de hablar, muy firme. Pero era una confianza intensa y puntiaguda, como una flor brillante rodeada de espinas.

—¿Qué crees que ve la gente cuando te mira?

Nim se volvió hacia ella.

—¿Qué ves tú?

—Una chica atrevida, talentosa y audaz.

Nim se tumbó hacia atrás, fingiendo un desvanecimiento exagerado.

—¿Puedes quedarte para siempre?

—¿Qué es lo que habéis dicho antes Alia y tú? —preguntó Diana, intentando recordar—. «Burbuja, burbuja...» Era de una obra de Shakespeare, ¿verdad?

La chica se apoyó sobre los codos.

—Ya sé que es una bobada.

—¿Qué significa?

Nim se levantó de la cama y atravesó la habitación hasta el lugar donde había un *collage* de fotos de Alia y ella apoyado contra un tocador. Sacó una foto del marco y la sostuvo: tres chicas con túnicas negras hechas trizas y sombreros puntiagudos.

—Cuando Alia y yo íbamos a primero, nos eligieron para hacer de brujas en *Macbeth* con esta chica tailandesa, Preeda. Ya lo ves, de toda la escuela, eligieron como brujas a tres chicas de distintas etnias. La gente nos veía por los pasillos y fingían que gritaban y lloraban. Lo encontraban muy divertido.

Diana siempre había lamentado no haber crecido con otras niñas, pero aquello parecía una crueldad.

—¿Qué hicisteis?

Nim volvió a meter la foto en el *collage*.

—Fuimos a saco. Nos desternillábamos y nos volvíamos locas cada noche y siempre decíamos mal nuestras frases. Burbuja, burbuja...

Diana sonrió.

—Que no nos pille la bruja.

—¡Date prisa, Alia! —gritó Nim hacia la puerta cerrada del cuarto de baño—. Tienes que elegir uno, y todas sabemos que será el vestido negro con mangas largas para que parezcas una institutriz...

La puerta se abrió y Nim se quedó con la boca abierta.

—No ha elegido el negro —observó Diana.

—No lo jures —murmuró Nim.

Alia llevaba un vestido con incrustaciones doradas y relucientes que se mecían como la luz reflejada sobre el agua. No, más bien como el sol en el casco de una guerrera.

—¿Te diste un golpe en la cabeza en Turquía? —le preguntó su amiga, que no acababa de creerse lo que veía.

Alia sonrió a Diana y movió las caderas.
—La armadura.

Llegaban bastante tarde. Con un alfiler, Nim sujetó en lo alto la mitad de las trenzas de Alia, formando una corona, y tejió entre ellas una cadena de oro, y luego eligió para sí misma un mono de color granate que acompañó con unos zapatos de tacón de vértigo. Para Diana, escogió un vestido sin tirantes de color azul. La tela era de muy buena calidad, pero era algo rígido en la cintura y le sujetaba las caderas con demasiada fuerza, como si hubiera sido fabricado sin pensar demasiado en la comodidad.

—Te queda bien —dijo Alia—. Elegante.

Diana frunció el ceño.

—Ojalá tuviera otra raja en el lateral.

—Una es clase, dos es desfase —dijo Nim.

—Una no sirve para nada —respondió Diana, preguntándose de qué tipo de adivinanza estaban hablando—. Con dos sería más fácil correr.

—Estoy segura de que no va haber ninguna carrera de obstáculos prevista para la alfombra roja —observó Alia, mientras Nim pasaba a Diana un delgado bolso plateado.

—Voy a necesitar algo más grande.

—¿Por qué? —preguntó Nim—. Es un bolso perfecto.

Diana sacó el lazo de la bolsa de plástico.

—Necesito algo donde quepan mis cosas.

Meyers y Pérez iban a trasladar el resto de sus pertenencias, incluyendo los pantalones de piel, al avión, pero no pensaba separarse del lazo de su madre o de la piedra con forma de estrella.

—¿Qué es eso? —dijo Nim, acercándose a la cinta dorada—. ¿De qué está hecho?

Diana dudó, pero luego dejó que pasara los dedos sobre las fibras relucientes.

—Es una reliquia familiar.

—A ver... Es precioso, pero no puedes pasearlo como si quisieras estrangular al *disc-jockey*.

—Sin duda atraerá la atención.

—Espera —dijo Nim—. Dámelo.

Diana frunció el ceño, vacilante.

—¿Qué vas a hacer?

—Comérmelo, si te parece —contestó la chica, poniendo los ojos en blanco—. No voy a hacerte daño, confía en mí. —Tendió el lazo sobre el escritorio y puso de espaldas a Diana, emitiendo pequeños murmullos mientras trabajaba. Un instante más tarde, se encaramó a la silla y sostuvo su creación de nudos resplandecientes—. Gírate, árbol magnífico.

Diana dejó que Nim le colocara la obra de ingeniería y luego se miró al espejo de la puerta interior del armario. Sentía el tacto frío del lazo contra la piel, el peso ligero sobre sus hombros, pero la fibra brillaba como el oro cuando se movía, como si sus brazos se hubieran enganchado a un campo de estrellas fugaces.

—Perfecto —dijo Nim, con un suspiro de alegría.

Y lo era. Más atrevido y extravagante que nada que hubiera llevado antes. Era divertido. Diana siempre había dejado que su madre le dictara lo que tenía que ponerse, que tomara las decisiones por ella, en su deseo de integrarse, de parecer una amazona. Pero aquella noche podía lucir el aspecto que quisiera. Se echó a reír y empezó a dar vueltas en círculo, con los brazos separados, contemplando los destellos del oro con el rabillo del ojo. Se había transformado.

—Nim —dijo, feliz—, eres un genio.

—Solo cumplo órdenes. Pero se te alborota el pelo. Este look necesita más cuello.

Le recogió el pelo en un moño y, en un instante, ya corrían las tres escaleras abajo.

Meyers y Pérez las esperaban para escoltarlas y se sentaron con ellas en el asiento trasero del coche durante el corto trayecto hasta el museo.

—Ahí está —dijo Alia, señalando a través del cristal oscuro.

Diana entrevió el contorno de las ventanas, altas y arqueadas, con las luces que brillaban en el crepúsculo.

Dez continuó conduciendo y ella se dio cuenta de que rodeaba el edificio para no entrar por la puerta principal. Cuando se detuvieron, Meyers y Pérez hablaron brevemente con la boca pegada a las mangas de la camisa. Diana tardó un segundo en comprender que llevaban dispositivos de comunicación. Salieron ellas primero del coche, y Diana vio más guardias en la puerta, pero de todos modos se mantuvo pegada a Alia. No iba a confiar en aquellos hombres solo porque Jason lo hiciera.

Entraron en un vestíbulo sombrío y de techos altos. A lo lejos, Diana creyó oír voces, música que aumentaba de volumen. Se acordó de cuando era una niña pequeña y se dormía mientras el ruido de las fiestas de las Amazonas en el palacio continuaba en el jardín de abajo. Ahora el museo le provocaba una sensación parecida, como si los adultos estuvieran celebrando una fiesta mientras el resto del edificio se había ido a dormir.

Vio a dos hombres que se acercaban y cambió de postura para poder bloquearles el paso.

—Os dije a las ocho en punto —dijo la voz de Jason antes de que los focos lo iluminaran—. Llegáis...

Enmudeció de pronto al ver a Diana. Su expresión era la misma que ella había visto por la mañana en los rostros de los hombres con los que se habían cruzado: ojos asombrados y la boca ligeramente abierta.

—¿Qué te he dicho? —murmuró Nim—. Conozco mi oficio.

Jason se había cambiado de ropa desde que lo habían visto por la tarde. Seguía llevando un traje, pero en esta ocasión era liso y negro, y las solapas parecían casi de metal bruñido. De pronto, recordó lo que estaba diciendo y habló con expresión enfurruñada:

—Llegáis tarde.

Nim se encogió de hombros.

—Estar tan guapas requiere su tiempo.

—Por mucho que lo intentes —dijo el compañero de Jason, un chico larguirucho con la piel morena y un pelo que se alzaba en rizos exuberantes desde la coronilla—, nunca estarás tan guapa como yo.

—¡Menuda sorpresa! —contestó Nim—: Theo está con Jason. Parece que no tenga nada mejor que hacer con su tiempo.

—¿Podemos pasar de este rollo esta noche? —preguntó Alia.

—Eso, Nim —le reprendió Theo—. Demuestra algo de madurez. No quiero que condiciones lo que la chica nueva pueda pensar de mí. Hola, Chica Nueva.

—Theo... —le advirtió Jason.

—¡Solo he dicho «hola»! Ni siquiera «encantado de conocerte». Han sido dos sílabas la mar de inocentes.

Theo Santos eran un poco más bajo que Jason y mucho más delgado. Llevaba un traje ceñido de una tela verde oscura algo ostentosa y su rostro amigable le hacía parecer mucho más joven que su amigo.

—Me corrijo —dijo Theo, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones y balanceándose sobre los talones de los zapatos puntiagudos—. Estáis casi tan espléndidas como yo.

—Bastante flojo —dijo Nim—. Necesitaremos cumplidos de mayor calibre.

—En ese caso —añadió él, mientras echaban a caminar hacia el bullicio de la fiesta, flanqueados por Meyers y Pérez—, Nim, pareces un dulce delicioso, un pastelito andante, parlante y probablemente venenoso.

—En ese caso —dijo ella—, muérdeme.

—Y tú —continuó Theo, mirando a Diana— pareces una rebanada de paraíso tachonada de estrellas. ¿Quién eres?

—Es una amiga de Alia, o sea que déjala en paz —dijo Jason.

—No le hagas caso —repuso Theo—. Está amargado porque ha tenido que traerme a mí de pareja.

—Pensaba que estaría encantado de escoltar al ser más maravilloso de todos

nosotros —dijo Diana.

Theo se echó a reír.

—Oh, cómo me gusta.

—¿Y Alia? —preguntó Nim.

—Cállate, Nim —le ordenó su amiga a media voz.

El chico miró por encima del hombro y levantó alegremente el pulgar.

—¡Alia también está muy guapa!

—Vaya, muchas gracias —murmuró ella.

Entraron en una enorme sala llena de gente y retumbante de ruido. Era un lugar extraordinario. La pared más alejada formaba un ángulo como si fuera el lateral de una pirámide y estaba compuesta enteramente por ventanas que permitían ver la noche que caía sobre el parque. Algunos asistentes a la fiesta estaban sentados al borde de un estanque rectangular e iluminado, bordeado por piedras de pizarra, y otros se arremolinaban alrededor de unas mesas adornadas con orquídeas blancas y candelabros relucientes. Pero el centro neurálgico de la sala era lo que Diana comprendió que eran ruinas: un vasto portal de piedra que, según sospechó, en el pasado debía de haber conducido a un patio y al templo de columnas propiamente dicho. La portalada estaba cubierta de jeroglíficos.

«Mi madre tiene más años que estas piedras», pensó mientras se entremezclaban con el resto de invitados. «En el mundo mortal, mi pueblo es material de museos y leyendas. Mitos. Utensilios». Hippolyta y las primeras amazonas se habían desvanecido del mundo mucho antes de que ese templo fuera construido. Observó a los asistentes. Bebían, se reían, se llevaban vasos de vino a los labios. «Sus vidas son como el aleteo de una polilla. Hoy están aquí, mañana habrán desaparecido».

—Esta sala se diseñó para imitar el lugar donde el templo estaba situado originalmente —explicó Nim, con los ojos brillantes, mientras se dirigían a una de las mesas altas. La gente empezaba a volver la cabeza ante la llegada de Jason y Alia; las manos se levantaban para saludarlos, para llamarlos—. El estanque representa el Nilo, y la pared de ventanas recuerda a los acantilados.

—¿Sabes lo que nadie quiere saber? —dijo Theo—. Tus datos de cultura general. Jason le lanzó una mirada agresiva.

—Ve a por champán.

Theo hizo un saludo militar.

—Eso significa que me da un ultimátum.

—Piérdete —le dijo Nim cuando el chico se alejó—. No sé lo que me pasa con este tío, pero siempre tengo la tentación de tirarlo por las escaleras.

—Yo sí sé lo que te pasa —murmuró Alia.

—Ni siquiera se ha molestado en dedicarte un buen cumplido —se quejó Nim, sin dejar de mirar a Theo, que se abría paso entre la multitud.

—No tiene importancia —dijo Alia, pero Diana vio que pensaba justo lo contrario.

—Os agradezco que hayáis hecho el esfuerzo de asistir —intervino Jason, muy tenso. Su mirada rozó brevemente a Diana—. Estáis muy guapas. Todas.

—Qué mono —dijo Nim—. Tienes suerte de ser rico, o no ligarías nunca.

Diana esperaba una respuesta aguda por parte de Jason, pero en su lugar reapareció la amplia sonrisa y el hoyuelo consiguiente.

—Te olvidas de lo atractivo que soy.

Alia puso los ojos en blanco.

—¿Podemos terminar con todo esto antes de que me vea obligada a buscar una maceta donde vomitar?

Su hermano se estiró los puños y la actitud de sobriedad regresó tan rápido como había desaparecido.

—Sí. Pero esta es la última vez que pones esa cara en la próxima hora. ¿Trato hecho?

—Espera. Tengo que hacerlo una vez más. No puedes dejarme así. —Alia puso los ojos en blanco de manera teatral—. Vale, ya estoy.

Jason levantó la comisura del labio, como si hiciera un esfuerzo para no volver a sonreír.

—Solo te pido que sonrías y hagas ver que te alegras de estar aquí.

—Eso no formaba parte del trato.

—Alia...

Ella echó los hombros hacia atrás y se colocó una sonrisa en la cara.

—¿Mejor?

—Es algo aterradora, pero sí, mejor.

—Espera —dijo Nim—. Necesitas polvos.

Mientras Nim retocaba el maquillaje de Alia, Diana aprovechó la oportunidad para murmurar a Jason:

—He visto guardias armados apostados en las puertas oriental y meridional, y también en la entrada.

—Pero...

—Están espaciados de manera totalmente simétrica, contra la pared.

—No soy idiota —dijo él—. Son miembros de nuestro equipo de seguridad, vestidos de asistentes a la fiesta.

—Dos junto al bufete, uno al lado de los músicos y por lo menos tres cerca del perímetro occidental.

La sorpresa de Jason era evidente.

—¿Cómo demonios los has localizado?

Ella frunció el ceño. Era evidente, ¿no?

—Deduzco que llevan armas por el modo en que les cuelga la ropa. Y se comportan de un modo distinto al de los otros invitados. —Jason estudió a la multitud y dudó de que él mismo fuera capaz de distinguir dónde estaban sus hombres—. Hay que estar alerta —añadió Diana—. Si yo puedo localizarlos, es

posible que nuestros enemigos también puedan hacerlo.

Estaba preparada para una protesta, pero él se limitó a asentir.

—Ah, y será mejor que no os quedéis quietos —sugirió Diana, mientras un camarero que pasaba topaba con otro camarero y le hacía tirar la bandeja llena de comida al suelo—. No permanezcáis mucho tiempo en un mismo lugar.

Todavía no había llegado a comprender los límites de los poderes de Alia, ni tampoco su funcionamiento. Podía alcanzar otros mundos, pero la proximidad parecía importante.

—Comprendido —dijo Jason.

—¿Vamos allá? —preguntó Alia—. Porque estoy pensando en ahogarte en el cuenco del ponche y salir por piernas.

Jason asintió y le ofreció el brazo. En voz baja, dijo a Diana:

—No nos pierdas de vista.

—Intentaré no entrometerme —murmuró ella.

El chico se puso rígido y ella vio cómo se le volvía a retorcer la comisura de los labios. Seguía siendo un mandón redomado, pero al menos era capaz de reírse de sí mismo y tal vez había empezado a darse cuenta de que Diana era una pieza valiosa. Y ella no quería que cada etapa del viaje hasta llegar al manantial se convirtiera en una discusión.

Pasó la media hora siguiente paseando con Nim entre los invitados, sin perder nunca de vista a los dos hermanos. No era fácil. La sala estaba llena y las voces resonaban de tal modo contra la piedra que Diana estaba de los nervios. También tenía la sensación de que intentaba interpretar demasiadas señales a la vez. Había descubierto a la mayoría de los hombres del equipo de seguridad de Jason, pero la fiesta en sí misma era incontrolable.

En la superficie, no parecía muy diferente de las celebraciones de Themyscira. Aunque la ropa estuviera cortada de un modo distinto, seguía siendo una colección de personas envueltas en sedas y satén, con vasos en la mano, algunas aburridas, otras anhelantes. Pero lo más raro era el modo en que la gente se separaba y luego se volvía a juntar. Los hombres daban un paso adelante para saludarse mientras sus compañeras se mantenían al margen, y al cabo de un instante las mujeres hablaban entre ellas, se daban la mano y a veces se abrazaban. Las relaciones de poder se movían a su manera en aquel entorno, guiadas por corrientes invisibles, y fluían primordialmente alrededor de los hombres.

«Este no es mi sitio». La idea le resonaba con fuerza en el interior de la cabeza, pero no estaba segura de si era su voz o la del oráculo la que hablaba con tal convicción. Descartó la idea. En menos de sesenta minutos estarían de camino a Grecia. Al día siguiente, a aquella misma hora, habrían llegado al manantial y la misión estaría a punto de terminar. Así que, durante los escasos instantes que quedaban, podía permitirse disfrutar de la novedad de aquel lugar.

Se fijó en que Nim iba murmurando nombres en voz baja.

—¿Conoces a todo el mundo aquí?

—No, pero sé cuál es el diseñador de cada vestido.

Soltó una serie de nombres que sonaban a italiano.

—¿Más datos de cultura general?

—Información. El diseño se basa en la transmisión de información. Esta sala se construyó para transmitir mensajes que ni siquiera sabes que estás recibiendo. Las líneas de visión, el modo en que las baldosas están colocadas en el suelo.

—Ves el mundo de un modo diferente.

—Ver es fácil. Lo difícil es que te vean. Por eso siempre intento convencer a Alia para que salga más. —Pescó una brocheta de gambas de la bandeja de un camarero que pasaba—. Cuando empecé a estudiar en Bennett, tenía la sensación de que la gente no me veía. Bueno, claro que me veían. Me veían mucho. Pero no era más que la chica india, baja y gordita que siempre llevaba comida rara a la hora del almuerzo.

—¿Qué fue lo que cambió las cosas?

—Alia. Ella fue la primera persona que se fijó en mis diseños y me dijo que eran buenos. Incluso llevó a una fiesta uno de los primeros vestidos que hice. Era horrendo. —Diana estuvo a punto de soltar una carcajada, pero eso hubiera sido más propio de Alia—. Ella siempre me ha animado —continuó la chica—, y ha hecho que siguiera diseñando.

—¿Y tu familia?

—Por favor. Ellos tienen la obligación de decirme que soy una buena diseñadora. Es su trabajo.

Diana pensó en su madre cuando le dijo «No esperaba que ganaras».

—No necesariamente.

—Vaya, ¿tienes una de esas familias duras de pelar? Yo eso no lo entiendo.

—¿Por qué no? —preguntó Diana cautelosamente.

—Porque el mundo entero ya nos dice lo que no podemos hacer y que no somos suficientemente buenos. Los nuestros tienen que estar de nuestra parte. Las personas que nunca aprenden la palabra «imposible» son las que escriben la historia, porque son las que nunca dejan de intentarlo.

Parecía que el aire crepitara a su alrededor mientras hablaban. Diana estuvo a punto de decirle que podría ser una gran general, pero optó por:

—Alia tiene suerte de tenerte como amiga.

—Sí, bueno, las dos tenemos suerte. No conozco a mucha gente capaz de soportarme.

Alia las vio junto al estanque iluminado y se separó de la pareja con la que Jason y ella estaban hablando, escurriéndose hacia sus amigas como si tuviera miedo de que su hermano se la volviera a llevar.

—Por favor, matadme —suplicó—. Me duelen las mejillas de tanto sonreír y los dedos de los pies me palpitan dentro de estos zapatos. Os juro que está siendo la hora más larga de mi vida.

—Ya vale. Es una gran fiesta donde todo el mundo quiere conocerte —la regañó Nim—. Y no te atrevas a hablar mal de estos zapatos. Son la perfección.

—Tu hermano no parece muy contento —dijo Diana, observando a Jason, que escuchaba con atención a alguien y asentía como si estuviera de acuerdo con él. Parecía tranquilo, con una postura relajada, pero ella podía percibir la tensión que delataban sus hombros. Se comportaba como si estuviera en guardia, sin saber por dónde llegaría el ataque, pero seguro de que llegaría de todos modos—. A él tampoco le gustan las fiestas, ¿verdad?

—¿Te has dado cuenta? —preguntó Alia, observando la multitud—. Detesto a la persona en la que se convierte durante estos saraos. Es como un actor en una obra de teatro. Sonríe y da conversación, pero yo sé que lo odia con todas sus fuerzas.

—Hablando de odiar con todas tus fuerzas —intervino Nim, con una expresión agria. Theo se acercaba a ellas—. Ahora mismo no tengo estómago para soportarlo. Voy a pedirle un baile a Gemina Rutledge.

—¿Es gay? —preguntó Alia.

—¿A quién le importa? Lleva un vestido de Badgley Mischka. Quiero verlo más de cerca.

—Vaya —dijo Theo, que llevaba en las manos dos copas de champán—. He ahuyentado a Nim. Qué lástima. Os juro que esa chica está cada vez peor.

Alia apretó los labios.

—Déjala en paz.

—Lo haré. Totalmente en paz.

—¿Y qué haces con esas copas? Ninguno de nosotros tiene edad para beber.

Theo dio un gran sorbo a una de ellas.

—No me digas que tú también me vas a mandar a paseo.

Diana siguió la mirada de Theo y vio que Jason estaba hablando ahora con un grupo de hombres jóvenes, todos ellos con la piel morena de tanto tomar el sol y el pelo artísticamente alborotado. Sus risas estruendosas y el modo en que ocupaban el espacio que los rodeaba le hicieron pensar en los hombres de negocios del tren. Y había algo en el modo en que inspeccionaban el terreno...

—Miran la sala como si fuera suya.

—¿No me digas? —dijo Theo.

—Algunas de sus familias pertenecen al Consejo —le explicó Alia—. Jason solo está haciendo su trabajo.

—¿Uniéndose a la Hermandad?

—¿Pertenecen a un club? —preguntó Diana.

—Más o menos —dijo Theo—. Y Jason espera que si yo no estoy a su lado se olvidarán de que es negro y le enseñarán el saludo secreto.

Diana se tomó su tiempo para mirar a Jason, recordando lo que Alia había dicho sobre cómo la veía el mundo. Tal vez su hermano tenía una buena razón para ser tan precavido.

—Piénsalo —dijo Alia—. Si te llamara ahora, tendrías que dar conversación a esos tipos.

Theo se puso a temblar.

—Probablemente me harían hablar de fútbol americano.

—Y de cómo les gustan los Red Hot Chili Peppers.

El chico silbó.

—No sigas.

—Y Dave Matthews —continuó Alia, ominosamente.

Él se llevó las manos a la cabeza.

—Eres monstruosa.

—¡Y de aquella vez que vieron a Jimmy Buffett en directo en Myrtle Beach!

Theo se dejó caer sobre la mesa como si estuviera gravemente herido.

—Sálvame, Chica Nueva —gritó—. ¡Eres mi única esperanza!

Diana no tenía ni idea de lo que estaban diciendo, ni conocía los nombres de los demonios a los que Alia había invocado, pero retiró una de las velas para evitar que la manga de la chaqueta de Theo empezara a arder.

—Ahí viene —dijo. Señaló a Jason, que se había separado de sus amigos y se dirigía hacia ellos—. Me temo que se te acaban los minutos de gracia, Alia.

—Deprisa, escondedme bajo el bufete —les pidió la chica.

—Demasiado tarde —dijo Theo, levantándose y bebiendo otro sorbo de champán.

—¿Ya vienes a reclamarme? —preguntó Alia a Jason.

—Te has comprometido.

—¡Alia! —bramó una voz estruendosa, y Diana vio que Theo hacía una mueca.

Un hombre corpulento y con una barba grisácea se acercó a la mesa, acompañado de otro tipo, y le dio un fuerte abrazo a Alia. Luego retrocedió para mirarla.

—Ha pasado demasiado tiempo. Jason me dijo que tenías planes de viaje para el verano.

Ella sonrió.

—No quería perderme la oportunidad de encontrarme con algunos de los donantes de la Fundación.

A Diana le impresionó la facilidad con la que Alia mentía, y al mismo tiempo comprendió lo fácil que debió de haber sido para ella fingir que quería ir al manantial con ella o meter el teléfono móvil en la bolsa, sabiendo que su hermano usaría la señal para encontrarlas. «Recuérdalo», se dijo a sí misma. «Por muchos vestidos y risas y por muy bien que te lo estés pasando, recuerda lo poco que conoces a esta gente y la facilidad con la que recurren al engaño».

—Me encanta que estés aquí y que te intereses tanto por la Fundación —dijo el hombre de la barba—. Deberías haber visto antes a tu hermano en la reunión del Consejo. Lo lleva en la sangre.

—Tuve un buen maestro —dijo Jason, que parecía complacido.

—A papá siempre se le ha dado bien decir a la gente lo que tiene que hacer —

señaló Theo, tomando otro trago.

«Papá». Entonces el hombre de la barba era Michael Santos, el padre de Theo y el padrino de Alia y Jason. A su lado, parecían increíblemente jóvenes.

Michael reía con facilidad, pero esa alegría no alcanzaba a sus ojos de color canela.

—Siempre puedo contar con Theo cuando quiero mantener a raya mi ego. —Dio la espalda a su hijo—. Alia, Jason, os presento al doctor Milton Han. Está haciendo un trabajo extraordinario en solución ambiental, y creo que podría llevar a los Laboratorios Keralis por direcciones interesantes.

El doctor Han estrechó la mano a Jason.

—Coincidí con tu padre en el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Era uno de los pensadores más inteligentes y creativos que he conocido nunca.

—Le aseguro que vamos a continuar esa tradición.

—He estado leyendo algunos trabajos muy interesantes sobre biocombustibles —dijo Alia—. ¿Su investigación se centra primordialmente en el uso de bacterias para la desaparición de residuos o más bien para su conversión?

El doctor Han pareció sorprenderse, como si estuviera viendo a Alia por primera vez.

—Lo ideal sería la conversión, pero aún estamos un poco lejos de conseguirlo.

Theo se rio suavemente y dijo en voz baja:

—No pongas a prueba a Alia Keralis, la Chica Genial.

Diana recordó lo que había dicho Nim: «Lo difícil es que te vean». No estaba segura de lo que veía Theo cuando observaba a Alia, pero sin duda estaba prestándole atención.

Mientras los dos hermanos seguían conversando con el doctor Han, Diana oyó que Michael murmuraba a Theo:

—Veo que empiezas fuerte.

Y lanzó una mirada a las dos copas que el chico llevaba en las manos.

La sonrisa de Theo se desvaneció, pero acertó a decir:

—¿No eres tú quien siempre dice que me aplique?

—¿Qué haces aquí? Es una noche importante.

Theo vació la copa.

—Jason quería que viniera, y he venido. Es chocante, ya lo sé.

—Esta noche no me vas a poner en evidencia —murmuró Michael, furioso—. No cuando hay tanto en juego.

—¿Conoces a Diana? —preguntó Theo—. Diana, este es mi padre, Michael Santos. El salvador de Laboratorios Keralis. Es bastante buen estratega, pero no es lo que llamarías un tío divertido.

Michael lo ignoró y tendió la mano a Diana.

—Encantado. ¿Eres compañera de Alia en Bennett? Normalmente, siempre va con esa india pequeña y regordeta.

—No sé a quién se refiere —contestó ella, notando una punzada de rabia—. Solo me ha presentado a Nim, la brillante diseñadora.

Theo sonrió y alzó la copa de champán que le quedaba.

—¿Quieres un sorbo para enjuagarte el sabor de tu propia metedura de pata?

—No tardes en largarte —murmuró Michael.

—Lo haría —dijo Theo en voz alta, pasando por delante de su padre—, pero le he prometido a Alia que la sacaré a bailar.

Ella lo miró.

—¿En serio?

Theo la tomó de la mano y se inclinó de manera teatral.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad? —La arrastró hacia la pista de baile—. Mi frágil corazón no podría soportarlo.

Tras dirigir una mirada nerviosa al doctor Han, Michael se echó a reír otra vez.

—Qué chico tan animado. Ojalá se aplicase en el trabajo como lo hace Jason.

Pero Diana no los escuchaba; su atención estaba centrada en Alia, que desaparecía entre la gente. Miró a Jason, y él levantó la mano.

—Discúlpeme, doctor Han —dijo—. Pero me han entrado unas ganas incontrolables de bailar.

Diana levantó las cejas. Tal vez no todos los mortales eran tan buenos en los subterfugios.

Ella tomó la mano de Jason y se abrieron paso entre los invitados hacia la pista de baile. Diana emitió un ligero suspiro de alivio cuando localizó a Alia y a Theo meciéndose bajo la lámpara tachonada. Ella reía y parecía pasárselo bien, pero la princesa amazona no quería perderla de vista, por muchos guardias de seguridad que Jason hubiera apostado.

Este la llevó a la pista de baile, deslizó la mano bajo el lazo dorado en forma de chal, la atrajo hacia sí y rozó con los dedos la piel desnuda de su espalda. Ella se puso rígida y enseguida se sonrojó al comprobar que él se había dado cuenta.

—Tengo que tocarte para bailar —dijo él, divertido.

—Ya lo sé —respondió Diana, molesta por el tono de su voz—. En mi país no bailamos así. —Alia volvió a reír, Theo la hizo girar por debajo del brazo y la lanzó en una pirueta—. Y así tampoco, por cierto.

Era reconfortante poder concentrarse en Alia y Theo y no en la corta distancia que separaba su cuerpo del de Jason. ¿Por qué razón estar tan cerca de alguien le aceleraba el pulso? ¿Era solo porque se trataba de un hombre? «Es la novedad», se dijo. O tal vez era porque, colocados de este modo, con las manos agarradas y los cuerpos separados por un respiro, la sensación era parecida a la del instante antes de un abrazo. O de un combate. ¿Por qué no podían volver a pelearse? Hubiera sido más fácil. Y ella ganaría.

Jason presionó con firmeza su espalda y ella estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué haces? —preguntó con más irritación en la voz de la que hubiera deseado.

—Intento llevarte.

—¿Por qué?

Ya era suficientemente difícil ejecutar aquellos movimientos extraños con zapatos nuevos y un vestido prestado para que encima él no parara de achucharla.

—Porque así es como se hace.

—Esa es una respuesta muy vaga.

El soltó una leve carcajada de sorpresa.

—Tal vez sí. Pero así es como aprendí a bailar. Supongo que no sé hacerlo de otra manera.

Diana notó que se estaba relajando.

—Me gusta que seas honesto —dijo, dándose cuenta de lo cierto de sus palabras mientras las estaba diciendo.

—¿Cuando expreso mi opinión como un ser humano? —dijo él, risueño.

Diana cedió a la presión de su mano, a la inclinación de su cuerpo, de momento. Bailar era distinto a pelearse, pero aún así tenías que tener cuidado para que no te pillaran con la guardia baja.

—Mejor así —murmuró él—. La próxima vez me puedes llevar tú.

«¿Qué próxima vez?», hubiera querido preguntar.

La risa de Alia flotó por encima de la multitud, y Jason hizo girar grácilmente a Diana, atajando entre las otras parejas para no perder de vista a su hermana y a su amigo. Ambos reían, casi sin aliento, con las manos agarradas, trazando círculos mareantes. El estilo de baile de Theo era definitivamente más teatral que el de Jason.

—No suelo oír reír a Alia muy a menudo —dijo.

—Sospecho que ella diría lo mismo de ti.

El alzó los hombros ligeramente.

—Tal vez. Necesita conocer a más gente, divertirse más, pero con el peligro...

—Ahora se está divirtiendo.

—Bueno, tampoco quiero que se divierta demasiado. Y menos con Theo.

Teniendo en cuenta la actitud de su padre, Diana tampoco tenía claro que ese chico fuera lo mejor para Alia. Pero, aun así, era difícil no pensar en lo que antes había dicho Theo sobre que Jason no lo quería a su lado.

—Creía que erais amigos.

—Lo somos. Pero Theo no es exactamente... estable. Se enamora y desenamora como un niño en un tobogán de agua. Cae duro, toca fondo y quiere volver a bajar.

—Su padre parece estar de acuerdo contigo.

El hizo una mueca.

—Ya lo sé. Es demasiado duro con él, pero comprendo su frustración. Theo es muy inteligente. Es capaz de escribir en código o hackear cualquier sistema de seguridad. Pero prefiere perder el tiempo jugando a videojuegos.

—¿Tan malo es eso?

—Podría ganar mucho dinero, ¿entiendes?

—Sí, claro —dijo Diana, molesta.

—Solo creo que, si quisiera, podría hacer muchas cosas, y hacerlas muy bien. — Jason levantó el brazo y presionó con la otra mano la espalda de Diana para hacerla girar en círculo, mientras las luces de la sala se arremolinaban sobre ellos—. Pero Theo, al igual que mi hermana, tampoco me hace caso.

—A nadie le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Tú has elegido un futuro. Alia merece la misma oportunidad.

—No está preparada. Confía demasiado rápido en la gente. Le ha pasado contigo, por ejemplo.

Ya volvía a empezar. Sus cautelas eran comprensibles, pero el concepto que tenía de su hermana era totalmente erróneo. Se separó un poco de él para poder mirarlo.

—Alia no ha confiado en mí porque sea una ingenua. Se ha apoyado en mí porque no tenía más remedio.

—Y ahora, de manera muy conveniente, has conseguido el acceso a nuestra casa y a una fiesta a la que asisten las personas más poderosas de Nueva York.

—Todo esto no tiene nada de conveniente para mí.

Jason soltó un bufido y ella se dio cuenta de que le estaba atornillando la mano a medida que la rabia crecía en su interior. El le agarró la cintura con una mano y la atrajo hacia sí dirigiéndole una mirada feroz.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, Diana Prince? ¿Cómo es posible que luches como lo haces? ¿Cómo has podido identificar a mi equipo de seguridad?

Una parte de ella quería echarse atrás, pero tampoco deseaba dar su brazo a torcer, y se acercó más a él, tanto que sus bocas casi se tocaban. Él tenía los ojos muy abiertos.

—¿De veras crees que encontrarás las respuestas que buscas tratando de intimidarme? —preguntó ella.

Él tragó saliva y pareció que recuperaba la compostura.

—Se me da muy bien conseguir lo que quiero.

Diana levantó la barbilla.

—Creo que estás demasiado acostumbrado a que la gente te diga que sí.

—¿En serio?

—Y no tienes ni idea de cuánto me gusta decir que no.

Jason alzó levemente la comisura del labio, el hoyuelo apareció durante un instante, y Diana sintió una inesperada sensación de triunfo.

—Crees que intimido a las personas —dijo él, equilibrando el cuerpo y aprovechando el impulso para guiarla.

—Sí.

—¿Soy un capullo?

Dio otro paso firme y suave, y los muslos de los dos se rozaron mientras se

deslizaban entre la gente.

—Sí.

—¿Un tirano en ciernes?

Esto parecía un poco exagerado, pero ella asintió igualmente.

Jason se echó a reír.

—Tal vez tengas razón. —Aprovechó la sorpresa de ella para hacerla girar. Las luces de la sala la cegaron por un instante y sintió que el volumen de la música subía desde el suelo mientras él volvía a atraerla hacia su órbita—. Sé lo que la gente piensa de mí. Sé que no soy tan divertido como Theo ni tan encantador como lo eran mis padres. No tengo esa facilidad. Pero también sé que lucho por las causas correctas.

Diana envidió su seguridad y la convicción que desprendía su voz.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó.

—Porque sé lo que significaría perderlas. Alia me aconseja que disfrute de la vida, que deje que Michael se ocupe de las cuestiones del laboratorio. No entiende lo rápido que podríamos quedar apartados de todo lo que crearon nuestros padres, sin posibilidad de volverlo a recuperar.

Diana pensó en su madre, sentada a la mesa de los jardines de Iolanth, hablando con las amazonas, una tras otra, las largas reuniones, debates y cenas, mientras ella esperaba; siempre estaba esperando para disfrutar de un minuto de su tiempo. «No puedo permitir que vean que abandono mis deberes», le había dicho Hippolyta. «Para las amazonas, debo ser siempre su reina primero y tu madre después». Entonces Diana no lo había entendido, no había querido entenderlo. «¿No puede hacerlo Tek?», había preguntado. Pero Hippolyta había negado con la cabeza. «Si Tek hace mi trabajo, las amazonas empezaran a verla como una reina, y con toda la razón. Debo hacerlo yo, Diana. Y un día, cuando me canse de este trabajo y de esta corona, deberás hacerlo tú».

—¿Qué? —dijo Jason—. Veo que quieres decir algo. Sácalo ya.

Ella lo miró a los ojos.

—Cuando montas, el caballo aprende a reconocer el tacto de las manos que sujetan las riendas; se acostumbra a responder a sus órdenes. Es peligroso dejar que otro tome las riendas en tu lugar durante demasiado tiempo.

Una oleada de preocupación enturbió el semblante de Jason.

—Es exactamente eso.

Volvió a hacerla girar, y esta vez, cuando la atrajo de nuevo hacia sí, ella notó cierta vacilación que no había notado antes.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a Alia por encima del hombro de Jason—. ¿Ocurre algo?

—No, mi hermana está bien —dijo él—. Todo está bajo control. Pero es que tú eres la única... —Ella notó que los músculos de sus hombros temblaban bajo su mano y luego se tensaban—. Todo el mundo me dice que tengo que relajarme.

Tenso. Nervioso. Tanto Alia como Diana habían usado estas palabras para describir a Jason. Pero tal vez si se concentraba tanto era porque no podía permitirse no hacerlo.

—Seguro que Michael lo entiende —aventuró.

Pero Jason frunció el ceño.

—Mis padres confiaban implícitamente en él. A veces me temo que confiaban demasiado. —La miró sintiéndose culpable, y se dio cuenta de lo peligroso que podía llegar a ser un baile. La música, el brillo de las luces, el medio abrazo. Era demasiado fácil contar secretos, olvidar el mundo que te esperaba más allá de la última nota de la canción—. Esto no es justo. Ha hecho mucho por nuestra familia. Y aun así...

Diana observó cómo Alia y Theo seguían bailando como locos.

—¿Aun así? —le provocó.

—Había muchas personas que podían ganar mucho con la muerte de mis padres. Michael no creyó en las teorías conspiratorias. Se aseguró de que hubiera una investigación completa, y no se descubrió nada sospechoso. La carretera estaba mojada. Mis padres estaban discutiendo.

—Pero tú crees que hay algo más.

—No lo entiendes. —Respiró hondo—. Su discusión fue cada vez a más.

A pesar del calor de la habitación, un escalofrío recorrió los hombros de Diana.

—¿Crees que Alia fue la razón?

—No lo sé. Si sus poderes...

—Tú parece inmune a ellos —señaló Diana—. Tu amistad con Theo es cada vez más estrecha. Nim y tú discutís, pero sentís un afecto mutuo y genuino.

—Pero ¿y si nuestra madre y nuestro padre no fueran inmunes? ¿Y si...? ¿Y si no discutían por cuestiones del laboratorio ni porque ya no estuvieran enamorados? Y si... No lo sé.

—Claro que lo sabes —dijo Alia. Había aparecido de pronto, con su vestido de lentejuelas doradas, y acompañada de Theo, que todavía no le había soltado la cintura. Tenía los ojos muy abiertos, alarmados, y había en ellos un dolor palpable.

—Crees que yo los maté.

—No, Alia, no es eso lo que he querido decir...

—Entonces ¿qué has querido decir, Jason?

Diana se detestó a sí misma por ser tan irreflexiva, por haberse perdido en las preguntas que Jason había formulado.

—Yo... yo solo... —tartamudeó—. No quería...

—Es lo que pensaba.

Alia dio media vuelta sobre los talones y huyó hacia la multitud.

Theo sacudió la cabeza, mirando a Jason como si no lo conociera.

—¿Cómo has podido decir una cosa semejante?

—Es complicado —soltó él—. Tú no lo entenderías.

Theo hizo una mueca, como si Jason le hubiera dado un puñetazo.

—Probablemente no —dijo, en un intento de mostrar desinterés.

—Tengo que ir a buscarla —dijo Jason—. No está...

—No —le interrumpió Diana—. Iré yo.

—Soy su hermano.

«Y yo sé lo que se siente cuando tu único delito es el simple hecho de existir». Diana dio media vuelta y se adentró rápidamente entre la gente, antes de que Jason pudiera terminar la frase.

—¡Alia! —gritó, fundiéndose entre los asistentes.

Alia tropezó, pero siguió avanzando. Al llegar a una esquina vacía cerca del final de la sala, se apoyó contra la pared y se quitó los zapatos, sujetándolos con una mano. Con la otra, se limpió las lágrimas que había empezado a verter.

Diana recordó a la chica saliendo del cuarto de baño con su malla dorada, los hombros erguidos y la cabeza alta como una reina, y sintió que se había perdido algo muy valioso por el camino.

Se acercó a ella muy lentamente, temerosa de que pudiera salir corriendo otra vez. Sin decir nada, se colocó a su lado junto a la pared y durante un largo rato permanecieron en silencio, mirando a los invitados, protegidas por las sombras intermitentes que proyectaban las luces de colores. Diana dudaba. No sabía por dónde empezar, pero Alia fue la primera en hablar.

—¿Por qué no me enviaron a otro lugar? —dijo, con un torrente de lágrimas recorriéndole las mejillas—. Si mis padres sabían lo que era, ¿por qué no me mandaron a algún sitio donde no pudiera hacer daño a nadie?

Al menos, era algo por donde comenzar.

—Tú no sabes si fuiste la causa del accidente.

—Jason cree que sí.

—Jason solo estaba hablando, tratando de aclarar sus propias ideas. El no te echa la culpa. El te quiere.

—¿Cómo puede no culparme? —sollozó—. Yo misma me culpo.

Diana buscaba palabras que pudieran consolarla, y las únicas que encontró fueron las que se había susurrado a sí misma cuando la isla le parecía demasiado pequeña, cuando las pullas de Tek le resultaban demasiado afiladas.

—No podemos cambiar las circunstancias de nuestro nacimiento. No podemos evitar lo que somos, pero podemos elegir el tipo de vida que queremos llevar.

Alia sacudió la cabeza, enfadada.

—Dime que una parte de ti no se arrepiente de haberme salvado —dijo—. Las dos sabemos que yo debería haber muerto en aquel naufragio.

¿Acaso el oráculo no había dicho más o menos lo mismo? Diana había estado a punto de creerle entonces, pero ahora se negaba a hacerlo.

—Si te hubieras ahogado aquel día, si murieras ahora, solo sería cuestión de tiempo que naciera otra Warbringer. En cambio, si llegamos al manantial...

—¿Y qué, si llegamos al manantial? —preguntó Alia, furiosa, y luego bajó la voz

al ver que una mujer con un vestido de tafetán negro la miraba con curiosidad. Dio una patada contra la pared y se volvió hacia Diana, con los ojos oscuros en llamas—. ¿Y qué, si el manantial me cura o me purga o lo que sea? Eso no hará volver al doctor Ellis ni a Jasmine ni a la tripulación del *Thetis*. No hará volver a mi madre y a mi padre.

Diana tomó aliento al tiempo que le ponía las manos sobre los hombros, deseando desesperadamente hacerla comprender.

—Durante toda mi vida... Durante toda mi vida la gente se ha preguntado si tenía derecho a ser. Tal vez no lo tenga. Tal vez ninguna de las dos debería existir, pero aquí estamos ahora. Tenemos esta oportunidad, y quizá no sea una coincidencia. Puede que seamos nosotras las que estamos destinadas a romper el ciclo de las Warbringer. Juntas. —Alia alzó la cabeza y Diana tuvo la esperanza de que sus palabras le estuvieran llegando—. Tus padres pensaban que tal vez existía un modo de convertir tu poder, el linaje de las Warbringer, en algo bueno. Yendo al manantial, estarás tratando de hacerlo de una manera distinta.

Alia se llevó las manos a la cara como si intentara contener las lágrimas.

—Diana, júrame que, si no lo conseguimos, si algo sucede, terminarás con esto. No quiero ser culpable de que el mundo se vaya al infierno.

La princesa de las amazonas bajó las manos. «Tendré que pedirte que me mates». Tenía la esperanza de que Alia lo hubiera dicho de manera apresurada, de que esas palabras fueran el resultado de la conmoción y que ya las hubiera olvidado.

—No puedo hacerlo... No voy a cometer un asesinato.

—Tú me salvaste del naufragio —le recordó Alia—. Tú me sacaste de la isla. No puedes pedirme que viva con todo lo que eso conlleva.

Una sensación de mareo se instaló en el vientre de Diana. Acceder al juramento significaría dar la espalda a todo lo que le habían enseñado a creer: que la vida era sagrada, que cuando parecía que la violencia era la única opción, siempre había otra vía de solución. Pero Alia necesitaba fuerzas para continuar, y tal vez esa siniestra excusa serviría para espollearla.

—Entonces haremos un pacto —dijo, aunque no le gustaba cómo sonaban en su boca estas palabras—. Tú accedes a luchar al máximo para llegar al manantial.

—Muy bien. ¿Y si eso no es suficiente?

Diana tomó aliento.

—Entonces yo salvaré al mundo y te quitaré la vida. Pero quiero que me des tu palabra.

—Ya la tienes.

—No, no una promesa mortal. Quiero el juramento de una amazona.

Alia abrió mucho los ojos.

—¿El qué?

—Esa es mi gente. Mujeres nacidas de la guerra, destinadas a no ser gobernadas por nadie más que por ellas mismas. Haremos este pacto con sus palabras, ¿de

acuerdo? —Alia asintió, y Diana se colocó la mano en el corazón—. Hermana en la batalla, soy para ti escudo y espada. Mientras respire, tus enemigos no conocerán ningún santuario. Mientras viva, tu causa es la mía.

Alia se puso su propia mano sobre el corazón y repitió las palabras, y, al hacerlo, Diana sintió que el poder del juramento las envolvía y las amarraba. Era un juramento que no había compartido con nadie más y que podía convertirla en una asesina. Pero no permitió que la duda se reflejara en su mirada.

—Muy bien —dijo Alia, estremeciéndose—. Vamos a buscar a Jason y larguémonos de aquí.

Fue entonces cuando el aire se abrió con un estallido a su alrededor. Un clamor estruendoso, en *staccato*, llenó los oídos de Diana. Conocía aquel sonido; lo reconoció de la visión que había vislumbrado en las aguas del oráculo. Eran disparos.

Mientras la desagradable cacofonía de disparos llenaba la galería, inundándole los sentidos, Diana cubrió el cuerpo de Alia con el suyo y ambas se lanzaron al suelo. El estruendo era mucho más fuerte que en la visión.

—Alia... —intentó decir, pero sus palabras quedaron ahogadas por una gran explosión.

La enorme pared de ventanales estalló en pedazos, derrumbándose sobre el suelo en una catarata de cristales rotos.

Diana seguía protegiendo a Alia con su cuerpo. Los fragmentos de vidrio le llovían sobre la espalda y los hombros como si fueran picaduras de avispa, mientras la multitud gritaba a su alrededor.

Unos hombres vestidos con corazas negras penetraron por el enorme agujero donde antes estaban las ventanas. Saltaron al suelo junto al estanque iluminado mientras los invitados se diseminaban, chillando y corriendo hacia las puertas, huyendo de los disparos que resonaban por toda la sala.

Diana arrastró a Alia hacia una de las mesas, buscando refugio.

—Tenemos que salir de aquí.

—Los otros... —protestó Alia.

Los hombres avanzaban desde el extremo opuesto de la galería, apartando a los invitados mientras examinaban los rostros de los cuerpos caídos iluminándolos con linternas.

Era evidente que estaban buscando a alguien, alguien a quien no tenían ninguna intención de atrapar con vida, y Diana supo que Alia y ella no tenían tiempo que perder.

Podía oler el sudor teñido de terror de los asistentes, notaba cómo el corazón le latía aceleradamente en el interior del pecho, igual que si acabara de despertarse de pronto de un largo sueño. Tiró de los nudos del chal que Nim había fabricado con el lazo. No había tiempo para desanudarlos todos. La única arma que tenía no le servía de nada.

—No podemos quedarnos aquí —dijo, quitándose el lazo anudado y atánoselo a la cintura para poder moverse libremente—. Tenemos que ir hacia las puertas.

—No veo a los demás —señaló Alia, mirando a su alrededor—. No podemos

irnos sin ellos.

Aunque el corazón de Diana latía a mil por hora, tenía la mente suficientemente clara para adoptar y descartar estrategias, repasar la disposición de la sala y calcular la posición de los atacantes. El resto de invitados intentaba cruzar las dos puertas principales de la sala, se apiñaban y se empujaban, presas del pánico, pero sospechó que los soldados ya habrían puesto barricadas en los pasillos e intentarían sellar las puertas. Cada vez que alguien intentaba escapar por la pared de los ventanales hechos añicos, una bala lo derribaba. Diana estudió las sombras de la amplia balconada que daba al estanque iluminado, donde sabía que debían de acechar los francotiradores.

Una bala impactó contra el suelo de pizarra al lado de la mesa y provocó una nubecilla de piedra pulverizada. Diana se preguntaba qué pasaría si la alcanzaba un disparo, pero no tenía tiempo para pensar en ello. Debía llevar a Alia a un lugar seguro.

—¡Diana! —El grito provenía de la otra punta del templo, apenas audible en medio del caos. Jason y Theo estaban agachados bajo otra mesa. Miró a Jason y le señaló la parte posterior del templo. Era el único punto de la sala que proporcionaba una posición defendible, un lugar donde ponerse a cubierto. Si conseguía llevar a Alia hasta allí, tendría tiempo para localizar a Nim y trazar un plan de huida.

—Voy a buscar a Nim —anunció—. Pero antes tenemos que resguardarnos en la parte de atrás del templo. No podemos quedarnos aquí sentadas esperando a que nos ataquen por los flancos.

—Vale —dijo Alia—, vale.

Pero Diana no estaba segura de cuánto de lo que decía le estaba llegando. Alia respiraba con dificultad, tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas.

—Cuando cuente hasta tres, quiero que ruedes hacia la derecha y te coloques detrás de la siguiente mesa, ¿entendido? Lo haremos así. Cuento hasta tres y tú te mueves, sin vacilar. Tienes que llegar a donde están Jason y Theo.

—Prométeme que encontrarás a Nim.

—Tu causa es la mía —le recordó Diana.

Alia parpadeó, como si el terror le hubiera borrado de la mente el significado del juramento.

—De acuerdo —dijo, y le apretó con fuerza la muñeca—. Ve con cuidado.

Diana notó que una sonrisa sombría se le formaba en los labios. Tenía miedo, pero acorazarse contra ese miedo era como una oleada de euforia. La pelea con Jason en el pasillo del hotel había sido un forcejeo. Esto era una batalla. De pronto, ya no tenía ganas de ir con cuidado. ¿Era esto lo que significaba ser una amazona? El filo de una espada se desgastaba si no la usabas durante demasiado tiempo. Estaba lista para afilar la hoja.

—A la de tres. —Se agachó—. Una... —Se agarró a las patas de la mesa—. Dos... —Asintió a Alia—. ¡Tres!

Esperó lo justo para ver que la chica se lanzaba rodando, y entonces volcó la

mesa hacia un lado y tiró todos los platos al suelo. Unos disparos impactaron contra la superficie. Arrancó las patas metálicas de la mesa, la cogió por las puntas y la lanzó con todas sus fuerzas.

La mesa salió girando por los aires como un disco gigante y se estrelló contra la falange de soldados, pero ella no se detuvo a contemplar cómo caían. Saltó hacia la mesa siguiente y se tropezó con Alia mientras huían de una nueva avalancha de disparos.

—¡Otra vez! —gritó.

Alia echó a rodar y Diana lanzó la mesa, tirándose al suelo perseguida por más disparos. Soltó un bufido al notar que una bala le rozaba el hombro. Se parecía más a una quemadura que al tajo de una espada.

Oyó unas botas que retumbaban contra el suelo.

—Se acercan. ¡No te pares! —ordenó a Alia.

Pero ya era demasiado tarde. Un soldado llegaba por la izquierda. Vio cómo levantaba el arma y disparaba. Diana se lanzó para cubrir a Alia y notó cómo las balas le alcanzaban el brazo y el costado. Un dolor que no había experimentado nunca le martilleó el cuerpo en bandazos agudos y reverberantes. Cada disparo era como un puño de fuego que le quitaba el aire de los pulmones. Oyó el impacto agudo de una bala contra el brazalete. Bajó la vista y vio que ni siquiera lo había mellado. Pero el rebote...

—¿Te han dado? —jadeó Alia desde detrás—. ¿Estás herida?

—Estoy bien —dijo ella. Pero no era cierto del todo. Aunque no sangraba, tenía la piel cubierta de cardenales rojos, y el cuerpo le dolía como si le hubieran dado la peor paliza de su vida. Seguramente, las balas rebotarían contra una amazona en el punto culminante de sus fuerzas. Pero Diana sabía que no quería que volvieran a tocarla.

Con un clic, el soldado de la izquierda se preparó para volver a disparar. Sonó un tiro y una herida negra y circular apareció en el muslo del soldado. Soltó un grito y cayó al suelo, agarrándose la pierna.

Jason asomó la cabeza desde detrás del templo, empuñando la pistola que normalmente guardaba en la cartuchera del tobillo, y le dirigió un gesto brevísimo.

—Alia, tienes que correr hacia el templo. Jason te espera. Yo te cubriré.

—¿Cómo? —gritó la chica—. No tienes ningún arma.

«Yo soy el arma», pensó.

—Vamos.

—No voy a dejarte aquí para que te maten.

—¡Alia, ya!

La joven echó a correr. Esta vez, cuando Diana lanzó la mesa, defendió el territorio. «Esto es una locura», decía una voz en su interior, pero para entonces una decena de soldados ya había abierto fuego.

No se detuvo a pensar, dejó que su cuerpo reaccionara solo. Parecía que el tiempo

se hubiera ralentizado y que el aire cobrara vida con el estruendo de las balas. Esto no era un combate de entrenamiento ni una escaramuza preparada, y parte de ella lo sabía.

Los músculos le respondían con velocidad, sin apenas esfuerzo, y el instinto guiaba sus movimientos. Olvidó el dolor y se lanzó hacia la línea de hombres que disparaban, bloqueando el fuego en su estampida. Las balas eran como franjas plateadas que emitían una música extraña al impactar con un sonido metálico contra sus brazaletes, como el fuerte chasquido de la lluvia sobre un tejado de metal.

Dio una voltereta, se levantó y vislumbró las chispas que saltaron de sus muñecas al recibir otra lluvia de balas. Oía cómo se activaban los gatillos, los casquillos metálicos que caían al suelo, y olía también el aroma acre y caliente de la pólvora.

—¿Qué demonios? —oyó que alguien gritaba cuando impactó contra la hilera de hombres, irrumpiendo en sus filas, estampándolos contra las mesas que quedaban en pie.

Notó unas manos que la agarraban. Eran los soldados que no habían sido derribados y que intentaban hacerla caer y retenerla contra el suelo. Para ella eran como astillas de madera, insustanciales. Se los sacó de encima con facilidad, y uno de ellos chocó contra la puerta del templo con tanta fuerza que el pilar de piedra se desplomó.

«¿Esto es todo lo que sois?», se preguntaba en silencio. «¿Cobardes aferrados a vuestras armas? ¿No me vais a desafiar?»

Diana oyó un sonido agudo y chirriante, como el aullido creciente de un cohete de fuegos artificiales. Desde el otro lado del estanque iluminado, otro hombre la apuntaba con algo. Era mucho más grande que las otras armas y el cañón terminaba en una boca ancha y fea.

—¡Diana, agáchate! —gritó alguien.

«Nim». Estaba tendida en el suelo, en el lugar donde se habían agrupado los músicos tras abandonar sus instrumentos. Tenía el rostro manchado de lágrimas, y el grueso lápiz de ojos le teñía las mejillas de negro. Diana vio que había una chica rubia con un vestido muy elaborado que yacía inerte a su lado.

Diana se sintió presa del pánico cuando el aullido agudo fue *in crescendo*. Sus músculos le pedían tirarse al suelo, huir, correr, pero, en vez de eso, escuchó el instinto de lucha que le habían inculcado durante horas incontables en la armería, el mismo que la sangre de su madre y la bendición de las diosas le habían inoculado, la llamada guerrera que le impedía batirse en retirada. Si no tenía escudo, fabricaría uno.

El suelo estaba compuesto por enormes baldosas de pizarra. Posó las manos sobre la superficie, introdujo los dedos en el estrecho espacio que había entre dos de ellas, haciendo caso omiso del dolor, y tiró con fuerza de la losa.

El hombre del armatoste disparó. Diana vislumbró un destello de luz azul brillante y un muro de presión impactó contra ella, la derribó y la impulsó hacia atrás,

convirtiéndose en polvo la losa que le había servido de escudo. Chocó contra la pared y, tras soltar un gruñido, se deslizó hacia el suelo. Pero enseguida volvía a estar en pie, sacudiéndose de encima la fuerza del impacto. ¿Qué había sido aquello?

Oyó que el chirrido eléctrico volvía a empezar con la recarga del arma, pero esta vez el soldado apuntaba hacia el templo. Su mente registró a Jason intentando conducir a los invitados a un lugar a cubierto y sus oídos recogieron el firme mando del chico en medio del caos. No veía a Alia, pero tenía que estar con Theo detrás del templo.

Diana sabía que no alcanzaría a la persona armada a tiempo de impedir que disparara. Bajó la vista hacia las baldosas encajadas en el suelo. Necesitaba refuerzos. Tal vez podrían ser su ejército. Tomó carrerilla, saltó hacia el soldado y bajó en picado, de tal manera que los pies y los puños conectaron con el suelo al mismo tiempo. Las baldosas se alzaron formando una ola y el hombre armado soltó un grito al notar que el suelo se levantaba bajo sus pies. Cayó al suelo.

La princesa amazona se lanzó hacia él, le arrebató el arma de las manos y la partió en dos. El hombre se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos y llenos de terror.

Sacó el arma de mano y disparó, pero la mente de Diana había anticipado sus intenciones por el movimiento de sus hombros y levantó los brazos para bloquear las balas con los brazaletes, que resonaron como platillos de una danza sangrienta. Una de las balas rebotó contra su muñeca derecha y fue a alojarse en el muslo del hombre, que soltó un gemido.

—¿Quién eres? —jadeó él cuando ella lo agarró por el cuello.

Cien respuestas le vinieron a la cabeza, pero optó por la más fácil.

—Una turista.

Y a continuación tiró al hombre al estanque.

Diana arrancó dos losas de pizarra más del borde del estanque, retrocedió unos pasos y las lanzó contra los francotiradores del balcón. Con sus hermanas amazonas solía jugar a derribar blancos de cerámica. La diferencia era que estos blancos gruñían y gimoteaban en vez de explotar en mil pedazos.

El resto de soldados que la rodeaban se estaban recuperando y empezaban a ponerse en pie. Diana corrió hacia Nim y la agarró por el brazo.

La chica soltó un grito, pero afortunadamente no se resistió. Diana no estaba segura de lo que podía haber visto, hasta qué punto alguno de ellos había presenciado lo que era capaz de hacer (lo que ella misma no sabía que era capaz de hacer), pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso.

Oyó que cargaban de nuevo las armas, pero esta vez estaba preparada para el tiroteo que se iba a desatar. Se lanzó al suelo, protegiendo el cuerpo de Nim de la caída, y rodó hasta que alcanzaron la parte posterior del templo. Alia agarró a Nim, la abrazó con fuerza y ambas sollozaron juntas mientras otra salva de armas de fuego atravesaba el aire.

—Estás aquí —dijo Jason, agradecido. Esquivó un par de disparos desde detrás del escudo adicional que había fabricado con una pila de mesas, y Diana vio que había conseguido introducir a un número significativo de invitados detrás del templo. Algunos todavía se amontonaban en las salidas de las salas, intentando cruzar las puertas, pero al menos los francotiradores ya no los estaban acibillando.

Diana y los otros estaban agachados y apiñados contra la pared del templo. No tenían mucho tiempo. Veía el terror que inundaba el rostro de Alia, Nim y Theo. Jason tenía los ojos brillantes y la mandíbula firme. Era el único que parecía listo para la batalla.

—Van a volar el templo —dijo Diana, tan alto como pudo, para hacerse oír por encima de los disparos.

—El helicóptero... —empezó a decir Alia.

Jason negó con la cabeza.

—Estaba en el tejado.

Los hombres habían bajado desde allí. El tejado no era un lugar seguro.

Los tiros se detuvieron.

En el silencio escalofriante, Diana pudo oír los murmullos y gritos de los soldados. Hablaban una lengua distinta a la de Alia y Jason, pero ella la entendió. «Alemán», dedujo, y no paraban de repetir la misma palabra: *Entzünderin*. Detonador. Tal vez hablaban de las bombas, pero tuvo la sensación de que se referían a Alia.

—Están colocando explosivos —dijo.

Nim tenía los ojos aturridos.

—¿Van a dinamitar el museo?

Theo meneó la cabeza con brusquedad.

—¿Qué está pasando? ¿Qué quieren?

—Os lo explicaremos cuando salgamos de aquí —dijo Jason.

—Si salimos de aquí —puntualizó Alia—. Nos hemos quedado sin helicóptero...

Jason frunció el ceño.

—¿Y si conseguimos traer el avión hasta aquí?

—¿Dónde aterrizaría? —preguntó Theo—. No cabe en el tejado. Necesitamos una pista de aterrizaje.

—En la gran explanada del parque —propuso Nim.

—El parque queda un poco lejos —dijo Alia.

Jason apuntó con la barbilla a las puertas bloqueadas.

—Primero tenemos que salir de esta sala.

—Saldréis de aquí —dijo Diana—. Me las arreglaré para que lo hagáis.

Jason se acercó el móvil al oído y habló con rapidez.

Diana desconocía si el aterrizaje era factible, pero sentía la obligación de confiar en que había algún modo de salir del embrollo, no solo por Alia, sino por toda la gente que se había vestido con sus mejores ropas para salir aquella noche a beber y a

bailar. Notaba que las vidas mortales de todos ellos parpadeaban, breves como el brillo de las luciérnagas bajo el cristal.

—Ben viene hacia aquí —dijo Jason—. Tenemos que llegar al parque.

«Gracias a todos los dioses». Tenían una posibilidad. Pero la única salida era la pared de ventanales rotos que quedaba a su izquierda, y estaba demasiado expuesta. Diana no podía hacer de escudo para tanta gente, y todo dependía de una sola bala perdida, en el momento adecuado, desde el ángulo adecuado. No podía permitir que sucediera. Necesitaban refugio. Mucho. Tocó una de las piedras del templo y se preguntó si tendría la fuerza suficiente para hacer lo que estaba imaginando.

—Puedo cubriros hasta que lleguéis a la pared acristalada. Nos encontraremos abajo.

Alia la agarró por el brazo, con los ojos brillantes de miedo.

—¿Tú no vienes?

—Están acorralando al resto de los invitados. No dejaré que muera gente inocente.

—Diana...

—Quédate con Jason; él te protegerá.

—Van demasiado bien armados —dijo Theo—. No lo conseguiremos.

—Manteneos pegados al suelo. Cuando dé la señal, corred como un rayo hacia la esquina más alejada de la pared de cristal.

—¿Cómo sabremos...? —empezó a decir Alia.

—Confíad en mí, lo sabréis. Este templo se va a venir abajo, y, cuando lo haga, tenéis que estar al otro lado.

Jason le ofreció el arma.

—Al menos, llévate esto.

Diana arqueó una ceja. No temía a aquellos hombres, solo temía el daño que podían infringir a toda aquella gente, y no estaba dispuesta a jugar con sus mismas y antiestéticas armas.

—Fingiré que no he oído este insulto, Jason Keralis. Y ahora, ¡largo de aquí!

En cuanto empezaron a moverse, Diana encajó el hombro contra la pared del templo. Empujó con todas sus fuerzas las piedras antiguas, tensando sus músculos lastimados, notando el dolor en cada uno de los puntos donde las balas habían impactado. Clavó los pies en el suelo de pizarra, buscando una fuerza que parecía fuera de su alcance. ¿Y si había llegado ya a los límites de su energía y no podía proteger a nadie más? No. Se negaba a pensar en ello. Tomó aliento y redobló los esfuerzos, gruñendo por la tensión, desgarrándose el vestido.

—No voy a volver a llevar nunca más un vestido sin tirantes —se lamentó.

En el templo algo se agrietó. Diana susurró una rápida oración a las diosas, suplicando que buscaran de su parte el perdón de Isis, y empujó. Bajo las palmas de sus manos, la piedra tembló.

—¡Ahora! —gritó.

El templo se derrumbó con un rugido estruendoso, y una enorme columna de humo se elevó hacia el cielo. Estiró las piernas hacia delante, y la gran montaña de piedra gimió al encajar, bloqueando el extremo noroeste de la pared de cristal, una barricada perfecta para mantener a raya a los soldados mientras Alia y los otros escapaban.

Ahora los invitados de la fiesta gritaban y corrían, se apiñaban contra las entradas selladas. Diana necesitaba un ariete para embestirlas. Localizó con la mirada uno de los pilares caídos del templo. Era enorme y el peso estaba desequilibrado, la piedra era rugosa bajo las palmas de sus manos, pero consiguió agarrar la columna con los dos brazos. No sabía qué habrían erigido los soldados para mantener cerradas las puertas, pero iba a atravesarlas de todos modos.

—¡Apartad! ¡No quiero aplastaros! —ordenó al lanzarse hacia la salida, sorprendida por la autoridad que destilaba su propia voz. «Bueno», pensó, «tantos años escuchando a Tek dar órdenes bien tienen que servir para algo».

Al parecer la orden había funcionado, porque la gente se apresuró a dejar paso.

Con todas sus fuerzas, embistió las puertas con el pilar. Cedieron con un terrible estruendo y el muro de sacos de arena que los hombres habían colocado tras ellas se derrumbó. Diana, debido al gran impulso que había tomado, acabó aterrizando en el vestíbulo, más allá de los hombres acorazados que la miraban asombrados. Soltó el pilar y lo estampó contra la pared.

Los invitados se abalanzaron contra los soldados confundidos, mientras Diana intentaba adentrarse entre la multitud para volver a la sala del templo. Uno de los hombres se interpuso en su camino con el arma alzada.

—¿Para quién combates? —quiso saber. Tenía el pelo tan rubio que parecía blanco, y lo llevaba casi rapado al cero. Ella lo agarró por el cuello y por la muñeca y lo lanzó contra la pared, haciendo que el arma le cayera de las manos.

—Aparta de mi camino.

Pasó de largo a grandes zancadas, pero el hombre la cogió del brazo.

—Nuestra causa es justa —dijo, suplicante—. Detenla. La Warbringer debe morir antes de la luna de la cosecha. No sabes los horrores que se van a desencadenar.

—Solo es una chica, merece una oportunidad —contestó Diana, y se preguntó si no estaba defendiendo también su propio caso.

—No a este precio.

—¿Quién eres tú para hacer estos cálculos?

—¿Y quién eres tú? —quiso saber el soldado.

Diana observó los ojos azules y decididos. Tenía razón. Estaba jugando con el futuro del mundo. Bajo otras circunstancias, podrían haber sido aliados.

—Sea quien sea tu líder —dijo ella—, dile que hay otra manera de hacerlo. Existe una cura, y vamos a encontrarla.

—Te has vuelto loca —contestó él—. Hay que detener a la Warbringer.

Tal vez estaba loca, pero ya había tomado una decisión. Diana lo empujó contra la

pared.

—Intenta detenernos.

Pasó a toda prisa por delante del soldado, en dirección a la pared acristalada. Todavía lo oyó gritar:

—¡Voladlo! Si no podemos aniquilar a la Warbringer, al menos detengamos a su guardaespaldas.

Desde algún lugar, oyó un ligero clic, un botón que se pulsaba, un fusible que prendía. Saltó sobre las ruinas del templo y se lanzó a través de la pared de cristal. Detrás de ella oyó una explosión ensordecedora y notó una ola de calor. Salió disparada por los aires, hacia delante, agitando desesperadamente los brazos mientras la bomba la enviaba demasiado lejos, demasiado rápido.

A Alia le ardían los pulmones mientras se tambaleaba por East Drive, esquivando el tráfico del sábado por la noche, absorbiendo en rápidos destellos el chirrido de los frenos y las bocinas impertinentes de los coches, presa de un pánico que era incapaz de soportar. Era consciente de la mano de Nim agarrada a la suya, del penoso resonar de las suelas contra el pavimento. Entonces llegaron al otro lado de la calle y entraron tambaleándose en el parque. Alia tropezó y cayó sobre la hierba verde y mullida.

Una explosión sonó tras ellos, y Alia se volvió para ver la nube llameante que se alzaba como una flor airada desde la parte lateral del museo, antes de que los pétalos se plegaran sobre sí mismos y el estallido se apagara.

«Diana».

Nim le tiraba del brazo. Jason gritaba. Ella intentaba moverse, pero no podía dejar de contemplar las ruinas humeantes de la sala de donde acababan de huir, todavía iluminadas por los reflectores exteriores del museo, como si nadie se hubiera enterado todavía de lo que estaba sucediendo. Pero ya se oían las sirenas, ya se veía a la gente que se amontonaba en la calle. ¿Dónde estaba Diana? Si había conseguido salir, ya estaría alcanzándolos, ya estaría atravesando la calzada ahora mismo. Pero no estaba. Tal vez no lo había logrado. Tal vez estaba destrozada bajo las ruinas del templo. Tal vez la habían capturado.

—Alia, tenemos que movernos. Enseguida. —Jason la cogió por la muñeca y tiró de ella para que continuara.

La chica miró una vez más por encima del hombro y luego ya se encontraron corriendo entre los árboles en dirección a los diamantes de los campos de béisbol. Jason gritaba al teléfono móvil cuando la gran explanada del parque apareció a lo lejos.

Alia oyó un aullido estremecedor y Jason levantó los brazos.

—¡Alto!

—Madre mía —dijo Nim cuando el pequeño avión pasó por encima de sus cabezas, imposiblemente cerca, con las ruedas rozando las copas de los árboles.

Todos alzaron las manos para protegerse del granizo de polvo y piedrecitas que el viento había levantado. El avión tocó tierra sobre la gran y desierta superficie de la explanada y dejó una amplia estela de barro cuando las ruedas se hincaron en el

suelo. El avión se balanceaba de una manera salvaje.

—¿Hay espacio suficiente? —preguntó Theo.

—La gran explanada tiene una superficie de veintidós hectáreas —dijo Nim.

—¿Más datos de cultura general? —gritó él—. Solo quiero saber si tiene pista suficiente.

—No tengo datos suficientes para contestar a eso —contraatacó Nim, pero le temblaba la voz.

El pequeño avión fue ralentizando al acercarse a la línea de los árboles.

—No lo conseguirá —dijo Jason.

Alia se tapó la boca con las manos.

Pero el aparato se detuvo en seco apenas a unos metros de los árboles.

Theo soltó unos vítores al ver que giraba lentamente trazando un círculo cerrado.

—Vamos —dijo Jason.

Mientras corrían por el césped, Alia volvió a mirar hacia atrás, hacia los árboles, pero el parque estaba silencioso y oscuro.

El avión estaba pintado de color azul y dorado, con el logotipo de Laboratorios Keralis (una K dorada flanqueada por hojas de laurel) estampado en el lateral. Alia había viajado en él algunas veces. Al acercarse, vio los surcos profundos que había dejado sobre la hierba.

La puerta lateral del avión se abrió y bajaron la escalerilla. Un hombre corpulento con el pelo cobrizo asomó la cabeza y alzó una mano para saludarlos.

—¡Creo que las líneas están mejor marcadas aquí que en el aeropuerto JFK! —dijo. Ben Barrows. Llevaba mucho tiempo pilotando para la familia. Alia recordaba que era un antiguo militar.

Jason los escoltó hasta las escaleras y luego hasta el interior del avión.

—¿Cómo lo has conseguido, Ben?

—Talento, agallas y una cantidad inenarrable de buena suerte —respondió—. Lo siento, chicos.

—Solo nos acaban de acribillar a tiros —dijo Theo, instalándose en una de las banquetas en la zona comunitaria de la parte frontal del avión—. Creo que nuestros tiernos oídos sobrevivirán a esto.

—Voy a necesitar que os sentéis en los asientos normales y que os atéis los cinturones para el despegue. Todos vosotros.

—¿Podrás despegar? —preguntó Jason.

—Sí, pero volver a aterrizar va a ser más difícil. Hemos padecido algunos daños en el tren de aterrizaje.

—¿Cómo de difícil?

—Me las arreglaré. Pero tenemos que largarnos de aquí antes de que los de Defensa Aeroespacial nos pisen los talones. He avisado a Teterboro de que íbamos a intentar un aterrizaje de emergencia, pero no tardarán en darse cuenta de que no he llegado a LaGuardia. Si no estamos pronto en el aire, no podremos alejarnos de la

costa.

—Muy bien, abrochaos los cinturones —ordenó Jason—. Ben, haz despegar el avión.

Los otros obedecieron, instalándose en la fila de asientos que quedaba detrás de la zona de descanso.

Ben fue a cerrar la puerta, pero Alia lo asió por el brazo.

—No —dijo—. No podemos dejarla aquí, Jason.

Ben dudó y miró alternativamente a los dos hermanos.

Jason señaló una de las butacas vacías.

—Alia, pon tu culo ahí. Ya has visto la explosión...

—No vamos a irnos sin ella.

—Ben —dijo Jason—. Adelante.

Alia avanzó para cerrar el paso a Ben, pero su hermano la agarró por los hombros y la obligó a alejarse de la puerta y a sentarse en el asiento. Ben activó la manivela y la puerta empezó a cerrarse.

Jason sujetaba a su hermana con una mano de acero.

—Alia —dijo, enfadado—, Diana intentaba protegerte. Todos intentamos protegerte. Tenemos que salir ahora mismo de aquí o ninguno de nosotros conseguirá pasar de esta noche.

El avión avanzó ligeramente y Alia comprendió que Ben volvía a estar en la cabina de pilotaje.

Una ráfaga de disparos sonó afuera.

—¿Chicos? —dijo Nim.

Alia se abalanzó hacia Jason, y como él no cedía, se revolvió y le mordió la mano con fuerza.

El gritó y ella se soltó y pasó por delante de Theo y de Nim para mirar por la ventanilla. Estuvo a punto de estamparse contra la misma cuando el avión empezó a circular por el terreno desigual, ganando velocidad.

Diana corría por la gran explanada, con el vestido azul hecho trizas y el pelo oscuro al viento. Un grupo de soldados surgieron de los árboles, pisándole los talones.

—¡Jason, viene hacia aquí! —gritó Alia.

El intentó agarrarle el brazo, atraerla hacia sí mientras el avión aceleraba y Theo y Nim se preparaban para lo que viniera.

—Esos hombres vienen a por ti, Alia. Quieren matarte.

«Tu causa es la mía».

Una voz crepitó por la radio del avión.

—Learjet N-535T, hemos enviado vehículos de emergencia al lugar del accidente. Por favor, informe de su estado.

—¡Ben, si despegas, estás despedido! —gritó Alia.

—¡Ella no puede despedirte! —contraatacó Jason.

—El firma los cheques —gritó Ben por encima del hombro.

—¡Alia, tenemos que irnos! —le suplicó su hermano.

—¡Diana! —gritó Alia en vano, con el rostro pegado a la ventanilla.

Como si la hubiera oído, la princesa de las Amazonas aceleró la marcha.

—Maldita sea —dijo Theo—. ¡Cómo corre esa chica!

Las zancadas eran tan largas que parecía que volara. Alia vio que el tejido de su vestido estaba chamuscado y que tenía moratones en la piel, pero parecía entera e ilesa.

Se sujetó contra el lateral del avión y se encaró con Jason.

—Abre la puerta —exigió.

—No podemos parar. No hay pista suficiente.

El avión seguía rebotando, cada vez más deprisa.

—¡Tenemos que ayudarla a llegar al manantial! —insistió ella.

Y entonces lo vio. La sombra de la duda en la expresión de Jason. Había accedido a ir al manantial porque había querido darle esperanzas, pero nunca había creído en el proyecto.

—Jason, si no abres esa puerta, encontraré el modo de quitarme la vida antes de la luna nueva. Lo juro por las vidas de nuestros padres.

Estas palabras lo golpearon como una bofetada. Alia casi se arrepentía de haberlas pronunciado, pero si eso era lo que necesitaba para hacerle caso...

—Maldita sea... —maldijo Jason. Avanzó hacia la puerta y activó la manivela. De inmediato se disparó una alarma.

La voz de Ben crepitó por la radio.

—No sé lo que estáis haciendo ahí atrás, pero os habla el capitán y os agradecería que cortarais el rollo de una vez.

—¡Diana! —volvió a gritar Alia. La puerta se abrió un poco más, desplegándose como una concha, y una ráfaga de aire nocturno penetró en el avión. Alia vio los diamantes del campo de béisbol iluminados y a Diana que se precipitaba como un rayo hacia el avión.

Gritó algo, pero Alia no llegó a captarlo. Movía los brazos frenéticamente.

—Algo va mal —dijo la joven, y enseguida se dio cuenta de que se trataba de un eufemismo ridículo.

—No, idiota —dijo Theo—. Te está diciendo que te apartes.

Theo se levantó del asiento y la apartó de la puerta justo en el momento en que Diana daba dos grandes zancadas y saltaba, cruzando el aire como un misil. Se zambulló por la puerta, se hizo un ovillo y se estampó contra la banqueta. Los disparos rebotaron contra el lateral del avión.

Jason giró la manivela y la puerta empezó a cerrarse mientras el estómago de Alia sufría un traqueteo y el avión despegaba por fin. Retrocedió tambaleándose hacia Theo y estuvo a punto de caer sobre su regazo.

Su hermano la lanzó hacia uno de los asientos y se arrojó él mismo a su lado, y

enseguida estuvieron en el aire, ganando altura.

Alia oyó un terrible crujido y el avión sufrió una sacudida. «Las ruedas», pensó. Habían rebanado las copas de los árboles. Se atrevió a mirar por la ventanilla cuando el avión trazó un arco sobre el parque. Alargando el cuello, solo pudo distinguir los campos de béisbol y a los hombres plantados sobre la ruina de lo que había sido la gran explanada.

Parpadeó, intentando despejarse. Por un momento había pensado... Pero no era posible. ¿Se había vuelto a dar un golpe en la cabeza? ¿El miedo y la adrenalina le estaban jugando malas pasadas? Pensó que había visto una carroza tirada por cuatro enormes caballos negros que atravesaba el campo en dirección a los soldados, con los focos reflectores centelleando contra el casco plumado del conductor. Alia se estremeció. Necesitaba un sueño reparador. Necesitaba un mes de sueños reparadores.

—Learjet N-535T, no está listo para el despegue —dijo la voz de la radio—. Informe de su estado.

El crepitar de la electricidad estática desapareció cuando Ben apagó la radio.

—Mi estado es probablemente un cambio de profesión —dijo—. ¿Todo el mundo está bien ahí atrás?

—Dímelo tú, Ben —pidió Jason.

—Vamos a ver qué pasa. Si en Barnes se han enterado de la que hemos liado, lo sabremos muy pronto, en cuanto nos derriben a tiros.

Alia tragó saliva. Miró por la ventanilla y vio las luces de la ciudad que dejaban paso al vasto e interminable negro del Atlántico. ¿Vería la muerte cuando llegara? Intentó respirar, aminorar el ritmo cardíaco. El silencio envolvía la cabina, solo se oía el rugido de los motores del avión, a la espera de lo que podía acecharlos en la oscuridad.

A su lado, vio que Jason se había partido el labio durante el forcejeo, y la manga de la chaqueta se le había desprendido casi del todo. Al otro lado del pasillo, Theo mantenía la cabeza inclinada y los ojos cerrados. No sabía si estaba rezando o si realmente se había quedado dormido. Más allá, Nim miraba fijamente hacia delante. Sus ojos estaban emborronados por el rímel corrido y tenía el mono manchado de sangre. El pecho le subía y le bajaba con unos movimientos rápidos y aterrorizados. Tuvo ganas de pasarle el brazo por encima del hombro y de decirle que todo estaba bien. Pero tal vez nada volvería a estar bien nunca más.

Diana se había encaramado a la banqueta de color crema y estaba sentada en una posición rígida, con los dedos clavados en los cojines. Alia comprendió que probablemente nunca había viajado antes en un avión. Su vestido había quedado reducido a lo que parecía un traje de patinaje hecho harapos. La tela estaba chamuscada por los bordes, a diferencia del lazo que le colgaba de la cintura, que seguía tan impecable como cuando habían salido hacia la fiesta. Tenía la piel rosada en algunos puntos. «Donde le han tocado las balas», dedujo. Pero las heridas ya se habían curado.

Sabía que Diana era una chica fuerte, que en su isla había algún componente mágico, pero esto era distinto. Había lanzado mesas como si fueran platos voladores, se había subido a un avión en marcha, había sobrevivido a una explosión y a unos cuantos tiroteos y apenas tenía unos cuantos chichones y unas rascadas.

Theo sacudió la cabeza y se echó a reír, un sonido que sonó extraño en la cabina.

—Maldita sea, Jason, realmente sabes organizar una buena fiesta.

Nim enterró la cara entre las manos. Jason miraba a Diana.

—¿Qué es? —susurró muy bajito para que solo pudiera oírlo su hermana.

Una amazona, nacida de la guerra, destinada a ser gobernada por nadie que no fuera ella misma. Pero no era ella la que iba a desvelar su secreto.

—No lo sé —dijo Alia—. Pero me alegro de que esté de nuestro lado.

Permanecieron en silencio hasta que la voz de Ben sonó por el altavoz.

—Ya sois libres de moveros por la cabina, camaradas malhechores. Estamos fuera de peligro.

Alia suspiró aliviada y Jason le apretó la mano.

Theo se desabrochó el cinturón de seguridad y se tambaleó hacia el bar del avión, que se encontraba junto a la banqueta. No había turbulencias, pero Alia no podía culparlo por no mantenerse en pie.

—¿Ya vas a empezar a beber? —le preguntó Nim, con el rostro sombrío y manchado por las lágrimas.

—No —contestó Theo—. Voy a continuar bebiendo.

—Theo... —dijo Jason, en tono de amonestación.

—¿Podéis relajáros todos un poco? Solo quiero un *ginger ale*. Se me revuelve el estómago cada vez que viajo en avión y haber estado a punto de morir tampoco ha sido una gran ayuda.

Alia hubiera querido echarse a reír, pero temía ponerse a llorar. Ahora que la adrenalina desaparecía de su cuerpo, se sentía conmocionada y exhausta, pero también agradecida. Theo estaba vivo. Nim estaba viva. Y ella, una vez más, había esquivado la muerte. Todos habían conseguido huir. Tal vez Diana tenía razón y realmente estaban destinados a llegar al manantial.

Sabía que tenían que hablar, pero antes quería tener la oportunidad de reflexionar y aclararse las ideas. El avión estaba equipado con una ducha, de modo que retiró su pequeña maleta de viaje del compartimento donde la habían dejado junto a la mochila de Diana, en la parte trasera del avión, y se dirigió al cuarto de baño para quitarse las lentejuelas doradas.

El agua estaba bastante caliente, pero no quiso alargar demasiado la ducha. Salió y se miró en el espejo. Tenía el cuerpo cubierto de nuevos cortes y rascadas, y sabía que le iban a salir más moratones por las numerosas veces que se había caído y chocado durante la pelea, y aquellos ridículos zapatos que Nim le había elegido le habían hecho ampollas en los pies.

Contempló el vestido arrugado y volvió a revivir los acontecimientos de la noche y de los últimos días, que amenazaban con abrumarla, pero rehuyó el pánico. En un

día más, todo habría terminado.

Se puso los tejanos que había metido en la maleta y una camiseta raída con una doble hélice que le habían dado en unas colonias científicas años atrás. Frunció el ceño cuando su reflejo en el espejo la trasladó a un recuerdo: la pelea que se había producido durante el picnic de clausura de aquel año. Ella y los otros chicos la habían encontrado muy divertida. La habían llamado la Gran Batalla de los Frikis. Pero al terminar la disputa, cuando ya había regresado la calma, había oído por casualidad a dos monitores que estaban hablando. Un miembro del personal había estado a punto de estrangular a uno de los chicos y se había declarado un incendio en el comedor. Habían tenido suerte de que no hubiera prendido. El campamento había cerrado de manera permanente después del incidente.

En aquel momento no había sido más que un episodio sorprendente que había dado que hablar a los participantes, una historia que Alia contó a sus padres y a Jason al llegar a casa. Pero ahora recordaba la expresión de sus padres cuando les había hablado de la pelea y la mirada que habían intercambiado. A partir de entonces, habían pasado todos los veranos viajando o bien en una de las casas familiares. Ya no hubo más excursiones de colonias.

No sabía qué hacer con los despojos de su precioso vestido, de modo que hizo una bola con él y lo metió en el fondo de la bolsa. Seguro que Nim se escandalizaría al saberlo, pero ella no podía soportar volver a verlo. Al pensar en lo feliz y esperanzada que se había sentido al ponerse aquel vestido, en cómo había imaginado a Theo contemplándola vestida así, la vergüenza hizo que se le pusiese la piel de gallina. Ahora parecía una tontería, por no hablar del riesgo que habían corrido al ir a la fiesta. Diana tenía razón: los que la perseguían eran implacables. Estaba claro que tenían recursos y estaban dispuestos a utilizarlos sin importarles las vidas de personas inocentes en un barco en el Egeo o de los miembros más acaudalados de la sociedad neoyorquina.

Alia se desató la bonita cadena de oro de las trenzas, se puso las zapatillas deportivas y se miró por última vez en el espejo. Warbringer. ¿El legado de Helena le había llegado a través del linaje de su padre, la rama de los Keralis? No tenía importancia. También era hija de su madre. Creía haber gastado todo su coraje cuando abandonó Nueva York y se inscribió en el viaje del *Thetis* sin el permiso de Jason, pero se equivocaba. Eso solo había sido una pequeña parte de su coraje. Desde entonces había pasado por un naufragio, había estado a punto de ahogarse y la habían tiroteado, y todavía seguía en pie, resistiendo. Tenía que asegurarse de que ninguna otra chica tuviera que vivir nunca más con aquella maldición. Y era consciente de que su valentía se debía al modo en que la había criado su madre. Por muy precavida que se mostrase, ella nunca había querido que Alia fuera dócil. «Míralos a los ojos», le había dicho siempre. «Que sepan quién eres». Cuando alguien le preguntaba de dónde procedía, cuando algún chico nuevo de Bennett quería saber si estaba allí gracias a una beca de atletismo, «Míralos a los ojos».

Un nuevo recuerdo la asaltó: estaba sentada en el despacho del ático, con su madre clavándole una aguja en el brazo y llenando una jeringuilla con su sangre. «Solo es para unas pruebas», le había dicho, y luego le había tapado el pinchazo con un trocito de algodón y un esparadrapo y le había dado un beso en la mejilla. Alia no había vuelto a pensar en aquello.

Sus padres habían creído que algo bueno podía salir de la herencia de Alia, que el terrible poder que llevaba en su interior podía revertirse y emplearse en una buena causa. No habían vivido lo suficiente para conseguirlo, pero al menos ahora ella podía asegurarse de que el mundo no pagara las consecuencias de su decisión de mantenerla con vida.

—Soy Alia Mayeux Keralis —dijo, sorprendida por la firmeza de su propia voz—. Y voy a impedir una guerra.

Se hizo un moño con las trenzas por encima de la cabeza y volvió a la parte delantera del avión. Theo estaba tirado en una de las banquetas acolchadas y Nim todavía seguía inclinada hacia delante con la cabeza entre las manos. Se sentó a su lado y entrechocó suavemente su hombro con el de ella.

—¿Te encuentras bien?

—No —contestó Nim, sin moverse.

—Gemma...

—La he visto morir —dijo Nim, que seguía sin mirarla—. No, no ha sido así. Ha ocurrido demasiado deprisa para verlo. Estábamos hablando. Yo estaba mirando las mariposas de su vestido. Estaba pensando en el color, en las cuentas. Estaba pensando que Gemma era preciosa, pero... —se interrumpió por un sollozo—, pero un poco aburrida. Y entonces la gente ha empezado a gritar. Hemos oído los disparos. Hemos intentado escondernos. ¿Por qué le han disparado?

—No creo que le dispararan a ella —contestó Alia. «No creo que les importara».

Apenas conocía a Gemma Rutledge, pero parecía bastante agradable. De todas las personas a las que le había dado tanta pereza saludar, ella era una de las más simpáticas. ¿Cuántas habían resultado heridas? ¿Cuántas habían muerto? Se aferró a la promesa de Diana de que aquella misión tenía un objetivo, de que todo cobraría sentido si conseguían llegar al manantial.

—Hay una ducha —añadió—. Y algo de ropa de Laboratorios Keralis, por si quieres cambiarte.

Nim se incorporó y se frotó los ojos como una niña que se acabara de despertar de un sueño profundo.

—No quiero cambiarme. Quiero saber lo que está pasando. ¿Qué acaba de suceder? —Tenía la voz suplicante—. ¿Por qué Jason va armado? ¿De quién estamos huyendo? —Se volvió hacia Diana—. ¿Cómo ha sido capaz de hacer esas cosas?

Diana estaba sentada en la banqueta con las piernas cruzadas, desatándose metódicamente los nudos del lazo. No dijo nada, pero desvió la mirada hacia Alia, esperando.

—¿Y bien? —dijo Theo, que se había colocado el vaso de *ginger ale* sobre el estómago—. Creo que es justo preguntar qué demonios está pasando. Aunque sea Nim quien lo pregunte.

—Cállate —le espetó ella—. ¿Qué haces tú aquí, por cierto? ¿Y si tu padre no ha conseguido sobrevivir a la fiesta?

—Mi padre no estaba allí.

—¿Cómo?! —dijo Jason, reapareciendo por la parte posterior del avión con tejanos y camiseta. Dejó un montón de ropa sobre uno de los asientos y se puso a rebuscar dentro del botiquín.

—Mi padre se acababa de ir —contestó Theo—. Me dijo que tenía que hacer una llamada a Singapur o algo parecido. Menuda intuición, ¿no os parece?

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. Quería que me fuera con él. «Te vas a poner en evidencia, Theo, blablablá». Lo de siempre. Fue poco antes de que Alia saliera corriendo y empezaran a dispararnos.

Alia notó una sensación de frío en el estómago. ¿Podía ser una coincidencia? Intercambió una mirada con su hermano y supo que él estaba pensando lo mismo que ella. ¿Era posible que Michael estuviera involucrado? ¿Y si sabía lo que era ella? Había sido como un padre para los dos, pero «como un padre» no era un padre. Tal vez él sí que estuviera dispuesto a realizar el sacrificio que sus padres habían evitado a toda costa.

—No estéis tan preocupados, chicos —dijo Theo—. Lo llamaré cuando aterricemos.

—¡No! —dijeron al unísono.

Theo arqueó las cejas.

—¿Por qué no?

Jason se pellizcó con los dos índices el puente de la nariz.

—Es muy importante que nadie sepa dónde estamos ni adonde nos dirigimos.

—Muy bien —dijo Nim—. Perfecto. Y ahora, ¿podéis contarnos por qué?

Los dos hermanos hicieron lo que pudieron. Respondieron a todas las preguntas de sus amigos. Al principio eran preguntas rápidas e inquisitivas, y se amontonaban las unas sobre las otras. ¿Quién los había atacado? ¿Por qué? ¿Los hombres armados eran terroristas? ¿Qué querían? ¿Era por la Fundación? Pero cuando Jason les fue explicando con calma que aquellas personas tenían otros planes en mente y que Alia era el único objetivo de todos ellos, Nim y Theo callaron.

Jason dejó a un lado el botiquín y repartió algunos de los archivos que había imprimido, una copia del pergamino y un ordenador portátil con los documentos del lápiz de memoria. Largos fragmentos de texto habían sido redactados a partir de algunos de los archivos y otros parecían estar incompletos, pero eran más que suficientes para dar una explicación.

Alia se sentía como si estuviera desnuda en medio de Times Square. La historia

parecía mucho menos disparatada cuando su hermano la contaba, en especial con todos los documentos que aportaba para respaldarla. Pero esto solo empeoraba las cosas. Había llegado a aceptar el hecho de que Theo la viera siempre como una niña molesta, pero ¿y si ahora la miraba y veía un monstruo? Y Nim le había demostrado su amistad en cualquier circunstancia, pero «cualquier circunstancia» no incluía provocar el fin del mundo...

Cuando Theo alzó por fin la vista de los archivos, se dirigió a Diana.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu papel? Ahora mismo apostaría a que eres una supersoldado del gobierno.

—¿Una qué del gobierno? —preguntó ella.

—Ya sabes..., una máquina asesina alterada genéticamente.

Diana estrujó el lazo dorado que tenía sobre el regazo.

—No soy una asesina.

Lo dijo con convicción, elevando la barbilla en un gesto digno de una princesa. Pero Alia todavía recordaba las palabras de su juramento y sabía que Diana, pasara lo que pasase, nunca lo rompería.

—Vale, vale —dijo Theo—. Entonces eres miembro de una patrulla de combate de ninjas biónicos.

—Tampoco tengo adiestramiento de ninja. —Diana miró el lazo y dijo—: En mi tierra, nos entrenamos para la guerra.

—¿Por qué?

—Porque los hombres son incapaces de vivir sin combatir, y sabemos que un día la guerra vendrá a nosotras.

—Pero las cosas que has hecho... —empezó a decir Nim.

—Soy más fuerte, más rápida que... bueno, que la gente normal. Todas mis hermanas lo son.

—¿Y las balas te rebotan como si fueran picaduras de mosquito, derribas templos y sobrevives a grandes explosiones? —dijo Nim.

Diana abrió la boca y la volvió a cerrar, como si no estuviera segura de lo que debía decir. En aquel momento ya no parecía la chica valiente y segura de sí misma que destrozaba sin darse cuenta los egos de los usuarios trajeados del metro. Parecía confundida y algo perdida. Tenía el aspecto de una chica que se hubiera quedado en la fiesta hasta demasiado tarde y hubiera perdido el coche que debía llevarla a casa.

—Honestamente, no estoy del todo segura de lo que soy capaz de hacer —dijo—. Nunca lo había hecho antes.

—Pues eres un caso digno de estudio —gruñó Jason mientras sacaba un rollo de gasa y unas aspirinas del botiquín.

Alia tuvo ganas de cruzar el pasillo y darle un bofetón. Sabía que estaba ansioso por tener respuestas concretas, pero Diana les había salvado la vida. Merecía guardarse todos los secretos que quisiera.

—Pongamos que decido creerme todo esto —dijo Nim—. ¿Qué pasará ahora?

—Iremos al manantial.

—En Esparta —dijo Theo—, donde la gente corretea gritando en calzoncillos de cuero.

—No he oído nunca esa historia en particular —dijo Diana—. Pero Esparta es el lugar donde Helena nació y se crio, y donde fue venerada después de su muerte.

Alia no terminaba de entenderlo.

—¿La gente veneraba a Helena? Creía que todos la odiaban.

—Algunos la odiaban, pero Helena no solo fue la causante de la guerra de Troya. También fue madre y esposa, y antes había sido una niña. Algunas historias cuentan que participaba en carreras en la orilla del Eurotas. —Diana sonrió levemente—. Y las ganaba.

Era raro pensar en Helena antes de que fuera Helena.

—¿Su tumba está en Therapnes? —preguntó Alia.

—En efecto —contestó Diana—. Se llama el Menelaión, pero antes se llamó la Tumba de Helena. «Allí donde Helena descansa, la Warbringer podrá ser purificada».

Nim dio unos golpecitos a las perneras deshilachadas de su mono.

—Muy bien, entonces solo tenemos que llegar al manantial antes de que los malos pillen a Alia.

Esta habría querido dar mil gracias al ver que su amiga se lo tomaba con filosofía en vez de intentar tirarse del avión. Pero, si iban a decir la verdad, era justo que la dijeran en su totalidad.

—En realidad —dijo—, no estoy segura de que ellos sean los malos.

—Han volado el ala Sackler del Museo Metropolitano —dijo Nim—. Son monstruosos.

Theo dio un trago largo de *ginger ale*.

—O tal vez simplemente no sean amantes del arte.

—Son personas capaces de cualquier cosa con tal de ver muerta a Alia —explicó Jason con un tono lúgubre—. Y muchas personas han perdido la vida por esa razón.

—Sí —dijo Theo en voz baja—. Lo siento.

Jason no se equivocaba, pero Alia también sabía que todos estaban lidiando con el miedo de la mejor manera que sabían.

Hizo un gesto hacia el ordenador portátil que estaba apoyado en la banqueta.

—Por lo que he podido ver, muchas personas se dedican a identificar y a erradicar a las Warbringer...

—En otras palabras, a ti —concluyó Theo.

—Sí, a mí. Y tienen razones bastante buenas.

Nim se retiró de los ojos un mechón de pelo negro.

—¿Qué buenas razones pueden tener para matarte?

Alia suspiró.

—Ellos no saben nada del manantial. Solo intentan evitar una guerra mundial. Por consiguiente, para todo el mundo, menos para los aquí presentes, los buenos son

ellos.

—Es perfecto —dijo Theo, incorporándose.

Jason se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres decir?

—¡Nosotros somos los malos! Ser el malo siempre mola más. Vistes de negro y te escondes en una guarida. Además, las chicas no pueden resistirse a un chico malo.

—Eres idiota —dijo Nim.

Theo se llevó la mano a la sien.

—No tengo la culpa de que carezcas de visión.

Nim abrió la boca para responder, pero Alia la cortó de raíz.

—¡Eh! ¿No os dais cuenta de que, excepto cuando yo estoy presente, os lleváis la mar de bien?

—Eso no es verdad —contestó Theo—. Nunca nos llevamos bien.

—Piénsalo. Cuando vuelves a tu casa, ¿sigues centrado en cuánto odias a Nim?

—Yo... —El chico dudó, parándose a pensar un momento—. Bueno, no. Es solo cuando...

—Solo cuando estáis conmigo. Por eso, la próxima vez que tengáis ganas de mataros, pedid un tiempo muerto y retiraos a vuestros rincones. Literalmente, alejaos de mí o de vosotros mismos.

Theo y Nim compartieron una mirada de escepticismo.

—¿Lo veis? —dijo Alia—. Ambos pensáis que estoy como una cabra, o sea que ya os habéis puesto de acuerdo en algo.

—¿Qué va a pensar tu gente de lo del ataque al museo? —preguntó Diana.

—No estoy seguro —contestó Jason. Parecía cansado—. Están pasando un montón de desgracias en el mundo. Seguramente, lo achacarán al terrorismo, a un ataque a la Fundación por su política internacional. Hemos recibido amenazas con anterioridad, hemos tenido problemas en algunas de nuestras sedes en el extranjero.

—Pero nada a esta escala —dijo Theo.

—No. Nunca hasta ahora había habido víctimas —convino Jason.

—¿Y tienes alguna idea de quiénes eran estos tipos buenos en concreto? —preguntó Nim.

—Hablaban alemán —dijo Theo—. *Ich bin ein* vamos a volar el museo.

Jason barajó una pila de archivos.

—Hay varias organizaciones internacionales dedicadas a intentar localizar el linaje de las Warbringer. Antes había más, pero algunas desaparecieron de repente y otras se fueron diluyendo. Una de ellas es la Orden de San Dumas, y existe una escisión llamada Das Erdbeben que solía estar operativa desde Hamburgo, pero es difícil distinguir cuáles son reales y cuáles son ficticias.

—Esas balas parecían terriblemente reales —dijo Nim.

—Pero ¿por qué ahora? —preguntó Alia—. ¿Por qué esperar a estar tan cerca de la luna nueva para intentar... matarme?

Jason se removió nervioso en su asiento y se miró las manos.

—Creo que tal vez haya sido por mi culpa.

—Mientras no sea por mi culpa... —dijo Theo.

Alia esperó. Su hermano se pasó el pulgar por encima de los vaqueros.

—Nuestros padres no habían llegado a digitalizar gran parte de los viejos archivos. Pensé que debía hacer copias de seguridad de todo y llevar un registro. De modo que los escaneé en...

—¿En un ordenador de Laboratorios Keralis? —preguntó Theo, que parecía realmente horrorizado por primera vez desde que habían empezado a hablar—. ¿Lo hiciste con codificación?

—Sí —contestó Jason—. Y guardamos toda clase de información confidencial en esos servidores. Investigaciones. Datos de los propietarios. En teoría son seguros.

—Pero alguna persona de la empresa podría haber reconocido algo —dijo Diana—. Solo hubiera necesitado una palabra, una mención.

—Lo siento, Al —se disculpó Jason. Parecía físicamente enfermo—. Nunca llegué a tomármelo en serio. No tanto como ellos. Debería haber sido más cuidadoso.

Ella suspiró. ¿Cómo podía estar enfadada con él por algo que nunca podría comprender?

—No sé si darte un bofetón por ser tan estúpido o hacer un baile de la victoria para celebrar que esta vez has sido tú quien se ha equivocado.

—Podrías incorporar el bofetón al baile de la victoria —sugirió Nim.

—Eficiencia —dijo Alia—. Me gusta.

—Eficiencia —repitió Diana, pensativa—. Es posible que estas organizaciones estén intercambiando información ahora mismo. Sería la estrategia a seguir. Por lo que alcanzo a comprender del pergamino, seguir la pista e identificar a las Warbringer no es una tarea sencilla. El primer asesinato de una Warbringer del que se tiene constancia acaeció en el mundo moderno. Eso no puede ser una coincidencia.

—Echale la culpa a internet —dijo Theo.

Alia sostuvo en alto una de las carpetas.

—¿Y el texto tachado? ¿Existen versiones completas de los archivos en algún lugar?

Jason negó con la cabeza.

—Yo no las he encontrado. Imagino que mamá y papá siguieron líneas de investigación separadas a partir de algún punto. Pero no estoy seguro.

Theo volvió a llenar el vaso.

—Entonces llegamos a Grecia, encontramos el manantial y todo se solucionará.

De modo que no pensaban salir huyendo y gritando. Alia tenía ganas de abrazar a Theo. Pero siempre las tenía.

—Theo, esta lucha no te concierne —dijo Jason—. Y a ti tampoco, Nim. Pediré a Ben que aterrice en una pista abandonada cerca de Araxos, y no en el aeropuerto de Kalamata. Desde allí, haré que os devuelvan...

—Para el carro —le interrumpió Nim, levantando los brazos—. Si hay personas dispuestas a dinamitar el Museo Metropolitano para llegar a vosotros, seguro que saben perfectamente quiénes somos y es muy posible que en cuanto volvamos a asomar la cabeza vayan a por nosotros, para intentar descubrir adonde habéis ido.

—Tiene razón —dijo Diana—. No podemos permitirnos volver a subestimar a nuestros enemigos.

—De acuerdo. —Jason reflexionó un momento—. Encontraremos un alojamiento seguro. Un lugar seguro...

—¿Vas a escondernos en un olivar perdido? —preguntó Theo, indignado.

—Estaba pensando en un hotel —dijo Jason.

—Olvídalo. Si estuvieras en mi lugar, ¿te quedarías sentado sorbiendo ouzo mientras yo estoy en peligro?

—No.

—Entonces iré con vosotros.

—Yo también —dijo Nim.

Alia negó con la cabeza.

—Ni hablar. Ya habéis visto a qué nos enfrentamos. Podríais resultar heridos. Tal vez muertos. No podría soportarlo.

—Lo sé —dijo Nim—. Sería una gran pérdida para ti y para el mundo. Pero eres mi mejor amiga. Y, honestamente, prefiero que me peguen un tiro a pasar una semana en una habitación de hotel con Theo.

Alia sabía que su amiga era un hueso duro de roer. Quería decirle a ella y a Theo que se escondieran, que hicieran lo que Jason había propuesto, que hicieran un esfuerzo por mantenerse al margen. Pero, pese al peligro y a las críticas constantes, también quería tenerlos a su lado. Su hermano y ella habían perdido muchas cosas, y Theo y Nim ya formaban parte de su familia. Eran personas cariñosas, comprensivas y, en ocasiones, completamente insufribles.

Alia miró a Diana a los ojos.

—¿Estarán seguros con nosotros?

—No lo sé —dijo ella. La chica agradeció su sinceridad—. Pero tampoco sé si dejarlos en otro lugar sería mucho mejor. Si los encontraran...

No tuvo que terminar la frase. Si alguien conseguía llegar a Theo y a Nim, había dos posibilidades: que fueran los buenos buenos o bien uno de aquellos grupos que no dudarían en torturarlos.

A Alia no le gustaba la idea, pero no tenían elección posible.

—De acuerdo. Podéis venir. Pero intentemos no hacer demasiadas estupideces.

Nim alargó el brazo y apretó con fuerza la mano de su amiga.

—No pidas a Theo que haga promesas que no podrá cumplir.

Tal vez la advertencia de Alia había surtido efecto o tal vez Theo estaba de buen humor, porque se limitó a sonreír y a levantar el vaso de *ginger ale*.

—Propongo un brindis —dijo—. Por los malos.

D

Diana estaba ansiosa por eliminar de su piel los vestigios de la batalla. El olor a humo le impregnaba el pelo y los restos del vestido. Cada vez que respiraba era como volver a rastras al caos del ataque, a la terrorífica visión de los cadáveres tirados en el suelo, a los ecos de un grito de guerra que seguía reverberando en su sangre.

Aunque no conseguía acostumbrarse a la sensación de estar en el aire, se obligó a abandonar la solidez reconfortante de la banqueta acolchada y se dirigió a las duchas. Se lavó, se puso la ropa de piel que había guardado en la mochila y se ató el lazo a la cintura. En Grecia, Diana llamaría la atención, pero viajarían con mucha rapidez, y se sentía más cómoda con su ropa de amazona. Si sufrían otro ataque, quería tener todas las ventajas posibles.

Dedicó un rato a leer los archivos que Jason había traído consigo, de espaldas a la ventanilla del avión. No le gustaba mirar a la oscuridad y ver su propio rostro reflejado en el cristal. No quería ni pensar que estaban atravesando los aires dentro de una máquina que los mortales habían construido con metal, plástico y una dosis injustificada de optimismo acerca de sus propias innovaciones. Si ella hubiera llevado el control del artefacto, habría sido distinto; no le gustaba estar en manos de otra persona, por muy reconfortante que fuera el comportamiento de Ben y su experiencia militar.

Al cabo de un rato empezaron a pesarle los ojos. Acurrucada en el cómodo asiento, arrullada por el sonido de los motores, consiguió dormirse. Soñó que volvía a estar en el campo de batalla que había visto en las aguas del oráculo. Oyó el sonido de lo que ahora sabía que era un arma de fuego, vio las ruinas ennegrecidas de una ciudad desconocida a su alrededor, y montañas de cadáveres. Sin embargo, en esta ocasión era Tek quien contemplaba la escena mientras la bestia con cabeza de chacal degollaba a Diana.

Se despertó jadeando, con la mano en el cuello, todavía con la sensación de los largos colmillos del monstruo alojados en su carne.

La cabina del avión estaba en silencio. ¿Cuánto tiempo había dormido? La luz brillaba por detrás de las persianas bajadas de las ventanillas y se dio cuenta de que habían alcanzado al sol.

Alia estaba hecha un ovillo junto a Nim en la banqueta, con Theo frente a las dos.

Jason se encontraba en la parte posterior del avión. Cuando las chicas se quedaron dormidas, Diana había visto que Theo se servía una bebida que no era *ginger ale*. No dijo nada, pero se preguntó si su comportamiento se debía a la adicción a la bebida, a la fatiga o a algo más sombrío. ¿Sospechaba que su padre estaba involucrado en el ataque? ¿Acaso él mismo era el responsable? No quería pensar mal de alguien a quien Jason y Alia apreciaban tanto, y la sorpresa y la confusión de Theo al enterarse de que Alia era una Warbringer había parecido auténtica. Pero Diana ya no confiaba en su instinto cuando se trataba de los mortales y sus engaños. En aquel mundo se sentía como si avanzara a tientas en la oscuridad, captando apenas algunos flashes, comprendiendo una cosa y tropezando luego con la siguiente.

Bajo los párpados, Alia movió los ojos y Diana se preguntó si debía despertarla. Parecía estar soñando algo desagradable. Tenía el ceño fruncido y agarraba con la mano una de las carpetas que tenía sobre el regazo.

Proyecto Segundo Nacimiento. Aquel era el nombre que los padres de Alia habían puesto a sus investigaciones sobre el linaje Warbringer. La mayor parte de la información procedía de documentos y objetos que habían ido pasando de una generación a otra de los Keralis, así como de leyendas familiares y del trabajo de los investigadores privados a los que habían contratado para encontrar pistas sobre otros descendientes de Helena. Había fotografías de yacimientos arqueológicos, excavaciones privadas que habían financiado en el emplazamiento de antiguos campos de batalla y expediciones submarinas que abarcaban desde la costa de Egipto a las profundidades del mar Negro. Habían creado una división aparentemente secreta de Laboratorios Keralis dedicada a la arqueogenética, y aunque habían iniciado las investigaciones buscando una respuesta al problema del linaje de las Warbringer, quedaba claro que también estaban estudiando las posibilidades que se podían deducir no solo de la biología de Alia, sino del ADN de unos héroes y unos monstruos que para ellos ya eran algo más que leyendas.

Diana fue pasando innumerables páginas en la pantalla del ordenador. Había tardado un poco en acostumbrarse y sus dedos todavía añoraban el tacto del papel, pero su mente estaba ansiosa por aprehender toda la información que se desplegaba ante ella. Una tras otra, las imágenes iban pasando, llenas de anotaciones: Aquiles blandiendo su famoso escudo; Héctor regalando su espada a Ajax; Eneas; Ulises; los hermanos de Helena; el legendario Dioscuros... Pero había otras imágenes, ilustraciones y modelos que le provocaban escalofríos: el Minotauro con sus grandes cuernos de buey en el laberinto de Cnosos; Lamia, el monstruo marino, reina y devoradora de niños; Escila, la de las seis cabezas, con sus triples hileras de dientes de tiburón; los gigantes caníbales de Lamos; la quimera que echaba fuego por la boca... ¿Con qué habían estado jugando los Keralis? Los archivos eran bastante inquietantes, pero los vacíos y las páginas que faltaban también le preocupaban.

Ahora contemplaba en la pantalla una imagen de Equidna, la madre de todos los monstruos, mitad mujer, mitad serpiente. Había unas notas extensas sobre posibles

usos de la terapia genética y la extracción de ADN, así como una lista de posibles emplazamientos de la cueva de Equidna, donde se creía que había muerto. Diana se estremeció. «No me extraña que tenga pesadillas».

Jason regresó de la parte trasera del avión. Tenía el don de parecer tan formal en vaqueros y camiseta como cuando llevaba el traje puesto. Cogió dos botellas de agua del bar y le ofreció una, y a continuación se sentó frente a ella en la butaca y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Sin mirarla a los ojos, dijo:

—Te debo una disculpa. —Puso la botella de agua boca abajo—. Has arriesgado la vida para salvar a Alia, para salvarnos a todos nosotros. Sin tu ayuda, nunca habiéramos conseguido salir del museo. —Hizo una pausa y tomó aliento—. Y supongo que también debería pedirte disculpas por exigir que Alia asistiera a la fiesta. Estoy intentando protegerla a ella y también el nombre de los Keralis, pero no parece que esté haciendo bien ninguna de las dos cosas.

—Lo haces lo mejor que puedes.

Para sorpresa de Diana, una leve sonrisa asomó a los labios del chico.

—Menudo elogio.

Diana no pudo evitar sonreír también.

—Lo siento. Me olvido de lo condescendientes que sois los unos con los otros en vuestro mundo.

Jason soltó una carcajada, pero calló de inmediato al ver que Alia se removía en el asiento, todavía dormida.

—Yo no lo llamaría condescendencia.

—Cometiste un error. Lo has reconocido. Es digno de respeto. Mitigar las repercusiones de estas elecciones o de sus consecuencias sería una mentira que no haría bien a nadie.

El se reclinó en el asiento y le dirigió una mirada de soslayo.

—Tienes razón. No estoy acostumbrado a... que la gente sea tan directa conmigo.

Diana recordó la descripción que Nim había hecho de Jason.

—¿Porque eres rico y guapo?

Ahora él volvió a exhibir esa sonrisa sorprendente que le dibujaba un hoyuelo.

—Tú lo has dicho. —Hizo un gesto hacia el portátil abierto en el asiento contiguo—. Mis padres me criaron con todas estas historias. Yo pensaba que no eran más que eso, cuentos sobre dioses, monstruos y héroes.

—¿Héroes?

—Teseo...

—Un secuestrador.

—Hércules...

—Un ladrón.

Jason arqueó las cejas.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir. En los libros aparecen como héroes.

—Veo que nos criaron con cuentos distintos.

—Tal vez —dijo él—. Cuando me hice mayor, me olvidé de estas historias y solo me interesaban los cómics. Ponerse la capa y rescatar a la chica.

—¿Qué chica?

—La chica. Siempre hay una chica.

Diana resopló.

—Está claro que no nos criaron con los mismos cuentos.

Otra vez la sonrisa.

—¿Cuál era tu favorito? —preguntó él.

—Seguramente la historia de Azimech, la estrella doble.

—No la conozco.

—No es demasiado emocionante. —No era cierto, pero no tenía ganas de compartirla—. Había otra historia que me gustaba, sobre una isla —dijo cautelosamente—. Un regalo de los dioses, concedido a unas guerreras privilegiadas, un lugar en el que nunca se derramaría la sangre. Me gustaba esa historia.

—Eso sí que es ficción.

Ya volvía a aparecer aquel tono de superioridad. Le ponía de los nervios.

—¿Por qué?

—Porque nadie puede detener totalmente la guerra. La guerra es inevitable.

—Tal vez en tu mundo lo sea.

—En cualquier mundo. El problema no es la guerra, sino lo que la humanidad ha hecho con ella.

Diana se cruzó de brazos.

—Supongo que todas las guerras son iguales para los que mueren en ellas.

—Pero ahora es mucho más fácil, ¿verdad? —Volvió a señalar el ordenador portátil—. En las leyendas antiguas, la guerra consistía en un héroe que entraba espada en mano en el campo de batalla, donde había un monstruo al que derrotar. ¿Y ahora? Ni siquiera hay un general que dirija los ejércitos. Todo son drones, reservas nucleares, ataques aéreos... Un tipo puede apretar un botón y borrar del mapa a un pueblo entero.

Diana conocía aquellas palabras y los horrores que conllevaban. En la escuela le habían enseñado todos los métodos que los mortales habían descubierto para destruirse entre sí.

—Me recuerdas un poco a mi madre —dijo—. Según ella, la gente encuentra maneras para que la vida no tenga ningún valor.

—Ni la muerte.

—¿Tienes miedo a morir? —le preguntó Diana con curiosidad.

—No, no si tengo una buena muerte. No si muero por algo en lo que creo. Mis padres... —Vaciló—. Los Laboratorios Keralis no son solo el legado de mis padres. Mientras sigan adelante, su nombre pervivirá y ellos también.

Ciertamente, Jason se tomaba muy a pecho las historias y las leyendas antiguas.

Así era como los antiguos griegos habían percibido la vida después de la muerte.

—Ser recordado es una manera de ser inmortal.

El la miró sorprendido.

—Exacto. Eso es lo que deseo para mis padres.

—Y tal vez para ti mismo, ¿no?

—¿Te parece una estupidez buscar alguna clase de grandeza? —preguntó él. Era la primera vez que ella lo veía algo inseguro.

A Diana no le parecía ninguna estupidez, pero antes de que pudiera responder la voz de Ben sonó por el altavoz.

—Hemos entrado en el espacio aéreo de Grecia e iniciamos el descenso. Aterrizaremos en Araxos en aproximadamente veinte minutos. Preveo un aterrizaje movidito, de modo que abrochaos los cinturones y tened a mano los amuletos de la suerte.

El hechizo que se había creado en el cobijo adormecido del avión se había roto.

Jason se movió y la expresión de su cara cambió.

—Ya queda poco.

Alia y los demás estiraron los brazos y bostezaron. Nim casi parecía otra persona, con el mono de trabajo de Laboratorios Keralis y la cara desmaquillada. Theo chasqueó la lengua y se pasó la mano por la cresta de pelo oscuro. Seguía llevando los pantalones de traje brillantes, pero se había quitado la americana y la corbata y se había puesto una camiseta de Keralis.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Alia con la voz adormilada.

—Casi —contestó Jason.

—¿Qué pasará cuando aterricemos? —dijo Theo, levantándose de la banqueta para acomodarse en un asiento y abrocharse el cinturón de seguridad.

—Ben nos dejará cerca de Araxos. Tendremos que encontrar a alguien que nos lleve en coche hacia el sur; desde allí apenas hay cuatro horas en coche hasta Therapnes. Habría sido más rápido aterrizar en Kalamata, pero me preocupaba hacerlo en un aeropuerto tan transitado.

—Aun así —dijo Alia—, llegaremos al manantial en cuestión de horas.

Intercambió una mirada con Diana, y esta notó que compartían una chispa de excitación.

Estiró los brazos y movió la mandíbula, intentando aliviar la incómoda presión de los oídos.

—¿Nunca habías viajado en avión? —le preguntó Jason.

—No. Yo...

De pronto, una alarma resonó por toda la cabina.

Nim agarró a Alia por el brazo.

—¿Qué ocurre?

—Sentaos las dos ahora mismo —les ordenó Jason.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nim mientras ella y Alia se apresuraban a

sentarse en la hilera posterior a la de Theo.

—Tenemos un problema —dijo Ben por el altavoz, sin poder disimular cierto nerviosismo.

—El avión está equipado con un sistema de prealarma —explicó Jason.

—No nos estarán disparando, ¿verdad? —preguntó Theo con incredulidad.

—¿Podemos responder a un tiroteo? —dijo Alia.

Jason se agarró al reposabrazos.

—No disponemos de esa actualización en particular.

—Desplegando balizas —anunció Ben.

Diana levantó la persiana de la ventanilla. Oyó un ruido sordo, y en el resplandor del cielo vespertino vio dos estallidos brillantes de luz seguidos por rastros de humo blanco. Vislumbró algo que se dirigía a la baliza izquierda y oyó una explosión.

El pequeño avión sufrió una sacudida y se balanceó incontroladamente.

Theo lanzó un juramento y Alia gritó. El avión recuperó el equilibrio. La baliza había rechazado el misil, pero la alarma seguía sonando.

Jason se desabrochó el cinturón de seguridad y se lanzó a la parte posterior del avión. Reapareció al cabo de unos segundos con lo que Diana comprendió que eran mochilas de paracaídas. Las había visto en los cuerpos de pilotos derribados.

—¿No hablarás en serio? —dijo Alia, presa del pánico.

—Póntelo —le ordenó su hermano, lanzándole una mochila—. Ya has saltado de un avión en otra ocasión.

—¡Por tu estúpido decimoctavo cumpleaños! —gritó ella, pero ya se estaba colocando las correas.

—Escuchadme bien —dijo, al tiempo que repartía los paracaídas—. Poneos los anteojos. Estamos a unos diez mil pies. Cuando llegemos a menos de siete mil, vamos a saltar. Lo haremos con cinco segundos de diferencia. Contadlos para no chocar entre vosotros.

—*Ai meu Deus* —dijo Theo.

—¿Y tú? —dijo Alia.

—Ben tiene un paracaídas en la cabina. Iremos en tándem. En cuanto saltéis, quiero que os estabilicéis con la barriga hacia abajo y que luego despleguéis el dosel principal. Intentad colocaros contra el viento y estad preparados para agacharos y salir rodando en cuanto pongáis el pie en tierra.

—No puedo creerme que esté pasando esto —gimió Nim, retorciéndose dentro del arnés.

—Pero así es —dijo Alia, y a Diana le sorprendió la firmeza de su voz—. Todo va a salir bien.

—Mentirosa —le recriminó Nim.

—Optimista —le contradijo su amiga. Había miedo en sus ojos, pero todavía le quedaban fuerzas para esbozar una sonrisa.

—Quedaos donde estéis cuando lleguéis al suelo —les indicó Jason—. Las

mochilas llevan rastreadores. —Tocó brevemente el hombro de Diana—. Os encontraré.

Se oyó un sonido metálico y el avión se estremeció ligeramente.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Theo, metiendo las piernas por las correas del arnés.

Diana alzó la vista hacia el techo.

—Hay algo encima del avión.

Volvieron a oír el repiqueteo metálico.

—¿Son pies...? —dijo Alia, pero sus palabras se desvanecieron al abrirse de pronto la puerta del aparato. Un rugido ensordecedor inundó la cabina. Todos estaban amarrados a los asientos. Todos menos Jason.

En un instante, Diana notó que se le escapaba la mochila de las manos y vio que él abría los ojos desmesuradamente.

—¡No! —gritó. Intentó agarrarlo, pero ya era demasiado tarde. La fuerza del vacío lo levantó como si fuera un muñeco y lo succionó hacia el cielo que le esperaba.

Alia, Theo y Nim gritaban. Diana miró al lugar que había ocupado Jason un instante antes. «Hoy estamos aquí y mañana habremos desaparecido».

Dos hombres con armaduras negras irrumpieron por el agujero que habían horadado en el lateral del avión, con unos cables amarrados a la espalda, y avanzaron hacia ellos.

Diana se liberó del cinturón de seguridad y se arrojó hacia ellos. Los individuos dieron un paso atrás, peligrosamente cerca de la puerta abierta. La amazona notó el cañón de una pistola presionada contra su costado y oyó que uno de los soldados descargaba sobre ella.

Lanzó un grito al sentir que algo en su interior se desgarraba debido a las balas, y por un instante el mundo se volvió de color negro. El soldado que tenía encima presionó el cañón de la pistola contra su cráneo. Diana no estaba segura de si podría sobrevivir a aquello, pero tampoco tenía intención de averiguarlo.

Soltó un aullido de rabia y se deshizo de él, embistiéndolo con todas sus fuerzas. El hombre salió disparado hacia arriba y chocó contra el techo del avión, antes de caer convertido en un deshecho humano.

Diana se levantó, se llevó la mano al costado y su sangre se convirtió en hielo. El otro soldado había cogido a Alia y saltó del avión mientras el viento se llevaba el grito de la chica.

—No, no lo harás —rugió Diana.

Echó mano del lazo que tenía atado a la cadera y, aferrada al lateral metálico de la puerta destrozada, lo lanzó en dirección al soldado con toda la fuerza que pudo reunir. El lazo salió disparado hacia abajo trazando un arco brillante, como un latigazo de fuego dorado en mitad del cielo azul.

La órbita se cerró sobre Alia y el soldado, los cazó con gran violencia y Diana

empezó a tirar de ellos. La cabeza del hombre impactó contra el borde de la puerta en el momento en que volvía a entrar en el avión. Alia y él cayeron en el interior, pero el cuerpo del soldado estaba inerte. Nim y Theo se abalanzaron sobre ellos y se llevaron a rastras a Alia, mientras Diana clavaba las uñas en el lazo, intentando alejarse del atacante.

Sacudió el lazo y este se soltó de su presa. La princesa amazona se apoyó contra la pared del avión, jadeando. Sentía que se estaba curando; una sensación fresca y reptante se propagaba por todo su cuerpo. La herida del costado se había cerrado, pero todavía estaba conmocionada por el dolor que había experimentado, por el tacto de su propia sangre en los dedos. Por suerte, la entrada de la bala había sido limpia.

En aquel momento, el aullido de la alarma se aceleró todavía más.

—Recibido —comentó la voz sorprendentemente tranquila de Ben por el altavoz. El avión se inclinó de forma pronunciada hacia la izquierda y todos cayeron contra los asientos.

Un sonido parecido a un trueno rasgó el aire y el aparato graznó con una explosión de cacofonías. Entonces se hizo un extraño silencio. La alarma y los motores dejaron de oírse y empezaron a descender en caída libre. Pero de repente uno de los motores del avión cobró vida y Ben evitó la zambullida.

—Chicos, es hora de abandonar el avión de una manera ordenada —dijo por la radio—. Va a ser imposible aterrizar con este pájaro.

Diana se puso de rodillas y arrastró con ella a Alia.

—Vamos.

—No tienes paracaídas —empezó a decir la chica.

Ben apareció por el umbral de la cabina de pilotaje con un paracaídas amarrado a la espalda.

—Podemos ir juntos —dijo—. Yo la agarraré.

Sonó otro ruido metálico por encima de ellos. Pasos que corrían hacia la puerta. ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué estaban haciendo? Lo único que sabía Diana era que estaban decididos a matar a Alia.

—Solo tenemos una opción —dijo—. Yo los bloquearé mientras vosotros vais saliendo. Sin discutir. Ben, ponte detrás de mí, con los demás.

Él sacó una pistola.

—Con el debido respeto, señorita, un exmiembro de las fuerzas especiales no se esconde bajo las faldas de una dama.

Una riada de soldados vestidos de negro entró por la puerta.

—¡Ahora! —gritó Diana. Ben y ella corrieron hacia los soldados. Oyó la ráfaga de disparos, sintió la quemazón de una bala que le hería el muslo y se puso a forcejear con uno de los hombres, y después con dos.

Eran soldados fuertes, mejor equipados y entrenados que los que habían combatido contra ella en el museo. Parecía que los enemigos de Alia se habían dado cuenta de la fuerza a la que se enfrentaban.

El dolor en el costado ralentizaba sus movimientos, pero lo único que importaba era conseguir que Alia y los demás pudieran huir. Echó una rápida mirada a la puerta y vio que Nim se lanzaba con un chillido y desaparecía de la vista. Theo ya debía de haber saltado. Alia la miró a los ojos y se tocó el corazón con el puño. «Hermana en la batalla». Entonces cerró los ojos y saltó.

Diana soltó un gruñido y agarró al hombre por la muñeca; notó huesos que se astillaban, pateó con fuerza. El soldado gritó y se vino abajo, pero ya había otro hombre detrás de ella, agarrándola por los brazos.

Horrorizada, vio que Ben estaba desplomado sobre la banqueta, con los ojos en blanco y el pecho agujereado. Al parecer, el coraje no detenía las balas, ni siquiera el de un exmiembro de las fuerzas especiales.

Ahora dos soldados la retenían, tirando de sus muñecas. Uno le propinó un puñetazo en la herida todavía tierna del costado. Diana gritó al sentir una explosión de dolor que la dejó sin aliento.

—He oído hablar de ti —dijo uno de los soldados desde detrás del casco de color negro, avanzando hacia ella con un cuchillo lleno de muescas en la mano—. Dicen que eres capaz de sobrevivir a una bala. A ver cómo te las arreglas cuando te arranque el corazón del pecho.

Con el rabillo del ojo, Diana vislumbró un movimiento, pero su mente se negó a creer lo que estaba viendo. Alguien colgaba del ala del avión.

Jason colgaba del ala del avión.

«Imposible». Ningún mortal tenía tanta fuerza. Pero entonces vio cómo el chico se encaramaba al lateral y se lanzaba hacia el interior del aparato, abalanzándose sobre el soldado del casco, y cómo le arrancaba el cuchillo de las manos y, con un rápido movimiento, le partía el cuello.

«No puede ser».

Los soldados echaron mano a las armas y apuntaron a Jason. Diana los embistió y los lanzó contra la pared, haciendo que se desplomaran sobre el suelo.

Por un instante, Jason y ella se quedaron mirando, con el avión dando sacudidas y cayendo en picado hacia la superficie de la tierra.

—¡Me has mentido! —gritó ella por encima del rugido del viento.

El se inclinó, arrancó el paracaídas de la espalda de Ben y se lo pasó por encima de los hombros.

—No más de lo que tú me has mentido a mí. —Le tendió la mano—. ¿Vale la pena morir por eso?

Ella le tomó la mano y él la atrajo hacia sí.

—Agárrate bien —le dijo, y luego el cielo los abrazó.

El terror de la caída invadió a Alia como una ola. El mundo se le venía encima como una avalancha y su cerebro intentó recordar todo lo que había aprendido sobre paracaidismo en la fiesta de cumpleaños de Jason, pero en su lugar escupió la lista de los huesos del cuerpo humano, de cada hueso que se estaba a punto de romper.

Los detalles de la tierra se volvieron cada vez más claros, en colores verdes, grises y marrones. Cordilleras y sombras, zonas boscosas. Sus dedos buscaron a tientas los pestillos y los trozos de metal que se le aferraban a los hombros.

Sentía el cuerpo pesado, tremendamente torpe, mientras intentaba mantener la posición que su hermano había descrito. Jason. Había visto cómo el viento se lo llevaba, cómo lo arrancaba del avión. Había sucedido todo muy deprisa. Desesperada, se presionó el pecho y una mezcla de miedo, dolor e incredulidad se apoderó de ella.

El viento y el latido de su corazón le inundaban los oídos. Se había hecho la dura con Diana, instándola a matarla por el bien de la paz, y en cambio ahora solo tenía una idea en la cabeza: «No quiero morir». Agarró el conmutador de la cadera y tiró de él con fuerza. Se oyó un sonido chirriante. Había tirado del cordón equivocado. Por un instante estuvo segura de ello, convencida de que había metido la pata hasta el fondo. Pero entonces notó un fuerte tirón hacia arriba y una enorme sacudida. Un sonido ahogado, una mezcla de sollozo y quejido, salió de sus labios cuando el arnés se le hundió en los muslos y el impulso aminoró. Tuvo la sensación de que se había dejado los hombros y la pelvis en algún lugar por encima de ella.

Se obligó a estudiar el terreno. Sabía que necesitaba encontrar algún lugar llano y sin árboles, y dirigir la caída jugando con el viento. Tiró suavemente de las cuerdas, probándolas. Debajo, el mundo parecía ajeno y misterioso. Su mente registró graneros, casas, tierras de cultivo... Necesitaba un campo, algún lugar llano. Tiró con cuidado de las cuerdas, virando hacia la izquierda, luego a la derecha, intentando ralentizar el descenso.

Ahora planeaba sobre la superficie brillante de un río, y al cabo de un instante la tierra ya estaba demasiado cerca, acelerándose debajo de su cuerpo. Alzó los pies e impactó contra el suelo con un ruido sordo y doloroso, y luego salió disparada hacia delante, incapaz de controlar el impulso. Notó que se le torcía un tobillo y que una roca se le clavaba en la espalda y en los costados. Encogió las rodillas y salió

rodando. La tela, impulsada por el viento, la arrastró por el suelo y finalmente se desmoronó y se detuvo en seco.

Alia se quedó tumbada de lado, intentando recuperar el aliento, intentando que su mente racional interiorizara la adrenalina que le recorría el cuerpo. Forcejeó con los pestillos y correas del arnés y consiguió librarse de ellos. Notaba un palpito en el tobillo. Esperaba no habérselo roto. Se obligó a incorporarse, todavía sentada, pero cada parte de su cuerpo era como un molde de gelatina que no ha llegado a cuajar. Se encontraba en la base de una ladera cubierta por lonas y mallas para evitar la erosión.

Oyó un zumbido estridente y miró hacia el cielo. Vio un rastro de humo: era el avión que caía en picado, en espiral. El aparato desapareció por detrás de unas colinas y luego oyó una fuerte explosión que sacudió la tierra bajo sus pies. Soltó un grito cuando vio la columna de humo negro ascendiendo en el horizonte.

Vislumbró una forma que se movía por el cielo, con el cuenco traslúcido de un paracaídas justo detrás. ¿Sería Diana? ¿Ben? ¿Uno de los asaltantes?

Se puso en pie con grandes esfuerzos. Jason había dicho que las mochilas llevaban rastreadores. «Jason».

—¡Alia!

Era Nim. Alia nunca había oído un sonido más maravilloso. Se dio la vuelta y, al ver a su amiga acercándose a trompicones a ella, se obligó a permanecer en pie. Recorrieron tambaleándose el resto de distancia que las separaba, hasta que Alia abrazó a Nim, deseando poder tenerla cerca y protegerla siempre.

—¿Has visto dónde ha caído Theo? —preguntó.

—No —dijo Nim—. Ha pasado todo muy deprisa.

Alia notó que el pánico casi le impedía respirar.

—Vayamos a lo alto de la colina —propuso—. Tal vez podamos ver algo más.

Alia se apoyó en Nim, y juntas sortearon las lonas y las mallas tan rápido como se lo permitían sus piernas tambaleantes. Al oeste, vieron una franja de mar de color zafiro, y, al este, solo tierras de labranza.

—¡Ahí! —dijo, señalando al punto donde un paracaídas navegaba hacia las proximidades de lo que parecía ser un campo de grano. Tenían que ser Ben y Diana. Tenían que ser ellos. Bajaron con cierta dificultad por el otro lado de la colina, con Alia cojeando ligeramente, intentando ignorar el dolor del tobillo mientras Nim se arremangaba la camiseta con el logotipo de Keralis por encima de los hombros. Era última hora de la tarde, pero el sol seguía pegando fuerte.

Alia tenía ganas de tumbarse allí mismo, de taparse la cabeza con las manos y ponerse a gritar. No dejaba de ver el rostro de su hermano en el momento en que había desaparecido por la puerta del avión. «Sigue adelante», se dijo. «Sigue moviéndote. Si te detienes, tendrás que pensar».

Rodearon un seto cubierto de vegetación y creyó oír voces.

Nim levantó la cabeza bruscamente.

—Parece...

—No puede ser —dijo Alia, pero habría reconocido la voz de su hermano en cualquier lugar, sobre todo cuando estaba enfadado.

—No te debo ninguna explicación —se le oía gritar malhumorado, a lo lejos—. Tú me has estado mintiendo y esquivando mis preguntas desde el momento en que nos conocimos.

—Ningún hombre normal podría hacer lo que acabas de hacer tú —respondió Diana.

Alia terminó de rodear el seto y vio a la amazona caminando en círculos en un campo moteado de amapolas y a Jason tumbado en el suelo, intentando deshacerse del lío de cuerdas del paracaídas. Estaba vivo. Estaba bien. Le daba igual cómo o por qué; la cuestión era que estaba bien.

—Ayúdame a salir de aquí —le dijo a Diana.

—Arréglatelas tú solito —respondió ella.

Alia intercambió una mirada con Nim.

—¿Os interrumpimos? —preguntó.

Jason y Diana se volvieron y la vieron al mismo tiempo.

—¡Alia! —gritaron.

Diana corrió a grandes zancadas hacia ella y la levantó en brazos, columpiándola como si fuera una niña pequeña.

—¡Lo has conseguido! —Pasó un brazo por encima de los hombros de Nim y las abrazó a las dos—. Lo habéis conseguido.

Jason soltó un gruñido de frustración y dijo:

—¿Puede alguien ayudarme a salir de este embrollo para que pueda abrazar a mi hermana de una maldita vez?

Alia se le acercó renqueante, con lágrimas en los ojos, y le dijo:

—Ya te ayudo yo, gruñón.

El tiró de ella y la abrazó con fuerza.

—Creía que te habíamos perdido.

—Lo mismo digo.

—¿Me estás llenando la camiseta de mocos?

—Probablemente —dijo ella, pero no lo soltó—. ¿Cómo diablos has llegado hasta aquí?

Jason suspiró.

—Es una historia muy larga. Te la contaré, pero ahora tenemos que irnos. Los que nos han abatido deben de tener gente en tierra, buscándonos.

—¿Ha podido salir Ben antes de que cayera el avión? —preguntó Nim.

Jason negó con la cabeza.

—No.

—Ha muerto como un valiente —les explicó Diana.

—Pero ha muerto de todos modos —respondió Alia. Otra muerte sobre su conciencia, y otra razón más para llegar al manantial.

Después de unos minutos manipulando los hilos, consiguieron liberar a Jason, aunque Diana siguió manteniéndose lejos de él, con los brazos cruzados y la mandíbula rígida. El abrió un parche de velero de una de las correas de la mochila del paracaídas y sacó una especie de pantalla. A continuación movió los dedos por encima ella para introducir un código y de inmediato un conjunto de puntos verdes aparecieron al lado de una brújula electrónica.

—Estos somos nosotros —explicó, usando las yemas de los dedos para ampliar la imagen. Otro punto verde apareció al sudeste.

—Y ahí está Theo —dijo Alia.

—O por lo menos su paracaídas.

Alia dio un codazo a Jason en el brazo.

—Ni digas eso.

Siguieron la señal a través del campo de amapolas hasta llegar a un olivar, y atravesaron interminables hileras de árboles retorcidos. A la luz de la última hora de la tarde, las hojas de color gris verdoso proyectaban una sombra plateada, como ramas rodeadas de nubes de espuma del mar.

Nim se detuvo en seco.

—¡Dios mío...! —exclamó, y cuando Alia siguió su mirada horrorizada vio el cuerpo flácido de Theo colgando de las ramas retorcidas de un olivo, como una marioneta con las cuerdas aflojadas.

—No —gimió Alia—. No...

Ella era la responsable de aquello. Habría preferido haber sido ella quien se hubiera partido el cuello.

Entonces uno de los zapatos puntiagudos de Theo se movió ligeramente, y luego la rodilla, y luego el muslo y así hasta la muñeca. Alia agarró a Nim por el brazo, con una inmensa sensación de alivio.

—¡Está vivo! —exclamó, feliz.

—Ya decía yo que no me desharía tan fácilmente de él —dijo Nim, pero estaba sonriendo.

Diana observó el contoneo de Theo.

—¿Qué está haciendo exactamente?

Jason suspiró.

—Me temo que está haciendo la ola.

Alia ladeó la cabeza.

—¿Tal vez el robot?

Diana frunció el ceño.

—¿Es así como celebráis haber evitado la muerte?

—¿Qué estás haciendo exactamente, Theo? —preguntó Alia.

El intentó volverse entre las cuerdas, pero no lo consiguió.

—¿Alia? —gritó—. ¿Chicos?

Sus pies pedalearon fútilmente en el aire. Estaba apenas a un metro del suelo,

pero era un metro crucial.

—Parece un adorno de Navidad que se haya vuelto majareta —dijo Nim—. Y, por el amor de Dios, ¿quién le dijo que esos pantalones eran una buena idea?

A Alia los pantalones le parecían geniales. ¿Estaba fuera de lugar pensar en el buen culo que le hacían cuando un segundo antes lo había dado por muerto?

Diana tardó apenas unos instantes en trepar al árbol y cortar las cuerdas que sujetaban a Theo, quien cayó al suelo.

—¿Podemos no repetirlo nunca más? —preguntó, mirándoles desde el lodo.

—Hecho —contestó Jason al tiempo que le tendía una mano.

Le ayudó a levantarse y le dio un rápido abrazo y unos golpecitos en la espalda. Alia tenía ganas de llenar de besos su ridícula cara, pero necesitaría tirarse de varios aviones más antes de reunir el valor suficiente para hacerlo.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó Nim—. ¿Cómo sabían que nos dirigíamos a Grecia?

—No lo sé —dijo Jason—. Es posible que localizaran el avión vía satélite. Tal vez estaban esperando para ver dónde teníamos intención de aterrizar, y cuando nos tuvieron al alcance...

—Dispararon —concluyó Theo.

—Deben de haber visto dónde caía el avión —dijo Diana—. Tenemos que ponernos en movimiento. Si no saben ya que hemos sobrevivido al accidente, no tardarán en saberlo.

—Pero ¿dónde estamos? —dijo Nim—. ¿Y adonde vamos a ir?

Theo sacó el teléfono del bolsillo.

—¡No lo hagas! —gritó Alia, arrebatándoselo de las manos y tirándolo al suelo.

—¡Eh!

—Tal vez sea así como nos han encontrado —dijo Nim.

Theo se lo tomó como un insulto.

—¿De veras creéis que dejaría que alguien me localizara a través de mi móvil? Si alguien está tratando de encontrarme, lo más seguro es que piense que estoy tomando el sol en Praia do Toque. Y ya me gustaría, os lo aseguro.

—A mí también me gustaría que estuvieras allí —dijo Nim.

—¿Alguien más tiene teléfono? —preguntó Jason.

Nim negó con la cabeza.

—Me lo dejé en el bolso, en la fiesta.

—Yo no he tenido tiempo de conseguir uno nuevo —dijo Alia—. Y Diana no tiene móvil.

Theo se llevó la mano al pecho.

—¿No tienes móvil? ¿Y cómo funcionas?

Diana le dirigió una mirada altiva que parecía sacada directamente del manual de estrategias de Nim.

—Llevo zapatos cómodos y evito las ramas de los olivos.

—Menudo corte —dijo Nim con una sonrisa—. Y qué acertado.

—¡Calla de una vez! —le espetó Theo, mirándose los zapatos en punta—. No lo ha dicho en serio.

—De momento no uses el teléfono —dijo Jason.

—De acuerdo —replicó él—. Pero, para saber tanto de biología, no tienes ni idea de tecnología. Esta cosa es literalmente imposible de rastrear.

Por fin, Diana los condujo hacia el sureste, dejando el sol poniente a sus espaldas. Atravesaron olivares y tierras de cultivo durante horas, avanzando a trompicones, perdidos en sus propios pensamientos. Se mantuvieron alejados de las carreteras principales y dibujaron un amplio perímetro para bordear granjas y casas, con Theo en primera posición y Nim cerrando el grupo, ya que no parecían capaces de dejar de insultarse, a pesar del peligro. De vez en cuando, Alia todavía los cazaba lanzándose miradas de odio desde cada extremo.

A veces, Diana o Jason se adelantaban para explorar la ruta, y casi había llegado el crepúsculo cuando ella regresó para decirles que se encontraban a las afueras de una zona llamada Thines.

—¿Crees que hemos avanzado suficiente? —preguntó Alia.

No quería quejarse, pero le dolían los pies y el agotamiento le agarrotaba el cuerpo. Aunque el tobillo le obedecía, se moría por descansar un rato.

—En cualquier caso, está oscureciendo y pronto no veremos nada —dijo Jason—. Debemos buscar un sitio para pasar la noche.

—No creo que debamos arriesgarnos a buscar alojamiento —dijo Diana—. No muy lejos he visto un edificio que parecía abandonado.

—¿Cómo puede ser que no estés cansada? —le preguntó Nim, irritada.

Alia sonrió. Ya casi se había acostumbrado a las reservas de energía ilimitadas de la amazona.

—Es irritante, ¿verdad?

Siguieron a Diana durante otro kilómetro de huertos y atravesaron el lecho de un río seco, donde las piedras brillaban casi blancas a la luz crepuscular, para terminar adentrándose en otro olivar. De vez en cuando, a través de los árboles, Alia vislumbraba ventanas iluminadas o la forma de algún edificio. En una ocasión pasaron tan cerca de una casa que pudo ver un televisor a través de la ventana, proyectando una luz azulada sobre la sala de estar. Se sentía como si estuviera mirando por un portal a otro planeta. ¿Cómo era posible que estuviera sucediendo algo tan ordinario mientras ellos huían para salvar la vida? Se alegró de que abandonaran los bosquecillos y empezaran a subir por una cuesta, atravesando un bosquecillo de árboles y arbustos densos donde era más fácil refugiarse.

Por fin, llegaron a un edificio que parecía haber albergado anteriormente una capilla, pero que llevaba mucho tiempo abandonado. Estuvieron a punto de pasar de largo, pues estaba escondido entre una arboleda de cipreses y unas trampas para animales. Con suerte, sus perseguidores se dirigirían directamente a las granjas

vecinas y no se les ocurriría buscarlos allí.

Alia recorrió a tientas la pared junto a la puerta y encontró una vieja lámpara de aceite que colgaba de un gancho oxidado.

—Todavía tiene aceite —dijo.

Al cabo de unos minutos más rebuscando a ciegas, encontraron también unas cerillas en una caja de latón encajada en un agujero de la pared.

—Mantén la llama baja —le advirtió Jason.

La chica encendió la mecha y giró la diminuta llave de bronce hasta conseguir una pequeña llama. Bajo la luz tenue, vieron las paredes pintadas de blanco que se elevaban hacia una bóveda esmaltada en azul y el suelo de tierra compacta bajo sus pies. Había siluetas oxidadas de material de granja y un montón de bancos de iglesia podridos apilados de cualquier manera en el ábside, pero aun así había espacio de sobra.

—Podemos pasar la noche aquí —dijo Jason.

—¿Estamos lo bastante alejados de las granjas? —preguntó Diana.

—Creo que sí.

—¿Y hoy ya no vamos a avanzar más?

—No.

—Bien —dijo Diana. De un solo movimiento, se desató el lazo de la cadera y lo pasó por encima de los hombros de Jason—. Entonces, dime, ¿qué eres exactamente Jason Keralis?

Diana ajustó el lazo con fuerza y, por un instante, pareció que las fibras que lo componían brillaran bajo la luz tenue de la iglesia. Jason se tambaleó, pero se mantuvo en pie, agitándose en el extremo del lazo como un pez que ha picado el anzuelo. Pese a lo que ella había presenciado en el avión, la fuerza que desplegaba todavía le resultaba sorprendente.

—¡Diana! —gritó Alia.

—¡Te ha pillado! —exclamó Theo.

—¿De qué está hecha esa cosa? —preguntó Nim.

La amazona los ignoró a todos.

—¿Quién eres? —inquirió—. ¿Qué eres?

—Soy exactamente quien te dije que era —contestó él, apretando los dientes.

—¿Cómo pudiste agarrarte al ala del avión a esa velocidad? ¿Cómo te sujetaste? ¿Qué eres, Jason Keralis? Habla.

El gruñó enojado, con los músculos tensos y los tendones del cuello hinchados. Pero no podía competir contra el poder del lazo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Theo, al borde de la histeria—. ¿Qué le estás haciendo?

—Jason está bien —dijo Diana, aunque no estaba demasiado segura de ello—. El lazo obliga a decir la verdad.

El chico hizo una mueca.

—Soy descendiente de Helena y Menelao, igual que Alia.

Por supuesto que lo era (al fin y al cabo, eran hermanos), pero eso no explicaba sus habilidades.

—¿Otro Warbringer?

—Una cosa... distinta. —Lo dijo como si le estuvieran arrancando las palabras—. Llevo sangre de héroe. La sangre de Menelao y de los reyes espartanos que lo precedieron. Mi madre y mi padre me ayudaron a mantener mi fuerza en secreto.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Alia.

Diana notaba la preocupación que sentía por su hermano, pero el rencor de su voz también era evidente.

—Mamá y papá no querían que nadie lo supiera —contestó Jason—. Era

peligroso para todos.

—Te contuviste cuando nos peleamos en el hotel —dijo Diana al caer en la cuenta.

—Llevo toda la vida conteniéndome —gruñó él—. Y ahora quítame este trasto de encima.

—Suéltale —le exigió Alia—. No está bien retenerlo de esa forma.

Diana entornó los ojos, pero aflojó el lazo.

Jason se lo sacó por encima de la cabeza y lo tiró como si fuera una serpiente.

—¿Qué demonios es eso?

Diana recogió el lazo.

—Un accesorio muy necesario en el Mundo del Hombre. Nos has mentido todo este tiempo a todos.

—¿Y tú? ¿Has hablado claro? —La apuntó con un dedo acusador—. Apareciste de la nada, las balas te rebotan como si fueran bolitas de papel y luchas mejor que mis mejores guardias de seguridad.

—En ningún momento he intentado ocultar mis poderes —respondió Diana—. Los secretos que protejo no me pertenecen solo a mí.

—¿Crees que eso te disculpa? —Jason chasqueó la lengua y echó a andar enfurecido en dirección a la puerta de la capilla. Miró hacia atrás, por encima del hombro—. Si tanto ansias saber la verdad, tal vez deberías ofrecer la tuya a cambio.

Desapareció entre las sombras.

Alia quería ir tras él, pero Theo le puso una mano en el hombro.

—Es mejor que le des un minuto. Si hay algo que detesta tu hermano, es sentir que ha perdido el control.

—No deberías haberlo hecho —dijo Alia a Diana—. No deberías haber usado el lazo.

La princesa amazona se lo enrolló en la cadera, tomándose su tiempo para sofocar parte de su ira. Alia tenía razón y tal vez Jason también la tuviera. Pero aun así era un hipócrita. Mientras la azuzaba para obtener información, él había estado guardando el secreto de su fuerza sobrehumana.

—Bien —dijo Theo, rompiendo el silencio—. Ahora sé por qué siempre me ganaba al baloncesto.

Alia le lanzó una mirada llena de escepticismo.

—Te he visto jugar a baloncesto, Theo. Te ganaba porque eres malísimo.

—Soy bueno en los rudimentos básicos —dijo él con dignidad.

Nim se echó a reír.

—Y yo soy la reina de Holanda —soltó. Miró hacia donde Jason había desaparecido—. Pero ahora entiendo muchas cosas. Alia, ¿tu hermano se ha puesto enfermo alguna vez en su vida?

La chica sacudió lentamente la cabeza.

—No. Nunca se perdió un día de escuela, nunca se ha tomado un día libre en el

trabajo. Yo creía que solo era... No sé, Jason haciendo de Jason. Parecía que incluso los resfriados le tuvieran miedo.

—Además, el sudor le huele a piña —dijo Nim.

Alia la miró, soliviantada.

—¿Cómo?

Su amiga se sonrojó y se encogió de hombros.

—¿Por qué creéis que me gustaban tanto sus camisetas sucias? Olían a bosque, era un aroma muy sexy.

Era cierto que Jason olía bien. Casi mejor que un coche nuevo. Pero Diana no tenía intención alguna de alargar el tema.

Alia hizo ver que vomitaba.

—Eres asquerosa.

—Soy sincera —dijo Nim, olisqueando.

—Bueno, pues yo no pienso dejar de criticarlo por la colonia que usa —declaró Theo.

Ahora ya había oscurecido casi del todo. Diana suspiró.

—Será mejor que Jason no se vaya muy lejos.

—Voy a buscarlo —se ofreció Theo.

—Gran idea —dijo Nim—. Tal vez encuentres una zanja donde caerte.

Alia se sacó del bolsillo la pantalla rastreadora del paracaídas y se la dio al chico.

—Toma —dijo—. La pantalla da bastante luz. Puedes usarla como linterna.

—Ojalá pudiera utilizarla como bocadillo. La próxima vez que nos tiremos desde un avión recordadme que coja una bolsa de ganchitos.

Alia señaló al bosquecillo.

—Tenemos aceitunas y más aceitunas.

—Tal vez podríamos cocinar y comernos a Nim —se lamentó él, dirigiéndose a la puerta.

Nim se pasó una mano por el pelo negro.

—Pues estaría deliciosa.

Diana barajó la posibilidad de ir ella a buscar a Jason en vez de Theo, pero sabía que todavía no estaba lista para disculparse, y dudaba que él quisiera oír ninguna disculpa. Además, alguien tenía que quedarse con Alia.

Al menos podía pedir disculpas sinceras por una cosa.

—Siento haber perdido los estribos —susurró.

Alia soltó un largo suspiro.

—Yo también estoy enfadada con él —dijo—. Pero estoy tan contenta de que esté vivo que me cuesta seguir enfadada.

Tal vez era esa la parte que tenía confundida a Diana, el momento horrendo en que habían visto desvanecerse a Jason y había creído que se había ido para siempre. Pensó en los soldados que habían abandonado en el avión, en Gemma Rutledge, una persona a la que no había llegado a conocer, una chica rubia vestida de fiesta que

cayó muerta al lado de Nim. Pensó en el pecho de Ben, agujereado por las balas. Nunca había conocido a nadie que hubiera muerto. Apenas conocía a Ben, y sin embargo sentía todo el peso de la pérdida, de la valentía y el sentido del humor que habían desaparecido con él. Jason tenía razón. Aquí la muerte era demasiado fácil.

Se acostaron sobre el frío pavimento y, al cabo de un rato, Theo regresó y les informó de que Jason haría el primer turno de vigilancia.

—Es mejor dejar que se le pase el enfado —dijo, encogiéndose de hombros, y se acurrucó de lado a poca distancia de Nim y de Alia.

Diana todavía no estaba dispuesta a confiar en Theo. Cuando los tres se quedaron dormidos, salió sigilosamente de la capilla y avanzó en silencio por entre los árboles y los arbustos hasta que localizó la figura de Jason en la oscuridad. Estaba de espaldas a ella, con la cabeza levantada hacia las estrellas. Parecía una escultura de piedra, la estatua de un héroe, todavía en pie mientras todo a su alrededor estaba en ruinas. O tal vez solo era un chico solitario que miraba las estrellas. ¿Cómo debía ser tener que esconder la verdad incluso a tu mejor amigo y a tu hermana?

Diana no se acercó a preguntárselo. Sin hacer ruido, dio media vuelta y volvió a la capilla para echarse al lado de Alia. Luego se quedó profundamente dormida y no tuvo ningún sueño.

Jason la despertó en algún momento después de la medianoche. No le dijo nada, y, sin una palabra, Diana salió a hacer guardia mientras él se acostaba sobre el suelo de la capilla.

Las horas pasaron lentas con sus pensamientos y el zumbido incesante de las cigarras como única compañía, pero al fin el cielo empezó a iluminarse y la luz grisácea del amanecer se derramó sobre el bosquecillo de más abajo. Rehízo el camino hasta la capilla, ansiosa por empezar la jornada de viaje. Abrió la gastada puerta y vio a Alia durmiendo tranquilamente de lado y a Jason pegado a su espalda, con una ceja arqueada como si expresara su desaprobación incluso en sueños.

Nim estaba encima de Theo, agarrándole el cuello con las manos, mientras él, con la cara roja de sangre, le arañaba los brazos.

—¡Nim! —gritó Diana.

La chica volvió la cabeza, pero quien le devolvió la mirada no era Nim. Tenía los ojos vacíos y su cabello era una crin de noche estrellada. De la espalda le salían las alas negras y siniestras de un buitre. La imagen parpadeó y desapareció.

Diana se abalanzó sobre Nim, la sacó de encima de Theo y las dos rodaron juntas por el suelo de la capilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason, adormilado. Alia también se había despertado.

Pero Theo ya se estaba poniendo en pie, tosiendo y jadeando. Soltó un rugido y se apresuró hacia Diana y Nim.

En una décima de segundo, Jason pegó un salto y lo inmovilizó.

—¡Alto! —ordenó—. Ya basta.

Theo forcejeó, tratando de liberarse.

—Voy a matar a ese bicho...

—¡Deberías haber muerto en el accidente! —gritó Nim, silbando y escupiendo mientras Diana intentaba contenerla sin hacerle daño—. ¡No deberías estar aquí! ¡Eres tan inútil como dice tu padre!

Theo gruñó.

—Estúpida, fea, gorda...

Jason agarró a su amigo por la mandíbula y se la cerró de golpe, silenciándolo a la fuerza.

—Cierra la maldita boca.

Diana levantó a Nim del suelo y la cargó sobre sus hombros. La chica soltó un bufido de frustración. Al menos no podría seguir insultando y gritando, aunque no paró de gruñir y de forcejear hasta que estuvieron a una cincuentena de metros, en pleno bosque de cipreses.

Diana la tiró sobre la hierba rala.

—Nim —dijo Alia, que las seguía de cerca—. ¿Qué ha pasado?

—Yo... —jadeó Nim—. Yo... —Abrió los puños, con una expresión de terror en el rostro. Hundió los hombros y se echó a llorar—. Quería matarlo. He intentado matarlo.

Alia miró a Diana.

—La cosa está empeorando, ¿verdad?

La amazona asintió. Tal vez el terror de los días pasados habían hecho que Theo y Nim fueran más susceptibles al poder de Alia o tal vez todo era producto del influjo de la luna nueva. Solo había una cosa segura: cada vez les quedaba menos tiempo.

—Tenemos que encontrar el modo de mantenerlos separados —dijo Alia.

—¿No vais a dejarme aquí, verdad? —preguntó Nim, limpiándose las lágrimas de los ojos.

Alia le tendió la mano.

—No es lo que estaba sugiriendo, tonta. Pero tenemos que hacer algo antes de que os matéis el uno al otro.

—Habrà que mantenerlos alejados entre sí —dijo Diana.

—Estar cerca de ti es una ayuda —dijo Nim.

Alia levantó las cejas.

—¿Lo dices porque te gusta que una chica bonita te cargue como si fueras un saco?

Nim se puso las manos en las caderas.

—Hablo en serio. En cuanto me ha separado de Theo, he notado que se me aclaraba la mente. El resto de mi ser ha tardado un poco más en tranquilizarse.

—Es posible —dijo Diana—. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en la isla? —preguntó a Alia—. Cuando estabas cerca de mí, te encontrabas mejor.

—Es cierto. Pero aun así tenemos que vigilarlos. No quiero ser responsable de que mis amigos se maten...

Diana captó un movimiento en el olivar de más abajo.

—Silencio —susurró.

Unas formas oscuras se movían entre los árboles. Estaban bastante lejos y apenas las distinguía, pero se estaban acercando. Susurró una plegaria dando las gracias por que no hubieran oído su conversación con Alia y Nim. Tenía que ser más precavida. Todos debían ir con más cuidado.

Hizo un gesto a Alia y a Nim para que la siguieran y, con gran sigilo, regresaron a la capilla.

—Tal vez no nos buscan a nosotros —murmuró Nim.

—Claro —susurró Alia—. Seguramente van a usar las armas para disparar contra las aceitunas.

Los dos chicos estaban sentados cerca de la entrada. Theo las miró furioso al ver que se acercaban, pero Diana le puso la mano en el hombro y parte de la tensión de su cuerpo pareció desaparecer.

—Unos hombres armados se acercan a la capilla —dijo.

Jason se levantó al instante.

—Maldita sea. Tenemos que salir de aquí.

—Necesitamos un coche —le recordó Alia.

Su hermano negó con la cabeza.

—¿Y si vigilan las carreteras?

—Tiene razón —dijo Diana—. Tal vez incluso hayan colocado controles. Será mejor que continuemos a pie hasta que nos hayamos alejado lo suficiente del lugar del accidente.

Escondieron, en la medida de lo posible, los vestigios de la noche que habían pasado en la capilla y se apresuraron a bajar la ladera sur de la colina. Se mantuvieron alejados de la carretera principal, adentrándose en campos que ofrecían escaso refugio y en huertos de árboles frutales, de los cuales recolectaban el desayuno. Dejaron atrás un pasto cubierto de maleza en el que una cabra baló furiosa al verlos pasar. En un pequeño patio, encontraron una cuerda de tender llena de ropa húmeda y Nim y Theo se cambiaron las camisetas de Laboratorios Keralis por una camiseta interior de lino y una camisa de color azul chillón.

La noche anterior habían avanzado hacia el este, pero ahora regresaban en dirección a la costa, donde tal vez el grupo vestido de modo tan extravagante podría camuflarse entre los campistas y los que iban a la playa. En un momento dado, escalaron una serie de picos bajos y Diana vio por primera vez las aguas relucientes del mar Jónico. Era un azul más parecido al de su hogar que el lúgubre color pizarra del Atlántico, pero aun así no podía compararse con la costa de Themyscira. Estaba más cerca de casa de lo que había estado desde que había atravesado el Mundo del Hombre, y sin embargo nunca se había sentido tan lejos.

Mientras contemplaban la superficie del mar, Diana se sobresaltó al oír a Nim diciendo:

—Siento lo de esta mañana, Theo.

El chico no apartaba los ojos del mar.

—Yo siento haberte insultado. No eres gorda ni fea.

Nim se lo quedó mirando.

—Sí que soy gorda, y estoy demasiado buena para tu culo miserable.

El sonrió.

—Pensaba que dirías para mi culo inútil.

Diana sintió una oleada de respeto hacia este intento por parte de ambos de aparcar sus diferencias. Imaginaba que los insultos debían de haberles dolido mucho.

Continuaron avanzando, haciendo lo posible para que, sin perderlos de vista, Theo y Nim se mantuvieran alejados el uno del otro, por si la reconciliación no cuajaba. La situación convenía a Diana, porque obligaba a que Jason y ella también estuvieran separados. No habían hablado desde la noche anterior, y ella no sabía si aquello era lo mejor para todos o si debía buscar algún tipo de excusa.

Acompasó el ritmo con el de Theo, que se había quitado la camisa nueva y se la había atado alrededor de la cabeza, dejando al descubierto unas pecas oscuras sobre los hombros morenos y estrechos.

—¿Theo?

—¿Sí, Mamita?

Arqueó las cejas al oír el apodo.

—Esta mañana, cuando Nim estaba...

—¿Intentando matarme?

—Sí. ¿Has visto... algo raro?

—¿Te refieres a una horripilante bestia alada del infierno?

Diana no supo si sentirse aliviada o todavía más angustiada.

—Exacto.

—Sí, la he visto —dijo Theo. Se estremeció a pesar del calor del sol—. Cuando la miré a los ojos, eran... antiguos, y sentí...

—¿Qué? —le animó Diana.

—Estaba contenta. No, jubilosa.

Se estremeció de nuevo y sacudió los brazos como si quisiera deshacerse del recuerdo.

—Tenía alas, ojos negros, ¿qué más?

—El pelo alborotado. En realidad, no era pelo, era como mirar a la oscuridad. Y tenía los labios de color dorado.

Diana no se había fijado en el dorado de la boca. Sintió un pinchazo en el estómago.

—El oro de la manzana de la discordia. Era Eris, la diosa del combate.

—¿Una diosa?

Diana asintió, con el estómago revuelto ante la posibilidad de que fuera verdad. Le habían enseñado a venerar a las diosas de la isla, a hacer los sacrificios pertinentes, a decir las plegarias convenientes. Sabía que eran capaces de ser generosas con sus regalos y terribles en sus juicios. Pero nunca había visto a una diosa, y sabía que tampoco tenían la costumbre de revelarse a los mortales.

—Es una diosa del campo de batalla. Incita a la discordia y se regocija en la miseria que provoca.

Theo volvió a estremecerse.

—Era como si un coro dentro de mi cabeza me instara a continuar. Odiaba a Nim. La habría matado de haber podido. No era solo que estuviera furioso, me sentía con pleno derecho a hacerlo. —Parpadeó—. ¡Y yo estoy a favor de hacer el amor, no la guerra!

—Hay muchos más dioses —dijo Diana—. La Algea, siempre llorando —recitó—. Até, que provoca la ruina; Limos, el soldado esqueleto de la hambruna. Los dioses hermanos, Fobos y Deimos.

—El Pánico y el Horror —dijo Jason, que se había puesto a su altura.

—Y las Keres.

—¿Qué hacen exactamente? —preguntó Theo.

—Devoran los cadáveres de los guerreros caídos.

Theo hizo una mueca.

—Preferiría que hoy no paráramos a comer.

—¿Es posible que los poderes de Alia los estén atrayendo? —preguntó Jason.

—Ya no sé lo que es posible o no —reconoció Diana. La idea se le antojó terrorífica.

Avanzó para inspeccionar el terreno que les esperaba. Necesitaba pensar, y quería pasar un momento alejada de los mortales, de sus disputas, de sus ansias y de sus deseos.

En ese lugar, el paisaje le recordaba a algunas zonas de Themyscira, pero estaba claro que se trataba del Mundo del Hombre. Oía el rugido de los coches a lo lejos, oía el combustible quemado en el aire, oía el zumbido y el crepitar de las líneas telefónicas. Y por debajo de todo ello, en el pulso y en el fluir de la sangre, seguía notando el dolor y la preocupación de sus hermanas en la isla. No soportaba que sufrieran, que ella pudiera ser la causa, pero no podía negar que agradecía esta conexión, una conexión que le recordaba quién era en realidad.

¿Era posible que Theo y ella hubieran visto a Eris? Los dioses del combate habían sido las criaturas que poblaron sus primeras pesadillas. Eran los enemigos de la paz, más terroríficos que los monstruos ordinarios, porque su poder no residía en los dientes mellados o en una fuerza sobrehumana, sino en su habilidad para conseguir que los soldados cometieran las peores atrocidades, para ahogar con terror y con rabia la empatía y la compasión de los guerreros, de modo que fueran capaces de hacer cosas que nunca hubieran imaginado. ¿Y si Jason tenía razón y estaban acudiendo al

mundo mortal, atraídos por la perspectiva de una guerra?

A medida que el día avanzaba, el calor fue en aumento, y el grupo aminoró la marcha. Al terminar la mañana, Diana se dio cuenta de que las piernas de Alia flaqueaban y de que Nim tenía la vista borrosa debido al agotamiento. Retrocedió para hablar con Jason.

—No podemos continuar así. Tenemos que conseguir un coche y arriesgarnos a los controles de carretera.

—Secundo la moción —dijo Nim, desde detrás de la pareja—. De lo contrario, tendréis que abandonarme en la cuneta.

—Bueno... —empezó a decir Theo, pero Alia le tiró una aceituna.

—No podemos seguir evitando eternamente las carreteras —dijo Diana—. Van a ir ampliando el perímetro de la búsqueda. Además, va a ser imposible llegar a pie al monte Taigeto antes de la luna nueva.

—¿Hay alguna otra manera de llegar? —preguntó Theo.

Alia negó con cabeza.

—Sin volver hacia el norte es imposible. Therapnes está resguardada por montañas al este y al oeste. Por eso Esparta era tan fácil de defender.

Diana sonrió, sorprendida, y Jason dirigió una mirada especulativa a su hermana.

—¿Cómo sabes tanto del tema?

—Tuve mucho tiempo para leer en el avión. Quería saber más cosas sobre Helena. De su lugar de procedencia. —Se secó el sudor de la frente y miró a Diana—. ¿Te das cuenta de que estás sugiriendo robar un coche?

—Estoy sugiriendo tomar prestado un coche —la corrigió—. Seguro que hay algún modo de compensar al propietario.

Theo se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó la cartera.

—Yo tengo veintiséis pavos y la tarjeta de la cafetería. Solo me falta un sello para un capuchino gratis.

—Un momento —dijo Jason—. ¿Alguno de nosotros sabe conducir?

—Yo conduje una vez —contestó Theo.

—Aquello era un carrito de golf —dijo Alia.

—¿Y qué? Tenía cuatro ruedas y hacía bruum.

—Lo estampaste contra un árbol.

—Debes saber que aquel árbol había estado bebiendo.

—Relajaos todos —dijo Nim—. Yo sé conducir.

—¿Dónde aprendiste? —preguntó Alia, incrédula.

—Con el resto de campesinos de Long Island.

—Ya tenemos conductora —dijo Diana, esperanzada—. Ahora solo tenemos que encontrar un coche.

—Eso quiere decir que elijo yo la emisora de radio —bromeó Nim mientras todos echaban a caminar.

—¿Qué te parece si me dejo atropellar? —gimoteó Theo.

Tardaron mucho más en localizar un coche de lo que habían pensado. Las granjas por las que pasaban no parecían contar con vehículos, aparte de carros tirados por asnos y bicicletas; solo en una vieron un camión, pero estaba colocado sobre bloques de cemento y parecía llevar mucho tiempo sin ruedas.

Se aproximaban a una granja de aspecto prometedor, con Jason liderando el grupo.

—Agachaos —dijo de golpe.

Todos se tumbaron sobre la hierba y vieron a dos hombres que salían de la puerta principal de la casa.

—¿Policías? —susurró Alia.

—Esas armas no parecen habituales de la policía.

Los hombres iban con uniformes azules ordinarios, pero las enormes armas que llevaban se parecían a las que Diana había visto utilizar a sus atacantes.

—Son armas de fuego de mucha potencia —observó Theo.

—¿Te sorprende? —preguntó Jason.

—¿Que se paseen por la campiña griega blandiendo semiautomáticas? Un poco.

—No tuvieron miedo de atacarnos en un museo de Nueva York —dijo Jason—, así que ¿por qué iban a amilanarse aquí? Saben lo que hay en juego.

—Y es posible que el poder de Alia también esté actuando aquí —señaló Diana—, erosionando las barreras de la acción violenta.

—Es irónico —dijo Nim.

—Técnicamente no es irónico —apuntó Theo.

—¿Tengo que recordarte que esta mañana intenté estrangularte, pringado?

—Pongámonos en movimiento —dijo Alia apresuradamente.

Tras asegurarse de que los hombres se iban, trazaron un círculo por la parte trasera de la granja hasta un destartado establo, donde oyeron relinchar a un caballo que se hallaba en la parte mejor conservada de la estructura. Al otro lado, el tejado había cedido casi del todo y estaba cubierto por una lona, pero había dos vehículos aparcados debajo: un camión con el capó abierto y al que le faltaba parte del motor y un pequeño coche con forma de burbuja y de color mandarina.

Theo meneó la cabeza.

—¿Vamos a atravesar una cordillera con un Fiat?

Diana contempló el coche con reserva.

—No parece muy... robusto.

Ciertamente, más que un vehículo de verdad, parecía uno de los bolsos de fantasía que Nim les había enseñado.

—No tenemos demasiadas opciones —les recordó Alia—. A no ser que queráis intentarlo con el caballo.

—Yo no soy mucho de noble corcel —dijo Theo.

Diana suspiró y echó un vistazo al caballo, que los miraba con los ojos oscuros y

firmes. Habría preferido montarlo, pero sabía que necesitaban la velocidad del cochecito.

—Bien —dijo Alia—, ¿alguien sabe cómo se roba un coche?

—Podríamos entrar en la casa y coger las llaves —propuso Nim.

—Hay gente dentro —señaló Alia—. ¿Y si nos pillan?

Nim se retiró el pelo de los ojos.

—Bueno, vosotros sois los genios de la ciencia. ¿No podéis hacer un puente o algo parecido?

—Somos biólogos, no ingenieros eléctricos —contestó Jason.

—Lo único que oigo son excusas, tíos.

Pero, por una vez, Theo no intervenía en la discusión. Estaba contemplando el coche en silencio.

—Yo puedo hacerlo —dijo lentamente—. Pero tendré que usar el teléfono.

—Descartado —dijo Jason.

—Ya te he dicho que es imposible de rastrear —se quejó Theo.

—Aun así...

—¿Sabes una cosa? Si me dejas, podría ser incluso de alguna utilidad. —Theo hablaba con un tono ligero, pero Diana notó el resentimiento de su voz y sintió una oleada de simpatía hacia el chico delgado. Sabía lo que significaba sentirse subestimado. Pero ¿era de fiar? De haber querido hacerles daño o alertar a sus perseguidores sobre el paradero del grupo, habría tenido ya un montón de oportunidades.

Intercambió una mirada con Jason y asintió.

—Deja que lo intente.

El suspiró.

—Vale.

—¿Vale? —preguntó Theo.

—Sí —dijo Jason con mayor firmeza—. Adelante.

Theo esbozó una sonrisa de satisfacción, mucho más tímida de lo que Diana hubiera esperado.

—De acuerdo. —Se sacó el móvil del bolsillo, movió rápidamente los pulgares por encima de la pantalla, y dijo—: Si fuera un coche más antiguo, estaríamos jodidos. No habría Bluetooth. No habría wifi. Pero hoy en día todo es digital, ¿verdad? Básicamente, los coches son ordenadores sobre ruedas.

Jason se cruzó de brazos sin mostrarse muy convencido.

—¿Y tú tienes un teléfono mágico?

—Este teléfono está prohibido en algunos países porque el ordenador que lleva es lo bastante potente para operar un sistema de dirección de misiles, y yo puedo utilizarlo para acceder a mi portátil a través de una dirección IP falsa que he instalado en la red oscura.

—Vale, vale —dijo Jason—. Todos de rodillas ante el teléfono todopoderoso.

—Gracias —dijo Theo—. El teléfono acepta donaciones al contado a modo de disculpa. Ahora, lo único que tenemos que hacer es imitar las señales que la llave envía para ordenar al coche que abra la puerta. Al coche le da igual que la llave esté ahí o no.

—Pasa lo mismo con el cerebro humano —señaló Alia—. Cuando vemos algo, reaccionamos basándonos en el estímulo, sea real o artificial. Es solo una colección de impulsos eléctricos.

—El rayo divino —apuntó Diana.

Alia frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Secundo ese «¿cómo?» —dijo Theo, sin levantar la vista de la pequeña pantalla y sin dejar de mover los pulgares con tal rapidez que se desdibujaban.

Diana se encogió de hombros.

—Es que lo que estabais diciendo me ha recordado a Zeus. Es el dios del trueno y del relámpago, pero lo que estáis describiendo sobre nuestras mentes, esos impulsos eléctricos... Es una manera distinta de pensar en ese poder.

—El rayo divino —repitió Alia—. Es un concepto fundamental en nuestro modo de describir el pensamiento. Cuando tienes una buena idea en el momento adecuado, es como cazar un relámpago dentro de una botella.

Los labios de Jason se rizaron en una pequeña sonrisa.

—Y cuando conectas con alguien, lo llamas chispa.

A pesar de los largos silencios de la mañana y de la rabia que todavía sentía, Diana se alegró de volver a verle sonreír. No se pudo resistir a devolverle la sonrisa.

—Exactamente.

Theo sostuvo en alto el teléfono.

—¿Quién está listo para una ración de rayo divino?

—Hazlo y calla —le ordenó Nim, con impaciencia.

El pulsó la pantalla con el dedo.

—¡Toma!

No sucedió nada.

—Esperad un segundo. —Los pulgares volvieron a volar sobre la pantalla. Se aclaró la garganta—. Lo que quería decir era ¡toma ya! —Dio un fuerte toque a la pantalla. Las puertas del coche emitieron un ruido sordo y prometedor—. Os pediré que no me aplaudáis todavía. Y ahora el motor...

—Espera —dijo Jason—. Saquémoslo a la carretera antes de ponerlo en marcha.

Diana arqueó una ceja. Estaba realmente entregado a aquella falacia.

—¿Es necesario que lo empujemos? No sería más rápido y más silencioso...

Un instante más tarde, ya cargaban el coche por encima de las cabezas, Diana sujetando el parachoques delantero, y Jason, el trasero.

—Tal vez no haga falta que Nim conduzca —dijo Theo, jadeando mientras todos corrían para no quedarse rezagados—. Jason y Diana podrían cargarnos a todos.

—No me obligues a atarte al techo con unas correas —gruñó Jason.

Transportaron el coche a través del campo y, cuando se alejaron suficientemente de la casa por el camino, lo depositaron sobre la pista de tierra.

Esperaron junto al pequeño vehículo a que Nim se sentara al volante y adelantara el asiento al máximo para acomodar sus piernas cortas.

—Muy bien, vamos a por ello.

—¿Cuándo fue la última vez que condujiste? —preguntó Alia.

Nim flexionó los dedos.

—Son cosas que no se olvidan.

—¿Lista? —preguntó Theo.

—Espera —dijo Diana. Le puso la mano sobre el hombro. Desconocía lo que el chico era capaz de hacer con el pequeño ordenador, pero, si sentía hostilidad hacia Nim, quería que estuviera lo más tranquilo posible. Por la mirada avergonzada que él le dirigió, el gesto estaba justificado.

Los pulgares correataron sobre la pantalla y al cabo de un instante el coche cobró vida.

Theo inició un baile que podría haberle provocado daños duraderos en la columna vertebral, y dio una vuelta de honor alrededor del vehículo.

—¿Quién es el rey?

Nim miró a Alia con intención y susurró:

—Tienes un gusto pésimo.

—Lo que tú digas... —dijo Alia, y a continuación gritó—: ¡Carabina!

De inmediato, Diana la cogió y la tiró al suelo, empujándola debajo del coche para ponerla a cubierto. Luego se levantó con los brazaletes alzados, lista para repeler el ataque, pero los otros se la quedaron mirando, sin moverse.

—Esto..., Diana —empezó Alia, asomando la cabeza por debajo del Fiat—, solo es una señal...

La princesa amazona notó que se ruborizaba.

—Claro, claro —dijo, mientras la ayudaba a levantarse y a sacudirse el polvo. Jason las miró divertido y a Theo le temblaba el cuerpo de tanto reírse—. Por supuesto. ¿Y qué significa?

—El primero que grita «carabina» se sienta al lado del conductor.

—¿Por qué?

—Es solo un juego —contestó Alia.

—Viene del Viejo Oeste —dijo Nim—. En las diligencias, al lado del conductor, siempre iba un tipo con una carabina por si los asaltaban.

—O por si alguien empezaba a recitar inútiles datos de cultura general y había que acabar con él —concluyó Theo.

—Ponte delante del coche.

Tardaron bastante en negociar cómo se iban a sentar. Al final, Jason ocupó el asiento del copiloto y Diana se apretujó entre Alia y Theo en la parte de atrás, con las

rodillas tocándole prácticamente la barbilla. De este modo podría proteger a Alia si era necesario, y Nim y Theo quedaban tan separados como era posible.

Con el objeto de alargar la vida de la batería del teléfono de Theo y seguir controlando el coche, usaron el anticuado mapa que estaba doblado en la guantera y eligieron una ruta que los llevó hacia el sur por carreteras secundarias y estrechos senderos. De vez en cuando quedaban atrapados detrás de algún carro tirado por muías o tenían que detenerse para dejar que un rebaño de cabras de piernas arqueadas atravesara la carretera.

A pesar de la prisa que tenían, Diana casi agradecía estas pausas, que rompían el ritmo endiablado con el que Nim conducía el coche.

—Tiene un estilo muy distinto al de Dez —murmuró a Alia, añorando el modo en que el automóvil negro había avanzado entre el tráfico de la ciudad.

Theo gimoteó al ver que se lanzaban como un rayo sobre un desnivel y las ruedas del Fiat perdían por un instante el contacto con la carretera.

—Tal vez solo intenta matarme lentamente —especuló, con la tez de color verde.

Pusieron la radio y cambiaron de frecuencia hasta que encontraron algo parecido a un noticiario. El griego de Jason y Alia no era lo bastante bueno para seguir la rápida locución, pero Diana lo comprendió todo. Eran informaciones sobre más conflictos por todo el globo terráqueo, otro intento de golpe de Estado bañado en sangre, líderes mundiales lanzando duras amenazas y, finalmente, el locutor habló del accidente.

—Todavía se desconoce el motivo del accidente del avión —tradujo para los demás—. Se habla de varias bajas, y los cadáveres tampoco han sido identificados.

Cadáveres. Volvió a pensar en Ben y en lo que había dicho Jason sobre pervivir en la memoria de los otros. Recordarlo era lo único que ella podía hacer por el piloto que tan valientemente había combatido a su lado.

—No tardarán en identificar el avión —dijo Jason, contemplando el paisaje.

—Todo el mundo va a pensar que estamos muertos —señaló Theo.

—¡Dios mío! —exclamó Nim—. Mis padres deben de estar muy preocupados. Sabían que había ido con vosotros a la fiesta.

Por primera vez, Diana se preguntó qué sentiría su madre al descubrir que había abandonado la isla. ¿Pena? ¿Rabia? Tal vez no tendría ocasión de explicarle lo que había hecho.

Alargó la mano y apretó el hombro de Nim.

—Pronto volverás a estar con ellos.

—Sí —dijo la chica con voz temblorosa.

—Mi padre se va a llevar un disgusto cuando sepa que estoy vivo —dijo Theo.

—Eso no es verdad —le aseguró Jason.

—Y es muy mezquino por tu parte decir algo así —añadió Alia, con un deje de viejos rencores en la voz.

Theo se pasó el pulgar por encima de la rodilla brillante de los pantalones.

—Tenéis razón.

—¿Sabía alguien que íbamos en ese avión? —preguntó Nim, tomando otra curva a tanta velocidad que invadió el carril contrario y tuvo que dar una sacudida al volante para volver a su carril.

—No estoy seguro —respondió Jason, soltando poco a poco la mano aterrorizada del mango de la puerta—. Lo que es seguro es que no rellenamos el formulario al salir de Nueva York.

—Pero sabrán que es un avión de Keralis —dijo Alia.

—Así es —convino su hermano.

—Pero el Consejo...

—El Consejo hará lo que tenga que hacer —dijo Jason con los hombros rígidos—. La empresa sobrevivirá. Nuestros padres crearon los Laboratorios Keralis sobre la idea de la innovación. Si quedamos fuera, nosotros seguiremos innovando.

Diana no estaba segura de que Jason se creyera lo que estaba diciendo, pero ella sí se lo creyó. El chico hablaba con gran seguridad.

No vieron a ningún policía y no había ninguna indicación de que los estuvieran siguiendo, pero Diana permanecía vigilante a medida que iban avanzando en dirección sur. Se detuvieron una vez para llenar el depósito de gasolina del Fiat, y todos se quedaron dentro del coche mientras Jason abordaba al encargado, cuyos gestos y exclamaciones airadas dejaban claro que no aceptaba dinero americano. El chico se alejó del encargado con el puño cerrado y la frustración irradiando en cada centímetro de su cuerpo y, por un momento, Diana pensó que iba a golpearlo. Pero, en vez de eso, se quitó el reloj de pulsera y se lo entregó.

—Era de nuestro padre —le dijo Alia en voz baja.

El comportamiento del encargado cambió al instante. Desapareció en el interior de la pequeña tienda mientras Jason llenaba el depósito y salió cargado de bolsas de patatas, refrescos embotellados y una enorme botella de agua de plástico que les pasó a través de la ventanilla abierta. Diana no estaba segura de si el agua era para ellos o para el radiador del cochecito que tenía que seguir atravesando aquellas montañas. Pocos minutos más tarde ya estaban de nuevo en la carretera.

Jason miraba al frente con la vista fija y Diana vio que se tocaba brevemente la muñeca sin reloj.

—Jason —dijo Alia, indecisa.

El sacudió breve y bruscamente la cabeza.

—No digas nada.

Condujeron en silencio, pero después de devorar unos cuantos kilómetros a gran velocidad se detuvieron en un punto donde había varios coches aparcados y vacíos, pues sus ocupantes estaban en las playas de más abajo.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Diana. Todavía tenían hasta la puesta del sol del día siguiente para llegar al manantial, pero cuanto más se alejaran de sus perseguidores, más tranquila estaría.

—Deberíamos cambiar las placas de la matrícula —dijo Nim—. El tipo de la gasolinera se va a acordar de nosotros. No queremos que este coche coincida con un Fiat robado.

—O podríamos «tomar prestado» otro coche —sugirió Theo.

—No —dijo Nim—. Si robamos un coche y lo denuncian, volveremos al punto de partida y sabrán adonde nos dirigimos. Pero en cambio nadie presta atención a las matrículas. No se darán cuenta del cambio hasta que ya estemos muy lejos, si es que se llegan a dar cuenta.

Alia se inclinó hacia delante y la abrazó con fuerza por encima del asiento.

—Eres muy inteligente.

Nim sonrió.

—¿Cuánto me quieres?

—Mucho.

—¿Cuánto? —la azuzó Nim.

Diana vio que clavaba los dedos en la carne de los brazos de Alia. Eran unas zarpas negras y tenía los músculos tensos. Un olor penetrante inundó el coche, el hedor polvoriento de la putrefacción.

—Si me quisieras, me dejarías matarlo. Me dejarías matarlos a todos.

—¡Nim! —chilló Alia, intentando separarse.

—¡Suéltala! —Jason la agarró por la muñeca, pero enseguida retiró la mano, que se había manchado de rojo.

—Te veo, Hija de la Tierra —dijo Eris. Unos ojos negros y huecos, profundos como pozos, se cruzaron con los de Diana en el espejo retrovisor—. Tú y tus hermanas habéis escapado de nuestro alcance durante demasiado tiempo.

Diana se revolvió para lanzarse hacia delante, pero Theo la agarró por el brazo.

—Nuestro momento se acerca —dijo, y Diana vio que no era Theo. Este tenía ahora el rostro pálido como la cera, los dientes eran puntas amarillentas húmedas de sangre. Llevaba un yelmo negro y baqueteado, coronado por la cara de una medusa.

La princesa amazona soltó un gruñido y lo sacó del coche, rodando con él hasta el suelo.

—¡Sal de aquí, Alia! —aulló Jason.

Diana oyó la puerta del vehículo que se abría y los pasos de Alia al correr.

—Fobos —dijo, mirando el rostro que tenía bajo ella. Era el dios del pánico. Tenía atrapado a un dios bajo su cuerpo.

Era bellissimo hasta que sonrió y mostró unos dientes afilados como un hueso acabado en punta.

—Te vemos, amazona. Nunca llegarás al manantial. La guerra se acerca. Vamos a por vosotros.

Diana notó que el poder del dios se apoderaba de ella e inundaba su mente de terror, haciendo que el corazón le latiera a un ritmo frenético y que un sudor frío le perlara la frente. Había fracasado. Había fallado a su madre, a sus hermanas, a sí

misma. Las había condenado a todas. Un pánico salvaje le rasgaba el pecho. No podía respirar. «Huye», le ordenaba la mente. «Escóndete». Solo quería obedecer, dejar que sus piernas la llevaran tan rápido como pudieran, encontrar un lugar donde poder agachar la cabeza y llorar. Quería llorar por su madre. Su madre. Por encima del horror, se aferró a la imagen de Hippolyta, guerrera y reina, súbdita de nadie.

—Nosotros somos más fuertes —jadeó—. La paz es más fuerte.

—Ya te gustaría creerlo. —Volvió a sonreír—. ¿Te imaginas los placeres que me esperan? Ya saboreo tu sufrimiento en mi lengua... Y es un sabor dulce.

Alargó la última palabra, sacó la lengua y la meneó de manera obscena.

«No es verdad», se dijo Diana. «No ha pasado nada. Todavía hay tiempo para llegar al manantial. Este miedo es una ilusión».

Necesitaba algo real, algo indestructible y verdadero, lo contrario al falso miedo que Fobos estaba propagando. Diana echó mano del lazo que llevaba atado a la cintura y presionó con la cuerda dorada la garganta de Fobos. El dios gritó, emitiendo un estertor agudo que casi perforó el cráneo de Diana.

—¡Fuera! —rugió.

—¿Fuera? —preguntó Theo, desesperado, agitando los brazos—. Si quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo.

Diana se balanceó sobre los talones mientras el chico se incorporaba lentamente, confundido, con su dulce rostro de siempre. Ella sacudió la cabeza, parpadeando con furia, notando que el cuerpo todavía le temblaba por el terror que se había apoderado de ella.

Se levantó y rodeó el Fiat por el otro costado. Nim Sollozaba, pero volvía a ser Nim. Jason tenía la piel de las manos y de los antebrazos gravemente magullada, pero se dio cuenta de que ya se estaba empezando a curar. Al parecer, la sangre de los reyes era muy poderosa. Alia permanecía a varios metros de distancia, rodeándose con los brazos y respirando con dificultad.

Diana percibió la fragilidad de aquellos mortales y, por primera vez, ella también se sintió frágil.

—Tenemos que irnos —dijo Alia. Seguía rodeándose con los brazos, como si intentara no echar a volar, pero el tono de su voz era firme y decidido—. Nim, ¿puedes conducir? —La chica asintió, temblorosa—. Diana, ¿Theo y tú podéis cambiar las placas de las matrículas?

—Alia... —empezó a decir Jason.

—Vamos a llegar al manantial. Si piensan que no vamos a conseguirlo, no tratarían de asustarnos.

«Los dioses no funcionan así», pensó Diana, pero prefirió no decir nada. Las Amazonas eran inmortales. No pensaban en minutos ni en horas, ni siquiera en años, pensaban en siglos. ¿Y los dioses? Ellos eran eternos. El poder de Alia los había convocado, y eran como bestias en hibernación que se hubieran despertado con el estómago vacío. Todavía podía oír el ronroneo de Fobos («¿Te imaginas los placeres

que me esperan?») y el júbilo de la voz irritante de Eris cuando dijo: «Tú y tus hermanas habéis escapado de nuestro alcance durante demasiado tiempo».

Recogió a Theo del lugar donde seguía tirado boca abajo, jadeando contra el suelo, y se dispuso a hacer algo útil, temerosa de que, si se enfrentaba ahora a Alia, ella vería la verdad en su rostro. Porque Diana sabía que Fobos y Eris no estaban preocupados. Estaban seguros de sí mismos, confiados. Y también estaban hambrientos. Lo que Alia había percibido en ellos no era ansiedad, sino expectación.

Ahora Diana comprendía lo que aquella guerra significaba realmente, y el terrible peso del juramento hecho a Alia se apoderó de ella. Si no llegaban al manantial, tendría que enfrentarse al horror de matarla o de vivir sabiendo que había ayudado a liberar el terrible apetito de los dioses contra el mundo, ofreciendo a su propia gente como parte del banquete.

Siguieron avanzando con el coche, cansados y afectados por lo ocurrido. Se habían enfrentado a las balas, a los misiles, a un accidente de avión. Aun así, pensaba Alia, era muy distinto saber que las fuerzas que se aliaban en tu contra no eran solo seres humanos entrenados y armados hasta los dientes, sino dioses cuyo único objetivo era acabar contigo.

Durante un rato, Diana y Jason se fueron pasando el mapa adelante y atrás, debatiendo la mejor ruta para llegar a Therapnes. Podrían haber ganado tiempo cortando hacia el este por una de las autopistas principales, pero era probable que aquellas fueran también las carreteras más vigiladas. Acordaron continuar hacia el sur por una tortuosa carretera de montaña que los llevaría directamente a través del Taigeto. Era muy empinada y estaba vacía, pues raramente la usaba nadie, excepto turistas con muchas ganas de contemplar las vistas. Los afilados acantilados y los sabnes rocosos también dificultarían que los avistaran desde el aire.

El sol se hundía por el horizonte, y Nim aminoró la marcha. Usaba las luces largas cuando se lo podía permitir, pero a veces tenía que retroceder por haberse pasado de largo las señales. Todos tenían sueño y Nim bostezaba cada vez con mayor frecuencia, así que bajaron las ventanillas y subieron el volumen de la radio. Jason no paraba de ofrecerle tragos de un refresco dulce que había sacado de la bolsa de provisiones. Pero no servía de nada.

—Lo siento —se disculpó la chica—. Si no paro, me voy a quedar dormida al volante.

—Está bien —dijo Alia, con suavidad. Notaba la frustración de Diana respecto al ritmo que llevaban, pero también sabía que Nim había dado el máximo de sí misma. Y los otros también. Si la intención de los dioses había sido que renunciaran a continuar, no lo habían conseguido.

Bajaron por el lado este de una serie de colinas empinadas, y, cuando llegaron a una zona bastante llana, Nim sacó cuidadosamente el coche de la carretera y lo aparcó bajo una franja frondosa de álamos y arbustos que ocultarían el Fiat de los posibles transeúntes.

—Esta noche acamparemos aquí —propuso Jason—. Si mañana salimos a primera hora, llegaremos a Therapnes mucho antes de que se ponga el sol.

—Tenemos que llegar —dijo Diana—. Cuando amanezca, se alzaré la luna nueva y comenzará el hecatombeón.

Nim pulsó un botón y el motor del coche quedó en silencio. Apagó los faros.

—Tenemos las mantas que Diana se llevó de la granja —dijo Jason—. Dos personas pueden dormir en el coche.

—O podríamos dormir todos en el coche —dijo Theo—. Y no lo digo porque tenga miedo a la oscuridad. De hecho, no lo tengo.

Nim todavía tenía las manos sobre el volante.

—No sé si es una buena idea. Sobre todo si nuestros... amigos regresan.

Abrieron las puertas del Fiat y salieron al aire templado. Las estrellas relucían con fuerza, tiñendo de plata los árboles que los rodeaban. Diana estiró las largas piernas y Alia sintió una punzada de compasión. Si ella se sentía tan agarrotada después de tantas horas encogida en el coche, la amazona debía de estar mucho peor.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Theo—. Parece que hay un río cerca.

Se abrieron paso entre los árboles y la maleza en dirección al sonido, y salieron a lo alto de una roca ancha y protuberante. Alia respiró hondo y parte de su corazón se relajó ante la belleza que contemplaban sus ojos.

Una cascada. Dos cascadas, en realidad. Una que alimentaba la pequeña piscina natural que había junto a ellos y otra que se precipitaba sobre las rocas, tejiendo un velo blanco y neblinoso, y que iba a parar a un estanque amplio y oscuro, más abajo.

Theo recogió una piedra y la lanzó desde el peñasco. Impacto contra la superficie con un ruido sordo y formó unas ondas plateadas que avanzaron hacia la orilla.

—Parece bastante profundo.

—Mirad —dijo Nim—. Una campana.

Tenía razón. Una vieja campana de hierro colgaba de una barra metálica que alguien había encajado entre las rocas.

—Creo que ahí atrás hay una cueva —dijo Alia—. Pero ¿por qué han puesto una campana?

—Podría ser la cueva de un ermitaño —sugirió Diana—. Los místicos...

Pero su voz quedó interrumpida por los gritos de alegría de Theo, que pasó por delante de ellas totalmente desnudo y saltó desde la roca. Se oyó un zambullido tremendo y todos se acercaron al borde para ver cómo emergía del agua espumosa y sacudía la cabeza como si fuera un perro.

«¿Es posible que acabe de ver a Theo Santos desnudo?», pensó Alia. «No te rías», se advirtió, pero no era nada fácil, pues su mente no paraba de conjurar la imagen del trasero de Theo iluminado por la luna.

—¡Buenas noticias! —gritó él desde abajo—. ¡Tiene bastante profundidad!

—No está bien de la cabeza —refunfuñó Nim.

Diana frunció el ceño.

—¿Cómo ha conseguido quitarse la ropa tan deprisa?

—No tenemos tiempo para esto —se quejó Jason.

—No sé qué decirte —dijo Alia—. Vamos a pasar la noche aquí, y parece que el agua está bastante buena.

Por un minuto, quiso olvidar todos los horrores que habían presenciado. Quiso fingir que era una chica normal que había salido de excursión con amigos, aunque supiera que la ilusión no iba a durar.

—Alia...

—Jason, estoy cansada, sudada e irritada.

—Parecen tres de las siete enanitas —dijo Nim—. No sé qué pasará cuando llegue a la cuarta.

—¡Soy parte hombre! —gritó Theo desde abajo—. ¡Pero también parte pez!

—Además —continuó Alia, dando un empujoncito a Jason con el hombro—, ahora mismo necesitamos alguna cosa positiva.

—Alia tiene razón —convino Diana—. No podemos seguir conduciendo, de modo que tampoco estamos perdiendo el tiempo.

Se desabrochó las tiras de la camiseta y se sacó la prenda por encima de la cabeza.

—¿Qué haces? —chilló Alia, desviando la mirada—. ¿Por qué de pronto todo el mundo parece alérgico a la ropa?

—Creía que querías nadar —contestó Diana, desatándose las sandalias y bajándose los pantalones.

—Estás... estás... —tartamudeó Jason. Miró al cielo, a las rocas y luego a un punto indefinido por encima del hombro de la princesa de las Amazonas—. No llevas nada puesto.

Ella arrugó la frente.

—¿Y Theo sí?

—Yo no... quiero decir...

—¿Pasa algo malo? —preguntó Diana, colocándose las manos sobre las caderas como si estuviera a punto de empezar la coreografía de una animadora.

—Claro que no —dijo Nim—. Jason, Alia, cerrad el pico de una vez. Me he tirado de un avión, he sido poseída por una diosa de la guerra..., creo que merezco algo de felicidad.

—Se me ha ocurrido algo... —empezó Jason balbuceante—. He pensado...

—Tú también deberías nadar —le aconsejó Diana—. Te va a dar un ataque al corazón.

Se dio la vuelta y caminó hasta el borde de la roca, levantó los brazos por encima de la cabeza, flexionó los músculos, y su pelo parecía una marea brillante que le caía por encima de los hombros.

—¡Vamos! —gritó alegremente, y entonces saltó, formando con el cuerpo un arco perfecto, con la piel brillante como si la iluminara una fuente secreta de luz de luna. Sonó un chasquido.

—Debería exfoliarme más —dijo Alia.

—Este es el mejor momento de mi vida —declaró Nim.

Al parecer, Jason se había quedado sin habla.

Nadaron durante más de una hora. Alia estaba convencida de que Jason no se uniría a los demás, pero al final acabó lanzándose en bomba desde lo alto y su zambullida había provocado un escándalo muy poco propio de él.

A pesar de las risas y del continuo canturreo de Theo diciendo: «No vayáis a las cascadas», Alia era consciente de cuán precavido se mostraba todo el mundo, de la distancia que Nim y Theo mantenían entre sí, de cómo Diana y Jason los observaban y permanecían alertas. Y, sin embargo, ella tenía razón: necesitaban algo positivo, y tumbarse de espaldas sobre la superficie del agua y disfrutar de la quietud del estanque inundándoles los oídos y del atemporal y denso cielo estrellado era desde luego muy positivo.

Al día siguiente llegarían al manantial. ¿Sería diferente la sensación de aquellas aguas en su piel? ¿Notaría que algo en su interior cambiaba para siempre?

Cuando estuvieron arrugados como pasas, Diana corrió hacia la cima de la colina para recuperar sus pantalones de piel y trajo la ropa de todos y una manta del coche. Como estaban alejados de la carretera, parecía seguro encender un fuego, y cuando hubieron reunido madera suficiente, la amazona prendió el pequeño montón de leña con facilidad.

—Si todas las *girl scouts* fueran como ella, seguro que me hubiera apuntado al movimiento —murmuró Nim.

—¿Y te hubieras puesto el uniforme verde?

Nim se estremeció.

—No he dicho nada.

Diana comentó que había conejos en el bosque y se ofreció a cazarlos, pero Nim era vegetariana y nadie tenía tanta hambre para volverse tan rústicos. Comieron lo que quedaba de las chucherías de la gasolinera y se acurrucaron junto al crepitar de las llamas.

—Estoy agotada —dijo Alia por fin—. Pero no sé si podré dormir.

—Theo y yo nos acostaremos fuera esta noche —propuso Jason—. Vosotras podéis dormir en el coche.

—Sé que no os va a gustar —empezó a decir Diana—, pero creo que es mejor que atemos a Theo y a Nim.

—No me importa —dijo Nim—. No quiero que esa cosa me vuelva a entrar en la cabeza.

El chico se estremeció y asintió.

—Podemos amarrar a Theo con la manta —sugirió Jason. Hizo una pausa—. ¿Puedes utilizar el lazo para atar a Nim?

Diana acarició con los dedos los nudos dorados de su lazo, que llevaba atado a la

cadera.

—No es esa su finalidad. He oído que algunas personas se volvieron locas después de pasar demasiado tiempo atadas a sus bucles.

—¿Por qué? —pregunto Alia.

—Nadie quiere vivir tanto tiempo con la verdad. Es excesivo.

—Y que lo digas —dijo Nim—. A Jason parecía que le fuera a explotar la cabeza.

—¡Nim! —la amonestó Alia. ¿Era necesario que agitara aquel enjambre en particular?

Pero Diana miró a Jason a los ojos y dijo:

—Fue un error por mi parte utilizar el lazo contigo sin tu consentimiento. Juro que no volverá a suceder.

El le sostuvo la mirada, y Alia sintió que estaba presenciando algo privado.

—Tendría que habértelo dicho. Me diste la oportunidad de hacerlo, pero fui demasiado cobarde para aprovecharla. —Entonces se acordó de que estaban sentados alrededor de una hoguera—. Debería habérselo dicho a todos. Nuestros padres tenían sus teorías sobre la procedencia de mi fuerza. Decían que estaba relacionada con nuestro linaje y que de algún modo se había saltado a mi padre, pero... yo nunca llegué a creerlo.

—Entonces, esa cosa —dijo Nim, señalando el lazo—, ¿es cierto que saca la verdad a la gente?

—Sí —contestó Diana.

—¿Lo habías usado antes? —preguntó Jason.

—No.

El arqueó una ceja.

—¿Y si no hubiera funcionado?

Los labios de Diana esbozaron una ligera sonrisa.

—Quería la verdad e iba a obtenerla.

—Pero ¿de dónde lo has sacado? ¿Cómo lo hiciste? —quiso saber Nim.

—No lo fabriqué yo. Fue tejido por Atenea en un huso forjado en el fuego de Hestia, con una fibra recolectada del primer árbol de Gaia.

Apenas unos días antes, Alia se hubiera echado a reír, pero, después de pelearse con un par de vengativos dioses, ya no le quedaban ganas de burlarse de nada.

—Ya ves —dijo Theo—. Seguro que puedes conseguir uno en eBay.

—¿En qué costa está localizada esa bahía? —preguntó Diana.

El chico abrió la boca y enseguida volvió a cerrarla.

—Buena pregunta.

—Entonces, básicamente, es una supercuerda orgánica, un producto de proximidad —dijo Nim—. Atenea es la diosa de la guerra, ¿verdad?

—Es la diosa de la guerra, pero también de la sabiduría, y la búsqueda de la sabiduría es básicamente...

—La búsqueda de la verdad —concluyó Jason.

Diana asintió.

—Y, al igual que la verdad, el lazo es imposible de alterar o de romper. Creo que por eso pude utilizarlo contra Fobos, porque el lazo es real, mientras que el terror que ese dios inspira no lo es.

—Nada es indestructible —dijo Nim.

Diana se enrolló el lazo en la mano y lo lanzó al fuego, levantando una lluvia de chispas.

Alia soltó un grito ahogado, pero el lazo no prendió. Permaneció sobre las llamas, inalterable, visible a través del fuego como una piedra bajo el agua clara.

Diana lo retiró y se lo pasó a Nim.

—¿Lo ves?

—¡Ni siquiera está caliente! —exclamó la joven.

—Deberíamos probarlo —propuso Theo.

—Claro que sí —dijo Nim—. ¿Por qué no eres tú el primero en saltar a la hoguera?

—Me refiero al lazo.

—No es un juguete —le advirtió Diana.

—Vamos —insistió Theo—. Una pregunta cada uno. Como la máquina de la verdad.

—No sé... —dijo Alia.

—Por favor —suplicó Nim.

—¿Estás de acuerdo con Theo?

—¡Siento curiosidad! Y Jason ha sobrevivido.

Jason negó con la cabeza.

—No lo toquéis. Yo he sentido el poder del lazo, y no os va a gustar.

—¿Quieres decir que tú eres lo bastante duro para soportarlo, pero nosotros no? —preguntó Theo. Hablaba con un tono ligero; sin embargo, Alia percibió cierta tensión en sus palabras.

—No quería decir eso.

—Vamos, Diana —insistió el chico—. Hagámoslo.

Ella vaciló. Alia se preguntó si sabía hasta qué punto el orgullo de Theo estaba en juego en aquel momento. Soltó un pequeño suspiro de gratitud cuando Diana dijo:

—De acuerdo, pero solo un segundo.

—¡Yo primera! —gritó Nim.

—Pero yo... —protestó Theo.

—Lo he pedido yo, y, por derecho sagrado, me pertenece.

El joven puso los ojos en blanco.

—Adelante —dijo—. Espero que te funda ese cerebro de mosquito.

Diana se mordió el labio y formó un círculo con el lazo.

—¿Estás segura?

Nim agachó la cabeza.

—Adelante.

Diana pasó el lazo por encima de la cabeza de Nim y dejó que se posara sobre sus hombros.

De pronto, los ojos de la joven se pusieron en blanco. Tenía la espalda muy recta y la mandíbula floja.

—¿Nim? —dijo Alia.

—¿Qué deseáis saber? —respondió la chica. Hablaba con un tono extrañamente formal.

—Humm... ¿Qué le preguntamos? —dijo Alia—. ¡Deprisa!

Diana frunció el ceño.

—No estoy segura. Nunca había visto a nadie reaccionar así.

—¿Copiaste en el examen final de Historia de Estados Unidos? —preguntó Alia.

—El sistema está corrupto. Mi deber era subvertirlo.

—¿Bromeas? —dijo Alia.

—Debo decir la verdaaaaaad —contestó su amiga—. Debes poseer más de un color de brillo para los labioooooooooos.

Alia le dio un puñetazo en el brazo.

—Eres lo peor.

—Soy lo mejor. ¿Lo ves? La verdad. Y no me puedo creer que hayas preguntado algo tan aburrido. Claro que copié en el examen final de Historia. El señor Blankenship es un profesor horrible. Si quiere matarme de aburrimiento, lo mínimo que puede esperar es que yo copie en su mierda de prueba.

—¿Qué querías que te preguntara? ¿Fuiste tú quien puso espuma de afeitar en la taquilla de Alicia Allen?

—Sí, pero solo porque me besó en la fiesta de la cosecha y luego fingió que no había sucedido y me llamó marimacho delante de sus amigas.

Nim se tapó la boca con las manos.

Alia se la quedó mirando.

—¿Hablas en serio?

—Yo... no quería decirlo. —En sus ojos había cierto pánico—. Yo...

Unas gotas de sudor aparecieron en su frente y le costaba respirar.

Diana le quitó el lazo de encima.

—¡Lo siento! Ya os lo advertí.

Un temblor recorrió el cuerpo de Nim.

—Ha sido muy raro.

—¿Alicia Allen? —dijo Alia—. ¿En serio? Tú siempre dices que es horrible. Dijiste que tenía cara de comadreja.

Nim frunció el entrecejo.

—En realidad, es bastante humana cuando no está con sus desagradables amigas. No lo sé. No hay muchas chicas de nuestra escuela que muestren el menor interés, ¿vale? Me cuesta distinguir a las lesbianas.

—¡Me toca! —dijo Theo.

Jason recogió un palo del suelo y lo tiró a la hoguera.

—Esto es una mala idea. Deberíamos parar.

Theo se acercó de rodillas y se agachó frente a Diana, de espaldas a las llamas.

—Preparado.

Alia captó la mirada que intercambiaron su hermano y Diana. El movió la cabeza de manera imperceptible. ¿Pensaba realmente que Theo iba a arrepentirse por jugar con el lazo de la verdad? ¿O tenía miedo de lo que podía decir?

Diana reflexionó un instante y luego pasó el lazo por encima del cuerpo del chico.

Alia trató de pensar en alguna pregunta tonta. Sabía lo que quería preguntarle en realidad, pero, aunque hubieran estado a solas, no habría tenido agallas para hacerlo. «¿Alguna vez me has visto como algo más que la hermanita molesta de Jason? ¿Serías capaz de verme de otra manera?» El simple hecho de pensar en plantearle esa pregunta ya le encendió las mejillas.

Pero, antes de poder ordenar sus ideas, Nim se le adelantó:

—¿Tú o tu padre avisasteis a aquellos alemanes para que atacaran el museo?

—¡Nim! —dijo Jason con brusquedad, pero Diana no hizo ademán de retirar el lazo.

—Claro que no —contestó Theo, estupefacto—. Yo no sabía nada del tema.

—¿Y tu padre? —insistió la chica, implacable.

—¡No! —gritó Theo.

Alia notó un pequeño nudo de tensión que se le desanudaba bajo las costillas.

Theo se quitó el lazo y lo dejó a un lado.

—¿Cómo has podido pensar algo semejante?

—Todos lo hemos pensado —contestó Nim—. Tu padre desapareció en el momento justo.

El chico se sentó sobre los talones y los miró con los ojos muy abiertos y dolidos.

—¿De veras pensasteis que yo podía estar involucrado en algo así? —Desvió la mirada herida hacia Alia—. ¿Pensabas que podía ayudar a alguien para que te hicieran daño?

Ella negó furiosamente con la cabeza.

—¡No! Yo...

¿Qué había pensado? Que ella misma era una máquina de destrucción andante, que Theo o su padre tendrían plena justificación si quisieran acabar con ella.

—Hay espías en el equipo de seguridad de Jason —intervino Diana, tratando de calmar el ambiente—. Hay informadores en Laboratorios Keralis. Nadie sabía qué pensar.

—¿Y tú, Jason? —preguntó Theo.

El chico se frotó el rostro con la mano.

—Podrías haber dado alguna pista sin darte cuenta.

—Entonces ¿no soy malvado sino simplemente incompetente?

—Theo... —empezó decir Jason. Pero tuvo la sensación de que cualquier cosa que dijera solo iba a empeorar la situación.

—¡Me toca! —exclamó Alia. Todos se la quedaron mirando—. El lazo —continuó—. Pónmelo, Diana.

—¿En serio? —le preguntó su hermano.

La princesa amazona dudaba, pero los ojos suplicantes de Alia debieron de funcionar porque sacudió la cabeza con incredulidad y dijo:

—De acuerdo.

—¡Fantástico! —exclamó Alia con falso entusiasmo—. Pero solo una pregunta. —En voz baja, añadió—: Nim, ayúdame.

—Entendido —murmuró su amiga.

—¿Estás segura? —dijo Diana.

«En absoluto». ¿Por qué no había pensado en otra manera de cambiar de tema? La danza interpretativa, la temporada de los Mets... Ciertamente, había muchas otras opciones.

Intentó aparentar calma mientras dejaba que Diana le pasara suavemente el lazo por encima de los hombros. Sintió la fibra fresca sobre la piel y notó que se sentía sorprendentemente ligera. Comprendió que le daba miedo el lazo porque temía todo lo demás. Que tenía miedo del mundo de un modo que parecía esquivar a Theo, a Nim o a Jason; que quería a Nim, pero le molestaba su facilidad para relacionarse con la gente; que tenía miedo de que Nim se cansara de ella y no quisiera seguir siendo su amiga, que tuviera aventuras con alguien más divertido. Pensó que Nim nunca la perdonaría por el trauma de aquellos días, que no merecía la pena tomarse tantas molestias por alguien como ella. Todas estas verdades pasaron por su mente en un solo segundo, con una claridad demoledora. Cada pequeña mentira que se había contado a sí misma se abrió para revelar algo que no era bonito, pero que la liberaba de una carga.

Vio que Nim abría la boca para hacer una pregunta, pero Theo se le adelantó:

—¿Cuál es la cosa más vergonzosa que has hecho nunca?

—Ah, yo sé la respuesta —dijo Nim, aliviada—. Se desmayó en clase de gimnasia.

Alia separó los labios para darle la razón, pero sin embargo dijo:

—Te escribí una carta de amor.

—¿Qué? —chilló Nim.

—¿Qué? —ladró Jason.

—Oh... —dijo Theo, que se había quedado pasmado. ¿O estaba simplemente horrorizado? Alia no podía saberlo.

Diana ya se había inclinado para quitarle el lazo.

Alia quería negarlo todo. Estuvo a punto de decir «era broma», pero en vez de eso se oyó decir a sí misma:

—Te la escribí cuando tenía trece años, en un papel de princesas de color rosa que

rocié con desodorante de limón porque no tenía perfume y que metí en uno de tus libros.

Había sido probablemente el peor momento de su vida, incluyendo las recientes experiencias que habían estado a punto de costarle la vida. Diana tiró del lazo, y Alia, que tenía prisa por liberarse de su influjo, se lo pasó por encima de las trenzas y se levantó. Sentía que le quemaban las mejillas.

«Voy a morirme aquí mismo», pensó mientras su mirada iba de la mueca de Nim al gesto de dolor de Jason, y luego al semblante azul y preocupado de Diana. Se negaba a mirar a Theo, porque la tierra no iba a tener el detalle de abrirse para tragársela. Tendría que vivir con aquella humillación cada vez que lo mirara, tal como le había pasado durante meses después de darle aquella nota.

Él tenía quince años, era delgado y perfecto, y ella estaba completamente loca por él de un modo que entonces parecía inevitable. Theo hablaba consigo mismo en portugués mientras hacía los deberes, y ella pensaba que aquella era la cosa más adorable que había visto nunca.

La noche en que había firmado la nota con una floritura y la había colocado entre las páginas del libro de matemáticas de Theo, la sensación de euforia le había durado hasta que había llegado a su habitación. Entonces había tenido un ataque de pánico y había corrido de vuelta a la sala de estar, pero él ya había recogido sus cosas de la mesa y no había manera de recuperar la nota. Después de que él cogiera los libros, los metiera en su mochila y se fuera, Alia se quedó allí sentada, haciendo ver que conjugaba verbos en francés, convencida de que estaba a punto de vomitar. Al día siguiente, después de clases, había intentado recuperar la nota, pero cuando abrió el libro de mates de Theo vio que ya no estaba.

No olvidaría nunca la horrible vergüenza que había sentido en aquel instante, y mucho menos ahora que volvía a sentirla otra vez.

Theo nunca había dicho nada, pero ella se dio cuenta de que a partir de entonces evitaba quedarse con ella a solas en una habitación. O tal vez no había sido así y ella lo había imaginado. Nunca podría estar segura. Pero la tensión de intentar comportarse con normalidad durante los meses siguientes había sido extenuante. Entonces Theo se había ido a pasar el verano a Sao Paulo con su padre y ella y su hermano se quedaron en Martha's Vineyard. Alia casi había sentido alivio, pero, cuando Theo volvió, era casi diez centímetros más alto y el acné le había desaparecido del rostro. Ya no parecía humano. Sin embargo, ella estaba exactamente igual.

Ahora Alia se alisó la camiseta empapada.

—Bueno —dijo—. Menudo mal trago que he pasado.

—Alia —empezó Theo, que también se había puesto de pie—, no hay para tanto. De verdad, es genial.

La había ignorado, se había burlado de ella..., pero que la compadeciera ya era el colmo.

—¡Buenas noches a todos! —dijo ella de pronto con una alegría forzada, y enfiló hacia el camino, haciendo caso omiso de las llamadas de Diana.

Ascendió por la colina, sintiendo que las lágrimas que se acumulaban en su garganta le impedían respirar. No era la vergüenza. No era el recuerdo. Era todo lo que este suponía, cada idea odiosa que había tenido sobre sí misma y que se había repetido como un estribillo una y otra vez. El lazo era como mirarse en un espejo que desnudara cada ilusión que utilizabas para llegar al final del día, cada andamio que habías construido para no caer. Y allí solo estabas tú: los pechos demasiado pequeños, el culo demasiado grande, la piel demasiado pálida. Alia era demasiado friki, demasiado rara, demasiado callada cuando había gente delante. En las garras del lazo, se había dado cuenta de que se alegraba de que Theo y Nim no se llevaran bien porque Nim era más divertida y más valiente y más interesante de lo que ella llegaría a ser nunca. Era como una pequeña y preciosa bola de fuego, mientras que ella apenas era una brasa, un fuego a punto de apagarse, fácilmente olvidable al lado de tales llamas. La idea de que un día Theo pudiera mirar a Nim y deseársela y elegirla había hecho que Alia los odiara un poco a los dos, y había hecho que se odiara a sí misma todavía más.

Se sentó en el asiento trasero del Fiat y se encogió contra la puerta. Todavía podía ver las estrellas por la ventanilla, pero esta vez solo le sirvieron para sentirse más insignificante.

Al cabo de un rato, oyó que Nim abría la puerta y se instalaba en el asiento del conductor.

—¿Estás despierta? —susurró.

—Sí. —No tenía ganas de fingir.

—¿Qué has aprendido?

Alia la miró brevemente. Estaba sentada, mirando hacia delante, concentrada en el parabrisas. Tal vez así era más fácil hablar, a oscuras, sin tener que mirarse a los ojos.

Alia apoyó la cabeza contra el cristal.

—Básicamente, que soy una capulla mezquina y celosa. ¿Y tú?

—Que soy una cobarde.

—Eso es ridículo. Eres la persona más valiente que conozco. Fuiste a un baile con pantalones cortos y tirantes.

—Era un look que funcionaba.

—Ya te lo dije.

Alia oyó que Nim se removía en el asiento.

—Por muy bocazas que sea, nunca he llevado a una chica a mi casa. Ni siquiera he insinuado nada a mis padres sobre este tema. Tengo miedo de que, si lo hago, todo se desmorone.

Alia parpadeó, sorprendida. Siempre había pensado que Nim hablaría con sus padres cuando estuviera preparada. Era una de las familias más cariñosas que

conocía.

—No creo que sea verdad.

—Da igual si es verdad. Parece verdad.

Alia dudó. Se clavó las uñas en la palma de la mano.

—No me dejes, ¿vale?

Nim se volvió en el asiento y se retiró el mechón de pelo de la cara.

—¿Qué?

Alia se obligó a mirarla a los ojos.

—Cuando haya ido al manantial, todo cambiará. Saldré más, seré más abierta, iré a más fiestas... Lo que tú quieras.

—Alia, me da igual que vayas a fiestas en almacenes abandonados hasta la madrugada o que te quedes en tu habitación estudiando células como tanto te gusta hacer. Siempre seremos tú y yo contra el mundo.

—¿Por qué?

—Porque todos los demás son un asco, y no necesitas ningún lazo mágico para saber que es verdad.

Alia sonrió y tuvo la sensación de que una parte de la vergüenza y del dolor se desvanecía. Cerró los ojos y de pronto supo que incluso podría dormirse.

—Alia —oyó que murmuraba Nim.

—¿Mmm?

—No te ofendas, pero estas son las peores vacaciones de la historia.

—Ya te dije que tendríamos que haber ido al Gran Cañón —consiguió decir antes de que el cansancio la venciera y se dejara llevar por un sueño profundo.

Diana echó tierra sobre los restos de la hoguera para asegurarse de que no volvían a prender y se preguntó si debía pedir disculpas a Alia. Después de que se hubiera ido colina arriba, todos se habían mirado durante un largo momento, en un silencio tenso, con Theo incómodamente plantado al borde de la hoguera.

—Tal vez debería... —había aventurado.

—No —había dicho Nim—. Deja que se lo quite de encima, y luego haz ver que no ha sucedido.

—Pero...

—Tiene razón —había dicho Diana, aunque también tenía ganas de seguir a Alia. Ella también había sufrido un montón de humillaciones: siempre detrás de su madre y de sus hermanas amazonas, siempre la más lenta, siempre la última, siempre excluida de su manera de ver el mundo. Cuando le escocía el orgullo, no quería que le recordaran sus fracasos. Quería la soledad de los acantilados. Quería estar sola hasta que el dolor se calmara, hasta que fuera tan pequeño que le permitiera regresar—. Déjala en paz.

Jason miró a Theo y arqueó una ceja.

—¿Te envió una carta de amor?

—No fue para tanto.

—¿Cómo es que nunca lo mencionaste?

El chico se había metido las manos en los bolsillos.

—Solo era una niña. No quería avergonzarla.

—¿Por qué le has hecho esa pregunta tan estúpida? —había dicho Nim, irritada.

El chico levantó los hombros exageradamente.

—Pensaba que diría alguna tontería, como que bebió demasiado ponche de frutas y vomitó en su litera cuando estuvo de colonias.

—Eso suena muy específico —dijo Diana.

—Sí, bueno, le puede pasar a cualquiera. ¿No íbamos a descansar? Mañana será un gran día. Tenemos pendiente una purificación mística.

—Yo vuelvo al coche —dijo Nim—. Sé que Alia necesita un poco de espacio, pero, si me quedo mucho más tiempo aquí, voy a intentar ahogar a Theo en el estanque. —Se dirigió hacia lo alto de la colina.

Mientras el resto recogía las bolsas vacías y las botellas de refrescos y apagaba el fuego, Diana no dejaba de pensar en Alia. Aunque las leyendas sobre el lazo y sus características eran tan variadas que no había sabido qué esperar, seguía sintiéndose culpable.

Los mortales no debían jugar con aquel tipo de cosas, y su madre se habría puesto furiosa de haber sabido que ella utilizaba un arma sagrada para hacer juegos de mesa. Aunque también suponía que aquella era la última cosa que la pondría furiosa ahora mismo. Recorrió con el pulgar los hilos dorados del lazo y este empezó a brillar tenuemente. Su tacto era agradable; Diana tenía la sensación de que era un compañero más que viajaba con ellos. No estaba pensado para permanecer indefinidamente dentro de un recipiente de vidrio en una fría habitación. En una ocasión, había leído que las joyas debían lucirse para mantener el lustre. No podía evitar pensar que los brazaletes, el lazo y la piedra en forma de estrella que llevaba en el bolsillo eran dones que no tenían que permanecer encerrados.

Levantó la vista y se dio cuenta de que Jason la estaba mirando.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó.

—¿Por qué?

Se levantó y se limpió las manos en las perneras del pantalón, mientras comenzaban a caminar.

—Tiene la esperanza de que estés pensando en él —dijo Theo, al tiempo que soltaba una carcajada.

Jason le dio un suave empujón que hizo que estuviera a punto de estamparse contra un árbol.

—¡Eh! —protestó Theo—. ¡Habla y deja de empujar!

Diana lanzó una mirada a Jason. Tenía la mandíbula y los hombros rígidos, como de costumbre. ¿Era eso lo que pensaba? O, como Alia habría dicho, ¿era solo Jason haciendo de Jason?

La amazona se aclaró la garganta.

—Me pregunto qué nos deparará el día de mañana —dijo—. No creo que sea tan sencillo como encontrar el manantial y ya está. No sabemos qué nos estará esperando allí.

—Claro que sí —aseguró Theo, aplastando una rama—. Llegaremos al manantial, Alia se curará y nos pondremos a discutir cuál es el mejor número de baile para celebrar que hemos salvado al mundo.

—Me regocija tu optimismo —dijo Diana.

—Y yo admiro tu capacidad para levantar un coche por encima de la cabeza sin despeinarte y encima tener un aspecto espléndido mientras lo haces —le contestó Theo, haciendo una reverencia.

—¿Por qué tengo la sensación de que no será tan fácil como tú crees? —dijo Jason.

—Porque eres el típico tío que siempre ve el vaso medio vacío.

—En cambio tú eres el típico tío que piensa que todo saldrá bien o que siempre habrá alguien que lo arregle a última hora.

—No eres justo.

—Hablo en serio, Theo. Si todo se va a la mierda, esta vez no habrá modo de reiniciar la sesión o como quieras llamarlo.

—Te refieres a volver a empezar. Y me alegro de saber que te preocupas por mí, aunque pensaras que era una especie de traidor.

—Oye... —empezó a decir Jason.

Theo le dio un golpecito en la espalda.

—Lo entiendo, ¿vale? Pero tal vez deberías confiar un poco más en mí. Vosotros sois mi familia. Mucho más que mi padre. Además, si no fuera por mí, ahora mismo estaríais cruzando las montañas a lomos de una mula.

—La mula no hablaría tanto —bromeó Jason.

—Probablemente también olería mejor —dijo Theo.

¿Era realmente tan simple? ¿Una broma compartida, un golpecito en la espalda, un perdón concedido cuando no se había pedido una disculpa? Diana había visto la frustración de Jason ante el comportamiento superficial de Theo, la irritación de este por cómo Jason lo menospreciaba. Pero ambos parecían estar de acuerdo en evitar hablar de ello. Los chicos eran criaturas peculiares.

Dejó que los dos montaran el campamento improvisado junto al coche, al otro lado del claro. Por las ventanillas del Fiat, vio que Alia y Nim ya estaban durmiendo. Odiaba tener que despertarlas.

—Lo siento —susurró al entrar en el vehículo, y ató las manos de Nim con dos calcetines.

—No pasa nada —dijo la chica, adormecida—. Mi madre me puso unos guantes de horno con cinta aislante cuando tuve la varicela.

Diana no entendió qué tenían que ver los utensilios de cocina y las enfermedades contagiosas con todo aquello, pero emitió un educado murmullo.

Se removió en el asiento del copiloto, intentando encontrar una posición mínimamente cómoda y escuchó la quietud de la noche. Quería dormir, pero el coche era penosamente estrecho y su mente le funcionaba a mil por hora. Tal vez una carrera la ayudaría a despejarse.

Salió del vehículo tan silenciosamente como pudo. Alguien roncaba sonoramente desde el otro lado del claro, y por el timbre sospechó que se trataba de Theo. Estiró los brazos y las piernas, y regresó caminando al saliente de la roca para escuchar el rumor de la cascada y ver si había otro sendero.

Le sorprendió encontrar allí a Jason, de pie contemplando el agua. Se había vuelto a quitar la camisa, posiblemente para atar las manos de Theo, y el agua de la cascada le rociaba el cuerpo.

Como si notara su presencia, se volvió de pronto.

—Lo siento —dijo ella—. No te estaba espiando. Es que no podía dormir... —

Bueno, tal vez sí que lo había espiado un poco. Le gustaba mirarlo. Pero ¿no había dicho Nim que a la mayoría de chicas les gustaba hacerlo?

—Yo tampoco —dijo él—. Theo ronca.

—Ya lo he oído.

Jason volvió a dirigir la mirada a la cascada.

—¿Y si no sale bien? —preguntó en voz baja.

Diana sabía a qué se refería.

—El oráculo no miente.

—Pero tal vez se equivoque. Los oráculos se han equivocado otras veces.

—No en esta ocasión.

El chico se apoyó contra la roca de la que colgaba la campana y cruzó los brazos.

—¿Habrías participado si hubiéramos continuado jugando con el lazo?

—No lo sé. ¿Y tú?

Jason resopló ligeramente.

—Por supuesto que no.

Ella se colocó a su lado, apoyándose también en la roca.

—Lo que he dicho antes iba en serio. Siento haber utilizado el lazo para interrogarte.

Jason se encogió de hombros, moviendo suavemente los músculos bajo la piel.

—Llevo mucho tiempo guardando el secreto de lo que soy y de lo que puedo hacer. Mantener a la gente a raya se convierte en un hábito.

—No debería haberte obligado. La verdad tiene otro significado cuando se ofrece voluntariamente.

El echó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas.

—Desde el principio, mis padres se dieron cuenta de que era más rápido y más fuerte que los otros chicos y de que me gustaba pelearme. Todo apuntaba a que me convertiría en el típico abusón. Me enseñaron a contenerme, a ir con cuidado para no hacer daño a nadie. Pero a veces notaba en la sangre el deseo de utilizar mi fuerza, de ponerme a prueba.

Diana intentó no mostrar su sorpresa. Aquel era exactamente el comportamiento que le habían dicho que encontraría en el Mundo del Hombre. Y, sin embargo, Jason reconocía la necesidad de violencia que había heredado a través del linaje de los Keralis, pero que se había esforzado en atemperar.

—¿Por eso valoras tener el control por encima de todo?

—Sí. Pero también por cómo me criaron. Mi madre nos enseñó a Alia y a mí que el dinero solo nos protegería hasta cierto punto, que habría gente esperando a que falláramos, para demostrar que no merecíamos tener lo que teníamos.

—Me suena... —dijo ella.

El la miró con escepticismo.

—¿En serio? Para nosotros es como una trampa. Alia y yo siempre tenemos que ser los mejores. Siempre tenemos que ir un paso por delante. Pero cuanto más fuerte

te haces, cuanto más cosas consigues, más personas quieren ponerte en tu sitio. — Golpeó levemente la parte posterior de la cabeza contra la roca—. Es agotador. Y toda esa precaución no deja mucho espacio para la grandeza.

Tal vez lo comprendía menos de lo que pensaba. En la isla, ella siempre había sabido que sus fracasos significaban algo más, pero también era consciente de que sus logros serían suyos, que si corría lo bastante rápido, si luchaba con la fuerza suficiente, si pensaba con suficiente agilidad, sus hermanas tratarían sus victorias con respeto.

Diana le clavó el codo.

—No fue ninguna estupidez lo que dijiste en el avión. Todos queremos saber a qué sabe una pizca de grandeza.

El volvió la cabeza para mirarla.

—¿Y si quieres un poco más que una pizca?

Algo en aquellas palabras le aceleró el pulso.

—¿Cuánto más?

—No lo sé. —Volvió a mirar al cielo—. Das un mordisco. Luego otro. ¿Cómo sabes que ya estás lleno?

«Te veo, Hija de la Tierra. Veo tus sueños de gloria».

—Entonces, tu deseo de dirigir los Laboratorios Keralis, el legado de tus padres...

—Su legado —repitió él, y soltó una risa amarga—. ¿Sabes que a una parte de mí le gustaría creer que los poderes de Alia provocaron el accidente de coche que mató a nuestros padres?

Diana respiró hondo; él la miró, los ojos oscuros y brillantes.

—¿Qué te parece esta confesión? —dijo—. Por eso presioné tanto a Michael para que investigara. Deseaba que hubiera una conspiración, una explicación, una razón para todo ello. Si querer hacer grandes heroicidades no es una estupidez, esto sí que lo es. Así es como piensan los niños pequeños.

¿Cómo reaccionar tras perder tantas cosas en una sola noche? ¿Quién no buscaría algo de orden, alguna medida de control?

—Querías encontrar el significado de su muerte —dijo ella—. No tiene nada de malo.

Jason se apartó de la roca y caminó hasta el borde del peñasco.

—Quería rehacer el mundo, convertirlo en algo que pudiera entender. —Cruzó los brazos, con el perfil hacia el cielo, y ella recordó cuando lo había visto solo entre los árboles, como un centinela de piedra, haciendo guardia—. Y todavía quiero hacerlo.

—Por eso quieres retener el control de la empresa.

Jason inclinó la cabeza hacia un lado y regresó lentamente hacia la roca.

—¿Por qué siempre tengo la sensación de que soy yo quien acaba hablando más que tú?

—¿Porque soy muy buena escuchando? —sugirió ella.

El soltó un bufido burlón.

—Haremos un trato. Jugaremos a las veinte preguntas. Tú respondes y yo te perdono lo del lazo.

Ella cortó el aire con la mano.

—Veinte son demasiadas.

—Diez.

—Tres.

—¿Tres? —dijo él con incredulidad—. ¡Eso no es nada!

Ella creía saber lo que él le iba a preguntar, y estaba dispuesta a decir la verdad sobre sus orígenes, tal vez no toda la verdad, pero sí una parte de ella. Diana le había sacado su verdad a la fuerza, así que era justo que ahora le devolviese la pelota.

Se encogió de hombros.

—En los cuentos siempre son tres. Tres deseos. Tres preguntas.

Jason suspiró y volvió a colocarse a su lado.

—Muy bien. Pero tienes que decir la verdad.

—Haré todo lo posible.

El se frotó las manos con impaciencia.

—Muy bien, Diana Prince, ¿tienes novio en tu país?

Ella se echó a reír. No era en absoluto lo que había esperado.

—No.

—¿Novia?

—No. Te das cuenta de lo malo que eres, ¿verdad? Ya llevas dos preguntas.

—Pero... —Las reglas son las reglas. Una pregunta más, Jason Keralis. Esperó. Sabía lo que vendría a continuación.

—Muy bien —dijo él—. ¿Cuál es la historia de la estrella doble?

Se incorporó, sorprendida. ¿Ninguna pregunta sobre su hogar? ¿Sobre su gente?

—¿Te acuerdas de eso?

—Sí, y me di cuenta de que no querías explicármelo.

Diana frunció el ceño.

—¿Tan fácil soy de interpretar?

—Tal vez es que soy muy bueno escuchando. Adelante. La historia.

Diana se reclinó contra la roca y escuchó el viento que soplaba entre los pinos. Tendría que compartir otro tipo de secreto. Había confesado que aquella historia era su favorita. No quería parecer una estúpida.

Estudió el cielo nocturno.

—¿Sabes encontrar la Osa Mayor?

—¿El Carro? —dijo Jason—. Claro que sí.

Ella señaló con el dedo, trazando un camino.

—Si sigues la manivela, verás a Arturo a su lado. Y, si continúas, verás la estrella conocida como el Cuerno o Azimech. Es una de las más brillantes que hay en el cielo.

—Es inconfundible.

—Pero guarda un secreto.

El chasqueó la lengua.

—Eso nunca es una buena idea.

—Nunca —coincidió ella—. En realidad son dos estrellas que orbitan alrededor del mismo centro de gravedad, tan cerca la una de la otra que son indistinguibles. La historia cuenta que una vez hubo una gran guerrera, Zoraida, que juró que nunca se entregaría a nadie que no fuera su igual. Pero nadie conseguía vencerla en la batalla.

—Adivino que es aquí donde aparece el héroe.

—Zoraida es la heroína. Pero es cierto que otro campeón apareció e intentó vencerla, un hombre tan orgulloso como fuerte. Juró que la derrotaría o moriría en el intento, y así, un amanecer rosáceo, se encontraron y se enfrentaron: Zoraida, empuñando su leal hacha, y Agatón, con una espada que brillaba como el sol de la mañana. —Diana cerró los ojos, recordando cómo seguía la historia—. Desde el principio, estuvo claro que estaban muy igualados, y por todo el valle resonaba el sonido de los golpes a los que se sometían mutuamente. Lucharon y lucharon, durante horas y luego durante días. Y cuando el hacha de Zoraida quedó destrozada contra la manopla de Agatón y la espada de Agatón se rompió contra el escudo de Zoraida, siguieron luchando, pues ninguno de ellos estaba dispuesto a ceder la victoria.

—¿Quién ganó? —preguntó él.

Diana abrió los ojos.

—Ninguno de los dos. O los dos. Depende de cómo lo mires. A medida que luchaban, el respeto mutuo iba en aumento. Se enamoraron, pero, tal como estaban igualados en la fuerza, también lo estaban en tozudez. Murieron el uno en brazos del otro y, con el último aliento, juraron sus votos. Los dioses los colocaron en el cielo, donde podrían permanecer juntos para siempre, sin que ninguno de los dos disminuyera el brillo del otro, gobernando su rincón de la noche en arrogante aislamiento.

—¿Y esta es tu historia favorita?

Jason había arqueado las cejas y lucía la expresión burlona que ella había esperado de él.

—Sí —dijo a la defensiva.

—Es bastante lúgubre. ¿También eres fan de Romeo y Julieta?

Diana se echó a reír.

—En absoluto. Prefiero a Benedick y Beatrice.

—¡Pero estaban condenados!

—La condena no es una necesidad.

—¿Solo un beneficio adicional?

Diana levantó las manos.

—Es una historia trágica de amor.

—Es trágica, y que lo digas.

—Es romántica. Encontraron a sus iguales. —La primera vez que Diana había oído la historia de Zoraida, le había fascinado. Contenía todos los peligros y las tentaciones del Mundo del Hombre. ¿Cómo debía ser desear tanto a alguien, pero al mismo tiempo no renunciar a tus creencias? De haber perdido el corazón en favor de Agatón, ¿habría cedido o habría hecho honor a su voto? Tal vez la historia era algo melodramática, pero no por eso tenía que dejar de gustarle. Volvió la cabeza y vio que Jason la observaba de nuevo—. ¿Por qué no me has preguntado nada sobre la isla? —dijo—. Sobre el lugar de donde procedo.

El sonrió, y el hoyuelo proyectó una sombra sobre su mejilla.

—La verdad tiene otro significado cuando se ofrece voluntariamente. —Inclinó la cabeza hacia el valle—. ¿Cuánta distancia crees que hay hasta la cima de la montaña?

Diana sonrió.

—Averigüémoslo.

Compartieron una carcajada y se lanzaron colina abajo, dejando atrás el estanque y adentrándose en el bosque plateado.

Diana adelantó a Jason como un rayo, saltó por encima de un tronco caído, pasó por debajo de una rama baja, con el corazón latiendo de felicidad, mientras el bosque se abría a su paso. Emergió de los árboles y salió a la ladera pedregosa; se deslizaba más que corría sobre el suelo granulado que cedía bajo sus pies causando una lluvia de piedrecitas. Oyó que Jason aullaba feliz desde algún punto detrás de ella, esforzándose por mantener el ritmo que ella había impuesto, pero aparentemente contento de tener que hacerlo.

Ahora se encontraban en campo abierto, subiendo unas colinas bajas y ondulantes llenas de socavones y rocas que colgaban de rugosos planos de granito. Oyó los pasos firmes de Jason y al poco rato ya marchaban juntos, al mismo paso. «Ya no se esconde», comprendió ella, y se echó a reír, dejando que sus blancos dientes relucieran en la oscuridad.

Diana se dejó ir y corrió. «No participas en una carrera para perder».

Notaba el chasqueo de las sandalias contra la tierra, las estrellas que se arremolinaban encima de ella. No se molestó en establecer un ritmo, ni se preocupó por la distancia ni por la altitud de la montaña. Simplemente corrió; las zancadas de Jason la empujaban a ir más deprisa, como un perro pisando los talones al ciervo, pero no sentía ningún miedo, tan solo euforia. No tenía que preocuparse por las consecuencias de una posible derrota ni por cómo comportarse en su condición de princesa. Solo existía la carrera, el deseo de ganar, la emoción del latido desbocado de su corazón acompasado con el del chico mientras se encaramaban por un barranco rocoso que daba a un arroyo o escalaban la pared empinada del pico, abriéndose paso a través de arbustos puntiagudos y pinos aromáticos hasta que... encontraron un antiguo camino de carros, apenas visible, cubierto de malas hierbas y raíces de árboles rotas.

Diana gritó triunfante cuando sus pies pisaron el camino y esprintó hacia el lugar

donde los árboles se abrían un poco, con los troncos inclinados y retorcidos por el viento. Parecían mujeres congeladas en una danza enloquecida, con las matas de pelo echadas hacia delante, las espaldas arqueadas en éxtasis o inclinadas en posición de súplica; una procesión de bailarinas que acompañaba a Diana durante la ascensión.

«Corre», le susurraban. «Esto es lo que pasa cuando dejas que tus pies echen raíces». Pero ¿acaso no era aquella la vida que sus hermanas habían elegido? ¿Atadas a un solo lugar, seguras pero encerradas en el tiempo, preparándose para una guerra que tal vez no llegaría jamás?

Dobló una curva y vio ante ella la cima de la montaña, con un pequeño altar cerca de la cúspide, una virgen rodeada por flores marchitas y paquetes de caramelos, pequeñas ofrendas. De algún modo, supo que allí siempre había habido altares, lugares sagrados donde se invocaba a los dioses, donde se ofrecían plegarias bajo el cielo negro e infinito.

Aumentó la velocidad, alargó la zancada y lanzó un grito al viento al dejar atrás el altar y alcanzar el punto más alto de la montaña, levantando los brazos en señal de victoria.

Jason llegó justo detrás, recorriendo a paso tranquilo los últimos metros. Reía tanto que tuvo que doblar el cuerpo y apoyar las manos sobre las rodillas.

—No está bien regodearse —jadeó.

Diana sonrió.

—Tendríamos que haber apostado.

Miró más allá del valle, a los picos del Taigeto en la lejanía, a un mundo pintado de negro y plata, con el cielo convertido en bóveda oscura de estrellas. Parecía infinito, ilimitado por mares o barreras, un mundo que exigiría cien vidas humanas para ser explorado. Pero, cuando llegaran al manantial, tendría que dejar atrás todos aquellos horizontes.

—Bueno, me temo que no soy ningún Agatón —dijo Jason—. A duras penas he podido seguirte el ritmo.

Ella asintió a regañadientes.

—Lo has hecho muy bien.

—¿En serio? —preguntó él, y de algún modo ella comprendió que no era esta la pregunta que estaba haciendo. La luz de las estrellas iluminó el contorno de su perfil cuando se volvió hacia ella.

—Sí —contestó Diana soltando un suspiro.

Jason se inclinó hacia delante y ella notó que su propio peso levitaba atraído por la gravedad de él, por la forma de sus labios, por el movimiento de sus músculos bajo la piel. Las dos bocas se encontraron, cálidas y suaves, como la primera cereza del verano, llena de promesas, y el apetito floreció en el interior de Diana como una viña impaciente que se desenroscaba en la parte inferior de su estómago. El deslizó la mano entre su pelo y la atrajo hacia sí. Pero, por debajo de la fuerza y de la velocidad, ella sintió lo mortal que era, una vida fugaz como un beso, una chispa capturada. No

duraría. Y así ella se abandonó para sentir el latido violento de su corazón, el calor de su piel, la ferocidad de una vida que brillaría por un instante, que estaba allí y luego desaparecería.

Alia despertó al son del cantar de los pájaros y bajo la luz de una luna creciente visible en el horizonte, como una guadaña delgada y perfecta. La luna de la cosecha. El hecatombeón había comenzado. «Ya casi estamos», se recordó. «Solo tenemos que llegar al manantial antes de que se ponga el sol».

O bien la táctica de atar a Theo y a Nim durante la noche había funcionado o los dioses del combate habían encontrado a otro grupo de personas al que molestar, porque nadie gritaba ni intentaba cometer un asesinato. Diana y Jason ya estaban despiertos y habían colocado las últimas provisiones de alimentos sobre una roca, mientras discutían las ventajas de las posibles rutas para llegar a Therapnes y cómo encontrar el manantial cuando hubieran llegado. Estaban sentados muy juntos, con los hombros prácticamente tocándose, y parecía que la animosidad mutua que los había acompañado desde aquel primer encuentro en el hotel Good Night había desaparecido. «Tal vez no era animosidad», pensó Alia, sacudiendo la cabeza para intentar deshacerse del calambre que le agarrotaba el cuello. «Uf...» Si Jason pretendía ligar con sus amigas, ella prefería no saberlo. «Aunque la verdad es que esta vez ha tenido buen gusto».

Dejó a Nim dormitando en el asiento reclinado del conductor y fue a lavarse la cara y las manos al estanque superior de la cascada. Oyó a Theo que estaba silbando alegremente una canción que ella no conocía y el sonido llegaba por la curva del camino. Antes de poder dar media vuelta y echar a correr, Alia lo vio doblando la esquina con sus andrajosos pantalones brillantes y la camisa robada a la que ahora le faltaban las mangas. El joven había llenado la botella de agua y la transportaba sujetándola delante de él, tensando sus delgados brazos, pero se detuvo en seco cuando él también la vio. Sus trencitas parecían más despiertas que él.

—Hola —dijo.

«Vaya, esto no va a ser incómodo en absoluto».

—Hola —contestó ella, haciendo un esfuerzo por sonar natural—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Muy bien. —Siguió caminando hacia las cascadas. «Tranquila. Ahora solo tendrás que pasar unas cuantas horas metida en un coche con él. No hay problema».

Oyó un ruido sordo y pasos apresurados, y comprendió que Theo había dejado la jarra en el suelo y corría para alcanzarla. Tal vez podría sumergir la cabeza en el agua y aguantar la respiración hasta que él se fuera.

—Escucha... —empezó.

—Theo, digas lo que digas, solo vas a empeorar las cosas. No pasa nada. Tenía trece años y me había enamorado de ti.

—¿Porque mis ojos son dorados como un mar en una puesta de sol?

Durante un segundo, Alia no entendió nada, pero luego el recuerdo la asaltó con

una claridad desgarradora. «Tus ojos son dorados como un mar en una puesta de sol. Podría ahogarme mil veces en ellos». Aquella carta horrible.

—Dios mío —gruñó—. Tenía la esperanza de que no la hubieras leído.

El sonrió.

—La leí.

—Bueno, de eso hace mucho tiempo —dijo ella con una risa incómoda—. Como esa, escribí por lo menos diez. Una de ellas a Zac Efron.

—Vaya. —Realmente parecía algo decepcionado—. Es una lástima. Es la cosa más bonita que nadie me ha dicho nunca.

Ella pensó en el ramillete de chicas con las que lo había visto durante los últimos años.

—Seguro que sí.

El se pasó la mano por encima de sus trencitas.

—¿Te acuerdas al menos de lo que escribiste?

—No exactamente. Cada vez que mi cerebro intenta regresar a aquella época siento tanta vergüenza que tengo que parar antes de arriesgarme a sufrir un aneurisma.

Theo se miró los zapatos puntiagudos de vestir. Estaban totalmente destrozados y el dibujo de pata de gallo de los laterales estaba casi oculto por el polvo.

—Decías que yo era inteligente y que si la gente no entendía mis bromas tal vez era porque no eran suficientemente listos para hacerlo.

—¿En serio?

Bueno, pues en aquel punto tenía razón. Alia recordaba cómo odiaba el modo en que Michael se burlaba de Theo, y que los chicos de la escuela lo llamaran raro y bobo. Cuando se hicieron más mayores, todos se dieron cuenta de que los gustos de Theo en música, ropa y en todo lo demás no eran raros, sino interesantes. Alia había visto cómo las chicas empezaban a adularlo y se había sentido como una *hipster* resentida. «Yo sabía que era guay antes que vosotras».

—Me comparabas con un camarón —dijo él.

Ella cerró los ojos.

—¿Quieres que vaya a ahogarme?

—No, era fantástico. Decías que los camarones eran pequeños, pero que sus garras eran capaces de producir un estallido...

—Más fuerte que el motor de un avión —dijo Alia—. Sí, lo recuerdo. Aquel año me interesé mucho por la biología marina.

—Exacto —dijo él con entusiasmo—. Al parecer, producen un estallido capaz de sorprender a los peces más grandes, pero tú añadías que sobreviven gracias a que son ruidosos y a que no intentan mezclarse con los demás.

—¿Cómo puedes recordar todo eso?

La sonrisa de Theo se torció. Se metió las manos en los bolsillos y golpeó el suelo con el talón.

—Guardé la carta.

—¿En serio?

Él se encogió de hombros.

—Era un buen recordatorio. Para cuando las cosas no iban demasiado bien.

Alia se cruzó de brazos.

—Si para ti era tan importante, ¿por qué nunca me dijiste nada?

Theo puso los ojos en blanco.

—Porque también había un montón de cosas ridículas y ñoñas, y tú tenías trece años y eras la hermana de mi mejor amigo. Tenía miedo de que te tiraras sobre mí en la sala de estar y me pidieras que me casara contigo. Había media página dedicada a todos los signos que confirmaban que éramos almas gemelas. Uno de ellos era que a los dos nos gustaba el ketchup.

Alia se tapó la cara con las manos.

—Para ya.

—Y un montón de rollos raros de acosadora y varias metáforas seriamente enrevesadas.

—Vale, ya es suficiente. Vete y déjame que disfrute a solas de mi humillación.

—Pero a eso me refiero: lamento que esa nota te avergüence. —Ella arqueó las cejas—. Vale, no lo lamento tanto, porque estás muy guapa cuando te avergüenzas, pero esa carta fue muy importante para mí. Decías que te gustaba que no fuera como los demás, y eso era lo que más necesitaba oír en aquel momento.

—Entonces... ¿supongo que te alegras? —preguntó ella, sin saber qué más decir. Pensó que seguramente podría sobrevivir con un poco de vergüenza—. Pero aun así tienes que irte.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ir a...

—¡Claro, al manantial!

—No —dijo ella, sonrojándose—. Tengo que ir a...

Theo levantó el pulgar.

—Lo siento. Ya me voy.

Se alejó por el camino, pero cuando él recogió la jarra de agua, Alia añadió:

—¿Theo?

¿Sí?

—La noche de la fiesta en el museo, ¿por qué dijiste piropos a todo el mundo menos a mí?

El sonrió.

—Porque tú, con aquel vestido dorado, me hiciste papilla el cerebro.

Ella puso y los ojos en blanco.

—Seguro que sí.

El avanzó un par de pasos y se detuvo.

—¿Alia?

—¿Qué?

—Aquella noche, en la fiesta, parecías un tesoro recién desenterrado.

Alia se tomó su tiempo para regresar al coche, sobre todo porque no podía borrar la sonrisa bobalicona de su cara, y cuando por fin regresó al claro, Diana deambulaba arriba y abajo y Jason parecía igual de impaciente. Abrió la puerta del Fiat para que todos fueran subiendo, y ella pensó que, de haber tenido todavía el reloj, su hermano le habría dado unos golpecitos, indignado.

Se apretujaron en la misma formación que el día anterior. Nim al volante, Jason en el asiento del copiloto, y el resto, encajados en la parte de atrás, con Diana emparedada entre Alia y Theo como si fuera el precioso relleno de un sándwich planchado. Alia casi se sentía culpable por el espacio que quedaba libre detrás de Nim, y dio las gracias en silencio por las piernas cortas de su amiga.

Habían decidido ceñirse al plan de tomar el paso de Lagadha, y pocas horas más tarde rodearon la ciudad de Kalamata, deteniéndose solo para poner gasolina (tras una negociación que resultó ser mucho más fácil al ocuparse Diana de llevarla a cabo), antes de conectar con la carretera que se dirigía al este a través de las montañas.

No tardaron en comprender por qué los lugareños no utilizaban aquella ruta. Colgaba del acantilado en una franja estrecha, reseguída a un lado por una implacable pared de roca gris, y al otro, por un precipicio abrupto que terminaba en un barranco moteado de árboles.

Alia intentó controlar las náuseas mientras serpenteaban por las curvas en forma de U. En algunos tramos, la carretera se estrechaba en un solo carril, y era imposible saber si venía alguien en la dirección opuesta o a qué velocidad. Incluso cuando había dos carriles, estos eran tan estrechos que, cada vez que pasaba otro coche, el Fiat temblaba. Alia se dijo que esto se debía al cambio de presión entre los dos vehículos, pero atenerse al principio de Bernoulli no servía para eliminar la sensación de que cualquier despiste de los conductores podía enviarlos contra el lateral de la montaña o lanzarlos al vacío.

—Es una carretera antigua —dijo Diana, mirando por la ventana—. Telémaco la recorrió en un carro cuando viajó desde el palacio de Néstor para encontrarse con Menelao en Esparta.

—¿Menelao? ¿El esposo de Helena? —preguntó Alia.

—Apuesto a que Telémaco no se quedó atascado detrás de un autobús turístico —gruñó Nim, tocando el claxon.

—Eh —dijo Jason—. Estamos intentando no llamar la atención, ¿recuerdas?

—No te preocupes —contestó ella, y puntuando cada palabra con un bocinazo, añadió—: Nadie... me... está... prestando... atención.

Finalmente, el autobús encontró un lugar donde hacerse a un lado y Nim lo adelantó como una centella, mientras Alia se agarraba al brazo de Diana y cerraba los

ojos.

—Nim —resopló—, soy consciente de que estamos huyendo para salvar la vida, pero no va servir de nada si no sobrevivimos a la excursión.

—¡Tranquila, está todo controlado! —dijo ella, tomando otra curva con tal entusiasmo que todos se desplazaron hacia el lado izquierdo.

Habían tenido que sacrificar el aire acondicionado del coche para subir hasta la montaña, y ahora que se habían librado del humo del tubo de escape del autobús, Alia asomó la cabeza por la ventanilla abierta y respiró hondo.

La parte de su cerebro que no estaba concentrada en intentar no vomitar fue capaz de apreciar la belleza del lugar, las densas nubes de pinos, los picos escarpados y las agujas retorcidas del paso. Había puntos en los que la roca colgaba sobre la carretera como una ola congelada justo antes de romperse, otros donde la carretera se estrechaba y el coche pasaba por una ranura tallada en la piedra. Alia tenía la sensación de que el pequeño Fiat viajaba dentro de las fauces de un monstruo, y que en cualquier momento la bestia podía aclararse la garganta.

Pasaron a toda máquina por delante de un cartel, y Jason dijo:

—Esto era el hoyo de Kaiadas.

—¿El qué? —preguntó Alia.

—El lugar en el cual los espartanos lanzaban a sus enemigos para que nadie pudiera encontrarlos. Se suponía que no tenía fondo.

—Sí, y también lanzaban a sus hijos si no cumplían los requisitos para ser un buen espartano —añadió Theo.

—Eso es horrible... —se lamentó Alia.

—Era una cultura marcial —dijo Jason—. Tenían prioridades distintas.

Theo le propinó un cachete en la oreja.

—¿Insinúas que hacían bien en tirar a cualquiera que no fuera un espécimen físico perfecto como tú?

—Solo digo que era una época distinta.

Nim se estremeció.

—Una época de barbarie.

—¿Y el mundo en el que vivimos es mucho mejor? —preguntó Jason.

—Cadenas de váter —dijo Nim.

—Antibióticos —añadió Alia.

—*Smartphones* —dijo Theo.

—A eso me refiero —continuó Jason—. Los antibióticos han creado nuevas cepas de superbacterias, las personas son tan dependientes de sus teléfonos que ya no se molestan en aprender nada por sí mismas...

Alia se echó hacia delante y le golpeó en el brazo.

—No puedo creer que estés echando pestes de la ciencia.

Él levantó las manos, a la defensiva.

—¡No lo hago! Solo digo que todas esas cosas que nos hacen la vida tan cómoda

tienen un precio. Pensad en el modo en que la tecnología ha cambiado la guerra moderna. ¿Qué valor necesitas para lanzar un ataque aéreo desde detrás de una pantalla de ordenador?

—Es verdad —intervino Diana—. Sois asesinos eficientes.

—Claro —dijo Alia, pensando en todas los avances que sus padres habían conseguido con los Laboratorios Keralis, incluso con el Proyecto Segundo Nacimiento, en el que habían estado trabajando—. Pero también somos curadores eficientes.

—Y eso tiene igualmente un coste —le recordó Jason—. Cada generación es más débil que la anterior; es incapaz de adaptarse y de sobrevivir sin la ayuda de las vacunas o de la terapia genética.

Theo dio una patada al asiento de su amigo.

—Por el amor de Dios, a cada segundo que pasa sueñas más espartano.

—Solo es biología —afirmó Jason—. No digo que sea buena ni mala.

Theo volvió a desplomarse en el asiento.

—Sí, bueno, lo único que sé es que yo habría sido el primero en caer por el agujero. Seguramente, los espartanos, con su cultura marcial, no sentían demasiada simpatía por los bebés escuálidos y raritos.

—Eso es una leyenda —dijo Diana.

Alia ya no estaba segura del significado de la palabra.

—¿Cómo las Warbringer y los dioses de la batalla?

—No, me refiero a que uno de los poetas más famosos de Esparta era ciego de nacimiento y también tuvieron un rey que era zambo. Sabían que ser un guerrero no era solo cuestión de fuerza. Todas esas patrañas de dejar morir a los bebés eran propaganda ateniense.

—¿Sabéis qué dijeron los espartanos cuando los persas les exigieron que dejaran las armas y se rindieran? —preguntó Nim.

—No —contestó Theo—. Pero apuesto a que luego hubo un montón de gritos y una escena bélica a cámara lenta.

—*Molon labe* —dijo Jason.

—Venid a buscarlas —murmuró Diana.

—¡Ja! —se rio Theo—. Hay alguien que sabe más que la sabelotodo.

Nim trazó la siguiente curva.

—Theo, estoy segura de que tenemos tiempo para hacer una parada en ese hoyo sin fondo.

«Venid a buscarlas». Alia se preguntó si Diana pensaba que hoy iban a librar una batalla. ¿Tenía miedo? ¿O era como una concertista de violín, feliz ante la perspectiva de poder tocar ante su público?

—Alia —dijo Theo, ignorando a Nim—, ¿qué es lo primero que te gustaría hacer cuando te hayas librado del rollo Warbringer?

Ella abrió la boca, pero luego dudó. Con tanto terror y ansiedad por llegar al

manantial, no había tenido tiempo de pensar en lo que vendría después.

—¿Crees que me sentiré distinta? —preguntó a Diana.

—No lo sé, pero creo que el mundo sí será distinto.

Theo se echó a reír.

—¿Quieres decir que todo el mundo se dará la mano y cantará canciones folk?

—Eso suena muy desagradable —dijo Diana.

—¡Vamos todos! —dijo Theo—. Paz, amor y la Era del Rosario.

—De Acuario —le corrigió Nim.

—¿Así es como te imaginas la paz? —dijo Diana, divertida—. Parece una obra mala de un solo acto.

—No, no, no —dijo Theo—. Sin duda, es un musical.

—Dios mío —gruñó Nim.

—Cuando la luuuna está no sé dónde —canturreó el chico.

Nim agarró con fuerza el volante.

—Cállate, Theo.

—Y Júuuupiter lleva pantalooooones...

—¡Theo! —gritó Nim—. Cállate. Hay alguien detrás de nosotros.

Alia alargó el cuello para mirar por la ventana trasera. Había un camión que les hacía luces.

—Tal vez solo quiera adelantarnos.

Pero entonces el camión aceleró y golpeó la parte trasera del Fiat con el parachoques, empujándolo hacia delante y provocando el griterío general.

Alia volvió a mirar atrás y por la ventana vio los ojos negros y vacíos del conductor, el rictus macabro de sus labios, la cara monstruosa enmarcada en una melena de león. Las luces del camión parpadearon de nuevo y la joven vio la forma de una carroza tirada por cuatro enormes caballos, con los ojos inyectados en sangre y los cascos gigantes picando contra el asfalto. Una oleada de terror la inundó. Necesitaba salir del coche.

Diana le cogió la mano para alejarla de la maneta de la puerta.

—No cedas ante el miedo. Es Deimos —dijo en voz baja, pero firme, aunque Alia vio que tenía las pupilas dilatadas y le sudaba la frente—. El dios del terror. El hermano gemelo de Fobos. Nim, tienes que ir más despacio.

El conductor del camión hizo sonar la bocina con un estruendo que inundó los oídos de Alia. En aquel sonido oyó las trompetas de la guerra, los gritos de los que agonizaban.

El camión rugió y volvió a golpearles con el parachoques. El Fiat pegó un brinco, invadió el carril izquierdo y estuvo a punto de colisionar contra un vehículo que venía en la dirección opuesta.

Nim se aferró al volante, devolvió el coche a su carril y pisó el acelerador, intentando distanciarse del camión.

—¿Qué hago? —gimió con voz temblorosa.

Por el espejo retrovisor, Alia vio el terror en su rostro. Sus nudillos se habían vuelto blancos sobre el volante.

—Ve más despacio —le ordenó Diana.

—¡Nos pisa los talones! —chilló Nim.

—Haz caso a Diana. No intentará matarnos —dijo Jason, con los puños cerrados y los nudillos como estrellas blancas—. Ralentiza. Su intención no es matar a la Warbringer.

—Haz lo que te piden, Nim —dijo Alia, dándole un apretón en el hombro, a pesar de que lo único que quería era huir cuanto antes del monstruo que los perseguía.

Nim sollozó ligeramente, flexionó los dedos y levantó el pie del acelerador. La velocidad del coche aminoró.

El claxon del camión volvió a sonar y Alia se tapó los oídos. Por encima de todo aquel ruido, oía el rugido del motor, el tronar de los cascos. El camión se había situado en el otro carril y se estaba poniendo a su altura.

—¡Va a tirarnos por el precipicio! —gritó Theo.

—Tenemos que parar.

—¡No puedo! —sollozó Nim—. Tenemos coches detrás.

Conductores inocentes. ¿Qué estarían viendo en realidad? ¿Un pequeño Fiat atestado de turistas, conducido de forma errática, que iba frenando y acelerando? ¿Un camión que intentaba adelantarlo? ¿O algo peor? Si Nim paraba el coche, tal vez los otros conductores tendrían tiempo para frenar y detenerse sanos y salvos, o tal vez se precipitarían al vacío y caerían por el desfiladero.

El sonido de la carroza hacía temblar el pequeño coche, el repicar de los cascos parecían detonaciones de mortero y el estrépito de las ruedas recordaba a la percusión ensordecedora de un tiroteo.

Theo se echó a reír. Entonces Alia vio a Fobos sentado junto a Diana. Pateaba con feroz alegría el asiento de Jason, mientras la amazona intentaba contenerlo con el brazo. El Fiat se lanzó hacia delante.

—¡Más despacio, Nim! —gritó Alia.

Pero, como única respuesta, la chica soltó una carcajada siniestra. Su pelo, tejido de estrellas, se había convertido en una maraña brillante. Eris era quien pisaba a fondo el acelerador y retaba a la carroza a una carrera mortal.

Deimos sonrió y chasqueó el látigo, una bobina larga y negra que relucía en su mano como una culebra de piel lustrosa. La carroza avanzó rugiendo (el largo de un coche, luego de dos) y se colocó delante de ellos, en su carril. Luego, de repente, se detuvo con un chirrido de frenos, y Alia vio cómo el tráiler del camión se deslizaba hasta bloquear la carretera. Iban a estrellarse.

Abrió la boca para gritar en el momento en que Jason agarró el volante y dio un tirón violento hacia la derecha. El Fiat salió rebotando de la carretera y tomó otra vía secundaria, con las ruedas traseras agarrándose al asfalto y provocando que el coche girara sobre sí mismo y saliera despedido del pavimento hacia los arbustos, entre las

ramas que se rompían contra el parabrisas. Alia se dio cuenta de que Diana la estaba abrazando y entonces oyó una fuerte explosión.

Una de las ruedas había reventado. El coche ralentizó la marcha y se detuvo por fin.

Se hizo el silencio, un silencio que a Alia le resultó extrañamente atronador, hasta que, uno por uno, los sonidos del mundo normal fueron regresando: los insectos, el canto de los pájaros, el ritmo frenético de su propia respiración.

Su hermano tenía los brazos estirados, las manos apoyadas contra el salpicadero, las fosas nasales se le ensanchaban cada vez que inhalaba y exhalaba, los ojos cerrados. Theo apoyaba la cabeza contra la parte posterior del asiento de Jason y murmuraba:

—Mierda, mierda, mierda.

Diana tenía el rostro pálido y los ojos azules muy abiertos. Retiró las trenzas de la cara de Alia.

—¿Estás bien?

La joven consiguió asentir.

Nim abrió la puerta del conductor, se tambaleó durante un par de metros, cayó de rodillas y vomitó.

Alia golpeaba la maneta, sin conseguir que le obedecieran los dedos. Diana se inclinó sobre ella y abrió la puerta para que pudiera ir con su amiga. Por un instante, el mundo se ladeó y pensó que iba a desmayarse. Luego se encontró al lado de Nim, que la sujetó con fuerza mientras ambas temblaban.

Oyó que se abrían las puertas del Fiat e inspeccionó lo que les rodeaba. Estaban en una hondonada poco profunda y llena de olivos. Había sido una suerte que no chocaran contra uno de los árboles, ya que el coche hubiera podido quedar completamente destrozado.

—De modo que no intentaban matarnos, ¿eh? —preguntó Theo, apoyándose en el lateral del Fiat.

—Si detuvieron ahí el camión, fue por una razón —dijo Diana. Rebuscó en el maletero del coche, cogió la botella de agua y se agachó al lado de Nim para ofrecérsela—. Bebe —le susurró.

Jason caminaba en círculos concéntricos. Tenía un punto de locura en los ojos.

—Querían que fuéramos más despacio. Sabían que la carretera secundaria estaba ahí. Nos han echado a propósito de la carretera principal.

—La carroza —dijo Alia, aturdida—. Vi una carroza cuando despegamos de la gran explanada del parque en Nueva York. Creo que fue uno de ellos. Creo que nos estaba ayudando a huir, que fue él quien contuvo a los soldados y me salvó la vida.

Nim bebió un poco de agua, se enjuagó la boca, escupió al suelo y luego dio otro trago y se limpió la humedad de los labios.

—¿Tenemos rueda de recambio?

—Nim... —dijo Alia. Era imposible que siguiera conduciendo en el estado en el

que se encontraba.

—¿Tenemos rueda de recambio? —repitió Nim con una mirada feroz.

—Sí —contestó Theo, mirando en el maletero—. Sí que la tenemos.

—Pues a trabajar —dijo ella, haciendo un gesto a Diana y a Jason—. Seguro que alguno de vosotros dos, gatos humanos, sois capaces de cambiarla en un periquete.

—Nim, ¿estás segura de que podrás hacerlo? —le preguntó Diana, poniéndole una mano sobre el hombro—. Ya has demostrado lo fuerte que eres.

La chica sacudió la cabeza.

—Alia y yo nos hemos pasado media vida sufriendo *bullying*. Si esos cabrones piensan que pueden asustarnos y que nos vamos a rendir, se van a llevar una buena sorpresa.

Nim levantó el dedo meñique derecho y su amiga enganchó el suyo en él y luego levantó la mano izquierda. Tras un momento de confusión, Diana enganchó el dedo meñique en el de Alia y luego ofreció el otro a Nim.

—¿Estáis haciendo un aquelarre? —gritó Theo, con la rueda de recambio cargada sobre el hombro huesudo.

—Burbuja, burbuja... —empezó a decir Nim con una sonrisa decidida.

Alia apretó los dedos y notó que las otras dos hacían lo mismo.

—Que no nos pille la bruja —respondieron a la vez.

En vez de volver al desfiladero, tomaron las carreteras secundarias. Y Diana no lamentó que, ya fuera por el susto de Deimos y sus secuaces o por el hecho de tener que circular solo con tres ruedas buenas, Nim atemperara su exuberante estilo de conducción y progresaran a un ritmo más razonable. El coche había quedado con el parachoques delantero abollado y la alegre pintura de color mandarina rayada por ambos lados, pero el motor todavía zumbaba y siguió adelante. Era como si el Fiat y Nim fueran dos almas gemelas, pequeñas e infatigables.

El coraje de los humanos era diferente a la valentía de las Amazonas. Poco a poco lo iba comprendiendo. Pese a los comentarios suspicaces y despreciativos que había oído a su madre y a sus hermanas sobre el mundo mortal, ella no podía evitar admirar a las personas con las que viajaba. Sus vidas eran violentas, precarias, frágiles, pero de todos modos luchaban por ellas y se aferraban a la esperanza de que su breve estancia en la tierra sirviera para algo. Valía la pena preservar aquella fe.

El camino que tomaron para alejarse del barranco era más suave y bajaba hacia el gran valle regado por el río Eurotas y limitado a lo lejos por los picos de las montañas del Parnón. Parecía una carretera moderna, con carriles anchos y curvas suaves que los devolvían a la civilización. El paisaje que se iba sucediendo creaba una extraña disonancia, con casas en forma de caja con antenas parabólicas en los tejados y coches relucientes en el garaje, codo a codo con las ruinas de piedra derrumbadas o los muros almenados de algún monasterio antiguo.

No eran zonas urbanas ni de campo, pero al fin llegaron a una pequeña población, con los patios de los hotelitos de la plaza principal adornados por gruesas palmeras. Nubes de naranjos colgaban de las paredes encaladas y la fruta endulzaba el aire.

Poco después ya seguían adelante, atravesando a bastante velocidad las arboledas llanas de olivos bordeadas por vallas metálicas. Dejaron atrás una iglesia recubierta de baldosas de terracota, construida con una piedra dorada que brillaba como las terrazas de Themyscira, y avanzaron hasta que la carretera quedó sombreada por los plátanos y los helechos temblorosos. El campo dejó paso a los suburbios, y estos se convirtieron en una ciudad moderna, con amplias avenidas flanqueadas por edificios de apartamentos, oficinas, cafeterías al aire libre con parasoles de plástico, farolas metálicas que conducían en paralelo hasta el centro de la ciudad.

—Dios mío, qué normal es todo aquí —dijo Nim.

Para Diana todo seguía siendo demasiado nuevo para parecerle normal, pero estaban rodeados de tráfico, de gente. De algún modo daba una sensación de seguridad, como si el mundo moderno tuviera la capacidad de mitigar el terror de los dioses antiguos. Demasiado pronto, ya circulaban en dirección norte, en un puente sobre el Eurotas.

Mientras cruzaban el río, Alia murmuró:

—Estamos cerca, ¿verdad?

—Apenas faltan unos kilómetros —contestó Jason. Con los dedos marcaba un ritmo crispado sobre el muslo, mientras, preocupado, mantenía en tensión cada músculo de su cuerpo. A Diana le costaba creer que aquel era el mismo chico que había corrido junto a ella, riendo bajo las estrellas, el que la había besado en la cima de una montaña. Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

—¿Tienes una sensación distinta aquí? —le preguntó a Alia.

El paisaje había vuelto a cambiar sutilmente, era más frondoso. Pasaron por excavaciones enrejadas, y ahora los troncos retorcidos y grises de los olivos surgían de una hierba verde y suave. Incluso el color de la roca había cambiado, de gris a rojo.

Alia sacó la mano por la ventanilla y la dejó flotando en el aire.

—Me resulta familiar.

Unas nubes avanzaban por el cielo y la brisa refrescó la piel de Diana cuando empezaron a subir por las colinas bajas.

—No hay coches —señaló Theo—. No hay autobuses turísticos. Creo que tendremos la tumba para nosotros solos.

—Se olvidaron de ella —dijo Alia—. Todo el mundo recuerda a Helena de Troya. Pero ella era de Esparta; este era su hogar. Olvidaron a la reina que vivió y murió aquí.

Nim tomaba las curvas anchas y perezosas de la carretera a un ritmo lento.

—No os parece... No sé... ¿Un poco demasiado tranquilo?

Alia tembló y se frotó los brazos.

—¿Te refieres a que todo va a salir terriblemente mal?

—Ya conoces el refrán —dijo Theo—. No dispares a un caballo regalado en el dentado.

—Estoy segura de que no es eso lo que dice el refrán —repuso Nim.

Alia respiró hondo.

—Por favor... Relajaos todos.

Jason se removía intranquilo en el asiento del copiloto, moviendo imperceptiblemente los músculos de la mandíbula. Diana sabía que todos estaban pensando en lo mismo. Tras los horrores del desfiladero, lo más probable era que algo todavía peor los esperara al acercarse al manantial, y sin embargo no había ningún indicio de ello.

La carretera subía a un ritmo continuado, flanqueada por pastos rocosos, más olivos y troncos desnudos de postes telefónicos. Pasaron por un pueblecito de montaña que apareció como por arte de magia y vieron un gran cementerio que florecía alrededor de una iglesia, como si fuera una cosecha de cruces blancas.

La marca de la tumba que buscaban era tan modesta que tuvieron que pasar dos veces por delante hasta que la encontraron, un rectángulo mellado de metal que se mecía en el poste al que estaba clavado, casi oculto por las flores silvestres de color amarillo. La inscripción estaba escrita en griego y en inglés: Menelaión, santuario de Menelao y Helena.

—Bueno, al menos su nombre figura en la inscripción —murmuró Alia.

No había ningún sitio donde ocultar el Fiat, así que tuvieron que aparcarlo a un lado de la carretera.

—Se me hace raro dejarla aquí al descubierto —dijo Alia.

—¿Es una chica? —dijo Theo.

—Claro. ¿No te parece evidente?

—Todo está resultando demasiado fácil —murmuró Diana a Jason, cuando empezaron a caminar detrás de los otros.

—Tal vez los que atacaron el avión nos hayan perdido la pista —respondió él, estudiando los alrededores—. No tenían modo de saber que nos dirigíamos a una tumba medio desconocida.

—Aun así, ¿dónde está Eris? ¿Dónde están los gemelos? Ellos no necesitan satélites para localizarnos.

—Todavía pueden aparecer —respondió él.

Era cierto. Pero otra voz hablaba en el interior de Diana. ¿Y si todo había sido una trampa? El oráculo había hablado del manantial de Therapnes, pero quizá podría haberlo entendido mal. Tal vez había otro lugar que fuera sagrado para Helena. Tal vez Eris y sus horribles sobrinos habían sido una simple distracción, una manera de asegurarse de que se dirigían al objetivo equivocado, mientras las horas que faltaban hasta el hecatombeón se iban consumiendo.

—Diana —dijo Jason, sacándola de su ensimismamiento, y luego le acarició la espalda. Ella recordó cómo la había besado bajo el cielo nocturno—. Cuando todo haya terminado, ¿volverás a casa?

—Sí —dijo sin dudarlo.

—Ah. —Miraba fijamente al suelo—. ¿Para siempre?

¿Cómo iba a explicarle las reglas de la isla? Suponía que, después de todo lo que había sucedido y aunque la misión tuviera éxito, la mandarían al exilio. Pero el tiempo pasaba de un modo distinto en Themyscira. Diana sería juzgada y condenada, sí, pero mientras eso ocurría pasarían años en el mundo mortal. Y, aunque encontrara el modo de regresar con sus amigos, ¿acaso ello sería un consuelo ante el dolor de perder su hogar o de no volver a ver nunca más a su madre o a sus hermanas?

—No lo sé —dijo ella—. Este no es mi sitio, Jason.

—Pero podrías volver —dijo él, todavía sin mirarla—. A su debido tiempo.

—¿Es aquí? —gritó Theo desde más adelante, plantado cerca de la cima de la colina, con las manos en las caderas.

Las ruinas eran menos impresionantes de lo que Diana había esperado. Sabía que antiguamente había habido allí un enorme asentamiento, altares y templos dedicados a Helena y a su marido. Pero ahora lo único que quedaba eran algunos cimientos ocultos por la maleza, alrededor de un montículo de tierra poco llamativo que parecía una mezcla entre una pila funeraria y lo que una vez podía haber sido un templo, con las paredes de piedra lentamente devoradas por las flores silvestres. A lo lejos, el verde cuenco del valle brillaba con un color dorado, como si el sol hubiera formado un charco entre las cordilleras, reflejándose en las orillas del Eurotas que quedaban más abajo.

—No parece gran cosa —opinó Nim—. ¿Y dónde está el manantial?

—Tal vez sea un manantial metafórico —dijo Theo—. Como el manantial que todos llevamos dentro.

—¿Por qué no te atropellé cuando tuve la oportunidad?

—¿Diana? —dijo Alia.

La sensación de mareo de la princesa amazona era cada vez más fuerte.

—El oráculo solo habló del manantial de Therapnes.

—¿Es posible que se refiriese a otro lugar?

—¿A cuál? —dijo Diana—. En Therapnes no hay ningún otro monumento a Helena. «Allí donde Helena descansa, la Warbringer podrá ser purificada». —Notaba una frustración creciente—. Este es el lugar donde Helena fue enterrada. Al principio el altar era suyo, antes de que perteneciera a Menelao.

—Pero aquí no hay nada —dijo Jason.

Theo se dio la vuelta, trazando un círculo lento.

—¿Hemos venido hasta aquí para nada?

Jason sacudió la cabeza.

—Alia, tenemos que sacarte de este lugar. Todavía podrías estar en peligro.

—No iré a ninguna parte. —Intercambió una mirada con Diana—. He llegado al final del camino. El sol no tardará en ponerse.

«No». Casi no habían buscado el manantial. No lo habían pensado bien.

—Todavía tenemos tiempo —dijo Diana—. Encontraremos otra solución.

—¿Cuánto tiempo nos queda? ¿Una hora? ¿Una hora y media? No hay otra solución. No puedo seguir viviendo ahora que sé que podría haber acabado con todo esto.

—Alia, no voy a dejar que te mates —le dijo Jason bruscamente.

—No depende de ti —contestó ella. Hablaba con una voz clara, fuerte y llena de convicción, el sonido del acero contra el acero—. Esto es algo entre Diana y yo.

«Hermana en la batalla». No era esto lo que esperaba. Diana estaba convencida de que estaban destinadas a llegar juntas al manantial. ¿Qué otras mentiras se había

dicho a sí misma?

—No puedes hablar en serio —dijo Nim, desesperada—. ¿Y si se trata de un absurdo error? Que nosotros sepamos, todo este rollo de la Warbringer es...

—Después de todo lo que has visto, de todo lo que hemos pasado, sabes que esto es real.

—No vamos a acabar contigo como medida de precaución —le aseguró Theo. La agarró por el hombro, más serio y más asustado de lo que Diana lo había visto nunca—. Tiene que haber un modo de arreglarlo.

Pero ella se lo quitó de encima. Dio un paso hacia Diana, y esta tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder.

«Tu causa es la mía».

Había jurado convertirse en asesina, mancharse las manos con sangre inocente. Había dado su palabra, pero nunca había llegado a pensar que se vería obligada a cumplirla. No podía, no lo haría, pero, aun así, ¿cómo iba a ignorar la convicción que veía en los ojos de Alia? Esta había luchado con todas sus fuerzas para llegar al manantial, para alcanzar un futuro que, como Diana le había prometido, podía ser suyo.

—Hermana en la batalla —dijo Diana, avergonzada por las lágrimas que le enturbiaban la voz—, te he fallado.

—No lo has hecho. —La chica dio otro paso hacia ella—. Todavía no.

Jason se interpuso entre ella y Diana.

—Ya basta. No deberíamos haber venido. Ahora estarías a salvo si...

—No —dijo Alia, y Diana notó la indignación de su voz—. Tu solución era esconderme. La nuestra era luchar. No te atrevas a culparnos por intentarlo. Diana, me diste tu palabra.

La amazona podía sentir el juramento que la amarraba, tan potente e indestructible como el lazo. No podría vivir consigo misma si violaba el voto que había hecho. Pero ¿cómo iba a seguir viviendo si le quitaba la vida a Alia? Ella era inmortal, y tendría que cargar con aquel terrible tormento durante toda la eternidad.

—Toma tu decisión, Hija de la Tierra.

«Eris». De modo que al final había acudido para regodearse. Diana miró a Nim, esperando ver el rostro de un monstruo, pero solo vio los ojos grandes y marrones de la joven, que, boquiabierta, contemplaba la figura posada en lo alto de las ruinas rocosas, con las alas negras totalmente abiertas, las puntas de sus plumas asquerosas casi tocando al suelo. El pelo le tapaba la cara en bucles rizados y tenía los labios manchados de dorado por el reflejo del sol.

—Chica estúpida, con tu noble misión y tu corazón ansioso de gloria, ¿serás capaz de hacerlo? ¿De cortarle el pescuezo para mantenernos a raya?

—¿Es ese el aspecto que tenía yo? —preguntó Nim, asqueada.

El viento empezó a soplar, hinchándose desde la tierra que los rodeaba, y el ruido de los cascos inundó el aire. De entre el polvo aparecieron dos carrozas que dibujaban

un camino a su alrededor, y parecía que los cascos de los caballos volaran por encima del terreno.

—No lo sé —dijo Theo, retrocediendo hasta que todos quedaron agrupados en la base de la tumba—. Yo, en cambio, molo bastante. —Fobos sonreía desde su carroza, dejando a la vista sus horribles dientes afilados—. O tal vez no.

Ahora que la puesta de sol estaba cerca, ¿se habían vuelto más fuertes los dioses de la batalla? ¿Era esa la razón por la que no necesitaban poseer a Nim y a Theo? ¿O es que para ellos todo había sido un juego?

—¡Habéis desplegado un festín ante nosotros! —gritó Fobos, alzando su voz fuerte y estridente por encima del ruido de las ruedas y los cascos.

—¡Oh, joven guerrera, comeremos hasta hartarnos! —exclamó Deimos, exultante, y al chasquear su látigo produjo un ruido semejante al de la explosión de una bomba.

Eris se alzó hacia el cielo, golpeó su escudo con la espada y provocó un clamor insufrible. Diana se tapó los oídos, pero era imposible cerrar el paso al sonido de su propio remordimiento. Se había equivocado en todo.

—La luna de la cosecha ha llegado. Dentro de una hora, el sol se pone y la oscuridad se eleva, y, sin embargo, tú languideces aquí —se burló Eris mientras continuaba subiendo, tapando el sol con las alas y dejando al grupo entre las sombras—. ¿Qué contarás a tus hermanas? ¿Y a tu madre?

—Y tú, Warbringer —se mofó Deimos desde la carroza, que cada vez iba más deprisa—, ¿qué le dirás a tu madre en el más allá?

Fobos se echó a reír.

—En el más allá llevará un velo para ocultar el rostro por la vergüenza que le has causado, *haptandra*, la maldita.

Diana y los demás se apiñaban en un círculo, aterrorizados, espalda contra espalda, hombro con hombro, mientras las carrozas los rodeaban, los corceles les lanzaban encima fragmentos de tierra, los caballos enseñaban los dientes al morder las riendas doradas, los hocicos echaban espuma manchada de sangre.

Los escudos, los cascos, el látigo, el estruendo de las ruedas, el ruido ensordecedor inundaban el cráneo de Diana y le hacía castañetear los dientes.

—¡No puedo pensar! —gritó Theo—. Hacen demasiado ruido.

—Pero ¿por qué? —chilló Alia—. ¡Esto es distinto de la otra vez! ¿Por qué meten tanto ruido?

Jason, manteniendo las manos sobre las orejas, sacudió la cabeza.

—¡Han vencido, y lo saben!

Tenía razón. Alia y los demás se aferraban a una falsa esperanza. Era algo natural en los mortales. Y aun así, si Diana había estado equivocada desde el principio, ¿por qué interferían? ¿Por el placer de hacerlo? En Themyscira se había acostumbrado a las cosas extraordinarias, al concepto de que los dioses tuvieran sus exigencias, a que su voluntad dictara las reglas de la isla. Pero en el mundo mortal nada era como en

Themyscira, y los dioses del combate no eran las diosas de su hogar. Estaban sedientos de sangre y de dolor. Los necesitaban y requerían mortales que se los proporcionaran. Entonces ¿por qué estaban allí? ¿Habían acudido solo para disfrutar de su sufrimiento en aquella última hora?

Su sufrimiento, pero no su terror. Diana estaba asustada, frustrada, furiosa consigo misma, pero aun así aquel horror sin sentido no se había apoderado de ella. ¿Por qué no iban a querer aterrorizarlos los dioses del combate? A no ser que no quisieran que el grupo echara a correr. ¿Y si simplemente querían que se quedaran allí, que permanecieran quietos, paralizados y ensordecidos? ¿Y si Alia tenía razón? ¿Y si habían acudido por algún motivo? ¿Y si todo aquel jaleo era para esconder algo?

Recordó el modo en que Fobos había siseado al notar el tacto del lazo. ¿Sería capaz de matar a un dios? No sería necesario. Solo tenía que hacerlos retroceder. Solo necesitaba lograr un respiro entre tanto clamor.

Apretó los dientes y se quitó las manos de los oídos. El ruido era un rugido que le hacía temblar la mandíbula.

Desenganchó el lazo y lo balanceó por encima de la cabeza, a un ritmo continuado, acompañándolo con el latido de su corazón. Tenerlo en las manos la reconfortó, a pesar de lo ligero que era. ¿Era esta el arma con la que debía enfrentarse a los dioses? Lo hizo rodar cada vez más lejos, con una trayectoria circular cada vez más ancha, y entonces lo soltó con un chasquido. Relució en sus manos con un brillo dorado y luego estalló como una lengua de fuego amarillo contra las ruedas de la carroza de Fobos, desviándolo de su camino. Chas. Arrebató el casco de Deimos como una serpiente hambrienta, obligándolo a soltar las riendas y a interrumpir el galope de los caballos. El sonido de los escudos y de las carrozas se desvaneció. Tal vez fuera precisamente el arma que necesitaba.

Diana volvió a hacer girar el lazo, creando un círculo cada vez más amplio, hasta que pareció alargarse de un modo casi imposible, y la fuerza del impulso hizo retroceder a Eris, que aleteó de manera grotesca y soltó un horrible chillido. La luz del sol volvió a caer sobre el grupo.

—¡Diana! —gritó Alia.

Se le había iluminado el rostro; las trenzas dibujaban un halo alrededor de su cabeza, como si las sujetara una corriente invisible. Dos figuras de luz la flanqueaban. Eran Nim y Theo, pero la amazona supo que también eran los Dioscuros, los hermanos gemelos guardianes de Helena, dos guerreros legendarios.

—Diana, ¡lo oigo! —exclamó la joven.

—¿Qué oyes? —gritó Jason, con expresión sombría e incrédula—. Yo no oigo nada.

—Escucha —insistió su hermana.

El le estiró del brazo.

—¡Ya basta, Alia! Tenemos que irnos ahora mismo de aquí. Ella negó con la

cabeza. Sonrió, y el aire que la rodeaba resplandeció.

—Están cantando.

El sonido de la canción era débil, tan suave que al principio Alia pensó que se la estaba imaginando. Se olvidó de ella, demasiado impresionada todavía por la visión de Eris sobrevolando al grupo y de Diana manteniendo a raya a Fobos y Deimos con un lazo que en sus manos parecía un relámpago. Y entonces volvió a oírla (un silbido en los oídos, el viento en los árboles), algo más, una melodía. Una voz que se convertía en dos, en diez, en veinte. No entendía la letra, pero sabía que la estaban guiando.

—¿Qué dijo el oráculo, Diana?

La princesa guerrera la miró, confundida, con el lazo todavía rodando en sus manos.

—Ya te lo dije...

—No, ¿cuáles fueron las palabras exactas?

—«Allí donde Helena descansa, la Warbringer podrá ser purificada».

Allí donde Helena descansa...

—El manantial no está aquí —dijo—. Es uno de los manantiales que alimenta el río.

El Eurotas, el río ancho y lento que corría paralelo a la carretera mientras se acercaban al Menelaión, y que se encontraba apenas a un centenar de metros más abajo.

—Aquí está la tumba —dijo Jason. Toda su paciencia se había desvanecido y había dejado lugar a la urgencia y al enfado—. Deja de aferrarte a un clavo ardiendo, Alia.

¿Por qué no podía oírlas?

—No —dijo ella. Tenía que hacérselo comprender. Voces femeninas cantaban una canción de duelo, de adiós a una amiga—. ¿No lo entiendes? Cuando Helena murió, ya era demasiado tarde. En realidad, ya no era Helena, era Helena de Troya, era la esposa de Menelao. La tumba ni siquiera conservó su nombre.

—La carrera —dijo Diana, con el brillo de una nueva esperanza iluminando sus ojos azules. A Alia le había resultado insoportable ver desaparecer ese brillo hacía unos instantes—. Ese fue el último momento, cuando todavía se le permitía competir codo con codo con sus compañeras.

Los dioses de la batalla chillaron y aullaron, y Alia supo que tenía razón.

—Fue su último momento de paz —dijo—. Antes de que se convirtiera en esposa, antes de que dejara de correr. Tenemos que bajar al río.

—Pues será mejor que nos demos prisa —les apremió Theo, señalando la carretera.

A lo lejos, un desfile de vehículos acorazados serpenteaba por la carretera tortuosa como cucarachas relucientes, levantando a su paso una nube de polvo.

—Si se lo pudiéramos explicar... —dijo Nim.

—Lo más probable es que no nos dieran la oportunidad —repuso Diana—. Al río. Ahora.

Se lanzaron colina abajo, con Eris trazando círculos sobre ellos, fuera del alcance del lazo de Diana, intentando interrumpir el coro con sus gritos y el batir del escudo. Deimos y Fobos, furiosos, corrían a su lado, haciendo ruido con las carrozas.

Pero aquellas jóvenes, las compañeras de Helena, también corrían junto a ellos, con el pelo suelto y riéndose sin miedo. Y ahora que había escuchado la canción, Alia podía retenerla, guardar el hilo de la melodía en la cabeza. Era la canción que cantaban cuando una de esas muchachas era elegida para casarse. Un coro de celebración, pero también de despedida: una de ellas abandonaba el grupo para siempre y perdía su libertad al hacer sus votos de matrimonio; para ella ya no habrían más carreras.

Helena había ganado la carrera antes de que nadie supiera el dolor que iba a causar al mundo, antes de convertirse en la esposa de Menelao o en Helena de Troya, cuando solo era ella misma. Había corrido con los jóvenes que algún día lucirían armaduras y lucharían hasta la muerte en su nombre. Y lo había hecho descalza, con el viento a la espalda, y cuando los dioses le habían concedido la victoria, había bajado a la orilla del río Eurotas y había dejado una guirnalda de flores de loto junto al tronco del gran árbol que allí crecía y vertido una libación de aceite sobre sus raíces. Libación. Ofrenda. Eran palabras antiguas, ideas antiguas, pero Alia las conocía muy bien. Durante años, sus amigas habían acudido a aquel lugar para venerar a Helena y cantar por sus compañeras.

Alia tomó aliento cuando llegaron al final del camino y corrieron hacia la carretera pavimentada. Luego bajaron a trompicones por una cuesta suave, llena de arbustos y de plátanos susurrantes. Los troncos eran grises como la piedra, los brazos gruesos y retorcidos de las ramas se inclinaban casi hasta tocar el agua, como si tuvieran sed e intentaran beberse el río, y el resplandor del sol de última hora de la tarde hacía que las hojas parecieran curiosamente ingravidas, como si unas nubes de mariposas verdes se hubieran posado en sus ramas y pudieran desvanecerse en cualquier momento, dejando los árboles desnudos.

En algún lugar, a lo lejos, oyeron el rugido de unos motores. Las voces de las jóvenes compañeras de Helena eran cada vez más fuertes, la impulsaban a seguir adelante. Ahora ya eran cincuenta, cien; su canción era tan bonita que hizo brotar

lágrimas de los ojos de Alia. ¿Cuándo había dejado de ser una niña? ¿La primera vez que un chico le había silbado desde la ventanilla de un coche de camino a la escuela? ¿En el momento en que había empezado a preguntarse qué aspecto tenía cuando corría, qué partes de su cuerpo se balanceaban o cuáles botaban, en vez de fijarse en el ritmo que llevaba? ¿La primera vez que se había abstenido de levantar la mano en clase porque no quería parecer demasiado inteligente ni demasiado entusiasta? Nadie había cantado. Nadie le había dicho cuánto perdería hasta que el periodo de duelo hubiera terminado.

Pero habían llegado a la orilla arenosa del río y ya no quedaba tiempo ni fuerzas para la tristeza. Siguió a aquellas muchachas, que corrían a su lado, contagiada de su alegría. Siempre serían jóvenes y valientes. Correrían eternamente esa carrera.

—¡Ya vienen! —gritó Theo, pero no se refería a las corredoras.

Por encima de ellos, en la carretera, los vehículos acorazados se detuvieron con un chirrido, y unos hombres con trajes de camuflaje grises bajaron de ellos y se lanzaron ladera abajo en dirección al río. Un vehículo anfibio avanzaba por el lecho del río. Era un jeep militar ancho y amenazador, con unas ruedas que parecían devorar el terreno.

—¡Ahí! —gritó Alia, señalando un árbol de la orilla que tenía el enorme tronco dividido en gruesas ramas. En la base, el agua era más plana y suave que ninguna otra parte del río, y reflejaba la imagen de árbol con tanta claridad que podría haber sido un espejo. Parpadeó y vio a las jóvenes bailando en la orilla, el tronco del árbol cubierto de guirnaldas de flores de loto y las raíces llenas de pequeñas ofrendas.

—¡El agua del árbol! —exclamó Diana, tomándola de la mano, empujándola hacia delante—. Alia, tienes que alcanzarla.

Pero los soldados ya estaban en el río, rodeándolos, bloqueando el paso hacia el manantial, con las botas chapoteando en el agua y provocando columnas de cieno. Una fuerte brisa sacudió las hojas del plátano en el momento en que un helicóptero descendía, cerniéndose sobre ellos. Alia habría jurado que oía las alas de Eris en el zumbido constante de las hélices.

—¡Por favor! —gritó Diana, abriendo los brazos para proteger a Alia—. ¡Escuchadme! Esta chica no representa ningún peligro. El río es sagrado. ¡Puede purgar el linaje de las Warbringer y terminar para siempre con esta locura!

—Lo siento —dijo Jason a sus espaldas—. No puedo permitirlo.

Agarró a su hermana por el brazo y tiró de ella, alejándola de la orilla.

—Jason —rogó Diana—, tenemos que hacérselo comprender.

—Lo comprenden perfectamente.

Alia intentó librarse de él mientras avanzaba a trompicones sobre la arena blanda.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó; las voces de las chicas cantando se desvanecieron con el viento.

—Tranquila —dijo su hermano con suavidad. Tenía la voz más firme, más familiar, más controlada que nunca—. Eres como debes ser. Todo es como tiene que

ser; nadie va a hacerte daño. —Le brillaban los ojos. El hoyuelo le arrugaba el rostro. Diana se dio cuenta de que nunca lo había visto tan feliz—. Tú vivirás, Alia. Y la guerra llegará.

Diana se había quedado mirando a Jason, mirando cómo hundía sus dedos en los brazos de Alia, y también a los soldados apostados a su alrededor. Tenían los ojos alerta, oteando la zona, pero la mirada de todos ellos siempre regresaba a él, y no como si estuvieran evaluando un blanco, sino como si estuvieran esperando una orden. Se parecían un poco a los chicos con los que Jason había hablado durante la gala, más pálidos, más severos, pero con el mismo aire de superioridad. El vehículo anfibia se detuvo, medio dentro y medio fuera del río, y solo entonces Diana se dio cuenta de que, aparte del rítmico aletear de las hélices del helicóptero, el aire estaba en silencio. Eris y los gemelos habían desaparecido. ¿Por qué habían sido derrotados o porque su victoria ya era segura?

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo siento —repitió Jason. Parecía sincero—. Nunca pensé que llegaríamos a estar tan cerca. Esperaba no tener que intervenir, dejar que el reloj avanzara y el sol se pusiera.

—Jason, tío, ¿de qué estás hablando? —dijo Theo—. Tú nos metiste en el avión que nos trajo hasta aquí.

—Lo sé. No era lo que yo quería. Pero debéis comprender lo difícil que es mantener a Alia a salvo. —Se volvió hacia su hermana, sin dejar de agarrarla por la parte superior del brazo—. Primero te largas a Estambul y te embarcas antes de que pueda enviar a nadie para interceptarte. Cuando el *Thetis* desapareció..., estuve a punto de volverme loco. —Soltó un largo suspiro y arqueó las cejas, formando aquella expresión de desconcierto que ya se había vuelto tan familiar—. Pero luego reapareces en Nueva York, sana y salva, escoltada por una amazona.

Diana hizo una mueca.

—¿Lo sabías?

—Desde el primer instante en que nos enzarzamos en el pasillo de aquel hotel. ¿De veras pensabas que podrías fingir que eras una mortal normal y corriente, Diana? Tú no tienes nada de normal.

Se sintió presa de la furia. Por eso no le había preguntado qué era ni de dónde venía. No por respeto, sino porque ya lo sabía.

—¿Qué mejor guardaespaldas podía soñar para mi hermana? —dijo Jason—. Una

guerrera inmortal dispuesta a no detenerse ante nada para salvar a Alia.

—Para que pudiéramos llegar al manantial —dijo esta, con sus oscuros ojos confusos y perdidos, como si esperara que alguien dijera que todo se trataba de una broma.

—El manantial. —Jason pronunció la palabra como si quisiera enjuagarse el sonido de la boca—. Ambas estabais empeñadas en venir al manantial, de modo que ¿por qué iba a llevaros la contraria? Iríamos a Grecia. Dejaría que os mordierais la cola, y mientras tanto Diana usaría todas sus fuerzas y sus habilidades para proteger a la Warbringer.

La mano de la amazona subió apenas un centímetro hacia el lazo, pero Jason levantó un dedo de advertencia.

—Quieta. Hay francotiradores en la cresta de la montaña. Tal vez tú puedas sobrevivir a una bala en el cerebro, pero dudo que Nim o Theo puedan hacerlo.

Alia hizo una mueca.

—Jason, ¿te has vuelto loco?

—Solo soy precavido —contestó él con suavidad—. Como siempre lo he sido.

Nim se colocó las manos sobre las caderas.

—¡Pero tú nos ayudaste! Podrías habernos llevado donde hubieses querido con el avión, y...

—Mi equipo nos esperaba en tierra en Araxos, pero nuestros enemigos tenían otros planes. Después del accidente, había demasiados hostiles en la zona. De haber llamado a mis fuerzas, podrían haber conducido a los perseguidores hasta nosotros. Por eso hice que nos localizaran y nos siguieran a una distancia prudencial.

—El rastreador de los paracaídas —dijo Theo de pronto—. No era solo para recibir señales, también era para transmitir las.

Jason arqueó una ceja.

—Me sorprende que no lo dedujeras antes.

Nim lo señaló con el dedo.

—Por eso no querías que Theo utilizara su teléfono en el coche. No tenías miedo de que nos encontraran, lo que intentabas era que fuéramos más despacio. —Abrió mucho los ojos—. Dios mío... El primer día, mientras conducía, me pasabas el refresco.

Diana recordó que había visto a Jason rebuscando en el botiquín del avión, metiéndose unas píldoras en el bolsillo.

—¿La drogaste? —preguntó, incrédula. ¿Era capaz de hacer semejante cosa a una chica a la que conocía de toda la vida? ¿Quién era aquel chico que tenía delante? ¿Era el mismo al que había susurrado secretos en la oscuridad?

—No me enorgullezco de ello —dijo, y parecía avergonzado—. Pero tenía que hacer algo. Estabais todos muy decididos.

—¡Queríamos evitar una guerra! —gritó Alia con la voz crispada.

—Los seres humanos no estamos hechos para la paz —dijo Jason—. Lo hemos

demostrado una y otra vez. A la menor ocasión, encontramos algún motivo por el que pelearnos. Territorio, religión, amor... Es nuestro estado natural. Preguntad a Diana por qué su pueblo nos volvió la espalda. Saben perfectamente cómo somos los humanos.

—¿Diana? —preguntó Alia.

La joven amazona no estaba segura de qué decir. Durante toda su vida le habían enseñado que los mortales ansiaban la guerra, que no podían resistirse a la necesidad de destrozarse entre sí, que no tenía sentido intentar detener el derramamiento de sangre.

Como si pudiera leerle la mente, Jason dijo:

—No le pidas respuestas. Su pueblo no nos aprecia. ¿Y por qué debería hacerlo? Mira en lo que nos hemos convertido: en seres cobardes y enclenques que juegan con armas como si fueran juguetes.

—Enclenques —repitió Alia—. Cada generación es más débil que la anterior... —Se echó hacia atrás al caer en la cuenta—. No has continuado el trabajo de nuestros padres.

—Sí que lo he hecho. He seguido con el trabajo que estaba llevando a cabo nuestro padre.

—¿Qué tiene que ver papá con todo esto? —preguntó Alia, desesperada.

—Los archivos —dijo Diana, recordando las páginas que faltaban, los fragmentos tachados—. Tú redactaste el texto.

—Papá vio el potencial de nuestra sangre, de lo que podía significar para el mundo, antes de que mamá se entrometiera.

—¿Quieres decir antes de que le hiciera entrar en razón? —contraatacó Alia.

El le sacudió un poco el brazo.

—Vacunas, terapia genética, potentes medicamentos. Para eso terminaron utilizando nuestro linaje. El linaje de héroes como Ajax y Aquiles. Para prolongar la vida de aquellos que no tenían derecho a aprovecharse de nuestra fuerza.

¿Qué había dicho Jason en aquella carretera tortuosa entre los acantilados? «Solo es biología. No digo que esté bien ni que esté mal».

Alia intentó soltarse y Diana dio un paso al frente. Una bala rebotó en el agua, a los pies de Theo.

—¡Mierda! —gritó el chico, y al echarse hacia atrás estuvo a punto de caerse. Nim chilló.

—Jason, ¡diles que paren! —suplicó Alia.

—Detrás de mí —ordenó Diana, abriendo totalmente los brazos, estudiando con los ojos la carretera de más arriba y el límite de las ruinas, en busca de francotiradores.

Era una formación un tanto extraña: Jason y Alia sobre la arena de la orilla del río, y Diana, con Nim y Theo apiñados tras ella en el agua poco profunda, como si pudiera protegerlos, a pesar de estar rodeados por todos lados.

Theo levantó las manos.

—Jason, piensa en lo que estás diciendo —dijo, en un intento de razonar con él—. ¿Quién eres tú para decidir quién es débil y quién es fuerte?

Jason soltó un bufido.

—No espero que tú lo entiendas. Eres de los que prefieren esconderse del mundo tras una pantalla antes que enfrentarse a él.

Theo echó la cabeza bruscamente hacia atrás, como si le acabara de dar un puñetazo.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —Bajó lentamente las manos, desconcertado. Todas las pullas y los juicios de valor de Jason no habían sido provocaciones de alguien que quería sacar mejor partido de un amigo, sino desprecio puro y duro—. Creía que...

—¿Que éramos amigos? ¿Porque coleccionábamos cómics juntos cuando teníamos doce años? ¿Porque nos gustaban los mismos dibujos animados? ¿Qué crees que he estado haciendo mientras tú perdías el tiempo con jueguecitos y fantasías?

—Si dices «hacerme adulto», te voy a quitar esa expresión de superioridad de un puñetazo.

Jason volvió a sonreír.

—¿Acaso sabes dar puñetazos?

Theo apretó los labios.

—Si soy tan pringado, ¿por qué perdías el tiempo conmigo?

—Era una manera fácil de vigilar a tu padre.

—¿Mi padre?

—Siempre quiso controlar los gastos de los laboratorios, monitorizar los proyectos que yo quería aprobar. Pensaba que lo más importante era el dinero. Lo importante nunca ha sido el dinero. Lo importante es el futuro.

«El futuro». Las palabras de Jason junto a la cascada volvieron a la memoria de Diana, «Quería rehacer el mundo», y también la ferocidad de su mirada cuando había dicho: «Todavía quiero hacerlo». Un chico que había perdido a sus padres en un instante terrible. Un chico que ansiaba ser recordado, que buscaba el reconocimiento de su don. Diana lo recordaba en la fiesta del museo, como un soldado rodeado de enemigos. Había creído que lo entendía, pero no había llegado ni a intuir el alcance de su visión. La tensión que había notado en él mientras se acercaban a la tumba de Helena no había sido preocupación por la seguridad de todos ellos. Solo tenía miedo de verse obligado a revelar sus verdaderos objetivos antes de tiempo.

—Nunca has estado con nosotros —dijo Diana. La traición era peor que la vergüenza por no haberse dado cuenta, por no haber anticipado la herida y restañado la sangre—. Nunca has querido evitar esta guerra.

—No podemos evitar las guerras —contestó él—. Pero podemos cambiar el modo en que se libran.

—La guerra es la guerra —dijo Alia—. Va a morir gente.

Su hermano se frotó la nuca con la mano y respiró hondo, al tiempo que le soltaba el brazo y ponía las palmas hacia arriba como si se rindiera.

—Ya sé lo que parece —empezó a decir, señalando con un gesto a la artillería y a los hombres de expresión pétrea que lo secundaban. Soltó una breve carcajada—. Sé que suena mal. Pero piénsalo por un momento. ¿Y si no lucháramos entre nosotros? ¿Y si los monstruos de las leyendas fueran reales y tuviéramos que hacer piña para combatirlos? ¿Y si la guerra pudiera unirnos, en vez de separarnos?

—¿Monstruos? —dijo Alia.

—Enemigos reales. Escila, Caribdis, el León de Nemea, Equidna, la madre de todo lo grotesco.

Desde el interior del vehículo anfibio, Diana oyó un culebreo, como si algo enorme hubiera cambiado de posición.

Y entonces lo comprendió. El ser al que Tek se había enfrentado en la visión del oráculo, el monstruo con cabeza de chacal, era una de las creaciones de Jason. Recordó las imágenes en el ordenador portátil. ¿Cuántas de aquellas criaturas había encontrado? ¿A cuántas haría volver?

—No comprendes lo que vas a desencadenar —dijo Diana—. Esto no será como los cuentos que tanto te gustaban. No será una cruzada heroica. He visto ese futuro del que nos hablas y no tiene nada de glorioso. Es una pesadilla llena de pérdidas.

El ignoró sus palabras.

—La visión que te mostró el oráculo era solo una versión del futuro, un posible resultado.

—¡No vale la pena arriesgarse!

—Una inmortal no tiene derecho a tomar esa decisión por la humanidad —dijo él, con un punto de amargura en la voz, como si estuviera resentido por su propia mortalidad, como si estuviera resentido con ella por ser algo más—. Dices que merecemos una oportunidad para la paz, pero ¿por qué no una oportunidad para la grandeza? El material biológico que mis padres descubrieron en aquellos antiguos campos de batalla, el trabajo que hicieron sobre terapia genética, aunque ellos no lo sabían, estaba destinado a esto. —Jason abrió los brazos, abarcando a sus tropas—. Estos soldados son excepcionales, son guerreros capaces de rivalizar con Ulises y Aquiles. Lucharán contra criaturas nacidas de los mitos y las pesadillas, y el mundo se unirá para apoyarlos.

—Vais a morir —dijo Theo, observando a los siniestros soldados—. Lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, vamos a morir —dijo Jason—. Pero viviremos para siempre como leyendas.

—¿Como los héroes de los cuentos? —preguntó Diana.

—No son solo cuentos. Tú y yo lo sabemos.

«Viviremos para siempre como leyendas». Jason quería tener la oportunidad de ser el héroe que por nacimiento le correspondía ser. Quería vivir en un mundo que tuviera sentido. Deseaba la muerte que había sido negada a sus padres, una muerte

con significado, una ocasión para ser recordado. La inmortalidad.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Alia, con la rabia saliéndole por cada poro. El le tocó el brazo, pero ella le apartó la mano.

—Alia, soy yo quien quiere que sigas viviendo.

—¿Con miles de muertes sobre mi conciencia? —Se le rompía la voz—. ¿Sabiendo que por mi culpa ha tenido que morir tanta gente inocente?

—Para que una nueva era de héroes pueda comenzar. —Jason volvió a mirar a Diana—. Te mentí. Tú me mentiste a mí. Pero ahora, entre nosotros, solo hay verdad. —Dio un paso al frente y, por un instante, el mundo se desvaneció. Volvían a estar sobre aquella colina rocosa, con las estrellas brillando sobre sus cabezas—. Las Amazonas son guerreras. No están hechas para vivir fuera del tiempo, aisladas en aquella isla. Sabes que es cierto. Abandonaste Themyscira para tener ocasión de convertirte en heroína, para dar significado a tu vida. ¿No crees que la humanidad también merece lo mismo?

El sol de última hora de la tarde se reflejaba en el agua y creaba un mantel dorado que relucía sobre los rasgos de Jason. Diana vio en él la sangre de reyes y de héroes, el valor y la ambición.

—Quédate a mi lado —le suplicó—, como era nuestro destino. Codo con codo, buscando la gloria como iguales.

Ella veía que su camino podía conducirla en dos direcciones: la sofocante familiaridad del hogar o el terror del exilio. Jason le ofrecía otro futuro: una vida vivida sin precauciones, sin miedo a las represalias. Una vida empapada de sangre y de gloria, y en ese momento sintió que el corazón se le llenaba de sed por la llamada.

—Los humanos no son capaces de mantener la paz, Diana —continuó él. Tenía una expresión firme, segura, y en sus palabras ella oyó el eco de la voz de su madre—. Somos salvajes por naturaleza. Si no podemos tener paz, al menos danos una oportunidad para tener una muerte bella.

—Diana —dijo Alia, desesperada. Y, en aquel momento, la princesa amazona supo que la joven le suplicaba por su propia muerte, que, por muy asustada que estuviera, prefería morir antes de ver que el mundo se hundía de la forma en que su hermano había planeado. Eso sí que era valor. Eso sí que era grandeza. Diana no había sido adiestrada para ser una guerrera cualquiera. Era una amazona y sabía reconocer la verdadera fuerza cuando la veía. Si Jason quería aquel futuro glorioso, ella no estaba dispuesta a entregárselo; tendría que luchar por él.

Lo miró a la cara, y cuando habló, oyó las voces de su madre, de Tek, de Maeve.

—Tal vez tu fuerza sea igual a la mía —dijo—, pero no tienes ni de lejos el ingenio de Nim, la resistencia de Theo o la valentía de Alia. El poder no hace al héroe. Puedes construir mil soldados, pero ninguno de ellos tendrá el corazón de un héroe.

Jason no se enfadó. Su rostro no recuperó el frío control que había mostrado tan a menudo.

—Para mí, tú eras un cuento —susurró en tono amable—, una amazona, una leyenda que cobra vida. —Sonreía con tanta dulzura que algo en el pecho de Diana se retorció al escucharle—. Te busqué durante mucho tiempo. Soñé con encontrar Themyscira o algún resto de una civilización perdida que pudiera contener un fragmento vital de ADN de amazona, y, en vez de eso, te encontré a ti.

El dolor del pecho se convirtió en la presión fría de algo duro y cruel. Entonces esa era la razón de su deseo; no sentía nada por ella, solo le interesaban sus poderes.

—Estoy ansioso por ver qué soldados nacerán de tu sangre —dijo—. Los secretos que tus genes me revelarán.

Diana se colocó en posición de lucha.

—*Molon labe* —dijo en el idioma de los antepasados de Jason. «Ven a buscarlos».

—Por supuesto que lo haré —dijo con calma—. Empecé a crear un suero con tu ADN el día que nos conocimos. Dejaste rastros de tu extraordinario linaje por toda mi casa. Cabellos, células de la piel. ¿Quién sabe qué tesoros producirá un suministro de tu sangre?

—Nunca lo conseguirás.

—Eres tan débil como tus hermanas, que renunciaron a la grandeza al dar la espalda al mundo mortal.

—Acércate y vuelve a mentar a mis hermanas.

—No, Diana. Tengo otros planes para ti.

Se volvió hacia los soldados que esperaban junto al vehículo anfibio aparcado sobre la arena. Diana oyó un chasquido penetrante, como el aleteo de un escarabajo, procedente de su interior, y luego un sonido húmedo y hambriento como... como si alguien chasqueara los labios. Jason tenía los ojos brillantes en el momento en que dio la orden.

—Abrid la jaula.

—Quedaos detrás de mí —ordenó Diana a Nim y a Theo, intentando no perder de vista a Alia y al anfibio.

Se oyó un fuerte crujido, el vehículo se balanceó sobre las poderosas ruedas y los soldados dieron un paso adelante, uno de ellos con el arma levantada para cubrir a los demás, otro con una larga vara de metal sujeta a una especie de collar. Abrieron las puertas traseras y, por un momento, quedaron envueltos en sombras. Luego retrocedieron hacia el sol, lanzando órdenes a los otros soldados mientras, de las profundidades del anfibio, sacaban a rastras una silueta enorme.

—La llamo Pinón —dijo Jason—. La Bebedora. —Tenía la cabeza y el torso de una mujer, con los pechos desnudos, los brazos musculados y una maraña pegajosa de pelo rojo. Pero la mitad inferior era el cuerpo segmentado de un reluciente escorpión negro, cuya enorme cola se enroscaba tras ella de manera grotesca—. Parte guerrera, parte arácnido, parte parásito. Puede vaciar la sangre de su oponente en cuestión de minutos, pero no la digiere hasta que lo necesita. O, en este caso, hasta que yo lo necesite.

Uno de los soldados usó un gancho para lanzar algo a Pinón, una camiseta con unas letras que decían: I♥NY. «Disfruta de lo mejor, prepárate para lo peor». Lo había planeado todo desde el principio. Pinón agarró la camiseta, husmeó profundamente su aroma y la dejó a un lado. La mirada verde y vibrante se posó sobre Diana.

Jason hizo una seña a uno de los soldados, que lanzó una espada al agua, a los pies de Theo.

—Parece una pelea muy igualada —dijo Nim, amargamente.

—Jason, no lo hagas —suplicó Alia.

—Sin las muletas en las que siempre te has apoyado, te volverás más fuerte, Al.

—Jason...

—Vacía a la amazona —ordenó—. Mata a los otros.

Los guardias se colocaron en formación y arrastraron a Alia colina arriba, haciendo caso omiso de sus gritos.

—¡Alia! —gritó Diana, pero Pinón se escabulló hacia delante para cerrarle el

paso.

Los movimientos de la criatura le erizaron la piel. Había algo artificial en el modo en que arrastraba las piernas, el culebreo del cuerpo fragmentado, pero lo peor era la inteligencia de sus ojos.

—¡Poneos a cubierto! —les gritó a Theo y a Nim, mientras echaba mano del lazo. Pero los soldados restantes se habían desplegado en medio círculo y cortaban la retirada de los chicos formando una especie de palestra en las aguas poco profundas del río. No llevaban armas de fuego, pero empuñaban espadas y escudos. Al parecer, aquel era el tipo de lucha limpia que Jason creía que necesitaba el mundo.

Nim se arrodilló para recoger la espada, pero pesaba casi tanto como ella, y Theo lo hizo en su lugar, la sujetó de manera torpe y notó que sus estrechos hombros se le tensaban por el esfuerzo.

Se colocaron juntos, espalda contra espalda, y se adentraron un poco más en el agua fría del río que mojaba las sandalias de Diana. Intentaba conducirlos hacia un grupo de rocas tras las cuales tal vez podrían cobijarse. Pinón los siguió, enroscando y desenroscando la cola detrás de ella.

—En una escala del uno al diez de «vamos a morir seguro», ¿cómo valorarías esta situación?

—Cállate, Theo —murmuró entre jadeos Nim, presa del terror.

Pero no se acobardaron ni se echaron a llorar. Aquellas personas que Jason había infravalorado con tanto desprecio, que había condenado a muerte con una sola frase, permanecían en pie, tan tozudas y valientes como siempre habían sido.

La amazona debía neutralizar a Pinón y eliminar a los soldados. «Tengo que encontrar la manera de mantener a los chicos a salvo», se dijo.

Diana hizo una finta hacia la izquierda y lanzó el lazo sobre la cola de Pinón, con un chasquido cortante. No había sido suficientemente rápida. La criatura esquivó el golpe a gran velocidad, mucho más rápida de lo que indicaba su perezosa aproximación. Pinón se echó hacia atrás y agitó de manera escalofriante las patas delanteras. Luego inclinó la barbilla hacia el pecho y, sonriendo ligeramente con los labios cerrados y con cierta timidez, se lanzó hacia delante.

—¡Agachaos! —gritó Diana, esperando que Theo y Nim le obedecieran. Lanzó el lazo, lo enganchó en una roca, lo amarró con fuerza e hizo caer la gran piedra. Pinón intentó esquivarla, pero la roca le impactó en el hombro y la lanzó hacia atrás con una fuerza demoledora.

El monstruo soltó un gemido agudo y cortó el aire con la cola cuando volvió a encararse a Diana. Ahí volvía a estar su inteligencia, una expresión que prometía un severo castigo.

—Preparaos para echar a correr —ordenó la amazona.

—Nací preparado —contestó Theo.

Diana tiró de la piedra para recuperarla, la balanceó una vez para tomar impulso y la envió en barrena contra dos soldados. La recuperó de nuevo y volvió a lanzarla; la

roca salió disparada como un misil y derribó a otros dos hombres.

—¡Ahora! —gritó. Nim y Theo se levantaron como pudieron, pero los soldados cerraron filas rápidamente y les bloquearon el paso, estrechando el círculo.

Pinón avanzaba a rastras, flexionando el hombro herido y sacudiendo la cola.

Diana le lanzó la roca y la criatura volvió a culebrear hacia la arena.

La amazona sujetó con fuerza el lazo y lanzó la piedra una vez más contra los soldados, intentando abrir un hueco para poder escapar. Dos de ellos cayeron con facilidad, pero el tercero plantó cara y bloqueó el impacto con los antebrazos. Un fragmento de la roca se separó del resto.

«Sangre de héroe». Ningún hombre normal habría soportado un golpe como aquel.

—¡Diana! —gritó Theo.

Ahora Pinón estaba más cerca, a una distancia adecuada atacar.

La princesa amazona liberó la roca y balanceó el lazo.

Pinón se lanzó sobre Diana, pero ella había anticipado el movimiento, y pasó el lazo por encima de la cabeza de la criatura, tiró de él y seguidamente le hundió el pie en el abdomen.

El monstruo se retorció de dolor, agarró el lazo con sus largos y blancos dedos y atacó con la cola. Tenía unas pinzas en la punta, no un aguijón. Diana solo tuvo un segundo para preguntarse por qué, antes de esquivar el golpe, sujetando a duras penas el extremo del lazo y tirando de él para ajustarlo al cuello de Pinón.

La criatura empezó a dar vueltas, con los ojos en blanco. Diana no quería saber qué verdades había revelado el lazo para que el monstruo gritara de tal manera. ¿Tal vez Jason la había creado de la nada, una pesadilla urdida en un laboratorio? ¿O había sido una chica normal, antes de ser transformada? Bajó los hombros para intentar mantener el agarre del lazo.

—¡Dame la espada, Theo! —ordenó.

—¡Vienen hacia aquí! —gritó él. Diana miró por encima del hombro y vio a los soldados que avanzaban.

Nim tenía una piedra en cada mano.

—¿Queréis unas cuantas? —chilló.

—¡Parecéis atletas en una fiesta de disfraces! —les provocó Theo.

¿Se habían vuelto locos? No, solo eran mortales.

Dos soldados se lanzaron hacia ellos a una velocidad aparentemente imposible.

—¡Corred! —gritó Diana. Pero Theo no corrió. Levantó la espada.

La amazona oyó el chasquido de la espada del soldado y el chico se tambaleó bajo la fuerza de la hoja de su oponente. Era una lucha muy desigual.

Soltó el lazo, lo lanzó hacia el soldado y consiguió derribarlo de un solo golpe. Se volvió a tiempo para ver a otro soldado que bajaba la espada en un amplio barrido. Dos hombres más corrían hacia Nim.

—¡No! —gritó, pero ya era demasiado tarde. La hoja se hundió profundamente en

el costado de Theo.

El chico cayó de rodillas y luego se desplomó de lado sobre el agua. La sangre que fluyó de su cuerpo convirtió el Eurotas en una masa nebulosa de color rojo. «¡¡No!!» Diana se volvió frenéticamente.

Un soldado mantenía sujeta a Nim, sin que esta tocara el suelo, y se disponía a descargar sobre ella la espada que blandía cuando la chica le dio un puñetazo en un lado de la cabeza, con una piedra dentro de la mano. El tipo se tambaleó y ella le golpeó la sien con una segunda piedra. El hombre la soltó y Nim cayó de espaldas en el río.

Diana recuperó la espada de Theo del lecho del río y corrió hacia ella.

Oyó un chasquido a sus espaldas y supo que Pinón se había liberado del lazo. Se dio media vuelta y atacó con furia. La hoja de la espada impactó en el costado de la criatura y resbaló a lo largo de la coraza del esqueleto externo. Volvió a golpear. Con el rabillo del ojo vio un movimiento borroso, y de pronto se encontró tumbada de espaldas, en el agua. Intentó tomar aliento y notó que algo le sujetaba el tobillo y la tiraba hacia arriba.

Diana quedó colgada en el aire, boca abajo, delante de Pinón. Ahora entendía para qué servían las pinzas de la cola de la criatura.

Oyó un torrente de insultos y juramentos. Era Nim. La amazona se retorció bajo las garras de Pinón y vio que uno de los soldados había agarrado a la chica por detrás. El hombre reía y sacudía divertido la cabeza mientras ella forcejeaba.

—Burbuja, burbuja, gilipollas —gritó Nim, y echó la cabeza hacia atrás. El soldado hizo una mueca de dolor cuando el cráneo de la joven le impactó en la cara.

—Maldita zorra —gruñó.

Cambió la posición del cuerpo y Diana vio lo que pretendía hacer.

Sonó como una rama al quebrarse. El cuerpo de Nim quedó flácido. Diana gritó cuando el soldado soltó a su amiga y se limpió las manos en los pantalones, como quien ha tocado algo sucio. El pequeño cuerpo de Nim quedó flotando boca arriba sobre el agua poco profunda, con la cabeza descansando en un ángulo poco natural con el cuello roto y los ojos abiertos mirando al cielo.

«No, no, no».

Pinón le dio una sacudida, como si quisiera llamar su atención, y le hundió la pinza en la pantorrilla, pero ella solo era capaz de pensar: «Han muerto. Yo debía protegerlos, pero están muertos». Debería haber empuñado la espada de Theo desde el principio. Debería haber mantenido a Nim más cerca de ella. Debería haberlos dejado en un lugar seguro, por mucho que aquello pusiera en riesgo la misión. Un aullido surgió de su pecho, herida de dolor y de rabia.

Pinón sonrió con aquella expresión dulce y tímida, como si el grito de dolor de Diana le causara placer. Separó los labios y de ellos salieron dos púas que parecían ganchos. Antes de que la amazona pudiera reaccionar, aquella horrible criatura la elevó un poco más, posó la boca húmeda sobre el cuello de Diana y hundió las púas

en él. «Está hecha para esto», comprendió la princesa de Themyscira mientras Pinón sellaba firmemente los labios sobre su piel y ella notaba que la sangre le era extraída a ráfagas. «La diseñaron para desangrar a sus víctimas, boca abajo, como cerdos en el matadero».

Luego solo quedó el dolor, la agonía que le llegaba en oleadas mientras el monstruo bebía a grandes tragos. Diana oía el gorgoteo de cada trago satisfecho, acompañado con el latido decreciente de su corazón. Notaba cómo su cuerpo intentaba curarse, cómo su fuerza trataba de regresar, pero Pinón era demasiado rápida y eficiente.

Diana se revolvía débilmente mientras, a lo lejos, oía los gritos de Alia y el chasquido de la hélice del helicóptero. Había jurado ahorrarle su destino, pero su fracaso había sido mucho más terrible de lo que nunca hubiera imaginado. El oráculo tenía razón, al igual que su madre y que Tek. Todos tenían razón. Nunca debería haberse aventurado a salir de Themyscira. Nunca había sido una verdadera amazona, y ahora el mundo pagaría por su orgullo.

—Protégelos, Atenea —jadeó mientras la vida escapaba de su cuerpo y la visión se emborronaba. «Mortales e inmortales, débiles y fuertes, dignos e indignos. Protégelos a todos. Protege a Alia del peso de su destino. Protege a mi madre y a mis hermanas en la guerra que vendrá».

Pensó en las pecas de Maeve, que parecían flotar sobre su piel, en el carácter gentil de Rani, en la alegre risa de Thyra. ¿Sabrían que había muerto? ¿Sentían su dolor en aquel instante? Pensó en su madre, sentada a la mesa de palacio, junto a Tek, volviéndose para saludarla cuando ella subía corriendo las escaleras y abriendo los brazos para darle la bienvenida. «¿Qué has aprendido hoy, Pyxis?», le decía Tek con una sonrisa. Ahora Diana no sentía ninguna amargura, solo el dolor de saber que no habría nada más. Oyó el chasquido de la boca húmeda de Pinón, que la soltaba.

«Protégelos, Atenea», rezó, y luego ya no pensó en nada más.

Alia se revolvió en los brazos de los soldados que la arrastraban por la carretera, más allá de una hilera de camiones y vehículos anfibios acorazados.

—Jason, tienes que detener todo esto —suplicó—. No puedes permitir que Nim y Theo mueran, no representan ninguna amenaza para ti. Y puedes dejar que Diana vuelva a casa. Por favor, Jason...

Ya no sabía lo que decía; era solo una serie de súplicas, cada una más desesperada que la anterior. Sabía que estaba llorando. Tenía la voz ronca. Los brazos le dolían donde los soldados la agarraban. Tenían unos dedos extrañamente fuertes, como si fueran dientes de acero.

Cuando llegaron a la parte trasera de uno de los camiones, uno de los soldados pasó una cantimplora llena de agua a Jason, que bebió un buen trago y se la ofreció a su hermana. Ella la rechazó tirándola al suelo y entonces los soldados la inmovilizaron, alzándola del suelo mientras ella no dejaba de gruñir y patear en el aire. Jason suspiró.

—¡Alia! —chilló. Le puso las manos sobre los hombros—. Alia —dijo con más suavidad—. Ya basta. Te vas a hacer daño.

Un sonido, mitad sollozo, mitad carcajada, surgió de su garganta. Lo miró fijamente. Su hermano. Su protector. Su amigo. Su cara era tan parecida a la de ella que era casi como mirarse en el espejo.

—Jason —susurró—, por favor. Te lo suplico. Ayúdalos.

Él negó con la cabeza, y ella vio en sus ojos verdadero pesar.

—No puedo, Al. La guerra se acerca. Personas como Nim y Theo no sobrevivirían a ella. Les estoy haciendo un favor.

—Deja de hablar de esa forma.

—Lo siento. Las cosas tienen que ser así.

La emoción que crecía en su interior la partía en dos. Jason. El mismo Jason que le había leído cuentos en la cama, que la había dejado llorar acurrucada a su lado hasta quedarse dormida, que la había acompañado cada día a pie a la escuela durante meses porque le daba miedo ir en coche después del accidente. No era posible que estuviera haciendo aquello, aquel acto tan horrible.

—No es verdad —dijo. Jason era el hermano razonable, el estable. Tenía que

hacérselo comprender—. No es verdad. Podemos arreglar las cosas. Podemos hacerlo.

—Alia, sé que tú no lo entiendes, pero yo sé lo que es mejor para los dos. —Miró por encima del hombro—. Y me temo que ya es demasiado tarde.

Ella siguió su mirada y le sobrevinieron arcadas, tal era el horror que se desplegaba ante sus ojos. Pinón, como la había llamado Jason, la Bebedora, surgía de entre los árboles y los soldados la conducían a la parte trasera de un vehículo anfibio. Pero no estaba igual que cuando los hombres la habían soltado junto al río. Tenía el cuerpo hinchado, la piel gris y distendida, y arrastraba tras ella la cola inflada. «Mata a los otros. Vacía a la amazona».

Diana estaba muerta. Estaba muerta, y aquella cosa estaba llena de su sangre.

—Obligadla a vomitar y traedme las ampollas —ordenó Jason—. Quiero empezar a procesar los datos de camino a la base.

Dos de los soldados arrastraron a Pinón hasta el interior del vehículo. A través de las puertas, Alia vio que tenía una parte convertida en jaulas.

—¿Tomará el helicóptero hasta la base, señor? —preguntó a Jason uno de sus hombres.

«Señor».

—No, quiero que el Seahawk vigile el territorio circundante y compruebe que no hemos llamado demasiado la atención. Estaremos más seguros en tierra, y no queda mucho tiempo hasta la puesta de sol. Encended una hoguera cuando estemos a unos kilómetros de distancia y quemad los cuerpos.

¿Cómo podía decir aquellas cosas?

—Estás hablando de quemar a nuestros amigos.

—Hago lo que tengo que hacer.

—Nunca te perdonaré, Jason. Nunca.

El la miró con tristeza, pero sin pestañear.

—Lo harás, Alia. Porque no tendrás a nadie más. Tú eres la Warbringer, y cuando el sol se ponga, cumplirás tu destino y me allanarás el camino para que yo cumpla el mío. Un día aprenderás a perdonarme. Pero, si no lo haces, encontraré el modo de vivir con ello. Es el precio que estoy dispuesto a pagar por transformar el mundo. Es lo que hacen los héroes.

Ahora fue ella quien se echó a reír. Su risa tenía un sonido desagradable.

—Tú eras mi héroe. El hermano sabio, el responsable. Pero te has convertido en alguien a quien nuestros padres aborrecerían.

—Papá lo habría entendido.

—Todo esto lo haces por él, ¿verdad? —dijo Alia, que empezaba a encajar algunas piezas—. Solo hablas de generales y de guerras, pero hace todo esto por él. Por tu obsesión de ser un Keralis en vez de un Mayeux.

—«Ve con cuidado. Sé precavido» —se burló él, imitando las advertencias de su madre—. ¿Es así como quieres vivir? ¿Siguiendo las reglas de mamá en lugar de

construir las tuyas?

—Tú eres el que estás siguiendo las reglas de otros al elegir al fuerte por encima del débil, al traicionar a la gente que siempre estuvo a tu lado.

—Esta es mi gente —dijo, abriendo los brazos—. Héroes, ganadores.

Alia negó con la cabeza.

—¿Piensas que vas a salvar el mundo y que todos te van a dar las gracias? ¿Crees que tus nuevos amigos armados hasta los dientes seguirán respaldándote cuando la batalla haya terminado? Esto no va a cambiar nada.

—Ahora no lo entiendes, pero algún día lo harás.

—Puedes intentar convencerte de lo que tú quieras. Pero no eres ningún héroe. Solo eres un niño que juega a la guerra.

—Ya es suficiente.

—Yo te diré cuándo es suficiente —le espetó ella.

Jason entrecerró los ojos.

—Eres una niña, Alia. Y has podido serlo porque yo te vigilaba, porque yo tomaba las decisiones difíciles. Pero no puedo protegerte eternamente.

El dolor que albergaba en su interior era algo vivo, un animal herido que tiraba de la correa.

—¿Qué me puede pasar, Jason? ¿Que alguien traicione todo aquello en lo que creo y asesine a mis amigos? ¿Es de eso de lo que me vas a proteger?

—No seas insidiosa.

Alia le escupió en la cara y él retrocedió, limpiándose con el borde de la manga. Por un instante volvió a ser un niño, su hermano, con sus tejanos y su camiseta sucia. Entonces habló, y la ilusión estalló en mil pedazos.

—Metedla en el coche —dijo a los dos soldados que esperaban órdenes a su lado—. Pero tened cuidado. No sois inmunes a su poder, como yo. No quiero que discutáis entre vosotros. Iremos cambiando de conductor durante el viaje.

Los hombres procedieron a instalarla en el asiento trasero de uno de los vehículos anfibios, pero se detuvieron cuando Jason dijo:

—Alia, el mundo está a punto de convertirse en un lugar muy inhóspito. Todos necesitaremos aliados. Te aconsejo que pienses en lo sola que estás.

La estaba reprendiendo, como a una niña a quien mandan a la cama sin cenar. Ella quería a su hermano, tal vez fuera incluso capaz de comprender el dolor que lo invadía, pero nunca le perdonaría lo que había hecho.

Cuando volvió hablar, no reconoció su propia voz. Era un murmullo grave y retumbante. La rabia que llevaba dentro quemaba como un crisol y la transformaba en algo nuevo.

—Soy hija de Némesis —dijo—, la diosa de la venganza divina. Te aconsejo que pienses en lo rencorosa que soy.

—Ponedle las esposas —ordenó Jason mientras los soldados se la llevaban—. No quiero que se haga daño a sí misma en un intento estúpido de salvar al mundo.

«Hermana en la batalla, soy para ti escudo y espada», se repitió mientras los hombres la metían en la parte posterior del vehículo y usaban bridas de plástico para atarle las muñecas a la consola de metal que dividía el asiento. «Mientras respire, tus enemigos no conocerán ningún santuario».

«Encontraré la manera, Diana, lo juro. Por ti, por Theo, por Nim. Mientras viva, tu causa es la mía».

Diana podía ver las aguas plateadas del Eurotas, su propio cuerpo, boca abajo en el río, con los miembros flácidos extendidos, desangrado y blanco como un hueso. La forma recordaba a una estrella hecha añicos. Nim yacía a pocos metros de distancia, y un poco más allá estaba Theo, con el brazo alrededor de una roca, como si hubiera intentado agarrarse a ella, y los dedos batidos por la corriente.

Observó cómo Pinón avanzaba lentamente hacia la carretera, con movimientos indolentes y la cola hinchada de sangre arrastrándose por los arbustos, para volver con su amo. Desde muy lejos, pudo oír el batir de la hélice de un helicóptero y los gritos de Alia. Lamentaba no poder llegar hasta su amiga, pero la emoción era una cosa lejana, una idea que iba y venía como un recuerdo penoso. Diana no sentía nada. Sin su cuerpo, no tenía nada a lo que aferrarse, nada que la mantuviera en contacto con la tierra.

De modo que así terminaba todo. Esto era la muerte.

«Sí, Hija de la Tierra, esto es la muerte. Y el renacimiento».

Entonces Diana lo vio: era el oráculo. Estaba agazapado junto al gran tronco gris del plátano, inclinado sobre las aguas del manantial, removiéndolas con un dedo muy largo, como si fuera el estanque de adivinación de Themyscira. ¿Era real o solo formaba parte de la agonía?

«Soy tan real como cualquiera,» dijo el oráculo. Se quitó la capucha y dejó al descubierto sus ojos grises y penetrantes, sus labios gruesos y sus rasgos enmarcados por un yelmo dorado. Diana había visto al oráculo de esta guisa cuando había ido a visitarlo por primera vez, pero ahora se dio cuenta de que estaba mirando al rostro de una diosa.

Atenea.

«Ahora me ves tal como soy en realidad, hija. Ahora nos ves».

La luz que surgía del agua cambió y la cara de Atenea desapareció. Vio a Afrodita con sus rizos dorados; a Hera en toda su gloria enjoyada; a Artemisa, brillante como la luna; a la velada Hestia, ardiente como una brasa; a Deméter con su corona de trigo, y luego a Atenea una vez más. Era demasiado bella. Diana deseó tener ojos para poder desviar la mirada.

«Creamos Themyscira para que las Amazonas pudieran tener un santuario, y con

los ropajes del oráculo seguimos velando por nuestras hijas.

»Es hora de regresar a casa, Diana, y de ocupar tu verdadero lugar entre tus hermanas. Luchaste como una valiente por los inocentes. Moriste con honor. Y, en tus momentos finales, me llamaste».

El oráculo se puso en pie, y Diana vio los cambios que se iban sucediendo en su figura: una guerrera, una esposa, una mujer sentada ante un telar, una arquera con el arco tensado.

«Ven, Hija de la Tierra, y renace como hicieron tus hermanas, con toda la fuerza que te corresponde. Una guerra se acerca y debes ayudar a tu pueblo a prepararse. Te has ganado un lugar entre las nacidas para la batalla».

Nacida para la batalla. Diana había soñado con aquellas palabras, las había anhelado. «Soy una amazona».

¿Podría regresar de veras a Themyscira? ¿Luchar junto a sus hermanas en la guerra que estaba a punto de desencadenarse? El Consejo nunca se lo permitiría. Había violado las leyes más fundamentales de la isla.

«Nunca lo sabrán, dijo el oráculo. Será como si nunca te hubieras ido. Ven, Diana. Vuelve a casa».

A casa. Las imágenes estallaban en su mente: las flores que se encaramaban por el exterior de la ventana de su dormitorio; las cocinas de palacio, rebosantes de vida; los bosques con sus árboles enormes, que Maeve y ella habían pasado tantas horas explorando; la costa norte con sus acantilados y sus cuevas secretas; los riscos que ella conocía mejor que nadie, desde donde había oído por primera vez el grito de socorro de Alia.

Alia. Le había hecho un juramento. «Mientras yo respire, tus enemigos no conocerán ningún santuario. Mientras yo viva, tu causa es la mía». Era un voto inquebrantable, tan fuerte como el lazo dorado.

Diana pensó en Ben, que había pilotado el avión con nervios de acero, enfrentándose a unos asaltantes que sabía mejor armados; en los padres de Alia, que habían intentado crear un mundo mejor. Pensó en su meñique entrelazado con el de Nim; en Theo empuñando la espada, pese a no tener ni idea de cómo blandirla. Las Amazonas eran su gente, pero aquellas personas también se habían convertido en su gente. Tenía que encontrar el modo de protegerlas.

Estas personas, estos mortales (frágiles, estúpidos, valientes más allá del sentido común), merecían una oportunidad para vivir en paz. Aun no era demasiado tarde.

El sol todavía no se había puesto.

«Hija, vemos tu buen corazón. Pero no puedes hacer nada más», dijo Atenea.

«Por favor», suplicó Diana. «Dejad que me quede».

«¡No!», dijo la diosa con la voz severa.

Pero, desde el momento en que había conocido a Alia, Diana se había negado a hacer lo que le decían. ¿Por qué iba a empezar ahora?

«Dadme otra oportunidad», suplicó. ¿Qué estaba pidiendo? ¿Qué precio le

exigirían las diosas? «Conceded a Theo y a Nim otra oportunidad».

«No es posible. Su momento pasó».

«Sois diosas», dijo Diana, armándose de valor. «Vosotras decidís lo que es posible».

«¿Negocias por las vidas de unos mortales?» Esta vez era una voz distinta, clara como un cuerno que llamara a la cacería. «¿Por qué?»

«Ellos son mis soldados», contestó Diana. «No puedo ganar la batalla yo sola».

«¿Y estos son los guerreros que eliges?», preguntó la voz clara y fría, con un tono divertido que brillaba como la luz de la luna.

Habló otra voz, dulce como una lira:

«Es libre de tomar una decisión estúpida, y no será la primera en hacerlo».

«Entonces, si hemos de negociar, dijo otra, vamos a hablar de las condiciones. ¿Qué puedes ofrecernos tú, Hija de la Tierra?»

Nada. No tenía nada que intercambiar por las vidas de sus amigos. Ninguna baratija, ningún voto, ningún sacrificio valioso. Pero eso no era cierto, ¿verdad? Tenía el don que le acababa de ser concedido. Podía arriesgar su propia vida, su propio futuro.

«Piénsalo, hija», dijo el oráculo, que volvía a lucir el yelmo dorado de general. «Piensa en lo que perderás por el bien de estos mortales, estas criaturas breves e incomprensibles».

Pero Diana no necesitaba pensar más.

«Ofrezco mi vida como amazona. Si fracaso y no logro detener esta guerra, si muero a manos de Jason, renuncio a mi derecho a regresar a la isla».

«¿Aceptarías tu muerte verdadera?», preguntó el oráculo.

«Sí».

Un coro empezó a cantar en mil idiomas; eran las voces de mil diosas, todas las deidades que habían confiado a sus hijas al santuario de Themyscira, todas las que sabían lo que la guerra iba a comportar.

Entonces, de manera abrupta, el oráculo calló. Las diosas discutían en privado, y lo único que podía hacer Diana era esperar. Pasó una era. Apenas un segundo.

Atenea habló, y en sus palabras la amazona pudo distinguir un tono de advertencia, pero también de respeto:

«Responderemos a tus ruegos. Tus compatriotas tendrán su oportunidad y tú también. Busca la victoria, y si la encuentras, regresa con tus hermanas como una verdadera amazona. Pero presta atención, Hija de la Tierra, has gastado tu última oportunidad».

Diana tembló de miedo al oír estas palabras. Las diosas no comerciaban con favores. Siempre había un precio.

«Estos son los términos de la negociación: si mueres en el Mundo del Hombre por segunda vez, pasarás al inframundo como el resto de los humanos. Nunca volverás a ver las costas de Themyscira, ni a tu madre ni a tus hermanas». Atenea

hizo una pausa. «¿Lo comprendes, Diana? Tu vida terminará. No habrá marcha atrás. No intercederemos en tu favor. No podrás pronunciar nuestros nombres en busca de piedad».

La princesa pensó en la exiliada Nessa plantada en la orilla, despojada de su armadura, mientras la tierra temblaba y los vientos aullaban, y recordó las palabras de la poeta: «¿Qué podemos decir de su sufrimiento, excepto que fue breve?».

Ella ya había elegido. Lo hizo al dar aquel primer salto desde el acantilado, al zambullirse por primera vez en el mar. Su madre y sus hermanas habían elegido dar la espalda al Mundo del Hombre, construir un mundo nuevo basado en la paz. «Ellas han terminado su tarea», pensó Diana. «Pero la mía acaba de empezar».

«Esta es mi lucha», dijo al oráculo. «Dejad que la reclame».

Un ruido parecido a un trueno rasgó el aire de la tarde.

Diana dio una bocanada. El rugido de la tormenta era el latido de su corazón, que resonaba en sus oídos mientras su cuerpo volvía a llenarse de sangre, y los pulmones, de aire. Abrió los ojos y vio las aguas grises y las cañas. Inhaló, y sus fosas nasales se llenaron de agua. Recordó que tenía brazos y piernas, y se obligó a girarse y a sentarse, tosiendo.

El aire que la rodeaba emitió un crujido eléctrico.

Deméter alzó la mano, y las cañas del lecho del río se hicieron más altas, para ocultar a las diosas.

Hera se arrodilló junto a Nim y colocó su cabeza en su regazo. Luego le enderezó el cuello, mientras Afrodita sumergía una concha en el río y vertía su contenido sobre la forma inmóvil de la chica. El pecho de la joven empezó a subir y a bajar. Parpadeó una vez, dos, se incorporó conmocionada, con el pelo chorreando agua y mirando a su alrededor de manera frenética, pero las diosas ya no estaban.

Hestia vertió unas gotas de fuego sobre la herida de Theo y, cuando las llamas tocaron la hendidura que la espada había causado en el costado, la carne cicatrizó, suave e indemne. Artemisa lanzó una flecha con su arco fantasmal y reluciente como si estuviera hecha de luz de luna y la clavó en el pecho del joven, que se retorció jadeando al tiempo que su corazón volvía a latir. Abrió los ojos y gateó hacia atrás para coger algún arma, buscando con la vista a sus asaltantes.

—¿Diana? ¿Qué diablos acaba de pasar? —preguntó Nim—. ¿Dónde está Alia? ¿Dónde está... aquella cosa?

No había rastro de las diosas ni del oráculo, pero la amazona oyó las palabras de Atenea que resonaban en sus oídos: «No podrás pronunciar nuestros nombres en busca de piedad».

Unos hombres bajaban por la colina transportando bidones de gasolina.

Theo se tocó el punto donde le habían herido.

—¿Estoy muerto? ¡Mierda! ¿Soy un zombi?

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Diana—. Jason tiene a Alia.

El chico frunció el ceño.

—Entonces vamos a buscarla.

Diana miró al horizonte.

—Y tenemos menos de treinta minutos hasta que se ponga el sol.

Nim asintió.

—Pues démonos prisa.

Había elegido a sus soldados. Ahora era el momento de hacer la guerra.

Se adentraron entre los arbustos, esquivando a los hombres cargados con bidones que habían alcanzado la orilla del río y ahora descubrían que no había cadáveres por ninguna parte.

—¿Qué demonios? —dijo uno de ellos—. Vi cómo Pinón acababa con la amazona, y Rutkoski se encargó del chico delgado.

—Yo mismo le rompí el cuello a la india —dijo otro.

—Gilipollas —murmuró Nim.

—¿Dónde están entonces?

—Tal vez se los ha llevado la corriente del río.

Empezaron a caminar, chapoteando con sus botas en el agua poco profunda.

—Vamos —apremió Diana a los chicos—. No tardarán en informar a Jason.

Se detuvieron al borde del asfalto. Los vehículos de Jason habían bloqueado la carretera, y la amazona se preguntó si sus hombres habrían instalado un perímetro para detener el tráfico ordinario. Unos hombres se arremolinaban alrededor de dos vehículos anfibios a la cabeza de la caravana y tres camiones acorazados se agrupaban más cerca de su escondrijo. Pero había un tercer anfibio, el que transportaba a Pinón. Diana lo distinguió por las gruesas cerraduras que habían añadido a las puertas posteriores, y sintió un gran alivio al no ver a la criatura. Con suerte, debía de estar bien encerrada, durmiendo tras el festín en el interior del vehículo. El helicóptero había despegado y sobrevolaba el valle en amplios círculos.

Había un grupo de soldados alrededor de uno de los camiones acorazados. Por las puertas abiertas de otro camión, Diana vio un pequeño arsenal de armas y lo que parecía un laboratorio móvil. Jason hablaba con un hombre sentado frente a un ordenador. En la mesa había unas probetas llenas de sangre (su sangre) repartidas para que pudiera manejarlas. La humillación vomitiva de la traición se apoderó de ella. Le había mentado, se había ganado su confianza y luego le había succionado la vida.

—¿Cómo puede parecer tan tranquilo? —preguntó Theo.

Bajo su ira, Diana distinguió el dolor y el desconcierto que sentía por la traición de Jason.

—Peor que eso —dijo Nim, asqueada—. Parece satisfecho.

Tenía razón. Ya no parecía tenso y preocupado. Se había puesto una camisa limpia y una chaqueta de combate, y las lucía como si fueran ropajes de oro, como si fuera un rey en el momento de su coronación.

Diana cerró el puño. No era ningún rey; era un ladrón. Y ya les había robado suficiente.

—Theo, si tuvieras acceso a uno de esos ordenadores, ¿podrías encontrar el modo de, no sé...?

—¿Infiltrarme en la red de Jason y destruir los datos almacenados, corrompiendo cada pizca de información que haya reunido y haciendo inútil sus investigaciones?

—Esto... Sí, eso es.

—Por supuesto.

—¿Tan fácil? —dijo Nim.

Theo se encogió de hombros.

—Fui yo quien ayudó a Jason a construir sus redes y cortafuegos.

La chica silbó.

—No me extraña que te quisiera muerto.

Jason bajó de un salto del camión y se dirigió a la cabeza de la caravana, deteniéndose junto al segundo vehículo anfibio.

—Alia debe de estar ahí —dijo Diana—. Ocuparán la segunda posición de la caravana por si hay una emboscada. Puedo llegar hasta ella.

—¿Estás segura? —preguntó Theo—. Hay un montón de soldados sedientos de sangre de héroe.

—Puedo llegar hasta ella —repitió la amazona, esperando que fuera cierto. Solo tendría una oportunidad—. Pero antes tenemos que conseguir que entres en el camión del laboratorio. Jason dijo que había francotiradores apostados, y dudo que los haga abandonar sus puestos hasta que la caravana se ponga en movimiento.

Nim apuntó a un lugar cercano a la cresta del Menelaión, y luego a izquierda y derecha de las crestas inferiores.

—Deben de estar allí —dijo la joven.

—¿Qué sabes tú de francotiradores? —preguntó Theo.

—Nada, pero sé mucho sobre líneas de visión. Esos son los tres puntos que ofrecen una visión directa de la caravana y de cualquiera que se aproxime desde ambos lados de la carretera.

—Es muy notable —dijo Diana—. ¿Puedes identificar un camino que nos lleve hasta el camión del laboratorio sin que nos disparen?

Nim ladeó la cabeza.

—Puedo hacer que lleguemos hasta allí, pero no sin que nos vean los soldados del anfibio de Pinón.

—Entonces esa será nuestra primera parada —concluyó Diana—. Nim, ve tú delante. Vamos allá.

Se agacharon y se arrastraron por el margen de la carretera, siguiendo las

indicaciones de Nim, ocultándose tras los arbustos y los árboles. Los zigzagueos de la chica a medida que se acercaban a los vehículos contradecían la intuición de Diana, pero debía reconocer que no tenía el don de Nim para los aspectos visuales. Salieron de entre la maleza, se metieron a rastras bajo uno de los camiones acorazados y luego gatearon hasta el flanco opuesto. Desde allí se deslizaron hasta una amplia sombra junto a la puerta del conductor del anfibio.

—Todos juntos —dijo, y abrió de golpe la puerta del conductor.

Antes de que el sorprendido soldado pudiera decir nada, lo sacó del vehículo y lo estampó contra el lateral. El hombre se desplomó.

—¡Eh! —exclamó el soldado del asiento del copiloto, echando mano a la radio. Diana trepó al coche, lo agarró por el cuello de la camisa y le estampó la cabeza contra el salpicadero. El hombre se desplomó hacia delante.

A continuación miró la parte de atrás. Había dos grandes jaulas. Pinón estaba tumbada de espaldas en una de ellas, roncando.

Diana cogió la radio de mano y salió del vehículo mientras los chicos metían el cuerpo inconsciente del conductor debajo del coche.

—Nim, llévanos al laboratorio —dijo.

En pocos pasos estuvieron allí. Diana abrió las puertas de golpe y subió de un brinco. El hombre de los ordenadores se revolvió, buscando el arma que llevaba en la cadera, pero ella se la sacó con facilidad de la cartuchera y la sostuvo fuera de su alcance.

El tipo levantó las manos.

—Por favor, soy un científico.

—No voy a hacerte daño. —Vio que el hombre acercaba la mano a un interruptor de alarma de color amarillo y le golpeó el cráneo con la culata de la pistola—. No demasiado.

Hizo una seña para que Theo y Nim entraran y cerró las puertas tras ellos.

—Vigiladlo —dijo—. Si alguien se da cuenta de que estáis aquí...

La chica arrancó un rifle semiautomático de la pared.

—Estaremos listos.

Theo ya estaba inclinado sobre el ordenador y sus dedos volaban por el teclado.

Dentro del cubículo zumbaba una máquina; una hilera tras otra de probetas de vidrio se iban llenando de sangre roja y oscura y luego se movía hacia la izquierda para dejar paso a la siguiente hilera.

—Demonios... —dijo Nim—. ¿Esa es tu sangre?

Diana inspeccionó el pequeño arsenal del camión y señaló una hilera de granadas incendiarias.

—Cuando Theo haya terminado, quiero que salgáis y os pongáis a cubierto, y que luego hagáis explotar este camión y el vehículo con Pinón dentro. ¿Podréis hacerlo?

—Sí —dijo Nim.

La respuesta había sido un poco demasiado rápida y confiada para el gusto de

Diana.

—Sin que vosotros salgáis volando también.

—Posiblemente.

La radio crepitó.

«Estamos listos para salir. Collins, permanece en posición hasta que hayamos desalojado, cambio. —Los tres se quedaron mirando la caja negra. La voz volvió a sonar—. Collins, ¿me recibes?»

Theo cogió la radio, la sostuvo torpemente, apretó un botón Y dijo:

—Recibido..., compañero.

«Nos vemos en la base, cambio y corto».

El chico dejó la radio y volvió al trabajo. Diana eligió de los estantes una espada corta y un escudo.

—No lo entiendo —dijo Nim—. Todo este rollo de las espadas. ¿Los soldados de Jason son tan duros para enfrentarse así a las balas y las bombas?

—Va a llevar a cabo un ataque PEM —dijo Theo. Señaló la pantalla, donde fue pasando una larga secuencia de texto. La confusión de Diana debió de notarse, porque el chico continuó—: De un pulso electromagnético. No es muy diferente a un relámpago, pero es mucho más grande. Desactivará todos los principales sistemas armamentísticos. No habrá armas nucleares, ni misiles, ni acceso a las reservas.

—Una lucha justa —murmuró Diana. Jason pretendía rehacer el mundo.

—Claro —dijo él—. Siempre que te hayas tomado las vitaminas de sangre de héroe. La Fundación Keralis tiene sucursales por todo el mundo. Va a devolvernos a la Edad de Piedra.

—A la Edad de Bronce —le corrigió Nim.

—¿No has tenido suficiente con morirte una vez? —dijo él.

Diana los tocó a ambos en el hombro, con la esperanza de que no discutieran mientras llevaban a cabo la tarea definitiva.

—Callad e id con mucho cuidado —susurró, dirigiéndose a las puertas—. Y cerrad detrás de mí.

—Diana, dale una buena patada en el culo a Jason —dijo Nim.

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—¿En el culo específicamente?

—Sí.

—¿Por qué?

Sin levantar la vista del teclado, Theo dijo:

—Es una tradición de Nueva York.

La amazona asintió y abrió las puertas. Se asomó al exterior. Los últimos rayos de sol proyectaban largas sombras por toda la carretera. Habría querido acercarse disimuladamente al vehículo de Jason, pero no había tiempo para el sigilo. La caravana ya se había puesto en movimiento.

Echó a correr. Al instante oyó disparos. Levantó el escudo y oyó las balas que

rebotaban contra el metal. Apuró aún más el ritmo y se situó junto al último camión de la caravana, manteniéndose a la misma velocidad para utilizarlo como protección. Oyó voces que gritaban y vio que los coches de delante aceleraban mientras el camión que la protegía frenaba en seco.

No podía permitirse esperar a ver quién salía. Corrió hacia delante y se lanzó a la parte posterior del vehículo anfibio; se agarró a la base del parachoques de metal y utilizó una mano para mantener el escudo encima de su cabeza y la otra para levantar la parte posterior del vehículo.

Las ruedas delanteras del anfibio giraron al intentar arrancar de nuevo. Diana gimió por el esfuerzo y reafirmó los pies en el suelo. Una bala le impactó en el muslo izquierdo y otra le alcanzó la pantorrilla; el dolor le llegaba en oleadas profundas que le recorrían el cuerpo. Miró atrás y vio a unos soldados que salían del otro camión y corrían hacia ella empuñando las armas. Estaban bastante lejos y no le hacían demasiado daño, pero no podía seguir manteniendo la posición.

Tomó aliento y les lanzó el escudo trazando un amplio arco. Luego soltó el vehículo, que salió disparado con gran estrépito. Diana echó a correr, pegó un salto para agarrarse a la parte trasera y se encaramó al techo. Envuelta en un estallido de disparos, las balas llovían sobre su cuerpo como si fueran granizo, pero las ignoró y se lanzó por encima del capó, yendo a aterrizar justo delante del vehículo.

Dio una voltereta, se levantó y apenas tuvo tiempo para plantar los pies en el suelo y volverse con las manos al frente. El anfibio se abalanzó sobre ella y la embistió, haciendo que las sandalias se deslizaran sobre el pavimento. La fuerza del impacto le estremeció las palmas de las manos, pero ella apretó los dientes y, apoyando los hombros en el vehículo, trató de frenar su avance mientras el motor rugía.

Oyó pasos; eran soldados que corrían hacia ella. ¿Cuántos? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Más? ¿Serían rápidos? ¿Fuertes? ¿Podría vencerlos a todos?

Diana miró al oeste. El sol había adquirido un color rojo intenso y se acercaba cada vez más a las montañas. ¿Cuánto tiempo quedaba antes de que se pusiera por completo? ¿Cuánto faltaba hasta que la oscuridad lo cubriera todo y su última oportunidad se desvaneciese?

Cuando una voz dijo por la radio: «Señor, tenemos un elemento hostil», Jason no pareció preocuparse demasiado.

—¿Policía local o palabras mayores?

—Esto..., ninguna de las dos cosas, señor. Es la chica.

Alia se enderezó en el asiento y las bridas de plástico que le sujetaban las muñecas se le clavaron en la carne.

—¿La chica? —preguntó Jason, alargando el cuello mientras los disparos arreciaban a sus espaldas.

Alia no se atrevía a mirar; le daba miedo albergar falsas esperanzas, pero se obligó a volverse.

Diana estaba corriendo entre un torrente de balas, protegiéndose la cabeza con el escudo. Se lanzó hacia delante y se agarró al parachoques posterior del vehículo anfibio.

—No es posible —dijo Jason, con el ceño fruncido, como quien intenta resolver una ecuación especialmente difícil—. Piñón la ha desangrado. Nadie puede sobrevivir a eso.

Los hombres se acercaban a Diana y el estruendo del tiroteo iba en aumento. Ella les lanzó el escudo y se soltó del vehículo, pero al cabo de un instante Alia oyó pasos sobre el techo, y, al segundo siguiente, la amazona estaba plantada en la carretera cerrándoles el paso.

—Atropéllala —ordenó Jason.

El conductor aceleró y Alia gritó.

Arrollaron a Diana de manera frontal, y el impacto precipitó a Alia hacia delante, contra el cinturón de seguridad. Pero la amazona no se había movido. Estaba plantada en medio de la carretera, con los labios ligeramente abiertos y las manos apoyadas en el parachoques delantero.

—Dios mío —dijo Jason, admirado, mirando por el parabrisas—. Miradla.

No parecía asustado. Alia quería que estuviera asustado.

—¿Señor? —dijo el conductor, dudando de sí mismo.

—Quiero la guardia especial. Espadas y escudos, sin armas de fuego. Ah, y díles que intenten mantenerla viva, si pueden.

¿Cómo podía hablar así? Como si todo fuera un juego (no, un experimento) y estuviera ansioso por anotar el resultado.

El soldado comunicó la orden por radio, y en cuestión de segundos Alia vio que una oleada de hombres flanqueaban a Diana mientras las ruedas del vehículo volvían a zumbar.

—Estos son mis mejores soldados —dijo Jason—. Han sido bendecidos con la fuerza de los mayores héroes que nunca han caminado por la tierra, pero jamás se han enfrentado a un desafío como Diana.

Alia lo miró con desprecio.

—No tienen nada que hacer contra ella.

—Tal vez no —reconoció Jason—. Pero la entretendrán mientras esperamos a que se ponga el sol.

Una furia nueva espoleó a Alia. Tiró inútilmente de las manos esposadas. Diana estaba aquí, había regresado de entre los muertos, y, sin embargo, ella no podía hacer nada por ayudarla. Tenía ganas de gritar. Acarreaba un gran poder en su interior, un apocalipsis que esperaba para desencadenarse, pero no le servía de nada.

—Me gustaría quedarme a verla combatir —dijo Jason mientras la guardia avanzaba con las espadas, las lanzas y... las redes.

—¿Por qué llevan redes? —preguntó Alia, aunque no estaba segura de querer saberlo.

—Antes he tenido poca visión —reconoció, encogiéndose ligeramente de hombros de aquel modo tan penosamente propio de él—. Estaba demasiado ansioso. No debería haber dejado que Pinón la desangrara del todo. Viva, me proporcionará una provisión permanente de material genético con el cual trabajar.

Algo oscuro se desató en el interior de Alia. Tal vez Jason no estaba en lo cierto cuando hablaba de sus padres, pero tampoco se equivocaba del todo. Durante toda su vida, le habían dicho que tuviera cuidado, que no alzase la voz, que no llamara la atención de nadie que no conociera. «Conserva la calma. No les des ninguna razón. Nunca les des una razón». Pero ya entonces había tenido derecho a estar enfadada, y también lo tenía ahora. ¿Y qué había conseguido con tantas precauciones? Debía hacer justicia a Theo, a Nim, a todo el dolor que Jason había causado. Y con precaución no iba a conseguirlo. «Soy Némesis, la diosa de la venganza».

Oyó el batir de unas alas y se asustó, pensando en Eris, pero esta vez el sonido provenía de su interior: era el susurro de algo que llevaba demasiado tiempo dormido. «*Haptandra*, la mano de la guerra». ¿Y si era ella quien podía acceder a ese poder?

«Estoy harta de ir con cuidado. Estoy harta de callar. Quiero que vean mi ira. Quiero que me oigan aullar a pleno pulmón». El ser adormecido dentro de ella abrió las alas, negro y reluciente, iluminado por un fuego oscuro. Se levantaba, con una daga en la mano.

«Némesis». ¿Y si su poder no era solo una maldición, sino un don, algo indomable y peligroso, que iba pasando de una diosa a su hija, y así sucesivamente,

algo que estaba ansiando ser utilizado? ¿Y si podía convertirse en un arma en manos de Alia?

Cerró los ojos y tendió la mano a aquella sombra oscura y alada. La agarró con fuerza, de tal modo que ya solo era ira y nada más. Casi podía notar el movimiento de las alas entre sus omoplatos, y no tenía miedo; al contrario, experimentaba una seguridad vibrante. «Esto me pertenece. Estoy en mi derecho». Dio un empujón al poder que llevaba dentro y notó que echaba a volar.

El soldado del asiento del copiloto levantó la radio portátil y la estampó contra la cabeza del conductor. Jason se encogió al ver que el chófer se enfrentaba a su atacante y ambos se enzarzaban en una pelea en el asiento delantero.

—¡Scholes! —gritó cuando el conductor quitó el pie del acelerador y el vehículo empezó a desacelerar—. ¡Chihara! ¿Qué diablos estáis haciendo?

Alia abrió los ojos y al ver el anillo de soldados convocó el poder, y esta vez lo utilizó con todas sus fuerzas.

De pronto, los soldados empezaron a gritarse y a entorchocar las espadas entre ellos.

—Maldita sea —dijo Jason—. Tal vez sea porque se acerca la puesta de sol.

—Sí —dijo Alia—. Tal vez sea eso.

—Pero... —empezó a decir él. Sin embargo, acabó gritando porque el vehículo anfibia se inclinó hacia delante y la parte frontal impactó contra la carretera con un gran estruendo metálico—. ¡¿Pero qué...?!

—Creo que han estallado las ruedas delanteras. —La parte trasera del vehículo se hundió de pronto con un sonido sordo—. Y esas deben de ser las de atrás.

—¿Dónde está Diana? —preguntó él, revolviéndose en el asiento.

—Viene a por ti. —Alia miró por las ventanillas y sonrió al ver el caos que había provocado—. Venimos a por ti.

—No estés tan satisfecha, Alia —dijo él, pero lo único que ella percibió en su mirada fue frustración, ni rastro de terror ni de preocupación. Más bien parecía impaciente cuando sacó una larga espada del compartimento principal del vehículo—. La lucha no ha hecho más que empezar.

Abrió la puerta de golpe y salió con la hoja de la espada brillando en la mano.

Diana apartó la última rueda justo a tiempo para ver a Jason salir del interior de la caja que había sido un vehículo anfibio y saltar al suelo. Iba armado con una espada y apenas se detuvo a recoger un escudo del brazo inerte de uno de sus hombres caídos.

La amazona no tenía tiempo para inspeccionar el caos que la rodeaba, ni para comprobar si, en el camión del laboratorio, Theo y Nim habían sucumbido también al frenesí de la batalla.

El soldado que estaba más cerca de ella había derribado a uno de sus compañeros y le estaba aplastando la cara con el escudo. Diana inmovilizó el escudo y propinó un único golpe sobre la cabeza del soldado, que cayó hacia delante y se quedó tumbado junto a su compañero.

Entonces se encaró con Jason. Estaban rodeados de hombres que luchaban entre sí. El otro camión había salido de la carretera.

Diana probó el peso de la espada que empuñaba. Era bastante corta, pero por su forma sería útil tanto para cortar como para dar una estocada. Aunque el acero no parecía de gran calidad, la hoja parecía bastante afilada.

—Tus hombres no van a venir a ayudarte —dijo.

Jason hizo rodar los hombros.

—No necesito que lo hagan.

—Ya te gané una vez, cuando subimos a la montaña.

—Digamos que dejé que creyeras lo que querías creer.

Ella sacudió la cabeza, comprendiendo que había fingido estar fatigado en aquel pico iluminado por las estrellas.

—Mientes tanto como respiras. Siempre te has reprimido. Muy bien —dijo ella—. Ahora veremos de lo que eres capaz luchando contra una amazona.

Trazaron un círculo lento. Pero Jason no necesitaba evaluar los puntos fuertes de Diana. Llevaba días haciéndolo. La envistió.

Las espadas se encontraron y el sonido del acero contra el acero resonó por toda la ladera. Diana notó la fuerza del golpe en la parte superior del brazo. El chico era fuerte y sabía utilizar esa fuerza.

Se separaron, con las hojas echando chispas. El atacó y Diana lo esquivó, girando hacia la izquierda, manteniendo el escudo en alto mientras él probaba otra estocada a

las costillas. «Fuerte», pensó ella, «pero también acostumbrado a ser el más fuerte en el campo de batalla». Chocó el escudo contra el de ella, esperando que cayera de espaldas, pero ella lo empujó y él salió disparado.

Jason impactó contra el lateral de uno de los camiones, pero volvía a estar en pie en un abrir y cerrar de ojos. Se recompuso del dolor del golpe y sonrió.

—Menudos soldados voy a crear a partir de tu sangre.

«No si Theo puede evitarlo», pensó Diana mientras Jason se abalanzaba sobre ella, con la espada centelleante como el destello de un rayo entre las nubes. Atacaba en rápidas ráfagas de golpes y estocadas, y ella se vio obligada a retroceder. Cambiaba de posición y devolvía cada golpe. Era una situación sorprendente, extraña. ¿Cuántas horas había dedicado a prepararse para aquel momento? Y, sin embargo, aquello no se parecía en nada a las rutinas o a los combates en las salas de entrenamiento de la armería. Porque ahora su contrincante estaba dispuesto a lanzar una estocada mortal.

—Eres rápido —comentó.

Jason sonrió, y en su rostro apareció el hoyuelo que con tanta facilidad le había embaucado.

—No luchas solo contra mí —dijo él con la respiración acompasada—. Luchas contra los guerreros que derrotaron a las Amazonas. Contra Aquiles, que venció a Pentésilea; contra Telamón, que sometió a Melanipe; contra Hércules, que derrotó a Hippolyta.

No soportaba oír los nombres de sus hermanas y de su madre en labios de Jason.

—Una guerrera sabia aprende de sus errores —dijo arqueando una ceja y ajustando su posición—. Y olvidas quién me enseñó a luchar.

Dibujó un arco furioso con su espada y Jason levantó el escudo para bloquear el golpe, pero se tambaleó. Diana lanzó una patada con el pie derecho y le hundió el talón en el plexo solar, dejándolo sin respiración.

Esta vez no se levantó tan deprisa y ella, provista de todo lo que había aprendido de sus hermanas, con el eco de las enseñanzas que le habían transmitido marcando cada uno de sus movimientos, se abalanzó sobre él.

Jason devolvía los golpes, pero sus movimientos eran más lentos. Todavía sentía el impacto de la patada, y aún no había recuperado el aliento. Ella lanzó una investida y él pivotó hacia la derecha, evitándola, pero Diana no había tenido intención de contactar. Ajustando el ataque, cambió de dirección y bajó la espada con violencia sobre el brazo donde él llevaba el escudo. El chico aulló y la sangre le manchó la piel. Ella aprovechó la ocasión y empujó rápidamente el escudo con el puño de su espada; se lo arrancó de la mano e hizo que cayera al suelo con un chasquido sordo.

Diana se cambió la espada de mano y golpeó con fuerza contra la hoja de él, haciéndola volar por los aires.

Jason retrocedió a rastras, con el brazo izquierdo goteando sangre. Parecía menos

asustado que confundido, como si no pudiera comprender adonde habían ido a parar sus armas.

—No —dijo él—. No puede ser. Aquiles y Hércules vencieron. En todas las historias superan a las Amazonas. Siempre terminan victoriosos.

—Esas son las historias que cuentan vuestros poetas, no los míos. Ríndete, Jason Keralis.

Él gruñó de frustración y se arrastró en círculo hacia la izquierda.

—¿Acaso Menelao se rindió cuando Paris le robó la esposa? Sé que no estás dispuesta a matarme.

—No puedes vencer. Solo mis hermanas pueden igualarme en un combate limpio. Los ojos de Jason eran febriles.

—Entonces suelta tus armas. Luchemos con las manos desnudas. Supérame y reclama tu victoria.

¿Sería ese el modo de terminar con todo? ¿Concederle la derrota en el combate honesto que él buscaba? Lo dudaba. Diana se encogió de hombros y tiró la espada y el escudo fuera del alcance de ambos.

Él suspiró y sacudió la cabeza.

—Tan honesta, tan recta. —Curvó los labios con un principio de sonrisa, afilada como la hoja de una navaja—. Tan fácil de embaucar. ¿Solo tus hermanas pueden igualarte? —Sacó una jeringuilla del bolsillo—. Entonces sucumbirás al poder de las Amazonas.

Diana recordó lo que había dicho a la orilla del Eurotas. «Empecé a crear un suero con tu ADN el día que nos conocimos». Con sus células, con su fuerza.

—¡No! —gritó.

Jason se clavó la aguja en el muslo y apretó el émbolo, para luego lanzar al suelo la jeringuilla vacía. A continuación se enderezó y chasqueó el cuello. Su sonrisa se ensanchó. Diana dio un paso atrás.

—El sol se pone —dijo él, flexionando los dedos como si quisiera probar la sensación de su nueva fuerza—. Comienza una era que pertenece a los héroes. Y creo que te prometí una muerte bella.

Avanzó y Diana retrocedió cautelosa.

—Ahora no tienes escapatoria. Me pregunto qué se sentirá al sucumbir a una fuerza nacida de tu propia sangre —dijo él, cerrando los puños.

Golpeó hacia la izquierda y Diana lo esquivó. A continuación un gancho con la derecha impactó contra el vientre de la Amazona con una fuerza tremenda. La chica gruñó de dolor y Jason soltó un gemido y se echó hacia atrás, sorprendido.

Se recuperó rápidamente de su sorpresa y se lanzó hacia ella. Diana pivotó, con la intención de encajar ambos tobillos y utilizar el impulso para derribarlo. Pero ahora él era más rápido. Jason detuvo el movimiento, la agarró por los hombros y giró, tirándola al suelo.

Gruñó como si fuera él quien hubiera caído de espaldas, y se dio la vuelta como si

esperara encontrar a alguien detrás.

Diana tomó impulso y se puso en pie de un salto.

Jason se abalanzó sobre ella, soltando una serie frenética de puñetazos y codazos; ella se agachó a derecha e izquierda y le golpeó en el estómago. El levantó la palma de la mano y le pegó en la barbilla; el cuello de Diana crujió. El sabor fuerte y característico de la sangre le llenó la boca.

El chico retrocedió tambaleándose; se llevó la mano a la mandíbula como si le hubieran golpeado. Se tocó la boca con los dedos, pero allí no había sangre. Tenía los ojos enloquecidos.

—¿Qué me está ocurriendo?

Diana se lamió la sangre del labio. Ahora era ella la que sonreía.

—Esto es lo que significa ser una amazona. Mi dolor es el de mis hermanas, y el suyo es el mío. Cada herida que me infrinjas será una herida que sufrirás.

—Pero no es solo... —Jason sacudió la cabeza, como si intentara aclararse las ideas. Dio un paso hacia Diana y luego se detuvo—. ¿Qué es ese ruido?

—Vamos, Jason, golpéame. Concédeme la muerte bella que me prometiste. Si lo haces, con cada golpe sentirás la agonía de cada amazona caída en la batalla. En cada ataque, oirás el coro de sus gritos.

El se tapó los oídos.

—Detenlo.

—No puedo.

Se lanzó hacia delante y se puso de rodillas.

—¡Detenlo! —gritó—. ¿No lo oyes? ¿No lo notas?

—Por supuesto —contestó ella—. Una amazona carga con el sufrimiento de sus hermanas, convive con él y aprende a soportarlo. Por eso valoramos tanto la compasión.

Era eso lo que las ayudaba a recordar que, a pesar de la superioridad de su fuerza, de su velocidad y de su habilidad, la promesa de la gloria no era nada comparada con la angustia del prójimo. Diana se agachó y lo agarró por la barbilla, obligándolo a mirarla a los ojos.

—Lo has hecho a posta —siseó él—. Me has engañado.

Era verdad. Jason sabía que ella no sería capaz de matarlo, y ella sabía que él no se rendiría sin la muerte heroica que tanto ansiaba.

—Digamos que te hice creer lo que querías creer.

—¡Mátame! —chilló él—. ¡No puedes dejarme así!

—No te has ganado una muerte honorable, bella y tranquila. Vive, pues, con la vergüenza, Jason Keralis, sin ser llorado ni recordado.

—No podrás olvidarme —jadeó él, con el rostro empapado de sudor—. Yo te di el primer beso. Yo podría haber sido el primero en todo. Siempre lo sabrás.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—No fuiste el primero en nada, Jason. Yo soy inmortal, y tú eres un pie de

página. Te borraré de mi historia, y, cuando desaparezcas, el mundo no te recordará.

Jason emitió un aullido agudo y cortante y empezó a temblar. Se tumbó sobre el costado, se acurrucó como un niño y se rodeó la cabeza con los brazos, meciéndose adelante y atrás, hasta que los aullidos de rabia se convirtieron en sollozos.

Diana oyó una fuerte explosión y vio unas llamas que se alzaban desde el punto donde había dejado a Theo y a Nim en el camión del laboratorio. Al cabo de un segundo sonó una segunda explosión. La jaula de Pinón.

Le dio una rápida patada en el culo a Jason, como marcaba la tradición, y luego arrancó la puerta de un camión acorazado y la usó para enrollarla alrededor de su cuerpo. Eso lo retendría por lo menos durante un rato.

Miró hacia atrás, por encima del hombro. El sol estaba a punto de ponerse. Solo les quedaban unos minutos y el manantial estaba casi a quinientos metros de distancia.

Corrió hacia el vehículo anfibio y abrió la puerta del copiloto.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Alia cuando oyó a su hermano llorar dentro de su caparazón de metal.

Diana rompió las correas de plástico que le ataban las muñecas.

—Nada —dijo—. Se lo ha hecho él solito. —Se volvió hacia Alia—. Y ahora, vámonos.

Esta vez no hubo discusión alguna. Alia montó a caballito y Diana echó a correr hacia el manantial.

Alia se agarraba como una lapa al cuello de Diana, asimilando el caos que había desencadenado e intentando olvidar los gemidos de Jason, mientras avanzaban a toda velocidad hacia el manantial. ¿Theo y Nim también habían sobrevivido? ¿Cuánto tiempo les quedaba?

Las ramas le golpearon las mejillas cuando bajaron en picado por la ladera hacia el río y corrieron por la orilla arenosa.

—¿Y si es demasiado tarde? —jadeó Alia, sin entender por qué era ella la que estaba sin aliento.

—No lo será.

—Pero ¿y si lo es?

—No lo sé —dijo Diana, que había avistado el plátano y ya la descolgaba de su cuerpo—. Supongo que seguiremos luchando juntas.

Ambas chapotearon por el lecho del río. El agua era cada vez más profunda a medida que se acercaban al manantial. A su alrededor, Alia oyó el coro que cantaba de nuevo, las voces de las jóvenes que se multiplicaban mientras ella se hundía en el agua, que ahora ya le llegaba hasta la cintura, resbalando sobre las piedras, buscando con las zapatillas empapadas un punto de apoyo en el fondo arenoso del río. Vio a Eris muy por encima de ellas y oyó su horrendo aullido, y también vio a los gemelos en sus carrozas corriendo a ambos lados de la orilla mientras reían y gritaban victoriosos.

«Demasiado tarde. Demasiado tarde».

El sol se estaba hundiendo por el horizonte cuando Alia se lanzó a las aguas brillantes del manantial y buceó bajo la superficie. El mundo se volvió oscuro y silencioso. El agua era mucho más profunda de lo que había esperado y el frío era como una mano que se cerrara alrededor de su cuerpo. Aleteó con los pies, pero no notó nada debajo. Ya no estaba segura de hacia dónde estaba encarada ni dónde se encontraba la superficie. Solo había oscuridad a su alrededor.

En su interior, el ser alado se revolcaba de manera espasmódica, pero no podía distinguir si luchaba por permanecer dentro o por liberarse.

«No vayas». Esa idea atravesó su mente, y ella intentó rechazarla. Había luchado con todas sus fuerzas para librar al mundo de los horrores que la maldición

conllevaba. Pero una parte de ella deseaba conservar para sí misma una pizca de aquel poder. Lo había sabido utilizar; gracias a él había salvado a Diana. Por un breve instante, la ira justificada había ardido en su corazón y le había pertenecido solo a ella.

Tenía los pulmones tensos, sedientos de aire. ¿Había cumplido el manantial su cometido? No lo sabía, pero no quería ahogarse mientras lo descubría. Exhaló el afrento que le quedaba, vio las burbujas que subían y así supo la dirección que debía seguir. Salió disparada hacia arriba y se liberó de las garras del río, lanzándose de nuevo hacia las aguas poco profundas y tomando grandes bocanadas de aire.

—¿Y bien? —gritó Nim desde la orilla, con Theo a su lado, envueltos en la luz azulada del crepúsculo. Sintió un rayo de alegría. Estaban vivos. Pero...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Diana, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Nada.

Alzó la vista hacia la luna plateada que había surgido en el cielo del ocaso y su corazón se llenó de desesperación.

Un ruido sordo inundó el aire. Alia miró hacia la carretera, preguntándose qué nuevo desastre les esperaba, pero el sonido no parecía proceder de allí.

—¿Qué es ese ruido? —dijo Theo.

Venía de todas partes. Alia empezó a distinguir los detalles del rugido: el estrépito siniestro del fuego de artillería, el tronar de los tanques, el chillido de los aviones de combate. Y gritos. Los gritos de los que agonizaban.

—Dios mío —dijo—. Ya empieza.

Diana parpadeó. Sus ojos eran de un azul profundo en la luz decreciente. Tenía los hombros hundidos, como si una corona invisible se hubiera deslizado desde su cabeza.

—Hemos fracasado. Hemos llegado demasiado tarde.

«¿Ha sido por mi culpa?», se preguntó Alia. ¿Los había condenado en aquel último instante? ¿Por el deseo egoísta de conservar una parte del poder misterioso para sí misma?

Permanecieron con el agua hasta las caderas mientras el ruido iba en aumento, haciendo temblar la tierra y las ramas de los plátanos. Se elevaba como una ola, se cernía sobre ellos; el advenimiento de un futuro lleno de penurias para los seres humanos.

Y entonces, como una ola, se rompió.

Aquel rugido se esfumó de pronto, la marea retrocedió y desapareció.

Diana se había quedado sin aliento.

—Alia —dijo—. Mira.

Había tres figuras bajo el plátano, y sus cuerpos dorados brillaban en la oscuridad. Aunque no podía distinguir sus rasgos, Alia vio que una de ellas era una chica.

Helena. La joven dio un paso adelante, con pies ligeros, más mayor que cuando

había corrido libremente por la orilla del Eurotas. Colocó una corona brillante de flores de loto contra el árbol y tocó el tronco gris una sola vez con la punta de los dedos.

En el reflejo dorado que surgía de las aguas del manantial, Alia vio ejércitos en retirada, soldados que abandonaban las armas, multitudes airadas cerrándoles el paso. La luz se apagó, y entonces vio que Helena y sus hermanos se alejaban del río, hasta que ya no pudo distinguir sus figuras entre las sombras. Allá donde fueran, esperaba que encontraran la paz.

Miró a Diana, y casi tuvo miedo de hablar.

—¿Se ha terminado?

La amazona respiró, temblorosa.

—Me parece que sí —contestó, indecisa, porque casi no se lo podía creer.

—Hemos cambiado el futuro. Hemos evitado una guerra.

Proveniente de la carretera, se oía el ruido de las sirenas y vio las luces intermitentes de los coches de policía y los camiones de bomberos que se acercaban.

Diana y ella caminaron hacia la orilla, y Nim abrazó con fuerza a Alia.

—Creía que habías muerto —dijo esta con las lágrimas acumulándose en su garganta.

La risa de Nim era en parte un sollozo.

—En cierto modo, lo hice.

—Eh, yo también —dijo Theo—. Me morí la mar de bien.

—Y también se ha cargado el cortafuegos de Jason —le explicó Nim.

—Sí —dijo Theo, metiéndose las manos en los bolsillos de sus ridículos pantalones—. Pero os garantizo que los Laboratorios Keralis no sufrirán efectos colaterales.

Alia hizo una mueca de disgusto.

—Apuesto a que, después de todo lo que ha pasado, el Consejo no va a querer que ni Jason ni yo tengamos nada que ver con la empresa.

Theo se encogió de hombros.

—Lo siento...

—No te preocupes —dijo ella—. Ya me las arreglaré. Montaré algo por mi cuenta.

Unas voces airadas llegaban desde la carretera, gritando en griego:

—¿Deberíamos subir? —les preguntó Diana.

—No —dijo Alia—. Mejor que no. Dejemos que Jason explique lo que estaba haciendo con una milicia armada hasta los dientes en medio de una carretera comarcal.

—¿Qué va a ser de él? —preguntó Nim.

Se sentaron bajo las ramas colgantes de un sauce. En la oscuridad, nadie que mirara hacia abajo podría verlos, aunque, si alguien bajaba a investigar, no le costaría localizarlos. Pero ¿por qué iban a hacerlo? La batalla se había librado en la carretera.

No había rastros de que se hubiera trasladado a la orilla del río, de que bajo las ramas de un viejo plátano una era de derramamiento de sangre se había evitado.

—No lo sé —dijo Alia—. Espero que haya algún modo de hablar con él, de ayudarlo. Todavía no me puedo creer que mi hermano fuera capaz de todo esto.

—Y mi mejor amigo —añadió Theo.

—Sin ánimo de ofender —dijo Nim—. Ese espécimen despreciable ha intentado matarme. Espero que se pudra.

Theo asintió.

—Tienes razón.

Diana tomó a Alia del brazo.

—Por primera vez están de acuerdo.

—¿Eh...? —dijo Nim—. Es verdad. Y ya hace quince minutos que no tengo ganas de estrangularte, Theo.

—¿Y ahora?

—No.

—¿Y ahora?

—Theo...

—¿Y ahora?

Nim hizo una mueca.

—No te preocupes —dijo Alia—. Yo quiero estrangularlo.

La guadaña brillante de la luna de la cosecha colgaba sobre el valle, visible una vez más, y los cuatro permanecieron sentados, contemplando cómo aparecían las estrellas y cómo las luces de la ciudad se multiplicaban en la lejanía. Al cabo de un rato, oyeron más coches que llegaban y otros que se iban.

—Supongo que alguien está tomando decisiones —dijo Alia.

—¿Cómo estás? —le preguntó Diana.

—Cansada, triste y dolorida.

—Pero ¿te notas distinta?

—No —dijo no del todo segura—. Estoy totalmente magullada y algo asustada porque no sé qué demonios voy a hacer con el hermano que tú has convertido en un bol de gelatina, pero por lo demás estoy como siempre.

—Como siempre está muy bien —dijo Theo, y Alia notó que se sonrojaba.

—Como siempre, tengo bastante hambre —dijo, quitando importancia al momento.

Nim se dejó caer de espaldas.

—No tenemos dinero.

—¡Viviremos de la tierra! —dijo Theo.

Nim gruñó.

—A no ser que la tierra esté hecha de pizza, ni lo sueñes.

Alia hundió el codo en las costillas de Diana.

—Yo propongo que encontremos un lugar mejor que el hotel Good Night para

alojarnos, pero tampoco sé cómo vamos a pagarlo. —Como Diana no decía nada, cambió de planteamiento—. Prometo que no robaremos ni pediremos prestado.

—No es eso —dijo la amazona. Apoyó la barbilla en las rodillas—. No sé si estoy preparada para volver.

—¿En serio? —le preguntó Nim—. Yo he tenido suficiente del sur de Grecia para toda la vida.

—No, me refiero a mi casa. A Themyscira.

Alia se quedó helada.

—Pero... no te tienes que ir, ¿verdad? Todavía no.

—Tengo que regresar. Necesito saber si la isla está bien, si mi amiga Maeve está bien. Yo... —Respiró hondo, como si quisiera darse fuerzas—. Tengo que hablar con mi madre.

—¿Tu madre se parece a ti? —preguntó Theo.

Diana sonrió.

—Es más dura y más veloz, y muy buena tocando la lira.

Pero Alia no tenía ganas de bromear en aquel momento. Ya había perdido demasiado en una sola noche.

—¿Podrás volver alguna vez? —dijo.

—No lo sé. Tal vez me enfrente al exilio, al castigo.

—¡Entonces no vayas! —exclamó Nim—. Quédate con nosotros. Puedes acompañarme al baile de graduación de Bennett. Alicia Allen se va a morir de envidia.

—O podrías ser mi guardaespaldas —dijo Theo—. Me han dicho a menudo que no soy un elemento demasiado intimidatorio.

—Te defendiste con una espada durante unos buenos diez segundos —dijo Diana, sonriendo.

—¡Quince! —la corrigió él—. Los estaba contando.

«¿Por qué todos se comportan como si no pasara nada?», pensó Alia. Por mucho que apreciara a Nim y a Theo, lo que deseaba era que se callaran de una vez.

—No te vayas —le dijo a Diana—. Todavía no. Sé que te gustó Nueva York. Me di cuenta. Incluso las partes más lúgubres. ¿Qué sucederá si deciden aceptarte de nuevo en la secta de tu isla? ¿Es eso lo que realmente deseas? ¿Pasar allí la eternidad?

Con lentitud, Diana negó con la cabeza.

—No —dijo, y por un instante el corazón de Alia se llenó de esperanza—. Pero allí está mi familia, mi gente. No puedo tomar la decisión más cobarde.

La joven suspiró. Por supuesto que no podía. Era Diana. Alia apoyó ligeramente la cabeza sobre su hombro.

—Prométeme que algún día volverás.

—Prometo que lo intentaré.

—Haz el juramento.

Había magia en aquellas palabras. Lo había percibido.

—Hermana en la batalla —murmuró Diana—, soy escudo y espada.

—Y amiga.

—Y siempre tu amiga.

Tenía los ojos húmedos de tantas lágrimas no vertidas.

Tal vez el juramento no importaba si la última parte era verdad.

—Nunca os olvidaré —dijo Diana. Miró a Nim y a Theo—. A ninguno de vosotros, ni tampoco el modo en que os enfrentáis al mundo: con valor, con sentido del humor...

—¿Y un estilo impecable? —dijo Nim.

—Eso también.

Entonces Diana, Alia, Nim y Theo entrelazaron los meñiques como niños pequeños a punto de iniciar una aventura, aunque sabían que aquel era el final.

La amazona se levantó.

—¿Ahora? —preguntó Alia, incorporándose.

—Antes de que pierda todo el coraje.

Alia se habría echado a reír. ¿Acaso Diana no se había comportado siempre de forma valiente?

Contempló cómo su amiga se metía en las aguas del manantial y se sacaba la piedra del bolsillo, encerrándola en la palma de la mano. El río empezó a agitarse, las aguas se volvieron blancas de espuma. La luz de las estrellas la iluminaba, brillante, sobre las ondas negras de su pelo. Alia quiso llamarla, suplicarle que no se fuese pero las palabras se quedaron encalladas en su garganta. Diana tenía que seguir su camino, y había llegado la hora de que ella también se las arreglara sola. Jason había sido su héroe y su protector durante demasiado tiempo. Y Diana también. Una clase diferente de caballero, que había elegido proteger a la chica a la que el mundo quería destruir; nacida para matar dragones, pero tal vez también para hacerse amiga de ellos.

Diana alzó la mano, y su figura era poco más que una silueta en la oscuridad.

Alia también levantó su mano para despedirse, pero, antes de que pudiera hacerlo, la princesa de Themyscira ya se había zambullido en las aguas tumultuosas del manantial.

Al cabo de un instante, el río se calmó. Diana había desaparecido sin dejar siquiera una estela tras ella.

Alia se limpió las lágrimas de las mejillas, mientras Nim y Theo le pasaban los brazos por el hombro.

—Deberías invitar a tus amigas a casa más a menudo —susurró Nim.

—Chicas, ¿qué os parece si volvemos a la ciudad? —dijo Theo.

Nim se encogió de hombros.

—Estoy bastante segura de que el Fiat sigue en el mismo sitio donde lo aparcamos.

Se encaminaron hacia la carretera, ahora desierta, con Alia ligeramente rezagada.

No había sido honesta del todo con Diana. Sí que notaba cierto cambio en ella tras haberse sumergido en el manantial. Tendió la mano a aquella cosa oscura y alada que llevaba dentro. Ahora tenía una forma distinta, la notaba más suya, y la daga que empuñaba estaba envainada. Le dio un empujoncito.

Nim dio un puñetazo a Theo en el brazo.

—¡Ay! —exclamó él, devolviéndole el empujón.

Alia tiró rápidamente de las riendas de su poder. Ya no era una Warbringer. El manantial había alterado el legado que llevaba en su interior, pero no se lo había llevado todo. Aquella fuerza todavía estaba presente, era suya si la quería, pero ahora era un don, no una maldición; ahora era algo que podía utilizar o ignorar. «Que no nos pille la bruja». Contaba con ello. Por las personas que lo merecieran. Ya había utilizado su poder para hacer el bien. Tal vez encontraría el modo de volver a hacerlo.

Se volvió una vez más para mirar el río y las aguas plateadas del manantial, pero los fantasmas que allí habían morado habían desaparecido.

—Hermana en la batalla —susurró por última vez, y ahora era menos un voto que una oración, para que, donde quiera que Diana estuviese, recordara estas palabras y mantuviese su promesa. Para que, algún día, pudiera volver a ver a su amiga.

Diana no podía respirar; el agua la tenía en su poder, la corriente la lanzaba hacia delante a una velocidad increíble. Mantenía los brazos estirados hacia delante y el cuerpo tenso mientras nadaba como una flecha en la oscuridad, con las ráfagas de agua ensordeciendo sus oídos. Una parte de ella sufría por los amigos que había dejado atrás, pues tenía miedo de que les pasara algo malo, pero se negó a distraerse. Esta vez no se podía equivocar.

Concentró toda su voluntad en la piedra en forma de estrella, con un único pensamiento en la mente: «A casa». Las costas brillantes de Themyscira, la pequeña cueva oculta en la costa norte, los acantilados que se levantaban sobre ella, el paisaje de su corazón.

Tras los párpados cerrados, notó una luz, pero no podía abrir los ojos debido a la fuerza del agua, y entonces, de repente, una ráfaga tremenda y veloz la expulsó hasta la orilla. Se estampó contra la arena con tanta fuerza que le crujieron los huesos y se mareó. No, no era arena. Era piedra. Yacía en la hondonada azulada del templo del oráculo, con las ropas empapadas y andrajosas, en el foso que corría paralelo a los muros enzarzados.

El oráculo estaba sentado junto a un trípode de bronce y un fino rizo de humo se elevaba del brasero hacia el cielo de la noche.

Diana se apartó despacio el pelo enmarañado de la cara y se incorporó. No sabía qué decir. Las otras veces ya había sido bastante difícil enfrentarse al oráculo, pero ahora sabía que estaba en presencia de las mismas diosas que habían fundado Themyscira y que le habían dado una segunda oportunidad para salvarse, para salvar a Alia. ¿Qué podía decir a una diosa cuando no tenías ningún tributo que ofrecer? Tal vez un simple «gracias».

Al cabo de un instante, oyó voces. Procedían del túnel por el que ella misma se había atrevido a adentrarse para visitar al oráculo apenas unos días antes.

—Esto era inevitable. —La voz de Tek—. Hemos vivido de prestado desde que...

—No vuelvas a pronunciar el nombre de mi hija —dijo Hippolyta, y el corazón de Diana se estremeció al oír la voz de su madre—. No en este lugar.

—Esperemos que el oráculo acepte nuestros sacrificios —dijo otra voz familiar, pero menos conocida.

Diana se quedó helada, sin saber qué hacer. ¿Escondarse? ¿Enfrentarse a ellas allí mismo, en el santuario del oráculo? Este extendió el brazo y apuntó con un dedo largo y la princesa amazona oyó un susurro a sus espaldas. Las zarzas se abrieron. Dudó un momento, pero luego se agarró a las viñas grises y retorcidas y escaló el muro.

Las zarzas se cerraron tras ella. Diana solo sintió pánico durante una décima de segundo, pues notaba algo amable en el movimiento de las ramas y en el modo en que se mecían para que pudiera espiar por los huecos que dejaban entre ellas y la cámara del oráculo.

Vio que su madre y Tek salían del túnel con Biette, Sela, Arawelo, Marguerite y Hongyu, todas ellas miembros del Consejo de amazonas. La voz que había oído antes era la Hongyu.

Las amazonas esperaron en respetuoso silencio al otro lado del foso.

El oráculo se levantó. Tenía la capucha echada hacia atrás y revelaba el rostro de una bruja anciana.

—Hermanas del arco y de la lanza, ¿habéis venido a hacer vuestra ofrenda?

—Así es —dijo Hippolyta—. Te traemos regalos y rezamos para que los consideres dignos...

—No aceptaré ofrenda alguna en el día de hoy.

Las componentes del Consejo intercambiaron miradas afligidas.

Hippolyta cerró brevemente los ojos.

—Entonces hemos venido demasiado tarde. La enfermedad de la isla, los terremotos...

Sorprendida, Diana se dio cuenta de que su madre llevaba las mismas sedas de color púrpura y las mismas amatistas que lucía cuando ella había abandonado la isla. El Consejo se había reunido para decidir si era necesario consultar con el oráculo, y esta debía de ser la delegación que habían enviado. Eso significaba que en Themyscira apenas habían pasado unas horas. Si ese era el caso... Diana intentó atemperar sus esperanzas, pero no lo consiguió. Estaba segura de que debería enfrentarse al exilio y al castigo, pero ¿y si nadie sabía que se había ido? Podía escabullirse hasta la ciudad y llegar al lecho de Maeve en menos de una hora.

—¿Por qué habéis esperado tanto en venir a visitarme? —preguntó el oráculo.

Apareció una arruga entre las cejas de Hippolyta.

—La reunión del Consejo ha sido inusualmente polémica. Por un momento, hemos temido llegar a una confrontación.

¿Podía ser por los poderes de Alia?, se preguntó Diana.

—¿No hay ningún modo de salvar Themyscira? —preguntó Tek, de forma impulsiva—. ¿No podemos...?

Los rayos relampaguearon y los truenos resonaron por todo el templo.

—No he aceptado ninguna ofrenda, ¿y sin embargo te atreves a hablar en estos términos?

Tek, con los puños cerrados, agachó la cabeza. La humildad no era su mayor virtud.

—Suplico tu perdón. Solo busco proteger a mi pueblo.

Los truenos cesaron y la voz del oráculo se calmó.

—No debes temer por tu pueblo, Tekmessa. —Tek levantó bruscamente la cabeza—. Ni por la isla. El tiempo de las dificultades ha pasado.

Aunque se abstuvieron de decir nada, el Consejo intercambió miradas de preocupación, y Diana notó su confusión.

El oráculo produjo un extraño zumbido.

—Y aun así esperáis que os dé explicaciones. —Movi6 la mano nudosa—. La isla se ha visto desestabilizada por unas perturbaciones en el Mundo del Hombre, pero la agitación ha cesado.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro de Hongyu, y un suspiro de alivio recorrió a las demás miembros del Consejo. Hippolyta soltó un bufido sorprendentemente impropio de una reina y Tek sonrió, echándole el brazo sobre los hombros. Hippolyta le tendió la mano y ambas amigas entrelazaron los dedos.

—Estaba convencida de que se trataba de algo peor —murmuró—. Nunca había sucedido nada semejante.

—Alégrate de que haya terminado —dijo Tek—. ¿Serás capaz de hacerlo?

Hippolyta le devolvió la sonrisa.

Pero el oráculo volvió a hablar.

—No penséis en descansar, Hijas de Themyscira. He consultado las aguas y he visto que se libra una batalla en el Mundo del Hombre. Una de las vuestras participará en un combate mortal para enfrentarse al caos, una hazaña que la pondrá a prueba y decidirá el destino de esta isla y de todas nosotras.

Tek cuadró los hombros, Hongyu levantó la barbilla. Incluso en los ojos de su madre, Diana vio arder el brillo de la batalla. Se preguntó cuál de las grandes guerreras del Consejo se enfrentaría al desafío que el oráculo había descrito.

—Y ahora marchaos de aquí —dijo el oráculo—. Reconstruid vuestros muros, rehaced vuestras ciudades y no me molestéis más.

Las Amazonas hicieron las reverencias correspondientes y partieron en silencio por el túnel de zarzas. Diana tuvo miedo al ver partir a su madre. Quiso correr tras las mujeres del Consejo, dar algún tipo de explicación estúpida, abrazar a su madre. Quiso incluso abrazar a Tek. Pero, en vez de esto, se obligó a esperar.

Cuando los pasos se hubieron desvanecido, el oráculo se volvió hacia ella y las niñas se separaron, permitiendo que pasara desde el muro.

—Ya lo ves, Hija de la Tierra, he guardado tu secreto.

Diana anhelaba preguntar por qué, pero sabía que cualquier pregunta al oráculo tendría un precio.

—Ahora eres una de ellas, una nacida para la batalla. Aunque ellas no lo sepan, lo eres.

Por fin, nacida para la batalla. Nunca sabrían lo que había hecho, la misión que había completado. No se cantarían canciones sobre su hazaña, no se compartirían historias gloriosas. Pero no le importaba. Ella sabía quién era y los sufrimientos que había soportado. Era una amazona. Esta certeza ardía como una llama secreta en su interior, una luz que nadie podría extinguir, por muchos apodos que le pusieran. Diana sabía que merecía un lugar en la isla, y sabía que había otras cosas aparte de aquella vida y de aquella isla.

—Gracias —susurró.

—Aprovechaste la ocasión, como esperábamos que hicieras —dijo el oráculo—. Nosotras no hicimos nada.

Pero esto no era del todo cierto.

—Cuando vine a preguntar por Alia, me dijisteis que yo no era una verdadera amazona.

—¿De veras?

Bueno, no exactamente, pero el significado estaba claro.

—Me dijisteis que fracasaría.

—No podíamos saber si tendrías éxito.

Diana cayó en la cuenta y el comprenderlo la impactó con la fuerza de una ola inesperada.

—Queríais que fuera. Por eso dijisteis aquellas cosas.

—Es mejor elegir una misión con la sensación de que tienes algo que demostrar que tomársela como una carga. Necesitábamos una defensora, y tú necesitabas una oportunidad para demostrar de qué eras capaz.

—¡Pero estuve a punto de fracasar! —exclamó Diana, sintiendo que la cabeza le daba vueltas—. ¡El mundo estuvo a punto de sumirse en una era bélica! ¿Y si hubiera perdido?

—No lo hiciste.

—¿Y si hubiera elegido volver a Themyscira cuando me disteis ocasión, en vez de enfrentarme a Jason?

—Entonces hubiéramos sabido que no eres la heroína que esperábamos que fueras.

—Pero...

El aire rugió con el sonido de un trueno lejano. Diana apretó los dientes, llena de frustración. Tal vez el oráculo tenía razón. Tal vez había necesitado elegir el camino por sí misma. Tal vez había luchado con mayor fuerza al saber que nadie más creía en ella. Entonces recordó a Nim la noche de la gala, cuando le dijo: «Vaya, ¿tienes una de esas familias duras de pelar? Yo eso no lo entiendo».

—Nim tenía razón —murmuró.

—Lo que tú digas —dijo el oráculo—. Acércate, Hija de la Tierra, y no digas nunca que no somos generosas con nuestros obsequios.

Las aguas del foso brillaron, y Diana vio en ellas una gran franja verde colocada

como una esmeralda en las agujas grises de una ciudad. «El parque», pensó. La vista que había contemplado desde la habitación de Alia en la ciudad. La imagen cambió, y vio una terraza de piedra enmarcada por unos arcos, una fuente circular con una figura de mujer alada en el centro. Dos personas estaban sentadas al borde de la fuente, con las caras vueltas hacia el sol.

—Alia —susurró. La joven sujetaba la mano de Theo. Parecían algo mayores, y Diana se preguntó a qué momento temporal estaba accediendo, cuánto había pasado desde el combate en el manantial y si habrían olvidado ya todos aquellos recuerdos.

Apareció otra figura. Nim pasaba como un rayo sobre patines, con una venda de color rosa cubriéndole la rodilla. Trazó unos círculos ante ellos, ondeando la falda floreada. Estaba diciendo algo, pero Diana no pudo entender sus palabras.

Otra chica pasó zumbando en patines. Era alta y rubia, con una cara bonita, si bien algo ladina. Agarró la mano de Nim y se alejaron rodando entre carcajadas.

Theo y Alia se levantaron, dispuestos a participar en cualquier aventura que Nim les hubiera propuesto, y cuando él alzó un poco la mano de Alia para darle un beso en los nudillos, Diana vio que ella llevaba algo en la muñeca, un tatuaje rojo en forma de estrella. La piedra. «Prométeme que algún día volverás».

Diana alargó la mano para tocar el agua y la imagen desapareció.

¿Podría cumplir aquella promesa? Parecía imposible, pero también había creído que otras cosas eran imposibles, y una y otra vez había comprobado que no tenía razón.

—Los echo de menos —dijo. Su voz sonaba insignificante bajo las estrellas del cielo del oráculo—. V ale la pena luchar por ellos.

—Princesa —dijo el oráculo. Por un instante, adquirió una nueva forma que Diana no había visto antes, la de una guerrera, con la espada y el escudo en la mano. Llevaba una armadura y un lazo atado a la cadera. Sus ojos azules centellearon y un viento lejano le alborotó el pelo negro. Sus rasgos le resultaban familiares—. Tendrás ocasión de volver a luchar por ellos.

La guerrera desapareció, reemplazada por la bruja de antes.

—Vete a casa, Diana —dijo el oráculo—. Maeve te espera. —Unas lágrimas de gratitud aparecieron en los ojos de la princesa; su amiga estaba bien. El oráculo hizo un gesto hacia sus brazaletes—. Pero no olvides pasar antes por la armería.

Diana sonrió. Dio las gracias al oráculo y se introdujo en el túnel a pasos veloces, con el corazón lleno de felicidad. Ignoraba lo que le depararía el futuro, pero sabía que el mundo (lleno de peligros, desafíos y maravillas) estaba esperando para ser descubierto.

Corrió hacia su destino.

Nota de la autora

No intentéis hacer aterrizar un Learjet en la gran explanada de Central Park. Sería más bien una colisión que un aterrizaje, y nunca volveríais a despegar. La cascada que Diana y sus amigos visitan no existe, pero está inspirada en las cataratas de Polilimnio y Platania, donde se pueden encontrar la cueva de un ermitaño y una pequeña iglesia construida dentro de la roca. La nemesea se celebraba habitualmente el decimonoveno día del hecatombeón. Por otra parte, si bien ha habido muchos debates sobre la ubicación del Platanistas (el santuario dedicado a Helena de los Plátanos), en un principio se creía que se encontraba no lejos del Menelaión, cerca del Eurotas, tal como se describe en estas páginas. Teorías más recientes lo sitúan al norte del emplazamiento de la antigua Esparta, más cerca del río Magoula. En nuestro cielo, la estrella de Sirio brilla de color azul, no rojo. La estrella conocida como el Cuerno o Azimech se conoce de manera más común como Espica. En cuanto al emplazamiento de Themyscira, recomiendo consultar a una amazona de confianza.

AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos Ha sido un honor y un placer escribir un capítulo de la historia de Diana, pero no podría haberlo hecho sola. Por suerte, conozco a muchos héroes y les debo a todos ellos un enorme agradecimiento.

Chelsea Eberly me guio a través de este proyecto con paciencia e inteligencia. Gracias por ser una editora tan brillante y una adalid de la diplomacia. Muchas gracias también a todo el equipo de RHCBC, especialmente a Michelle Nagler, Nicole de las Heras, Dominique Cimina, Aisha Cloud, Kerri Benvenuto, John Adamo, Adrienne Waintraub, Lauren Adams, Joseph Scalora, Kate Keating, Hanna Lee y Jocelyn Lange. Gracias también a Ben Harper, Melanie Swartz y Thomas Zellers.

Todo mi amor para Joanna Volpe, Jackie Lindert, Hilary Pechone y el resto de mi familia en New Leaf Literary, también conocida como la Liga de las Fantásticas, por su apoyo constante en este proyecto. (Y un saludo especial a Pouya y Mel Shahbazian por la asistencia idiomática de última hora).

Angela DePace, Kelly Biette y Clarissa Scholes me ayudaron en los aspectos científicos de la historia y prestaron sus cerebros privilegiados a los intereses de Alia y de los Laboratorios Keralis. Me alegro de que usen sus poderes para hacer el bien. La doctora Katherine Rask me guio generosamente por el mundo de las religiones antiguas y la arqueogenética, y me introdujo en el personaje de Helena de los Plátanos. Es una defensora incondicional de la literatura juvenil, y su experiencia y creatividad fueron indispensables a la hora de escribir esta novela. Andrew Becker y Dan León tuvieron la amabilidad de ayudarme a hacer mis elecciones en el campo de la antigua Grecia. David Peterson aportó su genialidad a la hora de crear idiomas artificiales para construir los diversos nombres de la Warbringer y me presentó a una alma cándida que me ayudó con el búlgaro. Thomas Cucchi me instruyó sobre protocolos de vuelo y jets privados. Poornima Paidipaty fue una profesora excelente sobre el tema de las diosas, y Sarah Jae Jones me aconsejó sobre paracaidismo, una actividad que debo reconocer que no me gustaría probar jamás. También quiero dar las gracias especialmente a Aman Chaudhary, que me dejó debatir con él el punto de partida de esta historia durante nuestro trayecto a la convención de cómics de San Diego.

Kelly Link, Holly Black, Sarah Rees Brennan y Robin Wasserman leyeron las

primeras páginas de este libro cuando yo todavía pensaba que Diana debía tener un leopardo como animal de compañía. Daniel José Older (que respondió a largas llamadas telefónicas), Robyn Kali Bacon (que soportó mensajes a altas horas de la noche), Rachael Martin (que hizo ambas cosas), Gamynne Guillote (*prota adelfis*) y Morgan Fahey (lector de confianza número 1) me ayudaron a poner los cimientos de los personajes de Alia y Jason y a gobernar la historia en su conjunto.

Gracias también a Marie «Gotham me necesita» Lu, Amie Kaufinan, Kayte Ghaffar, Susan Dennard, Gwenda Bond, el superhumanamente adorable Flash Martin y, por supuesto, a mi madre, que ha soportado mi fijación por Wonder Woman durante todos estos años. Hablando de lo cual, doy las gracias a los Superfriends por presentarme a Diana mientras tomaba mis cereales pastosos a la hora del desayuno, y a Lynda Cáster por cimentar para siempre mi amor por Wondy.

Muchos libros, artículos y ensayos han influido en la creación del mundo de la Warbringer, entre ellos *The Amazons: Lives and Legends of Warrior Women Across the Ancient World*, de Adrienne Mayor; *Choruses of Young Women in Ancient Greece: Their Morphology, Religious Role and Social Functions*, de Claude Calame; *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, de Donald Kagan; «Platanistas, the Course and Carneus: Their Places in the Topography of Sparta», de G. D. R. Sanders; *The Secret History of Wonder Woman*, de Jill Lepore; *A Golden Thread: An Unofficial Critical History of Wonder Woman*, de Philip Sandifer; *Wonder Woman Unbound: The Curious History of the World's Most Famous Heroine*, de Tim Hanley; y, por supuesto, la obra de la inimitable Gail Simone.

Y, finalmente, gracias a todas las amazonas del mundo, a cada mujer o chica que lucha por el bien de la paz y del prójimo, gracias por vuestra inspiración.



LEIGH BARDUGO es la autora superventas n.º 1 del *New York Times* y *USA Today* autora de *Seis de Cuervos*, *Crooked Kingdom* y de la Trilogía Grisha, con *Sombra y Hueso*, *Asedio y Tormenta* y *Ruina y Ascenso*. Nació en Jerusalem, creció en Los Ángeles y se graduó en la Universidad de Yale. Cayó muy pronto bajo el hechizo de Wonder Woman y pasó gran parte de su infancia fabricando brazaletes de cartulina y girando hasta marearse en la puerta de su casa. Actualmente vive y escribe en Hollywood, donde a veces se la puede escuchar cantando con su banda.